

Annotation

La caída del rey es una maravillosa novela histórica sobre el reinado de Christian II, rey de Dinamarca y cuñado del emperador Carlos V. La narración de Jensen nos sitúa en la Europa de principios del convulso siglo xvi y nos cuenta, a través del personaje Mikkel Thøgersen, las ambiciones, las conspiraciones y las batallas que hicieron de Christian II el último monarca que gobernó la Unión de Kalmar, que incluía los tres reinos nórdicos (Dinamarca, Suecia y Noruega). En Suecia se le conoció con el triste nombre de Christian el Tirano, por el Baño de Sangre de Estocolmo con el que conquistó Suecia, pero que motivó el levantamiento de los suecos y su posterior expulsión del país. Tras ser derrotado en Noruega fue recluido en el castillo de Sønderborg, en Dinamarca. En esta obra Jensen pone de relieve lo que él consideraba como defectos característicos del pueblo danés: la irresolución y la falta de espontaneidad. Al mismo tiempo, el libro encierra las más hermosas descripciones de Dinamarca y sus gentes. El análisis psicológico de los personajes es realmente ejemplar. «La caída del rey fue elegida en 1999 mejor novela danesa del siglo xx por aclamación popular.»

LA CAÍDA DEL REY

La caída del rey es una maravillosa novela histórica sobre el reinado de Christian II, rey de Dinamarca y cuñado del emperador Carlos V. La narración de Jensen nos sitúa en la Europa de principios del convulso siglo xvi y nos cuenta, a través del personaje Mikkel Thøgersen, las ambiciones, las conspiraciones y las batallas que hicieron de Christian II el último monarca que gobernó la Unión de Kalmar, que incluía los tres reinos nórdicos (Dinamarca, Suecia y Noruega). En Suecia se le conoció con el triste nombre de Christian el Tirano, por el Baño de Sangre de Estocolmo con el que conquistó Suecia, pero que motivó el levantamiento de los suecos y su posterior expulsión del país. Tras ser derrotado en Noruega fue recluido en el castillo de Søndborg, en Dinamarca. En esta obra Jensen pone de relieve lo que él consideraba como defectos característicos del pueblo danés: la irresolución y la falta de espontaneidad. Al mismo tiempo, el libro encierra las más hermosas descripciones de Dinamarca y sus gentes. El análisis psicológico de los personajes es realmente ejemplar. «La caída del rey fue elegida en 1999 mejor novela danesa del siglo xx por aclamación popular.»

Título Original: *Kongens Fald* Traductor: Díaz Castro, José
María Autor: Johannes V. Jensen ©1984, Ediciones Orbis, S.A.
Colección: Los Premios Nobel, 76 ISBN: 9788475304144
Generado con: QualityEbook v0.50

LA CAÍDA DEL REY

JOHANNES V, JENSEN

EDICIONES ORBIS, S.A.

Titulo original: KÖNGENS FALD
Traducción de José María Díaz Castro

© 1944 by Johannes V. Jensen
© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A.
Traducción cedida por Aguilar, S.A. de Ediciones

ISBN: 84 - 7530 - 414 - 1
D.L.B. 40356 - 1983

Compuesto, impreso y encuadernado por
Primer industria gráfica, s.a. Provenza, 388 Barcelona
Sant Vicenc dels Horts

Printed in Spain

MIGUEL

EL camino torcía hacia la izquierda y, después de transponer un puente, entraba en el pueblo de Serritslev, atravesándolo de extremo a extremo. Las cunetas y taludes aparecían alfombradas de césped oscuro y florecillas doradas; en los campos que se extendían al otro lado del camino, se vislumbraban, acá y allá, en el crepúsculo, grandes manchas blancas, jirones de niebla hechos de flores. Se había puesto el sol; el aire estaba frío y diáfano, y el cielo, sin nubes, pero todavía sin estrellas. De pronto apareció, bamboleándose a paso lento sobre el escabroso camino, una carreta cargada de heno que, procedente del campo, se dirigía a Serritslev. Al enfilarse a paso sigiloso la estrecha calle del pueblo, la carreta parecía, a la luz crepuscular, un gran animal lanudo y patiocorto que se deslizara a paso de gato, como sumido en cavilaciones, con el hocico pegado al suelo, olfateando... Al llegar frente a la posada del pueblo, la carreta se detuvo. Los caballos, sudorosos, volvieron la cabeza atrás, mascando el bocado del freno, contentos de haber llegado al término del viaje. El carretero, después de bajar los pies hasta la volea, se dejó caer en tierra con las piernas esparrancadas y aseguró las riendas. Hecho esto, se dirigió al interior del colgadizo de la casa, y, llamando a voces, se sonó las narices. —¡Ah de la casa! Una luz se movió allá dentro, detrás de los cristales. —¿Por qué habrán encendido ya las luces? En aquel momento apareció una muchacha en la puerta. El carretero le hizo saber que deseaba echar un trago. Al desaparecer la muchacha para cumplir el encargo, algo comenzó a verse en lo alto del carro; unas largas piernas se deslizaron hacia abajo con cautela tanteando en busca de la volea, mientras el propietario de aquellas piernas, tumbado en el heno boca abajo, gruñía malhumorado. El zanquilargo echó pie a tierra y se sacudió las briznas de hierba de sus ropas... Era un mozo alto, huesudo... Su cabeza estaba enfundada en una cómica caperuza. —¡Buen provecho, amigo! -dijo. El carretero se echó al colete un vaso lleno de un líquido rojo y tosió como es debido. —¿No queréis quedaros un rato, cochero? Vamos, entrad conmigo a tomaros otro trago a mi salud. Al penetrar los dos hombres en la zona de luz, el carretero se quedó de repente inmóvil junto a la puerta, en una actitud reverente. Y el zanquilargo también perdió un poco de su aplomo. Allá en el interior, en medio de la sala, aparecieron, sentados a una mesa, cuatro soldados de la guardia sajona, de aspecto noble y distinguido. Eran recién llegados al pueblo. Deslumbradores reflejos rielaban en sus uniformes, cuyas rojas y embutidas mangas, junto con sus plumachos y barbas, impresionaron a los dos espectadores como las llamas de una hoguera de regocijo. Arrimadas a la mesa y a los bancos de la sala, veíanse espadas y picas: armas sólidas, macizas. Las orejas de sus botas estaban desgastadas por el continuado uso. Los cuatro soldados volvieron la cabeza hacia la puerta; pero al instante se miraron los unos a los otros, reanudando la animada charla que sostenían. La moza de la posada fue hasta la puerta llevando dos pichetes de cerveza, y en la mesilla que allí había colocó una vela encendida. Apenas se hubo retirado la muchacha, uno de los soldados que estaban en la sala se estiró en su asiento y prorrumpió en carcajadas. —Fijaos en el sujeto aquel de la capucha... ¡Qué atuendo más divertido! Hablaba en alemán. Sus compañeros se volvieron con una expresión inocente y campechana de buenos chicos. Pero no fueron capaces de contenerla risa. El hombre de las largas piernas, que estaba bebiendo en aquel preciso momento, se levantó y dobló las rodillas en una reverencia, y al dejar ver su larga y afilada

nariz bajo la capucha, el conjunto de su figura produjo un efecto verdaderamente divertido y regocijante. Una vez que hubo apurado el pichel, volvió a sentarse cachazudamente. La luz le dio de lleno en los ojos: el hombre miró parpadeando hacia la sala, mitad con aire ofendido, mitad con expresión burlona, como hombre que toma las cosas con filosofía. Entonces uno de los mozos de la sala se puso en pie, dio unos pasos hacia la puerta, y tomando cortésmente la palabra, habló así en su nativa lengua alemana: —Disculpad nuestras risas y bromas, que no han sido malintencionadas... ¿No queréis hacernos el honor de echar con nosotros un vaso de vino? —Sí, gracias —contestó el zanquilargo. Y se dirigió a la mesa, deshaciéndose en profundas reverencias. Antes de pasar una de las piernas por encima del banco para sentarse, fue haciendo corteses inclinaciones ante cada uno de los soldados, dándoles a conocer su nombre y profesión: *Miguel Thógersen, estudiante*. Tras lo cual, se puso a desgreñarse la cabellera y a frotarse, de abajo arriba, las ásperas mejillas con las palmas de ambas manos. Los cuatro hombres fueron dándole a conocer sus respectivos nombres, uno de los cuales le sonaba a danés, y casi al instante vio Miguel arder ante sus ojos un vaso de vino rojo como la sangre, mientras sonaba un coro de brindis: —¡A vuestra salud, amigo! —¡A la vuestra, caballeros! Miguel bebió con mucho comedimiento, enderezando su cuerpo de estaca mientras el vino corría por su gástrico. Al lanzar una rápida ojeada por encima de la mesa, su mirada quedó fija en uno de aquellos caballeros —el más joven de todos—, que estaba sentado con la cabeza apoyada en una de las manos. Era una mano blanca y llena, en la que no se notaban venas ni nudillos. El joven tenía los dedos enterrados en su cabellera de color castaño claro. El óvalo de su cara era alargado... La expresión de aquel rostro evocó de pronto en la mente de Miguel el recuerdo de un acróbata que él había visto en cierta ocasión en la plaza de un mercado: un joven equilibrista que estaba sentado en un rincón, solitario, ocioso... Un hombre enfermo, sin duda. Miguel recordaba ahora la imagen de aquel joven rostro dolorido, que tenía exactamente los mismos ojos que este soldado. Pero a Miguel le pareció, además, que tenía que conocerlo. ¿Quién era? ¿Dónde había visto antes aquel rostro? Aquel soldado tenía todo el aspecto de un miembro de la nobleza. Un aristócrata... Ante los ojos de Miguel Thógersen volvió a alzarse un vaso rebosante. Miguel correspondió al brindis con la más exquisita cortesía, aunque distraído por el recuerdo aquel que le obsesionaba y fascinado por la visión de aquel joven que estaba sentado al otro lado de la mesa. Aquel rostro moreno parecía estar nimbado de una aureola mística... Al volverse un poco de frente, Miguel vio la gran anchura de hombros de aquel hombre: tenía una figura erecta y esbelta, como no había visto otra igual. ¿De dónde procedía aquella pena que atormentaba su rostro, cuando sus facciones estaban hechas para expresar alegría y jovialidad? Continuaron las charlas. Los cuatro soldados acogían allí la presencia de Miguel con la más obsequiosa amabilidad. Y Miguel se sentía lleno de seguridad ante estos alemanes, que no sabían que a él en su pueblo le conocían por el mote del *Cigüeña*. Miguel dialogaba con ellos en un alemán que dominaba a la perfección, si bien a veces se quedaba como abstraído: a pesar suyo, no podía por menos de recordar su apodo... Por otra parte estos hombres no sabían tampoco que Miguel se había hecho famoso, dentro de un círculo más reducido, como autor de odas y dísticos latinos... ¿Porqué el joven que estaba en el extremo opuesto de la mesa no despegaba los labios? ¡Otte Iversen! Al fin recordó el nombre de aquel joven. ¡Conque aquél era Otte Iversen! E instantáneamente Miguel sintió dibujarse en su memoria el recuerdo de una puerta gris y ruinosa, un alto muro, un pequeño torreón... Era en su lejana tierra de Jutlandia. Recordaba cómo se había sentido achicado ante aquel edificio, frente al que se había encontrado en diferentes ocasiones. Sólo una vez había visto a Otte en su

mansión. Así, pues, el hombre que estaba frente a él era aquel jovencito noble, Otte Iversen, que él había entrevistado en el interior de su jardín y cuyo recuerdo había evocado después tantas veces; un grácil muchachito rodeado de una jauría de perros, y sosteniendo en el dedo pulgar un halcón con el copete erizado... Y ahora aparecía allí ante él, crecido y alto de estatura, grácil y esbelto como una muchacha. Los soldados se estaban riendo. Miguel Thógersen volvió a la realidad, y tornó a beber. En aquel momento apareció en la puerta el carretero. —Me marcho ya, amigo. Y diciendo esto, depositó sobre el pavimento de la sala, junto a la puerta, un saco y un pequeño cesto de paja lleno de huevos, y se marchó, cerrando tras sí la puerta. La mochila y el cesto pertenecían a Miguel y contenían el botín que éste había conseguido reunir en su gira por el país. Allí, junto a la puerta, estaba en toda su desnudez vergonzosa lo que para Miguel constituía ahora una ignominia. Lleno de bochorno, Miguel volvió la espalda a aquellos objetos reveladores de miseria. Los soldados se echaron a reír. Pero de pronto se les ocurrió una idea: —¿Sabéis que los huevos vienen muy oportunos? Harán muy buena compañía al vino. Alegre y humillado a la vez, Miguel se deshizo de buen grado de los malditos huevos, que los mozos fueron sorbiendo uno a uno, crudos como estaban. Pero Otte Iversen declaró que no quería tomar ninguno, y, a partir de aquel momento, no volvió a despegar los labios. Miguel Thógersen volvió a sentarse en el banco. Estaba colorado y abochornado, pero sin perder su afabilidad. Poco a poco el sabroso vino le fue aligerando el peso que lo oprimía, desatando su lengua. Sin embargo, no podía desterrar de sí aquella continua sensación de abatimiento y de derrota. Su espíritu volaba alegre al encuentro del alma de aquellos caballeros libres de cuidados, pero al mismo tiempo guardaba en el fondo un oscuro miedo: el miedo de convertirse en juguete de ellos... Todo el buen humor que había en él comenzó a aflorar a la superficie y a mecerse rítmicamente, con un extraño vaivén. No apartaba sus ojos del joven hidalgo Otte; se sentía atraído y fascinado por él: lo miraba furtiva e insistentemente con unos ojos en los que se leía la afabilidad más obsequiosa y a la vez el recelo y la duda... ¿Acaso Otte no lo conocía a él? Mejor así. ¡Ojalá no lo reconociera nunca! Uno de aquellos caballeros alemanes tenía en el labio superior, apenas sombreado todavía por la barba, una especie de corte o sisa que le impedía pronunciar con claridad. Su torrente de palabras, cuyo sonido se escapaba por aquella hendidura del labio, hacía reír a Miguel con una sonrisa triste. Todo lo que Miguel veía, y oía, le divertía y alegraba el espíritu. Pero por debajo de todas aquellas muestras exteriores de regocijo y diversión que el vino y la sensación de bienestar ponían en su semblante, él se iba endureciendo interiormente: un frío glacial iba invadiendo su alma, pero él lo mantuvo encerrado en el fondo de su espíritu a fuerza de dominarse. Los tres soldados alemanes se dirigieron al mostrador con gran algazara. Miguel Thógersen y Otte Iversen se quedaron solos, sentados a la mesa. Ambos estaban mudos y silenciosos. Miguel intentó distraerse, reconcentrándose en sus pensamientos; se quedó abstraído, con los ojos bajos y la mirada sumergida en la zona de sombra que separaba mesa y banco, experimentando la sensación de una amarga soledad. Pero prefirió permanecer allí, sin perder la paciencia. Con un hondo suspiro encogió las largas estacas de sus piernas, se limpió el sudor de la frente y adoptó una postura más cómoda. Otte Iversen permanecía inmóvil, limitándose a hacer girar la copa entre sus dedos. Continuaba dando la impresión de que estaba enfermo. Una vez que los alemanes volvieron a la mesa trayendo nuevas marcas de bebidas recién descubiertas, Miguel se comportó con mayor aplomo y serenidad, libando de un modo sensato, sin nerviosismos. Luego se dieron todos a beber sin freno, vaciando copa tras copa, sin pensar en otra cosa ya. Otte Iversen apuraba todas las copas que le iban llenando, sin alterarse en absoluto. Clas, el alemán del labio hendido, afinó su

voz y rompió a cantar una canción, que en aquel ambiente sonaba de un modo bastante extraño. Miguel tomó una de aquellas espadas —formidables montantes— y la sopesó en la mano... Ellos le iban presentando las diferentes armas, con la punta vuelta hacia él... Cada vez que la afilada punta se volvía hacia su pecho, Miguel se estremecía como si un viento helado le recorriera el espinazo. Sentía una sensación extraña. Le parecía que, después de esto, ya nunca temblaría ante un cuchillo. Y Clas seguía cantando:

*Ei werd'ich dann erschossen,
Erschossen auf breiter Heid',
Man trägt mich auf langen Spieszen,
Ein Grab ist mir bereit;
So schlägt man mir dem Pumerlein Pum.
Der ist mir neunmal lieber
Denn aller Pfaffen Gebrumm¹.*

La mitad de las palabras se le quedaban a Clas entre las barbas. Y Miguel oyó cómo aquellos caballeros intercalaban historias de la guerra, relatos sobre tai o cual acción bélica, victorias, peligros mortales y... —Heinrich, ¿te acuerdas de Lenore, aquella rubia? —preguntó de pronto Clas, con acalorado entusiasmo. —¿Que si me acuerdo de Lenore? ¿Quién podría olvidarse de la rubia Lenore? Y acto seguido, la historia de Lenore brotó de labios de Heinrich sonando como una granizada. Clas y Samuel se retorcían de risa. Pero Miguel Thøgersen permaneció serio y mudo, rebelándose interiormente contra aquel torrente de palabrería indiscreta y desvergonzada. Por el rabillo del ojo miraba a Otte Iversen... Solo Miguel notó en aquel rostro joven y altivo la sombra de una sonrisa, un rictus irónico que temblaba en los bordes de sus labios y que daba la impresión de que su nariz había olfateado un olor repugnante. Miguel contenía el aliento, casi incapaz de respirar, y una y otra vez se restregaba las mejillas con las palmas de ambas manos. Heinrich prosiguió, impertérrito, el relato de aquella historia. Otte Iversen giró en su asiento dando casi la espalda a la mesa, y cruzó las piernas. Cuando el alegre narrador dio fin a su historia, se produjo en la sala un silencio general, como si todos los presentes hubieran notado la repugnancia que aquel relato producía en el ánimo de Otte. Sin duda el joven hidalgo se dio cuenta de que él era la causa de aquel silencio, pues al instante se volvió hacia la mesa como para demostrar que tenía la valentía de sostener su criterio y fijó una mirada seria en los ojos del narrador.

Heinrich se quedó desconcertado y aturdido. Pero de pronto, Samuel, sin el menor reparo, se lanzó a relatar otra historia. Samuel ya no era joven; sus relatos no eran historias amorosas. La historia que estaba narrando era el relato de una horrible carnicería humana en la que él había tomado parte; explicó cómo en aquella matanza los soldados aplastaron con los tacones de sus botas los intestinos de sus enemigos, a los que ahogaron en sus propios excrementos. Ante el relato repugnante de Samuel, hasta el aire que se respiraba en la cerrada sala parecía puro y fresco. Finalmente, Clas dio en suscitar, con gran acaloramiento, cuestiones más o menos técnicas en las que él se las daba de experto; a Miguel le entraron de pronto ganas de reír por los garrafales defectos de pronunciación del alemán del labio partido: levantó la larga nariz y estalló en una carcajada ahogada, como si se

comiera su propia risa. Y entonces Otte Iversen levantó lentamente los ojos, apretó los labios en un fruncimiento forzado, alargó el cuello hacia el techo y rompió a reír. En medio de la sala su carcajada sonó como una matraca. Pero, como arrepintiéndose de aquel exceso, interrumpió bruscamente su risa, para quedarse tan serio y taciturno como antes. Momentos después los cuatro lansquenetes de la Guardia Sajona abandonaban la posada para entrar en el pueblo antes que se cerraran las puertas públicas de Serritslev. Apenas transpusieron la puerta de la posada, Miguel Thogersen sintió que un abismo lo separaba de aquellos jóvenes hidalgos uniformados; y, así, en vez de acompañarlos, se quedó inmóvil en el umbral... Cuando vio que ellos habían transpuesto la Puerta del Norte, Miguel se despidió y abandonó a su vez la posada. Los lansquenetes seguían caminando hacia el centro del pueblo; Miguel se detuvo un instante en la calle para ver el rumbo que ellos tomaban, y luego reanudó la marcha, torciendo hacia la izquierda, para regresar a sus lares...

UNA NOCHE EN COPENHAGUE

MIGUEL Thogersen se alojaba en una casa situada exactamente enfrente de la valla que corría a lo largo del Pustervig, en Copenhague. En la guardilla de aquella casa compartía su habitación con otro estudiante, llamado Ove Gabriel. Se abrió la puerta de la habitación, y apareció en el umbral la figura de Miguel. Ove Gabriel, que, como de costumbre, estaba estudiando a la luz de una vela de sebo, levantó los ojos de sus papelotes para mirar a su compañero, pero al instante volvió a bajarlos para proseguir la lectura. Miguel cruzó la estancia y fue a sentarse al otro lado de la mesa. Inmediatamente se puso a revolver en sus papeles, de los que entresacó las lecciones que no había estudiado aquel día. Aquella mañana se había zafado de las clases. Y desde entonces no había ocurrido nada nuevo: él volvía a reanudar su vida rutinaria en aquella leonera. Miguel dio un resoplido de alivio, de modo que su aliento dio en la nariz del compañero. Ove Gabriel levantó la vista fijando en él sus ojos, y lentamente se pasó la palma de la mano por el demacrado rostro. —¡Tú has bebido! —le dijo. Con esta lacónica exclamación sólo pretendió sugerir el hecho de que Miguel había estado de juerga. Ove Gabriel solía quedarse mirando a su compañero con sus redondos ojos acusadores, sin pestañear; ojos implacables, en los que Miguel no vio brillar nunca una lágrima. Día tras día, durante tres años, había tenido Miguel ante sus ojos aquel rostro; en todo momento le había estado acusando el silencio elocuente de su compañero. Los ojos justicieros de Ove Gabriel siempre habían de perseguir a Miguel, atravesándolo como una espada, hasta que se pudriera en su asiento. Siempre aquellas reservas mentales, siempre malignidad legal... Ove Gabriel se fijaba continuamente en minucias, haciendo observaciones maliciosas sobre las cosas más nimias: —No olvides que la vela que nos alumbra mientras estudiamos es mía. Miguel Thógersen se levantó y abrió la claraboya del techo. El hombre era tan alto, que su busto sobresalía por encima del tejado. Este era el procedimiento que él solía emplear para ocultarse a la mirada inquisitiva de Ove Gabriel. ¡Qué fresco y puro el aire que se respiraba allí arriba! Sobre su cabeza irradiaban, altísimas, las estrellas. A uno y otro lado, los tejados de paja se combaban como lomos de grandes animales que escondieran la cabeza para dormir. Abajo, en la calle, hacía su recorrido el vigilante nocturno, proyectando la luz de su linterna sobre las puertas para comprobar si estaban cerradas. Al otro lado y en dirección opuesta, el maderaje vertía su débil claridad en el agua, y entre los

juncos del canal temblaba, reflejada, una estrella. Un poco más allá se extendía el paisaje inmóvil y oscuro, de un color verde musgo, y de los lagos lejanos venía por el aire la múltiple y hormigueante música de las ranas. La ciudad estaba dormida. El agua lamía sordamente los postes y puntales hincados en el canal. De cuando en cuando se oían los lamentos de un gato, maullando por los tejados. Miguel giró dentro de su atalaya, y doblando su espalda hacia atrás, contra el borde del tragaluz, se quedó contemplando la chimenea y las estrellas. Le acometió el vértigo. Tuvo la sensación de que estaba deslizándose con los dos pies desnudos sobre un haz de cuchillos. Casi encontraba gusto en aquella sensación, que encajaba perfectamente con su estado de espíritu. Ya no podía soportar su martirio interior. En aquel momento él hubiera preferido encontrarse colgado de un árbol bajo el ancho cielo, ya que la sensación que ahora le producía este vértigo tal vez fuese idéntica a la impresión que siente un hombre colgado con una cuerda al cuello. Miguel volvió a girar dentro de su atalaya, apoyando los brazos sobre el tejado frío. —¡Susana! —exclamó en su interior, recordando un nombre amado. ¡Susana! Tan honda y dulce era la nostalgia que le produjo la evocación de aquel nombre, que todas las cosas mudas e inanimadas que le rodeaban parecieron, de pronto, respirar, palpitar, sentir. Aquellas casas sordas, que continuaban inmóviles y silenciosas, eran, sin embargo, la pura imagen de la bondad; las estrellas en el cielo parpadeaban, emocionadas de ternura. En medio de la paz y silencio de todas las cosas se percibía el ritmo de un latido vivo. Un cabrilleo dotado de vida erizaba la superficie de las aguas de la bahía. Hasta el aire oscuro parecía estremecerse y sobrecogerse como un ser vivo que conociera su secreto y su destino. Pero, al mismo tiempo, Miguel, al solo recuerdo de aquel nombre, se sintió empobrecido, espiritualmente mísero y... malo. Soltó un alarido de rabia y se enderezó dentro de su agujero. ¡Calla! Se oía un lejano rumor de voces en la ciudad. Aquel clamoreo evocó instantáneamente en la mente de Miguel la visión de salas iluminadas, haciéndole pensar que algo extraordinario estaba ocurriendo en la ciudad. Miguel se agachó y abandonó la claraboya. Vio a Ove Gabriel en pie en la habitación, desnudo y dispuesto a meterse en la cama: en sus ojos parecía leerse un consummatum est. El mismo Ove Gabriel parecía estar consumiendo como un cirio silencioso. —Estás demasiado flaco, amigo mío —le dijo riendo Miguel, tomándole el pelo—. A este paso no podrás conservar mucho tiempo el alma en el cuerpo. Miró a Ove Gabriel de arriba abajo, observando que estaba como una res de matadero flaca y agotada. Ove Gabriel saltó a la cama, y cuando se hubo acomodado entre las pieles que hacían de mantas, juntó las manos y le disparó un versículo a su compañero de habitación. —Et nuc exstingue

lucem!² —añadió en un tono que indicaba que estaba ya harto. «¡Apaga la luz, apaga la luz! —pensó Miguel en su fuero interno—. Ya pocas veces me verás apagar la luz.» Inclinandose, apagó de un soplo el cabo de vela, empuñó su garrote ferrado y bajó a tientas por la escalera de mano. Arriba, sobre su cabeza, quedaba sonando la voz satisfecha de Ove Gabriel, que recitaba su oración nocturna. Aun cuando a aquella hora de la noche estaba prohibido transitar por las calles, Miguel se tomó la libertad de hacerlo. Se alejó de la casa, y torciendo bruscamente hacia la derecha, bajó por la Pilestráde³. Cuando ya llevaba andado un buen trecho, empezó a titubear y por fin se detuvo. No se veía un alma viva por ninguna parte. Todas las casas aparecían sumidas en sombras. En las compactas arboledas de huertos y parques, las copas estaban como incrustadas unas en otras, durmiendo. Por doquier se extendía el perfume de los árboles florecidos, emanación tibia y levemente acre como el olor que exhala la tierra después de la lluvia. Miguel reanudó su marcha a paso lento. Al doblar una esquina, llegó a sus oídos el canto de las vísperas del convento de Santa Clara. Aquellas voces sonaban claras y diáfanas, aunque amortiguadas por los muros: eran voces suplicantes, como salidas de gargantas de cautivos encerrados en una mazmorra subterránea. Y Miguel creyó estar viendo el crucifijo: le pareció que allí abajo estaba la imagen del Crucificado, y que ésta se iba elevando, roja y azul, en el claroscuro de la noche nórdica. El zanguilargo se detuvo al llegar frente a un huerto situado entre dos casas bastante altas, y cerrado por una valla que daba a la calle. Allí se quedó inmóvil durante unos minutos. De cuando en cuando las hojas crujían quedamente, como si fueran cayendo suavemente, formando un montón silencioso. El borde del gablete frontal de una de las casas, húmedo de rocío, refulgía a la luz de las estrellas... Miguel reanudó su marcha a pasos quedos, titubeantes... Allí por la plaza del Mercado todavía había vida y luz. Aquella desusada animación se debía a los soldados extranjeros, que no podían resistir a la tentación de salir a la calle, aunque entre ellos había también numerosos ciudadanos de Copenhague. Ya Miguel iba a dar la vuelta y volverse por la calle de Kóbmager para regresar a su residencia cuando, de pronto, se tropezó con un grupo de lansquenetes que venían en animado tropel. —¡Caramba, mira por dónde nos encontramos de nuevo con nuestro docto amigo! —exclamó uno de ellos, con un acento que a Miguel le era familiar e inconfundible. Eran los cuatro soldados de la Guardia que él conociera por vez primera en las afueras de Serritslev a los que se habían agregado ahora algunos más. Clas tomó del brazo a Miguel invitándolo a incorporarse al grupo. Miguel accedió de buen grado. Zigzagueando de acá para allá, recorrieron diferentes tabernas remojando

en todas ellas el gaznate. Miguel tenía buenas ganas de divertirse y estar alegre como los demás; pero le fue imposible, pues observó que Otte Iversen seguía apareciendo tan triste, deprimido y hosco como siempre. Y para colmo, Miguel acabó por enterarse de que ellos buscaban su compañía sólo porque les servía de diversión. Al cruzar por la plaza de Hójbrog, se unió a ellos un paje delgaducho, con las piernas enfundadas en medias de color amarillo, el cual entabló conversación con el grupo. Lo que él decía, sin duda, debía de ser interesantísimo, a juzgar por la expresión de los rostros de sus oyentes. A paso rápido subieron todos juntos por la calle y luego doblaron hacia la Hyskenstråde. Todos se olvidaron de la presencia de Miguel, el cual se rezagó del grupo y se detuvo un momento, mirando en torno. Ante sus ojos se alzaba la mole del Castillo Real, sombrío y silencioso; ninguna cosa se movía excepto la yola que se mecía en el canal, junto a los pilotes del puente. En un plano más distante, se erguía silencioso contra el cielo el torreón, mirando al mundo exterior con los diminutos ojos ceñudos de sus troneras. Miguel masculló quedamente unos versos de Virgilio, versos que hablaban de la noche eterna y de la noche en vela. Vaciló un instante pensando en si debería regresar a su yacija. Pero ¿para qué? ¿Para estar allí tendido oyendo los ronquidos de Ove Gabriel? Miguel bajó la cabeza y echó a andar en seguimiento de los otros. Pensó que el hecho de que ellos le hubieran dejado atrás no significaba precisamente que ellos se hubieran cansado de su compañía. En varios puntos de la calle Hyskenstråde se veían brillar luces. Miguel se deslizó como una sombra por delante de las puertas cerradas, y percibió el olor característico de aquel lugar: un olor a esteras de esparto y a nuez moscada... Aquello evocaba vagamente en él la visión de caravanas indias, estiércol de camellos, aridez de desiertos... Del mesón de Conrado Vincens salía un rumor de voces. La puerta estaba abierta. Miguel se aproximó cautelosamente y atisbo hacia el interior. En una sala se veía un grupo de caballeros formando círculo. Allí estaban los soldados de la Guardia Sajona. Era evidente que allí estaba ocurriendo algo insólito. Miguel Thógersen no se atrevió a entrar; pero se escurrió hacia un lado, de modo que pudiera ver sin ser visto. Y de pronto divisó, junto a la gran pared de la sala, una figura humana, en la que reconoció al joven príncipe, que entonces contaba dieciséis años. Este príncipe era Cristián, el hijo del rey de Dinamarca. Miguel experimentó un sobresalto sintiendo que la sangre le encendía el rostro, y dio un paso atrás, lleno de emoción y nerviosismo. La impresión producida por esta visión quedó para siempre grabada en la mente de Miguel: tal como vio al príncipe aquella noche, lo seguiría viendo en su recuerdo a lo largo de su vida. Las piernas, ligeramente abiertas, enfundadas en medias de un alegre color

verdegay; los pies, calzados con rojos zapatos de largas puntas vueltas hacia arriba; el pecho, medio vuelto hacia Miguel. Desde los hombros bajaba hasta el pecho una cadena de oro. En la mano izquierda sostenía un precioso racimo de pasas, de las que arrancaba una de cuando en cuando y se la llevaba a la boca. Miguel distinguió con toda claridad el perfil de su hermosa boca, de labios finos y brillantes; en torno de su barbilla se extendía una débil sombra como un oscuro principio de barba. Pero lo que más maravillaba a Miguel eran sus ojos, que eran pequeños y cuyas comisuras exteriores apuntaban ligeramente hacia las sienes, pero que poseían un brillo intenso. El príncipe Cristián estaba dotado de un poderoso cogote: su cuello era grueso y redondo. De pronto el príncipe volvió su rostro hacia el embelesado y adulón servil Conrado Vincens, y le hizo una seña con un elegante movimiento de cabeza... Su cabello era de un marcado color rojizo oscuro. —¡También yo soy pelirrojo, como él! —pensó Miguel. ¡Qué seriedad había en aquel rostro, casi infantil aún! Pero, no: en aquel instante empieza a reír, frunciendo los ángulos de los ojos. ¡Maravilloso, exacto! Sus facciones han alcanzado ahora su perfecto equilibrio. ¡Qué espectáculo más singular ofrecen los seres humanos! A Miguel se le humedecieron los ojos, mientras mantenía la mirada fija e inmóvil... Involuntariamente emitió un sonoro suspiro a la par que se abandonaba a un irresistible sentimiento de adoración. Tenía todos los sentidos puestos en cuantos detalles se desarrollaban ante sus ojos. Todos los caballeros allí presentes se movían con porte de dignidad en torno del príncipe; todos ellos adoptaban una postura de pies cortesana y galante. Uno de ellos se adelantó y barrió el aire hacia atrás con las plumas de birrete; a continuación otro empezó a hablar enseñando sus dientes blancos en una sonrisa, y haciendo una gentil inclinación. Luego se irguieron ceremoniosamente en el aire grandes copas, que aquellos caballeros bebieron a la salud del príncipe. Éste correspondió con profundas inclinaciones de cabeza hasta dar con la barbilla contra el pecho. Conrado Vincens andaba dando saltitos febriles de un lado a otro, con una aureola de cabellos en torno de su cabeza. Miguel vio a un raro personaje que se movía con toda libertad por la sala: un homúnculo jorobado, vestido con un traje de colorines. Cuando alguien le dirigía la palabra, él daba un salto de lado sobre una pierna, y contestaba con presteza y agilidad como un perrillo que se alzada, ladrando, sobre las patas traseras. Miguel observó que, cuando el jorobado decía algo, siempre hinchaba el carrillo derecho con la lengua. En una de las veces, todos los presentes prorrumpieron en carcajadas, y hasta el mismo príncipe enseñó su dentadura, y Miguel vio cómo el enano hinchaba atrozmente el carrillo... Miguel no pudo por menos de reírse a solas, con una sonrisa

condescendiente. ¡Qué finas y educadas eran las voces que allí dentro resonaban amortiguadas! En la sala ardían dos grandes lámparas de ámbar gris. En el rincón más alejado de la sala, Miguel descubrió la presencia de Otte Iversen, que estaba en pie, solitario, pero al parecer de buen humor. Este último detalle ya no le importaba mucho a Miguel, que en aquel momento ya no sentía tanta simpatía por Otte. Largo tiempo permaneció allí Miguel, absorto, saciando su vista con la hermosura de aquellos colores y la visión de aquellos caballeros. Le pareció que también a él le tocaba un rayito de la gracia y favor del príncipe. En esto se produjo en el interior del mesón un múltiple ruido, como de gente que se levantara y se dispusiera a salir a la calle. Miguel se hizo a un lado precipitadamente, y vio cómo el grupo se lanzaba a la calle en alegre tropel, dirigiéndose en línea recta al mesón del acaudalado Martín Gálze. Y entonces se fijó en el especial modo de andar del príncipe Cristián. Miguel anduvo callejeando todavía un par de horas más por la ciudad. Mucho después de la medianoche, volvió a tropezarse con los lansquenets alemanes en el preciso momento en que éstos, sin notar la presencia de él, doblaban una esquina para entrar en un tugurio de mala fama, situado junto a los muelles. Por su modo de hablar a voces juzgó Miguel que sus amigos se encontraban ya completamente borrachos y desenfrenados. Pero Otte Iversen no iba ya con ellos. Al día siguiente, los ciudadanos de Copenhague vieron asombrados, en lo alto de una elevada casa que daba a la plaza del Mercado, un coche con sus cuatro ruedas montadas transversalmente sobre el caballete del tejado. Alguien, durante la noche, tuvo la ocurrencia de desmontar el vehículo, izar sus piezas sobre el tejado y montarlas otra vez sobre el caballete. Antes del mediodía, ya toda la ciudad sabía que el responsable del desaguisado era el príncipe Cristián.

EL SOÑADOR

ERA a una hora muy avanzada de la mañana cuando Miguel Thógersen se despertó. Todavía permaneció un buen rato acostado antes de sentirse completamente despabilado y despejado. Durante la noche había soñado las cosas más disparatadas, aunque él ya no recordaba nada de su sueño. La luz caía directamente por la claraboya del techo iluminando la sórdida habitación. Aunque hacía ya muchas horas que Ove Gabriel se había levantado y puesto a estudiar, Miguel olfateó su presencia y frunció con asco la nariz como quien percibe de pronto un olor repelente. ¿Acaso el nuevo día traería algún suceso importante para su vida? ¿Valdría la pena levantarse y salir a la calle para entregar su vida a las manos del hado, mezclándose entre las gentes de la ciudad? Miguel recapacitó un momento. Bien mirado, el día anterior no había ocurrido en realidad nada decisivo para él; y, sin embargo, sentía ahora la vivísima impresión que en su espíritu grabaran sus aventuras de la víspera. Se estremecía al pensar en el significado e importancia de los nuevos acontecimientos. Todos los valores se cotizaban más bajos que nunca, y Miguel estaba ahora convencido de que no le era posible mantenerse por más tiempo en su actual situación. Se incorporó en el lecho, volviéndose hacia la pared, y se quedó meditando con la mirada perdida en el vacío. Al cabo de un rato echó hacia atrás la cabeza cerrando los ojos: sus pensamientos habían prendido en el recuerdo de Susana. Pero, casi instantáneamente, sintió un hambre devoradora, atroz... Se levantó y alargó la mano para atrapar sus prendas de vestir. Miguel no poseía nada. Vivía como los pájaros del cielo. En cada nuevo día se veía forzado a luchar con los hombres, con las cosas, con el destino. Mientras se enfundaba sus rojos y odiados calzones de cuero, se preguntó adonde iría aquel día a mendigar su sustento. Al fin determinó ir a probar fortuna en las afueras de la ciudad, donde la gente aún no había sido apenas víctima de los engaños y abusos de los estudiantes y otros bribones. Era un día radiante del mes de mayo. Miguel salió a la calle y, con paso rápido y resuelto, transpuso la Puerta del Norte. Al llegar a la vista de los campos, la luz deslumbrante lo dejó aturdido, haciéndole desviar una tímida mirada de reojo hacia el cielo. La tierra exhalaba el perfume de la primavera... ¿Qué recuerdo evocaba en su memoria aquella fragante emanación de la tierra? El centeno verde...; Qué lejos quedaba todo aquello! El sol entibiaba la tierra como una bendición. Miguel caminaba mirando a derecha e izquierda. Aquel era un día feliz de verdad. Miguel se sentía ligero, ágil,

rejuvenecido. Caminando en dirección rectilínea, no tardó en encontrarse cómodamente sentado a la mesa en una granja apartada, situada junto a los lagos. En aquel lugar soleado le sirvieron grandes platos rebosantes sin hacerle preguntas indiscretas. El granjero llenó para él un jarro de espumosa cerveza, expresando la satisfacción que le causaba la visita de Miguel. Le informó que a aquel lugar no llegaban diariamente personas ilustradas como él, pidiéndole comer a título gratuito. (Miguel se apuntó cuidadosamente este dato en la memoria.) Una vez que hubo comido y bebido a placer, Miguel volvió a la ciudad contento y en paz consigo mismo. Aquel era un día completo para él. Mientras caminaba hacia la ciudad, se iba relamiendo todavía los labios. Mirando de reojo a las nubes, siguió, pestañeando, el vuelo de un pájaro en el aire mientras pronunciaba unas frases en latín hablando con su propia alma inmortal. De repente se detuvo titubeando... ¿Por qué no realizar hoy mismo el proyecto que hacía tanto tiempo venía acariciando, por qué no encaminarse directamente a la residencia de Jens Andersen y someterse a una prueba? Miguel confiaba en obtener éxito de aquella entrevista. Por otra parte, aquel gran maestro era paisano suyo. —Sí. Tiene que ser hoy mismo. Ahora tendré el valor de hacerlo. Pero apenas hubo tomado esta resolución y reanudado la marcha, su decisión empezó a flaquear. Caminaba ya sin ganas. Entre un mare mágnum de dudas, enfiló la calle donde él sabía que tenía su residencia Andersen. Al llegar a la puerta, se detuvo, completamente descorazonado; pero, puesto que había empezado, tenía que terminar de una vez. Miguel Thógersen entró en una espaciosa habitación, vislumbrando infolios a lo largo de las paredes. Miguel apenas tuvo tiempo de verlos, porque, en aquel mismo momento, se levantó Jens Andersen de una mesa y salió apresuradamente a su encuentro. Era Andersen un hombre de anchas espaldas, rechoncho, y tenía una frente inmensa. Hablaba rápidamente en voz baja y grave. Miguel estaba seguro de que, si el maestro bajaba la voz, era porque se encontraba frente a un hombre igual a él, un hombre a quien preguntaba con sencillez qué deseaba y cómo se llamaba. Jens Andersen siempre tenía prisa. Y entonces Miguel expuso el objeto de su visita y contestó como pudo a las preguntas del maestro. Andersen le dijo que, si quería un buen consejo, él le recomendaba que fuera a estudiar al extranjero... Pero, como siempre, Miguel se distrajo, arrastrada irresistiblemente su atención por las cosas que veía a su alrededor... Por otra parte, él estaba acostumbrado a que todo el mundo recibiera con cierto asombro al Cigüeña, y Andersen no hizo nada de eso... ¡Qué extraña personalidad la de aquel hombre! Sin embargo, Miguel no dio importancia a este detalle. Al tocar el tema de un posible viaje al extranjero, Miguel

apenas hizo más que balbucir una objeción, sintiéndose muy solo y acometido de vértigo al pensar en Roma, en aquella tierra perdida como un pájaro en la lejanía del Sur... —Además, yo no soy más que el hijo de un herrero de la comarca del fiordo de Lim... Miguel insistió mucho en este punto. Jens Andersen descargó una tremenda patada en el suelo, volviendo la cara hacia un lado. Era hombre rápido, vivo, tajante, como un pequeño comerciante. Enfurruñado, Miguel levantó hacia él una mirada de soslayo, y sus ojos tropezaron con un cuello grueso como el de un toro y un pelo blancuzco cortado muy al ras del cogote... De repente Jens Andersen se volvió hacia Miguel y le perforó los ojos con la mirada de sus ojos sin brillo: era una mirada cortés e impenetrable, pero dotada de una fuerza que inesperadamente se convertía en un huracán... Ante aquella mirada, Miguel no encontró más defensa que mirar cara a cara a la gran faz rasurada de aquel hombre. El color de su tez era pálido, y su piel, gruesa, sin una sola arruga... Sus dientes parecían negros. Fácilmente se adivinaba que era un jutlandés. Pero Miguel no fue capaz de seguir soportando aquella mirada. Desvió la vista para mirar fascinado a los estantes de la biblioteca que lo rodeaban por los cuatro lados. Un cuarto de hora después, Miguel se encontraba de nuevo en la calle. —¡Vaya, vaya! ¡Mira en qué ha terminado por fin la aventura! Durante la entrevista, Jens Andersen Beldenak estuvo disparatando, hablando de cuanto existe en el cielo y en la tierra, y al final procedió a interrogar a Miguel sometiéndolo a un examen muy benigno. Miguel había contestado como en sueños a las preguntas del maestro; pero, así y todo, había acertado a dar buena cuenta de sus conocimientos y acervo cultural. ¡Lástima que se hubiera trabucado al escandir un verso de Horacio! Aquella equivocación hizo levantar los brazos al maestro y azotar furiosamente el aire con sus manos velludas... Miguel se alejó de allí a hurtadillas, empapado de sudor, y con la cabeza gacha, como un perro arrojado a puntapiés a la calle. Cuando al fin se atrevió a asomar su avergonzada nariz por debajo del capuchón para mirar a su alrededor, vio que se encontraba en la plaza de Hójbros. En esta plaza reinaba gran animación, como siempre. Al llegar a uno de los arcos de entrada, se detuvo, refugiándose en un rincón, con las facciones contraídas, concentrado, como el que está haciendo un gran esfuerzo de imaginación. En realidad se hallaba medio inconsciente, como en desvarío. La desilusión y la vergüenza habían hincado en él sus garras, y su exagerado sentimiento de la dignidad —de la propia dignidad— se revolvía en su interior como una fiera acorralada. A pesar de las ideas negras que lo mantenían paralizado y mudo en su rincón, él no perdía detalle de cuanto ocurría a su alrededor. Veía aquellos colores vivos que herían sus ojos con una brutal claridad; en la

calle gritaba una comadre, voceando sus arenques: —¡Arenque desollado!... Desollado se sentía allí Miguel, desollado y bamboleándose como la canal de una res recién sacrificada en aquella atmósfera corrompida. En esto sonó un clamor de trompetas, procedente del Castillo real, y su sonido le produjo a Miguel la sensación de una espina que se clavara en su cerebro. El estudiante sintió un sobresalto, pero continuaba más abatido y derrotado que nunca. Se oyó el chirriar del puente levadizo que descendía frente a la puerta, y a continuación un ruidoso tropel de jinetes pasando sobre las planchas del puente. Todos ellos pertenecían a las familias más distinguidas. Pasaron atronando la calle y, a buen trote, doblaron una esquina en dirección a la plaza de Hójbro: caballos y caballeros se inclinaron a un lado al tomar velozmente la curva. ¡Qué botes más ridículos daban los jinetes sobre las sillas! Sus espadas tintineaban bailando locas en las anillas de sujeción, y sus capas coloradas flotaban al viento como gritando ¡Hurra! Miguel abandonó su escondrijo y se adentró en la ciudad. Soldados y estruendo de caballos por todas partes. Vio cómo el joven noble Slenz en persona salía a caballo bajo el arco, seguido de su escudero. Iba armado de punta en blanco. El yelmo de aquel magnífico hombre de hierro se volvía a derecha e izquierda, con la dignidad propia de un César. Llevaba alzada la visera. Sus inmensos mostachos reflejaban al sol. Se oían los bufidos de su caballo, arreado con una preciosa gualdrapa. Calle abajo y calle arriba, anduvo Miguel vagando por la ciudad, sumido en sus negros pensamientos. Todas las calles iban a desembocar, en definitiva, al Volden. Se sentía aprisionado en aquella ciudad mísera y pringosa, cuyas callejas estaban sucias de mucílago de pescado, de escamas de arenques, de cerdos... Miguel alzó los ojos para rehuir la visión de aquellas callejas y contemplar libremente el cielo. El aire estaba saturado de humedad, navegaban nubes por el firmamento. Por una natural asociación de ideas, Miguel recordó el mar, y echó a andar hacia la orilla. Corría un viento fresco. Las olas danzaban, vivas y encrespadas. Allá por el Sund, azul y agitado, avanzaban laboriosamente las lanchas contra viento y marea, alzándose alternativamente sobre popa y sobre proa, sobre un mar peligroso. Y de pronto sintió Miguel como si una niebla se disipara ante sus ojos: ahora recordaba los detalles de su sueño. Había soñado que se encontraba en alta mar. Y en aquel mar lejano vio una visión extraña, maravillosa. Sobre el lejano horizonte marino brillaba una columna blanca, radiante. Aunque sus dimensiones no parecían mayores que las de un dedo de la mano, él comprendió que debía de tener una altura colosal, dada la inconcebible distancia a que se encontraba de él. Aquella columna se levantaba hacia el cielo como una cumbre de plata, resplandeciente y blanca

como la nieve. Sobre ella, a una distancia aparentemente igual a un cuarto del círculo del cielo, se divisaba una cúpula de poca curvatura, azulada, como de cristal, que probablemente abarcaría una enormidad de leguas de extensión. Mientras se encontraba en aquel mar errante y vacío, contemplando con ojos asombrados aquel espectáculo, le pareció que desde el punto en que se hallaba corría un gran río hasta la ciudad. Porque aquello era una ciudad, y esta ciudad se hallaba al otro lado de la Tierra. Miguel Thógersen se encaminó hacia su domicilio. Consideró que ya había vivido bastante aquel día. Estaba fatigado de tantas impresiones. Evitó pasar por Los Sauces: no quería pasar hoy delante de la verja y buscar con los ojos, como otras veces, la figura de Susana entre los árboles. Apenas llegó a su habitación, se tendió en la cama. Ove Gabriel no estaba en casa. Había salido muy quedo, para ir a cantar de puerta en puerta, revolviendo y poniendo en blanco sus inocentísimos ojos. Miguel permaneció acostado boca arriba durante un par de horas, absorto y perdido en sus pensamientos. Al anochecer, regresó Ove Gabriel con su saco lleno. Sin decir palabra, Miguel se levantó y se marchó de casa. La noche sorprendió a Miguel caminando hacia las afueras de Copenhague, después de transponer la Puerta del Oeste. De pronto oyó a su espalda el galope de un caballo, que salía de la ciudad. Cuando Miguel se volvió a ver quién lo montaba, ya el caballo pasaba junto a él. El jinete no era otro que Otte Iversen. En un instante desapareció de su vista. Miguel lo siguió con la mirada asombrada, mientras el caballo desaparecía a galope tendido, disparando tierra y piedras con sus cascos. De todas direcciones llegaba hasta él el aroma de los sembrados verdes. La noche estaba encalmada. Las ranas cantaban y cantaban en interminables sueños. Cuando, una hora después, iba a entrar de nuevo en la ciudad por la Puerta del Norte, oyó pasar de nuevo a su lado el estruendo de un galope. Se desvió un poco, y vio a Otte Iversen dirigirse a un desenfrenado galope al interior de la ciudad. Algunos días después Miguel Thógersen, el estudiante, famoso por su sobrenombre del Cigüeña, salía expulsado, bruscamente y sin previo aviso, de la Universidad de Copenhague. Sin embargo, esta expulsión no le sorprendió demasiado. Casi la esperaba, teniendo en cuenta que, desde hacía algún tiempo, se venía olvidando del cumplimiento de sus deberes religiosos. El día en que se le notificó la expulsión, Ove Gabriel miró a Miguel como quien mira a un hereje. Desde aquel momento, Miguel se sintió como un pájaro libertado de su jaula, a pesar de saber que no tenía la conciencia limpia. Lo primero que se le ocurrió ahora en su nueva vida fue dejarse crecer el bigote. Mientras el tiempo pasaba derramando sobre él desdichas, miserias, ceguera y miedo de vivir, en su rostro iba creciendo un bigote pelirrojo: dos exuberantes

mechones que iban descendiendo tercamente junto a las dos comisuras de su boca.

LA PENA PRIMAVERAL

TODO lo que Miguel Thógersen sabía de Susana era que ésta se albergaba bajo el techo del viejo judío Mendel Speyer. Miguel pensaba que posiblemente era hija suya. El conocía muy bien el nombre de Susana desde mucho antes de haberla visto por vez primera dentro del huerto del judío: en los postes de sustentación de la casa de Mendel Speyer había visto repetidas veces el nombre de ella escrito juntamente con dibujos de figuras difamantes y obscenas. De cuando en cuando alguien borraba el nombre y el dibujo, que luego volvían a aparecer para ser borrados inmediatamente. Un día Miguel vio cómo el viejo israelita regresaba a su casa, y antes de llegar a la puerta, fijaba un momento sus ojos en la esquina donde solían verse aquellos dibujos... Pero aquel día no había nada escrito. Sólo dos veces había conseguido ver claramente a Susana. Después de la segunda vez ya no se atrevió a detenerse allí con tanta frecuencia. Miguel solía cruzar la calleja aquella como un hombre que va a vigilar sus propiedades; en tales ocasiones se detenía un momento delante de la verja y echaba una furtiva mirada al interior del huerto, como al azar y a veces acertaba a ver, como en un relámpago, a Susana. Esta solía salir a los senderos invadidos de hierba a la hora del mediodía o hacia la noche... Todo el huerto estaba cubierto de matas y hierbajos, altas cicutas y rábanos silvestres, brotados espontáneamente del suelo. A derecha e izquierda los manzanos erguían sus troncos. En el ángulo que daba a la calle se veía un enorme saúco de ramaje espeso que formaba como un techo. Miguel sospechaba que este árbol formaba una especie de cenador con entrada por la parte del huerto, y que en este cenador pasaba Susana algunos de sus ratos. En efecto, detrás de aquella pared de ramas y hojas había percibido leves crujidos y movimientos. Tal vez Susana se ocultaba allí para espiar, mirando hacia la calle por entre las hojas... Aunque Miguel no sentía gran simpatía por los saúcos, aquel árbol le atraía, porque se imaginaba que detrás de él se ocultaba Susana. Cuando Miguel pasaba por allí a la hora crepuscular, veía luz detrás de los cristales de una claraboya situada en el gablete que daba al huerto. Al cerrar la noche, ya no se veía aquella luz. A pesar de ello, Miguel le dirigía una mirada al pasar. A escasa distancia de la casa de Mendel Speyer, y casi frente a ella, se alzaba el convento de Santa Clara. Este edificio formaba un ángulo de sombra, en el que Miguel vio que, afortunadamente para él, podía esconderse en pie desde el anochecer en adelante. Desde aquel rincón podía contemplar la ventana a su gusto. En aquel refugio sombrío se encontraba Miguel en las primeras horas de la noche del Domingo de Pascua de Resurrección, cuando había ya caído el silencio sobre la ciudad, Y es que toda la población había vibrado aquel día, llenando de ruido la ciudad. Había comenzado la fiesta a la salida del sol: todos los barrios de Copenhague habían celebrado la Pascua con bailes, tañidos de campanas, borracheras y música. En los jardines situados al norte de la ciudad los árboles de mayo estaban tan juntos que formaban un bosque denso: en torno de ellos habían evolucionado, alegres y felices, los ciudadanos de Copenhague. El crepúsculo los sorprendió comiendo y bebiendo todavía. Los soldados alemanes se habían divertido a más y mejor; sin duda querían reanimar su espíritu antes de partir para la guerra. También Miguel intentó sumarse al jolgorio general incorporándose a aquella alegre corriente humana; pero, apenas se dejó ver, su presencia provocó el desencadenamiento de un tumulto y griterío en torno suyo. Los chiquillos lo reconocieron. Se había despojado de la capa y del capuchón, dejando al descubierto sus

rojas piernas en toda su fantástica longitud. Le hicieron objeto de una especie de extraño culto —el culto tributado a la juventud—, y danzaron en torno suyo cantando una canción cariñosa y jovial. Miguel se alejó del gentío a grandes zancadas y fue a esconderse al cementerio de San Nicolás. Allí permaneció la mayor parte del día, tendido en un herboso rincón circundado de tumbas, calentándose al sol. Todo era silencio en torno. Sólo se oía el piar de los pájaros y, acá y allá, el zumbido del vuelo de alguna mosca errante. Por una de las troneras más altas de la torre salió volando un milano, alejándose hacia los campos. Miguel estuvo perezosamente tumbado boca arriba, profundamente hundido entre las altas hierbas y malezas. De cuando en cuando arrancaba un verde tallo de hierba, que contenía un jugo amarillo; se llevaba a la boca semillas tiernas y se enrollaba tallos de hierba a los dedos. Así transcurrieron las horas, mientras en torno suyo bullía y palpitaba la ciudad. Allá lejos, muy lejos, resonaban de cuando en cuando estruendosos clamores de júbilo y fiesta. Cuando empezó a anochecer, Miguel se escabulló de su escondrijo del cementerio, y saliendo a las afueras de la ciudad, se dirigió a una granja, donde consiguió que le dieran de cenar. A cada bocado que engullía, sentía la voz de su conciencia que le decía que estaba engañando a aquella buena gente, puesto que había dejado ya de ser estudiante...

* * *

...Y ahora se encontraba en pie en su escondite del Convento de Santa Clara, en medio de la noche fresca y silenciosa. Mientras toda la ciudad dormía, Miguel seguía en vela como ese hondo zumbido que a veces queda vibrando en los oídos cuando ya todos los ruidos del mundo exterior han enmudecido. La noche estaba impregnada del aroma que exhalaban los huertos y jardines húmedos de rocío. Reinaba una intensa claridad: hacia el oriente se levantaba un resplandor por encima de los huertos: estaba saliendo la luna. Sintió que alguien bajaba por la calle. Se acercaba un ruido de pasos... Miguel creyó que eran los pasos del sereno. Pero no tardó en oír un metálico tintineo de espuelas. Como no quería que le vieran tan cerca de la casa de Mendel Speyer, Miguel salió de su rincón de sombra y echó a andar perezosamente por la calle. Cuando llegaba a la altura de la calle Ostergade, le alcanzó el hombre de las espuelas. Miguel notó cómo el hombre aceleraba el paso, y sintió que alguien le daba una palmada en el hombro. Al volverse, vio con asombro que el desconocido era Otte Iversen. ¡Ahora resultaba que Otte lo conocía! ¿Qué iba a pasar? —se preguntó Miguel. —Buenas noches —exclamó el joven hidalgo con voz queda y en el tono familiar de un amigo—. ¿No sois Miguel Thógersen? —El mismo, sí, señor. —No hace mucho nos hemos encontrado allá en Serritslev, juntos. Y más tarde me volví a tropezar con vos, por cierto. Conque ¿dando un paseo nocturno? No es para menos: hace un tiempo hermoso. No sé si... Hablaba con voz velada, en un tono de extraña dulzura, como el de un hombre que hubiera estado solo durante largo tiempo. Se detuvo, inclinándose con cierta expresión de embarazo: la débil claridad nocturna resbalaba sobre el pomo

de su puñal... —Ciertamente, señor; hace un tiempo casi demasiado bueno para ir ahora a dormir —repuso Miguel. —Tal vez podríais... Ya que habéis salido, ¿no querríais dar un paseo en mi compañía? Como Miguel dijera que no tenía ningún inconveniente en ello, echaron a andar juntos por la Ostergade, cruzando la ciudad. —Podéis creerme —prosiguió Otte Iversen— que, a pesar de ser danés, no conozco a nadie en esta ciudad. Vos sois el único conocido que me he encontrado aquí. —¿De veras, señor? Miguel no dijo más, pensando que sin duda era verdad lo que el otro decía. Ambos caminaron sin decir palabra hasta llegar a la iglesia de Nuestra Señora. —¡Ejem...! —tosió levemente Otte Iversen—. ¿Os gustaría acompañarme hasta la casa donde vivo para echar unos tragos en mi compañía? Ahora su tono era diferente. Un tono frío, que parecía reflejar una inexplicable tristeza. Miguel dijo que no tenía motivos para rehusar su invitación, y siguieron caminando hasta llegar a la casa de la Vestergade en la que se alojaba Otte Iversen. La puerta estaba cerrada. —Vaya, no podríamos entrar sin despertar a los vecinos con nuestras llamadas —dijo hablando consigo mismo—. Pero tengo una media cántara de hidromel en el cobertizo donde guardo el caballo. Cruzando por el patio bañado de luz lunar, llegaron a un gran cobertizo. Otte Iversen abrió la puerta de un puñetazo. —Soy yo —exclamó Otte, en el momento en que un mozo se levantaba de un salto de su colchón de paja—. Anda, enciende la vela. Al encender la luz, el mozo echó una mirada de soslayo a Miguel. Era una caballeriza muy espaciosa, pero sólo se veía un caballo en los pesebres. Otte Iversen se dirigió al caballo y se puso a mirarlo, acariciándolo y dándole palmadas. —Bien, puedes acostarte otra vez —le dijo al mozo. Dirigiéndose a un rincón, extendió las manos buscando a tientas hasta tropezar con un cántaro, y, después de dar unas palmaditas sobre su lisa superficie exterior, echó una ojeada a su interior. —Aquí suelo permanecer yo casi siempre, junto a mi caballo... ¿Qué os parece si nos sentáramos en esta pila? Todavía hay un poco de hidromel en este jarro; está lleno hasta la parte estrecha, eso es... ¡Ea, hacedme la merced! Miguel empezó a beber. Era un hidromel fuerte, de un sabor turbador, como un hechizo. La bebida cayó a chorro por sus fauces, reanimándolo instantáneamente. A continuación bebió Otte Iversen un largo y lento trago. Luego se sentaron uno al lado del otro sobre la pila. El mozo, que había vuelto a acostarse en su lecho de paja, dormía va profundamente. En el pesebre el caballo pellizcaba el pienso, masticándolo quedamente. En una abrazadera de sujeción fijada a la pared, ardía un cabo de vela. En torno de ellos se extendía un silencio de muerte. El corral, delante de la puerta, estaba blanco de luz lunar como una capa de nieve. Pasaba de la medianoche. Simulando distracción e indiferencia, Miguel

consiguió contemplar a su sabor a Otte Iversen. La actitud del joven hidalgo frente a Miguel se iba tornando cada vez más extraña. Sin embargo, en su rostro no se descubría otra cosa que una expresión de dolorido reproche. Tenía los labios apretados y la mirada aússente. Finalmente se levantó de un salto: —Está haciendo aquí un calor sofocante... Será mejor que salgamos a ia calle. Pero terminemos antes ei jarro. Vaciaron el cántaro y salieron. Otte Iversen se volvió y cerró la puerta empujándola suavemente. Momentos después se encontraban los dos caminando junto a la muralla de la ciudad. Torcieron a la derecha y continuaron caminando a lo largo de los muros, siempre mudos y taciturnos. Pero a Otte Iversen le resultó imposible seguir callado. —¡Noche magnífica, en verdad! —exclamó en tono alegre, volviendo su rostro sonriente hacia el cielo, bajo la luz de la luna—. Estamos entrando ya en el hermoso tiempo de mayo. Dentro de quince días se habrá acabado todo: esta hermosa luna... ¡Todo! Miguel miró, sorprendido, al joven y noble soldado, que se había detenido bruscamente, con aspecto agitado, como si un escalofrío sacudiera su cuerpo. —¿Creéis acaso que me asusta la guerra que está a punto de empezar? —preguntó Otte Iversen reanudando la marcha—. Ya sé que no creéis eso... Pero decidme: ¿Por ventura sois hombre casado? ¿O tal vez estáis prometido...? —Pues... no —repuso Miguel, moviendo nervioso la cabeza y casi paralizado de espanto. —¿Os imagináis la situación de un hombre que está prometido en matrimonio y de repente tiene que marchar y abandonar a su novia? Yo estoy prometido a una muchacha... Me he despedido ya de ella. Antes de decirnos adiós, ella me prometió que me esperaría siempre, por larga que fuera la espera. Miguel no osó moverse siquiera por el embarazo y turbación que le producía la angustia y el dolor que visiblemente atormentaban a Otte Iversen. —Mi prometida se llama Ana Mette —añadió Otte Iversen un minuto después, en voz muy queda. Siguieron caminando en silencio. Cuando Otte Iversen volvió a hablar, su voz sonó emocionada y débil. La evocación de aquel nombre había puesto en su voz una nota sorda y ardiente. —He dejado lejos mi terruño... Soy de Jutlandia. Mi casa solariega está a orillas del fiordo de Lim... —Otte tosió nerviosamente e hizo una pausa para dar tiempo a que su voz volviera a ser firme y segura—. Hace ya muchos años que murió mi padre. Mi madre posee en propiedad la casa señorial... Hablaba con voz entrecortada. Se veía que vacilaba, dudando de si debía continuar hablando de aquel tema. Miguel pensó que estaba en la obligación de darse a conocer, a su vez. Pero ¿qué ganaba con revelar al compañero su propia identidad y lugar de nacimiento? Si así lo hacía, tal vez no consiguiera más que contrariar o irritar a Otte Iversen. Por eso permaneció callado. Cruzaron por la Puerta del Norte. El centinela iba y

venía pavoneándose con la alabarda al brazo, y de pronto se detuvo en seco y se puso a espiar, receloso, los pasos de los dos paseantes nocturnos. —La conocí... cuando... Sí, hace cinco años que nos conocemos —prosiguió Otte Iversen —; la primera vez que la vi, yo no era más que un niño. Mi madre no sabía nada de nuestras relaciones... Nos ocurrieron cosas famosas. Gustaba yo mucho de navegar por el río, en el que solía hacer excursiones en la barca de mi propiedad, llegando frecuentemente hasta la playa. Ana es hija de un pescador, y su casa está a las mismas orillas del fiordo. Allí la vi a ella por vez primera. Aunque a la sazón sólo contaba catorce años, estaba casi hecha una mujer. A partir de entonces seguí viéndola con frecuencia... Un buen día en que estábamos pescando con caña en la desembocadura del río, la invité a que me acompañara en una excursión en bote. Ella aceptó la invitación casi sin oponer reparos, y los dos saltamos a la barca... Otte Iversen hizo una pausa para tomar aliento. Miguel conocía perfectamente al pescador. Este se llamaba Jens Sivertsen. Miguel había visto a Ana casi a diario; pero entonces ella era todavía muy niña. Tenía a la sazón cabellos rubios, dorados, y una tez blanca y sonrosada como suelen tenerlos los pequeñines. Pero ¿cómo se explicaba toda aquella extraña historia? —Y de pronto, al volver la vista atrás, ¡observé que estábamos alejados de la orilla! —continuó explicando Otte con voz excitada—. Yo había notado perfectamente que el río iba adquiriendo profundidad, pero sin darme cuenta de lo que aquello significaba. Estábamos con la cabeza baja contemplando el agua, sin pensar en otra cosa. Nos habíamos alejado de tierra. Yo impulsaba la barca con la pértiga, y cuando iba a apoyar ésta contra el fondo para volver a la orilla, vi con espanto que no llegaba hasta el fondo. Otte subrayó la angustia de aquel trance con nerviosos movimientos de cabeza. —Soplaba un fuerte terral... Yo no veía a un alma viva. La casa de Jens Sivertsen, el pescador, quedaba a gran distancia, y él no había regresado todavía. ¿Qué hacer? Al principio fue tal nuestro pánico, que no fuimos capaces de articular palabra, ni siquiera para dar voces de auxilio. Pero cuando vi que la barca se iba a la deriva, distanciándose de tierra inexorablemente, grité hasta desgañitarme. Pilla hizo lo mismo, de modo que sólo se oían nuestros gritos y lamentos. Con los botes y piruetas que dábamos en el colmo de nuestra desesperación, la barca se balanceaba, inclinándose peligrosamente: milagro fue que no volcara, arrojándonos al agua... Yo todavía no sabía nadar. Mi padre había muerto siendo yo muy niño: todo lo que aprendí, lo aprendí muy tarde, incluso la natación. Cuando nos hubimos cansado de gritar y de aguantar calambres —a esa edad todos hemos sido tontos—, nos dejamos caer cada uno en su banco, llorando y llorando. A veces levantábamos la vista, y al ver cómo la tierra se

iba alejando y empequeñeciendo, volvíamos a gritar y chillar desesperados hasta quedar agotados y sin aliento. Corrimos un peligro terrible. Más de una vez nos quedamos dormidos en la barca, rendidos de llorar. Resultaba espantoso ver cómo íbamos a la deriva, alejándonos de tierra cada vez más. Pero al fin cruzamos hacia la otra banda, consiguiendo llegar a Salling. Otte Iversen respiró con fuerza. —Aquel mismo día un pescador nos volvió a pasar en su barca. Desde aquella fecha todavía hubieron de transcurrir cinco años antes que nos diéramos palabra de casamiento. Nos prometimos en la primavera. Y es que hace ya tiempo que los dos hemos alcanzado la edad de elegir estado... Otte Iversen se interrumpió. Habían llegado a un paraje despejado, situado delante de la muralla e iluminado por la luna. Otte Iversen señaló una gran piedra que allí había. —¿Qué os parece si nos sentamos ahí un rato? Los dos tomaron asiento en la piedra. La expresión de Otte parecía indicar que todavía tenía más que decir, pues estaba absorto en sus cavilaciones. A Miguel no se le ocurría la menor observación ni comentario: lo detenía la actitud perpleja del señor Otte Iversen que, sumido en meditación, hundía uno de sus dedos entre las rodillas. «En nada nos diferenciamos los dos, en nada —pensó Miguel...—. Ambos estamos en igual situación: ¡su historia es tan parecida a la mía!... Somos igualitos los dos.» —Pero, en la situación actual, no puedo casarme con ella —prosiguió tercamente Otte Iversen, con aire cauteloso y expresión de profundo abatimiento—. Mi madre se opone a este enlace, alegando que el rango social de ella es muy inferior al mío. Si me caso con Ana Mette, perderé mis derechos sobre la casa solariega y sus posesiones. En este estado de cosas, llegó a mis oídos la noticia de que el rey estaba haciendo preparativos de guerra. Se me presentaba una oportunidad y decidí aprovecharla aun cuando tuviera que empezar mi carrera militar como simple soldado raso, ya que tal oportunidad venía a ser para mí una solución. Con esto había dicho Otte ya todo lo que le era posible decir. Lo demás —la devoradora nostalgia que él sentía por aquella muchacha cuyo nombre apenas era capaz de pronunciar, la dificultad que presentaba la diferencia de rango social— lo comprendía Miguel por simpatía. Otte Iversen se inclinó hacia delante, metiendo entre las rodillas sus manos juntas: —¿Quién es capaz de saber lo que la suerte le tiene reservado a uno? —dijo en tono cansado. Luego, con la voz enronquecida, prosiguió—: La casa solariega está vieja y ruinosa... No se tiene cuidado con las cosas. ¡Todo está en desorden! Se estremeció y soltó un ruidoso bostezo: —¿Qué tarde es! ¡Vámonos de aquí! Reanudaron la marcha. La luna había palidecido en el cielo. No tardaría en salir el sol. Antes del alba comenzó a extenderse una tenue neblina rosada sobre la ciudad. Miguel notó, por la expresión y actitud de Otte, que éste estaba

arrepentido de haberse mostrado tan comunicativo. Momentos después se despedían, emprendiendo cada cual su ruta. Miguel no tenía dónde ir. Se dirigió al cementerio y se tendió en un rincón donde había gran claridad. En el momento en que la luz del sol irrumpía sobre la ciudad, Miguel se quedó dormido.

EMBRUTECIMIENTO

CUANDO, hacia la hora del mediodía, el sepulturero se presentó en el cementerio, se tropezó con aquel largo cuerpo inmóvil, tendido entre la alta hierba. Se aproximó a él creyéndolo muerto; pero pronto comprobó que aquel hombre estaba dormido: sus párpados temblaban bajo la directa luz del sol. Miguel estaba soñando. Soñaba que iba escalando una montaña altísima y muy escarpada, hundiendo sus pies en la blanda nieve, de una vara de espesor. Cuando ya estaba a punto de alcanzar la cima, tuvo que sentarse: no podía más. Allá arriba, muy por encima de su cabeza, el sendero de la montaña descendía oblicuamente, de derecha a izquierda. Para salvar la distancia que lo separaba de aquella senda, no le quedaba otro recurso que ir por un rodeo, dando una vuelta completa a la montaña. Pero había renunciado a semejante intento, pues tenía las dos piernas hundidas y aprisionadas en la nieve, sin poder avanzar ni retroceder. Aquel sendero oblicuo estaba envuelto en un torbellino de nieve. Toda la nieve que cubría la montaña, y que era sutil como la helada, estaba conmovida y removida hasta el fondo. De pronto vio cómo por el sendero venía bajando una larga fila de doncellas, vestidas con mantos negros, que flotaban al aire oscilando a un lado y a otro conforme ellas avanzaban con una alegría intrépida entre aquellos vertiginosos torbellinos de nieve. Su cutis aparecía enrojecido de frío. En un desfile largo, interminable, siguieron descendiendo por la montaña: unas reían, otras sonreían. Todas ellas se parecían a Susana. Pero ninguna de ellas era Susana... A la tarde se despertó Miguel, recordando con toda nitidez los detalles de aquel sueño, que le llenó de inquietud y de aciagos presentimientos. Le pareció que ya nunca más volvería a ver a Susana de cerca, que nunca la tendría a su lado, aun cuando él sentía en lo íntimo que ella constituía su destino. —Esto va a tener un desenlace fatal, no hay duda —pensó Miguel, lleno de temerosos presentimientos. Sintió que sobre él se cernía una negra fatalidad. Y, sin embargo, él se había augurado a sí mismo una honda dicha, una aventura superior a la de la mayoría de los mortales. Y de pronto se sintió asaltado por un funesto presentimiento: la idea de que moriría solo, lejos de todo lo que amaba. A corta distancia del empinado talud situado en las afueras, delante de la Puerta del Oeste, se encontraba el depósito de basuras e inmundicias. En esta época del verano el basurero estaba cubierto de niebla la mayor parte del tiempo, de modo que era imposible distinguir allá en el fondo las carroñas y osamentas de animales muertos. Sobre el borde del

talud, situado a unos pasos del camino, el jifero había hincado una estaca colocando sobre ella la calavera de un caballo como señal de peligro para evitar que la gente se cayera por el precipicio. Ahora Miguel solía pasar por allí con frecuencia. En su mísera situación, pasaba preferentemente su tiempo en el cementerio o en el lugar donde se sacrificaban las reses, donde al menos las gentes le dejaban en paz. Poco a poco comenzó Miguel a sentir una extraña simpatía por aquella calavera, como si ella fuera un símbolo de su propio destino. Expulsado de la Universidad y arrojado a la miseria y al fracaso, empezó a considerarse como un maldito, condenado a la perdición. La calavera abría su boca enorme como si perpetuamente estuviera saliendo por ella un silencioso relincho del infierno; las cuencas de sus ojos parecían brillar con un oscuro fulgor de brasa; la descarnada desnudez de sus dientes evocaba en la mente de Miguel el fuego que atormentaba a Satanás. Le parecía que el mismo Lucifer iba a golpearlo a él con aquel cráneo descarnado... Un día hacia el anochecer encontró Miguel al jifero desollando aun viejo jamelgo reventado. Miguel entabló conversación con él, pero Jerck, que así se llamaba el desollador, ya no le hizo caso. El tal Jerck, que tenía su cabaña en las inmediaciones, era muy parco en palabras. A pesar de todo, aquella noche comió Miguel carne de caballo a la mesa de Jerck. A partir de entonces, muy rara vez se unió a él para ayudarlo en su tarea, como solía. En el fondo de su carácter aquel pajarraco nocturno tenía cierta inteligencia y sentido común, y Miguel lo tenía por amigo suyo. Un día en que estaba ayudándole a desollar un caballo, Miguel se quedó largo rato inmóvil con el cuchillo en la mano, absorto en cavilaciones y recuerdos. Estaba recordando un suceso acaecido en su tierra natal: el día aquel en que se puso enfermo el caballo de Andrés Graa, sin posibilidad de que le salvaran la vida... Andrés Graa se resignó a matarlo: con su ballesta le disparó una saeta, que se le clavó en mitad de la frente; el caballo cayó instantáneamente hundiendo sus dientes en la nieve. Después vio cómo la tierra se tragaba al animal, apretándolo para siempre entre sus brazos. Miguel recordaba ahora los extraños pensamientos que entonces habían asaltado su mente: por una rara asociación, la visión del caballo muerto había suscitado en su imaginación una amarga visión de la carrera efímera del hombre sobre la tierra. Estaba viendo las formas temblorosas de un niño recién nacido; ante sus ojos el niño va desarrollándose con tal rapidez que él no puede percibir todos los detalles del desarrollo al mismo tiempo. Ve luego un par de ojos ya dotados de inteligencia, ojos abiertos que se levantan para mirarlo a él; blancos y finos se extienden los bracitos a lo largo de sus costados. Ya las piernas del niño se han alargado asombrosamente. Ya las penas y preocupaciones están ensombreciendo su

rostro; por sus facciones se extiende una sonrisa, seguida de alternativas expresiones de suave crueldad, de miedo, de indecisión. Casi sin que Miguel tenga tiempo de advertirlo, la barba va avanzando, como una oscura invasión, por toda la parte inferior del rostro; el dolor y la inquietud van imprimiendo arrugas en su frente. Luego aquel ser alcanza su madurez; se detiene en su marcha, como si se estancara, y permanece absorbido sólo por sus preocupaciones íntimas: su rostro está inmutable, mientras la pena le roe por dentro. Después aparece ya viejo. La barba se torna gris, se enrarece el cabello, las rodillas resaltan puntiagudas bajo sus ropas... Ya no se ven en él más que arrugas; las carnes se ponen flácidas, marchitándose bajo la piel, y, de repente, aparece aquel marco negro que encuadra los escombros que ha dejado la vejez; el vislumbre de unos huesos amarillentos, la tapa del ataúd que se hunde bajo una lluvia de tierra... Ahora los ojos embrutecidos de Miguel sólo veían en este recuerdo la imagen vacía de su propia vida. ...Cuando Andrés Graa hubo matado a su caballo, se lo entregó al jifero para que lo descuartizara y lo aprovechara. Y éste lo abrió y despedazó en pleno campo, en medio de la nieve. Y Miguel estaba allí, en pie, inmóvil, contemplando la escena... Ahora volvía a recordarla. Era una madrugada glacial con claro de luna. A la débil luz espectral que ya apuntaba por el Oriente, la nevada se extendía por los campos hasta perderse de vista. Sobre las colinas la nieve formaba como un copo de lana iluminado a contraluz: era imposible distinguir el blanco resplandor del alba, de la tierra sepultada bajo la nieve. Hacía tanto frío que la nieve crujía bajo los pies. Un frío que corroía los dedos como un ácido que cayera gota a gota. En la vaguada, el río, descarnado y negro, serpeaba inexorablemente vivo a través del prado muerto de frío. El jifero volvió el caballo boca arriba, y empezó a abrirlo. La sangre, después de formar en el suelo un charco rojo oscuro, corría por la nieve y su rosada espuma se iba congelando rápidamente convirtiéndose en hielo. Detrás de cada golpe de cuchilla surgía un nuevo color en el cuerpo humeante del animal; sus carnes proyectaban hermosos reflejos de color azul y rojo... ¡Qué asombroso!: las fibras arrancadas continuaban moviéndose, sacudiéndose y temblando contra el aire helado; los músculos sajados se retorcían como gusanos crepitando entre las llamas. Apareció, desnuda, la larga tráquea; se dejaron ver los molares como cuatro renglones de letras misteriosas... Miguel vio surgir una finísima membrana de un rojo claro, surcada por múltiples venas azules como una región abundante en ríos, vista desde una cumbre. Cuando el hacha abrió el tórax del caballo, Miguel vio que era como una caverna, de la que colgaban grandes membranas de un blanco azulado; en sus paredes, cubiertas de venas, se veían unos agujeros muy finos por los que salía sangre rojiza y negra; desde

el techo hasta el piso de aquella caverna se extendía la grasa dorada que iba resbalando lentamente hacia abajo en forma de largos racimos. El hígado presentaba un color castaño oscuro, un precioso color que él no había visto jamás. Luego apareció el bazo, azul y constelado de motitas como la noche con la Vía Láctea. Miguel descubrió muchos más colores de variedad sorprendente: vísceras azules y verdes, zonas de color rojo teja y amarillo ocre. Todos los colores fuertes y lujuriantes del Occidente; el amarillo como las arenas de Egipto; el azul turquesa, como el cielo que se refleja sobre el Eufrates y el Tigris; todos los atrevidos colores del Oriente y de la India brotaban como flores ante sus ojos bajo el ensangrentado cuchillo del descuartizador. Miguel tenía fija una extraña mirada en la hoja de su cuchillo...

OTTE IVERSEN DA UN PASO EN FALSO

A medida que aumentaban los calores, Copenhague se iba llenando cada vez más de forasteros. Los feudatarios, que habían llegado con su gente, se alojaban en todo el perímetro urbano; todos los días llegaban en grandes expediciones los campesinos llamados a filas. Ahora la ciudad ardía en preparativos de guerra, ¡A tal extremo habían llegado las cosas, sin ningún motivo de orden interno que justificara esta medida! Todos los veranos traían ya de suyo a Copenhague agitación, desasosiego y multitud de forasteros. Todos los años por esta época los campesinos aparecían en Copenhague, sentados en grupos en los peldaños de las escalinatas, con actitud recelosa, temiendo que alguien les robara su mochila. Aquellas mochilas encerraban grandes meriendas constituidas por los productos típicos de las más diversas regiones del país: al lado de los harinosos pasteles de la comarca de Ringsted o de Himmelbjárg, ya medio secos y alabeados de haber estado guardados durante largo tiempo, entraban en las bocas campesinas lenguados ahumados de Blaavandshuk y pemiles curados al humo, de las comarcas esteparias de Hede. Desde la mañana hasta la noche hormigueaban por las calles hombres a caballo, alemanes y jóvenes nobles e hidalgos... El mes de junio era siempre la época en que las gentes acudían en muchedumbre a la ciudad, la época en que los barcos están preparados, esperando la hora de zarpar... Todos los años por esta misma época, el rey solía llevar a cabo la ocupación de Suecia. Ahora, en la víspera de la marcha del ejército, Miguel Thógersen avanzaba por la calle a la hora del crepúsculo... De pronto se agachó para recoger una corteza de tocino que alguien había arrojado a la calle; un poco más lejos encontró la tripa de una morcilla negra. Miguel entraba en la ciudad con una misión especial que le habían encomendado: en el seno llevaba guardada una esquila que había escrito aquella misma mañana. Al pasar Miguel frente a una elevada escalinata, a su espalda bajó rumbando un garrote por la barandilla de la escalera: en lo alto de ésta, delante de la puerta, estaba sentado un hombre correctamente vestido, tomando el fresco del anochecer. Miguel lo había injuriado y él se vengó lanzándole el garrote, a la vez que le dirigía unas cuantas palabras coléricas. Miguel se estremeció al recibir el golpe, que le dio en la parte más sensible del espinazo. Dio unos pasos adelante, como si fuera a continuar la marcha... Pero de repente se volvió, y agarró al hombre por los pies y lo derribó dejándolo a horcajadas de uno de los barrotes de la barandilla; tras de lanzar un terrible grito, el hombre cayó desvanecido. Miguel huyó doblando la esquina a todo correr. Al otro lado de la calle sintió tronar una voz: —¡A él, a ése! ¡Seguidle! Y en seguida otra voz: —¡Por allí va! Miguel vio que era objeto de una encarnizada persecución. Pero corrió y corrió sin detenerse un solo instante hasta que, de un salto, traspuso el dique y penetró en el cementerio, donde, casi sin aliento, se tumbó en el suelo, entre las sepulturas. Aún no había cerrado la noche. Lo primero que le vino a la mente a Miguel fue el recuerdo de la tripa de morcilla que había encontrado en la calle: se la llevó a la boca y se puso a masticarla lentamente, saboreándola. Miguel nunca se había encontrado de noche en el cementerio hasta entonces, ya que allí sólo dormía de día. Mientras iba aumentando la oscuridad, él seguía desvelado. Miró en torno suyo, y no tardó en temblar de miedo y agitación interior. Se volvió a tumbar precipitadamente, escondiendo la cabeza entre las altas hierbas y matas. Y así permaneció tendido durante un rato, que se le antojó un siglo. Sentía en medio de su agitación y de su estado miserable, que hasta

aquellas tumbas silenciosas se reían de él. Tenía la impresión de que todos los objetos que le rodeaban estaban envenenados de odio contra él, y que le escarnecían. Le parecía que todos los espíritus del mal, parapetados tras su propia invisibilidad, se habían conjurado contra él y revoloteaban a su alrededor para matarlo con un mudo terror. Miguel tembló. Al cabo de algún tiempo, él, impelido por el mismo pánico a dar la cara a sus invisibles enemigos, hizo un esfuerzo y alzó la vista mirando largo tiempo en una sola dirección... Miguel se volvió y vio a un feísimo mono que, silenciosamente, sin dejar entrever sus intenciones, levantó su mano velluda y, separando dos de sus dedos, le apuntó al rostro... —¡No, no, no! —chilló Miguel en el colmo del pánico. Pero la repugnante bestia fue acercando sus dedos, y Miguel sintió que se los clavaba en los ojos. Miguel era de natural supersticioso, y una noche pasada en el cementerio era un plato demasiado fuerte para él. El mono se desvaneció ante sus ojos, dejándolo aterrorizado. Largas horas permaneció Miguel temblando en el umbral de la agonía. La noche se iba tornando cada vez más negra. Le parecía que el aire se cuajaba al menor ruido. El horror flotaba en el aire y la oscuridad era una inmensa boca abierta que quería engullirlo. Cuando sonaron las campanadas de la medianoche, Miguel se levantó dolorido y maltrecho. Sigilosamente se dirigió a la puerta de la iglesia, se agachó para mirar por el ojo de la cerradura. De pronto dio un salto atrás al sentir entre sus ojos un soplido de aire frío como si alguien soplara una ráfaga helada por el agujero de la llave... Avergonzado, Miguel exhaló un hondo suspiro y se alejó de allí a todo correr.

* * *

Al mediodía del siguiente día, Otte Iversen acertó a pasar casualmente por la Pilestråde, la calle donde vivía Mendel Speyer y su hija Susana. Iba completamente absorto en *sus* pensamientos, presa de una abrumadora preocupación: al día siguiente tenía que emprender la marcha... Y dejar a Ana Mette allá lejos... ¿Qué vida le esperaba a Ana Mette, la de la cabellera rubia, durante su ausencia? Y cuando iba cavilando en estas cosas tristes, sus ojos descubrieron la presencia de Susana. Pero él siguió adelante sin hacer caso. Hacia el anochecer Otte Iversen se encontraba en el cobertizo en compañía de su caballo. Ya tenía preparado y en toda regla su equipo y armamento. Todo estaba listo para la marcha. Ya no tenía nada que hacer antes de partir. ¿Qué hacer durante todo el tiempo que le quedaba libre? Sentía que el corazón se le subía a la garganta; el nerviosismo de la expectación le quitaba el sosiego, la pena de ausencia y la impaciencia por la marcha lo atormentaban... Aunque ya se había hecho tarde, todavía no había podido calmar el hervor de su sangre... Se alejó del cobertizo y se dedicó a vagar por las calles. Siguiendo a lo largo de la Pilestrade, pasó ante el huerto en el que aquel mismo día había entrevisto la figura de una muchacha morena, de pelo negrísimo... En una especie de ciega furia arrancó de un tirón dos barrotes de la valla que cerraba el huerto, entró por el hueco y corriendo como un gamo a través de las malezas penetró en el amplio sendero flanqueado de árboles. A su izquierda percibió un ligero grito y el crujido de una falda, el ruido de alguien que huía... Otte cruzó corriendo a través del césped y las malezas en persecución de la fugitiva y, deslizándose por detrás de un árbol, consiguió agarrarla. Pero al instante la soltó, dejando caer sus brazos a lo largo del cuerpo. El no la veía apenas en la oscuridad, pero percibía su respiración precipitada. Una rama que se había doblegado, se soltó y le dio un ramalazo a Otte en el rostro, rozándolo con sus hojas frías y vellosas. Ella hizo un movimiento rápido en ademán de huir. —¡No te vayas! —suplicó Otte con voz de enfermo y extendiendo velozmente sus brazos hacia ella. —¡Cómo!... Pero ¿qué es lo que...? —susurró ella con voz vibrante y

estirándose sobre la punta de los pies. Otte veía sólo vagamente su figura, difundida en la oscuridad. Posó su mano derecha sobre la cabellera de ella, notando que estaba fría de rocío. Retiró la mano en seguida, preguntándole en voz queda: —¿Cómo te llamas? —Susana —contestó ella en un susurro y jadeando. Al mismo tiempo dio un salto atrás, se eclipsó detrás del árbol y echó a correr. Detrás de ella las matas, agitadas, quedaron cabeceando. Luego todo quedó sumido en el silencio. Otte Iversen levantó los ojos. La bóveda del cielo estival giraba sobre el huerto. Las estrellas irradiaban una dulce luz. A uno y otro lado de él se alzaban los negros triángulos de los gabletes. —¡Ha huido! —exclamó en voz queda Otte Iversen. Y defraudado, con el corazón abrumado por una opresión que lo ahogaba, empezó a caminar lentamente en dirección a la calle. Al remover con el pie las altas hierbas, éstas exhalaban un fresco olor a verdor y tierra húmeda. De pronto cambió de idea. Se volvió rodeando las malezas y llegó junto a un saúco, que estaba hueco por la parte que daba al huerto. Al avanzar hacia aquel hueco con las manos extendidas, Otte tropezó con la cabellera de la muchacha. Esta no despegó los labios. Tenía la cabeza agazapada entre los hombros. Estaba temblando. Otte extendió los brazos hacia ella. Susana se limitó a acurrucarse entre el espeso ramaje. —¡Susana! —llamó él—. Susana... Ella se levantó de un salto, pero él rodeó su talle con ambos brazos. —¿Quién..., quién eres tú? —preguntó con temblorosa voz. Por toda respuesta, Otte soltó una risa apagada, cansada. Quiso besarla, pero retrocedió, tímido. Se sintió deprimido, infinitamente abatido y cobarde ante ella. Se dejó caer sentado, recostándose contra las frías hojas del saúco. Y entonces Susana se sentó también y reclinó su cabeza sobre el pecho de él. Así permanecieron silenciosos durante largo tiempo. Reinaba el silencio más hondo en la ciudad. Y con una enorme resonancia comenzaron a sonar las campanadas de la medianoche. —Mañana emprendemos la marcha —dijo Otte Iversen, exhalando un profundo suspiro. —¿Estás triste? —preguntó Susana—. ¿Hay algo que te entristece en el momento de partir? —¿Cómo? —exclamó él, sobresaltado, con una voz que sonó como un estampido—. Sí, es cierto —añadió después de un rato, casi sin voz. Susana besó los nudillos de las manos de Otte. De pronto Otte Iversen oyó un rumor de pasos. Alguien venía por la calle. Escuchó con el espíritu en tensión durante unos instantes. Luego cesó el ruido de pasos... El desconocido caminante no era otro que Miguel Thógersen. Errando por la ciudad, había llegado hasta la entrada del huerto, y al ver el hueco que en la valla dejara la rotura de los barrotes, entró en el cercado. Una vez que hubo llegado frente al saúco, se detuvo y allí permaneció inmóvil hasta que oyó dar la una de la noche en el reloj de la torre. Apenas sonó la campanada, la escondida pareja se puso en marcha en dirección a Miguel. El ex estudiante reconoció en el acto a Otte Iversen. Este y Susana se alejaron en dirección a la casa de Mendel Speyer, adentrándose en el huerto, entre aquellos añosos árboles que extendían sus grotescas ramas como brazos retorcidos. Por la escalera de mano Otte Iversen subió hasta la pequeña habitación de Susana, conducido por ella. Bajo la claridad de la noche estival que caía por la lumbrera del techo, Otte pudo ver que aquella muchacha era muy hermosa, negra y blanca a la vez como la noche y el día: una hija del sol, venida de un mundo desconocido para él..

* * *

Abajo, en la calle, canturrió la voz del sereno: —¡Las cuatro de la mañana en punto! A través del blanco silencio del alba llegó, lejano, a los oídos de Otte el sonido de la trompeta. Otte Iversen se vistió apresuradamente y salió

a escape de aquella casa, tambaleándose. Salió corriendo a través del huerto y, apenas hubo transpuesto la valla, se dio de narices contra el sereno, cayendo literalmente en sus brazos. Mientras el vigilante nocturno reaccionaba lanzando unos cuantos insultos que le atronaron los oídos, Otte se escabulló y emprendió una frenética carrera. Era una mañana de niebla. Otte percibió el ruido que formaban los caballos al escarbar con sus cascos en las piedras de los patios cerrados. A aquellas horas ya todo el mundo estaba haciendo preparativos para la marcha. Acá y allá se filtraba una débil claridad a través de las rendijas de las puertas. Detrás de las puertas cerradas Otte percibió unos apagados chasquidos metálicos —el ruido de las armas—: ya los soldados de su ejército estaban en pie junto a la luz vistiéndose y abrochándose sus armaduras... Otte Iversen atravesó a la carrera calles y más calles con el afán de llegar cuanto antes a su alojamiento: sentía una apremiante urgencia de marchar, así fuera al fin del mundo, para lanzarse al tumulto del combate... Sentía necesidad de hacer pasar por el fuego su corazón para borrar de él la acción que acababa de cometer: olvidar, olvidar... Mientras corría por las calles, cerraba involuntariamente los ojos, apretando fieramente los párpados, pues continuaba viendo aún a aquella mujer, que acababa de enamorarse de él con un amor que era un incendio. Aún sentía en su cabello el contacto de las manos de aquella muchacha. ;Con qué fuerza había aprisionado ella su cabeza, con qué fuerza la había estrechado contra su propio pecho!... Tan apasionada fue aquella presión, que Otte lloró a escondidas sobre el corazón de la muchacha. Al recordarlo ahora, dio un bote, un verdadero salto en el aire, como herido de un balazo. La pasión de Susana, el amor de Ana Mette, este acto desleal y deshonesto... Como un loco, siguió corriendo a través de las calles, envueltas en la bruma del amanecer. Al penetrar en un estrecho callejón, aminoró su marcha, e incapaz de represar la angustia que ponía un nudo en su garganta, desahogó su corazón, derramando un mar de lágrimas. Sentía que aquel dolor que lo devoraba estaba incluso poniendo en peligro su vida, y reanudó su carrera, una carrera ciega, sin rumbo... De pronto distinguió, en medio de la niebla, una sucia luz, que procedía de la ventana iluminada de una pobre casucha. Y así como a un niño, en el colmo de su llanto y de su pena inconsolable, se le ocurre la estúpida idea de ponerse a desconchar la pared, a Otte Iversen se le antojó dirigirse hacia aquella ventana iluminada para mirar furtivamente al interior por un pequeño hueco triangular próximo al marco de la ventana. En el interior de aquella casa distinguió una habitación en completo desorden, situada en la planta baja. Exactamente delante de su nariz, y tapándole el campo visual, vio a un hombre que estaba en pie, de espaldas a él, inclinado sobre un

sillón. Sentada en este sillón se veía a medias la figura de una mujer... Sólo pudo distinguir sus manos y sus mangas de color de rosa. Las dos figuras eclipsaban la luz de la vela que ardía sobre la mesa. Y en el preciso instante en que Otte iba a trasladarse al agujero triangular para poder espiar mejor, vio cómo el hombre levantaba con disimulo y astucia su brazo derecho... Pareció posar su mano izquierda en la frente de la mujer, sentada de frente a él, y de repente... —¡Dios del Cielo!— el hombre, trazando un amplio movimiento circular, le segó el cuello a la mujer. Otte oyó un grito ahogado, como un gorgoteo. El hombre volvió el cuchillo, lo hundió en el pecho de la víctima —donde quedó clavado—, y, apoyando la rodilla contra el respaldo, volcó contra la mesa el sillón junto con la mujer sentada en él. La luz se apagó... Con las manos a la cabeza y la mirada fija y extraviada como la de un demente, Otte Iversen se volvió hacia la calle y echó a correr. Sin gorro y con el pelo azotándole la nuca, corrió y corrió hasta que al fin llegó a su alojamiento. Consternado y con el corazón desgarrado, entró como un huracán en el cobertizo y se dirigió al rincón donde estaba su caballo.

CON LA PIEDRA A CUESTAS POR LA CIUDAD

AL día siguiente, el ejército emprendía la marcha: el rey Hans partió con sus hombres... Lansquenetes y campesinos, banderas y espuelas, mosquetes y mochilas: todo había desaparecido de la ciudad, como barrido por el viento. De extremo a extremo, las calles aparecían impresionantemente desiertas; el aire de la ciudad, que antes resonara con el ruido de las armas y el fausto, ahora estaba religiosamente mudo y silencioso. Ahora que se había alejado el peligro de recibir una coz de un caballo, hacían su atrevida aparición en las calles, olfateando y hozando los residuos y desperdicios que el ejército había dejado tras sí en la ciudad. Ahora la ciudad podía volver los ojos a sí misma y a sus problemas internos. Aquel mismo día, al mediodía, la horca que estaba levantada frente a la Puerta del Oeste, apareció empavesada con los cuerpos medio corrompidos de dos malhechores: uno de ellos corpulento, el otro de menor talla. Se habían abierto investigaciones judiciales para castigar varios crímenes perpetrados durante la noche. Entre otras fechorías, se había encontrado una mujer degollada en su propia casa. Esta mujer se llamaba Hamborg-Lotte. Durante aquella noche se habían cometido diversos desafueros, como cualquiera puede suponer. La idea de la próxima partida para la guerra había afectado y trastornado el espíritu de muchos hombres, suscitando en ellos diferentes sentimientos y actos de libertinaje. Sabían que todo el que se marchaba a la guerra se libraba de la horca. A la tarde empezó a apiñarse un pequeño gentío delante de la Casa Consistorial. En el cepo se veía a dos personas: un hombre que había cometido un robo y una mujer que había sido sorprendida en libertinaje; una joven, cuya belleza excedía a toda ponderación. Esta mujer era Susana, la hija de Mendel Speyer. El sereno la había atrapado de madrugada en el momento en que su cliente abandonaba su casa. Hacía ya mucho tiempo que él la venía vigilando de cerca: en la esquina de su casa los vecinos habían escrito y dibujado cosas relativas a ella, indicaciones que no dejaban lugar a dudas respecto a la conducta de la joven. El sereno era tuerto. Un bribón le había saltado un ojo en una riña nocturna. Si la hija de Mendel hubiera sido danesa, todavía se podía esperar que ella pudiera seguir ganándose la vida atrayéndose a los clientes que todavía quedaban en la ciudad, y que el sereno volviera compasivamente hacia ella su ojo ciego, ya que él tenía mucha práctica en esto de hacer y deshacer en materia de aplicación de la justicia. Pero Susana era una maldita y repugnante extranjera. Y por eso se la había expuesto ahora al público como objeto de escarnio, con la orden de que, una vez que el pueblo la hubiera escupido, *llevara las piedras* a cuestras a través de la ciudad. El pueblo se había reunido allí formando un grupo circular en torno del cepo; aquel círculo se fue engrosando con la llegada de nuevos grupos de ciudadanos. El ladrón estaba alerta, cauteloso; su mirada era ágil y rápida. Cuando alguien le insultaba, él reaccionaba ferozmente, espumajeando y mostrando sus blancos dientes como un perro furioso. Hasta se le veían temblar de cólera los pies, que asomaban por debajo de los agujeros practicados en el cepo. Luego se quedaba quieto durante un rato: se relajaban sus facciones, dejando ver un semblante devorado por la inquietud y el miedo. En esto se adelantó y aproximó a él un hombre apuesto y pinturero para hacer mofa de él: el prisionero empezó a lanzar dentelladas a diestro y siniestro con tan fulminante rapidez, con tal ferocidad, que el mofador retrocedió lleno de miedo. De pronto al hombre pinturero se le endurecieron las facciones; en torno de su boca se extendió una mueca de rencor; y, después de echar una

mirada cautelosa para ver si la guardia lo vigilaba, descargó un tremendo puntapié en los morros al pobre prisionero inmovilizado en el cepo, y dirigiéndole una mirada llena de desprecio, exclamó: —¡Contempladlo, contemplad a esa basura! Y se alejó. El ladrón, tras parpadear un instante, lo siguió con una mirada que tenía el brillo del acero, haciendo crujir sus dientes, pero sin dejar escapar el menor gemido. A ambos lados de su nariz se veían dos manchas lívidas. A una distancia prudencial del ladrón —el trecho correspondiente a cuatro agujeros— se encontraba Susana. Tenía sus pies desnudos metidos en el cepo. Más de uno se sintió tentado a cosquillar las plantas de aquellos diminutos y lindos pies. Vestía falda verde. Sobre sus hombros habían echado un áspero saco, que le ocultaba los brazos. Estaba totalmente inmóvil y callada, con el rostro caído sobre el pecho: su caudalosa cabellera de color castaño oscuro estaba salpicada de salivazos y esputos. A su lado y a corta distancia de ella, se veía en pie al viejo Mendel Speyer. Vestía una capa judía de color negro. La barba descendía de sus facciones alargadas y atormentadas. Inclineda la cabeza hacia el suelo, conversaba con un joven amulatado, a quien nadie conocía en absoluto. Tenía un cabello rizado, raquítrico, y unos ojillos de ratón, de un color negro rojizo. Era delgado como la hoja de un cuchillo. Este joven desconocido era un comerciante de Elsinor, a quien Mendel Speyer había mandado a buscar aquella misma mañana. Allí estaba ya Jerck, el descuartizado^ que actuaba de ayudante de! verdugo. Acababa de atar una a otra dos grandes piedras. El hombre no se andaba con remilgos. Antes que sacaran a Susana del cepo, se acercó a ella su padre, vacilante e indeciso... Alzó la mirada de sus ojos muertos para mirar al guardia, luego la bajó para contemplar un par de zapatos pequeños que llevaba en su mano, y finalmente detuvo su mirada en los pies desnudos de su hija. Y otra vez sus ojos volvieron a hacer el mismo recorrido... El guardia de vigilancia se apoyó en la alabarda —sus feroces bigotes no se movieron en absoluto—, sin decir que sí ni que no. Mendel Speyer titubeaba, ya resignado a batirse en retirada, cuando de repente empezó, precipitada y torpemente, a calzar los zapatos a la pobre Susana. Luego dio la mano a su hija, ayudándola a ponerse en pie. Al fin le ordenaron retirarse. Ni un solo músculo se movió en el amarillo y varonil rostro de Jerck cuando éste colocó la cuerda alrededor del cuello de Susana. «Después de todo, pensó, ellos y no yo tienen la culpa de que se hayan elegido piedras demasiado chicas.» El cortejo se puso en marcha. A la cabeza iban Jerck y Susana. Al otro lado de ella, iba tambaleándose Mendel Speyer. Un poco más rezagado, avanzaba Morián, que así se llamaba el joven mercader de Elsinor. A continuación seguía toda la alegre muchedumbre de gentes honradas y limpias de la ciudad: zapateros, pescadores, estudiantes, recién paridas y doncellas. Avanzaron muy lentamente por la calle de Vimmelskaft, ya que Susana, agobiada por su pesada carga, iba dando tropezones a cada paso. Cada vez que Mendel veía vacilar a su hija, se sobresaltaba y alzaba su mano morena y huesuda solicitando licencia para sostener a su hija, mientras la sombra del dolor se extendía por su rostro como si le hubieran descargado un latigazo en la cara. Aquel día la fiesta fue completa para los ciudadanos de Copenhague: —¡Fijaos! ¡Mirad! ¡Hasta el *Cigüeña* ha venido dando zancadas! Apenas el rojo espantajo que era Miguel surgió junto a la Iglesia del Espíritu Santo, los muchachos se apresuraron a saludarle y darle la más entusiástica bienvenida. Pero esta vez el *Cigüeña* les hizo frente repartiendo puyazos con su bastón ferrado. Los muchachos, dando gritos desaforados, se dispersaron y lo dejaron en paz. —¡Anda! ¡El *Cigüeña* se ha dejado bigote! —comentaban las gentes riendo—. ¡Hay que ver cómo se dio prisa para venir a ver a la muchacha! Al llegar el cortejo a la plaza del Mercado, subió de punto la expectación y sensación popular. La gente se arracimaba en puertas y ventanas. Un atrevido y joven artesano salió corriendo de una de las tabernas

próximas, y, lanzando un donairoso y pudibundo grito, echó mano a la falda de Susana y se la arremolinó en el aire dejando desnuda a la muchacha hasta la cintura. Aun cuando el público acogió la broma como una gracia muy oportuna, aquello le pareció demasiado a Jerck quien, con ademán severo, hizo una seña al joven aprendiz de artesano amonestándolo, y se acercó más a Susana para protegerla contra posibles bromas pesadas e hirientes. Echando una mirada en torno suyo, Jerck descubrió la presencia de Miguel Thogersen. Pero hizo como que no le conocía. Susana ya apenas podía soportar el peso de las piedras. El agotamiento la hacía temblar. Tenía las mejillas encendidas del esfuerzo realizado. Poco antes de llegar a la Puerta del Oeste abrió, por vez primera, sus brillantes ojos, e inmediatamente rompió a llorar. Se detuvo. Sin despegar los labios, Jerck tomó la carga, la depositó en tierra y se apoyó en su garrote, esperando. Mendel Speyer susurró unas palabras precipitadas al oído de su hija; al hombre le danzaban las lágrimas en sus labios temblorosos. Pero le habló con acento resuelto y autoritario: Susana inclinó la cabeza, y ya no volvió a llorar. Jerck volvió a colocarle encima las piedras. Al transponer la Puerta, el alguacil mayor leyó en voz alta para Susana unas breves palabras en las que le informaba que ahora ya podía marcharse con todo lo que llevaba consigo; pero advirtiéndosele que, si bajo cualquier pretexto se le ocurriera entrar de nuevo por las Puertas de la Ciudad, caería sobre ella todo el peso de la ley. Un poco más allá de la Puerta se había detenido un coche. Padre e hija montaron en el carruaje acompañados del judío extranjero, e inmediatamente emprendieron la marcha. Miguel Thógersen se fue tras ellos. El mísero vehículo avanzaba a una marcha muy lenta. El cochero, un pequeño campesino en cuyo cogote se veía un mechón de pelo decolorado por el sol, azuzaba sin descanso a su jamelgo, castigándolo y animándolo con sus gritos. Pronto comenzaron a descender por una cuesta en medio de una nube de polvo: el carruaje rechinaba y crujía con un ruido que desmentía su lenta marcha. Pero no tardó en volver a su antigua lentitud. Era un día del mes de julio, con tiempo seco. Los grandes macizos de galios amarillos que crecían al borde del camino extendían en torno un olor a miel. El centeno maduraba en los campos bajo aquel aire cálido. El Estrecho se iba poniendo azul oscuro; allá abajo, a la izquierda, se combaba el bosque en medio de la brillante calina estival. Pero ya el sol declinaba por el poniente. No tardaría en anochecer. Miguel siguió al coche durante un recorrido de cuatro leguas, sin que los viajeros volvieran la mirada atrás para verle. A unas dos leguas de Elsinor, hicieron alto y entraron en un mesón para pasar allí la noche y descansar. Había anochecido ya. Allá en los campos, a una media legua de distancia, una pobre campana lanzaba sus tañidos hacia el tenue rosicler del poniente, quejándose, gruñendo y maullando sin consuelo como una gata que, rondando por pajares y graneros y sacudiéndose las gotas de rocío de sus patas, busca afanosa a sus gatitos muertos. Miguel Thógersen no tenía razón alguna para entrar en la fonda, y así se sentó en el banco de los pobres, bajo el gran tilo que había junto a la casa. Poco después se encendió la luz en la habitación de los huéspedes. Miguel se levantó y fue a apostarse delante de la puerta abierta, limitándose a fisgonear desde fuera. Vio a Susana sentada a la mesa, mientras los otros dos permanecían en pie hablando animadamente con ella. El viejo Mendel parecía estar intentando persuadirla y consolarla con los recursos de su larga experiencia; hablaba en un tono dulce y acariciador; toda su actitud reflejaba la cuidadosa atención y deseo de prestar ayuda que un padre es capaz de testimoniar a su hija. El joven judío de cabellos crespos y mirada fría comenzó a accionar en todas direcciones, trazando con ambas manos en el aire invisible figuras para subrayar la fuerza de sus afirmaciones... Pero era evidente que Susana no prestaba atención a lo que ellos decían. Recostada en el sillón, la muchacha descansaba su fatigada cabeza sobre sus

manos cruzadas tras la nuca y apoyadas contra el respaldo. Tenía el rostro vuelto hacia la puerta, pero sin ver... Su boca estaba entreabierta: Miguel vio aquella fina línea de sombra que separaba sus labios, las singulares aletas de aquella nariz, que siempre estaban inquietas y vibrantes... ¡Qué dulces aparecían aquellas facciones trabajadas por el dolor! ¡Qué inefablemente hermosos y tristes, qué brillantes y penetrantes aquellos ojos de niña enferma! Ellos creían que era la pena lo que ponía aquella expresión en su rostro. Pero ¿era solamente pena, en realidad? Aquel rasgo de sufrimiento que contorneaba su boca muy bien podría interpretarse como una sonrisa enigmática; la cansadísima luz de sus ojos era algo más que la expresión del dolor: la impresión que producía su mirada oscilaba entre la pena y la dulzura... ¡Era el amor! Miguel retrocedió y reanudó su marcha. Cuesta arriba, cuesta abajo, avanzaba a paso presuroso por el camino de Elsinor. Sólo cuando divisó las luces de la ciudad, aflojó el paso y al fin se detuvo y se sentó en la cuneta. Muchas cosas dolorosas le habían ocurrido durante las últimas veinticuatro horas. Pero la más dolorosa y punzante de todas la había experimentado ahora al ver reflejada la sombra de Otte Iversen en los ojos velados de pena de Susana: la muchacha amaba al joven hidalgo. Y a partir de aquel momento, Miguel dejó de amarla. Al recordar ahora aquellos repugnantes dibujos trazados en la esquina de la casa de Mendel Speyer — de aquella casa que antes ejerciera sobre él una secreta e irresistible atracción—, sintió que un ramalazo de cólera le flagelaba la sangre. —¡No! ¡Ya nunca más! ¡Que se pudra! Estando así sentado al borde del camino, sintió que la vida le empujaba a seguir adelante, arrollando su reacia voluntad. El hombre se arrojó al fondo de la cuneta, gimiendo de angustia. Era joven: estaba en una edad en que sus pasiones todavía no eran capaces de alimentarse de sí mismas y exigían un objeto sobre el que proyectarse. Y entonces todo su dolor se trocó en odio: odio contra Otte Iversen. Se sintió como aliviado al pensar que un día él iba a ser la ruina y perdición de Otte. Con esta sola idea se sosegó más y empezó a meditar contra el joven hidalgo toda clase de muertes y torturas. «Así —pensaba con sádico placer—, así pestañeará Otte Iversen delante de mi cuchillo. O tal vez reaccionará de este otro modo... Lo veré hundido... Así, aplastado y triturado por el dolor de la desdicha. Despedazado miembro a miembro, descuartizado...»

Miguel se despertó de su ardiente sueño de venganza con el ruido lejano del coche, que ya se aproximaba, dejando oír el rechinar de sus ruedas en el silencio del anochecer. Ya el carruaje subía por la cuesta; ya Miguel percibía los fustazos del cochero... Se levantó y, con la rapidez que le permitían sus piernas, se dirigió a la ciudad. Aquella misma noche logró encontrar al patrón de un barco, que accedió a transportarlo hasta Grenaa. Cuando ya la embarcación navegaba frente al Kulle, Miguel se tumbó en la bodega de proa y se durmió como quien no volverá ya a despertar nunca. Al salir el sol, seguía reinando la calma chicha más completa. El pequeño velero se desviaba un poco hacia el Norte; el Kulle quedaba hacia el Sur, irguiendo su mole como una nube baja y erizada de almenas. El patrón y sus dos hombres sacaron los remos; pero apenas les sirvió de nada. En su impaciencia, el patrón fue a la bodega a buscar un barril de cerveza, y despertó a Miguel. Este se restregó los ojos y, echando una mirada a su alrededor, ofuscado por la luz, notó que el agua estaba quieta como un

espejo. Tripulantes y pasajeros se dirigieron a un lado de la cubierta y se pusieron a beber. Aun antes de llegar a estar completamente despierto y despabilado, ya Miguel estaba medio borracho, sin duda debido al hambre, cansancio y sufrimiento que padecía. Hablaba y hablaba, agitando en el aire su pichel de cerveza. Había perdido todo freno; estaba como loco. Poco a poco fueron enmudeciendo los otros hombres, no se oía apenas otra voz que la de Miguel, que seguía perorando: —Mucho tiempo hace que estoy condenado a la ruina y a la desdicha —exclamaba babeando y resollando—. Tengo un alma tan mísera y de tan bajo valor, que ni el mismo Satanás la quiere. Bien, magnífico: esto no quita que hagamos una fiesta. Ya que se me niega todo, vuelvo la espalda alegremente a todo (¡oh!, me es fácil renunciar, ¿sabéis?) y sigo mi camino. Yo, el proscrito, anuncio mi fiesta... ¡Hurra! Venid conmigo, venid conmigo a la fiesta todos los muertos y cojos, todos los que habéis perecido abrasados o con el cráneo aplastado. ¡Ea, venid! Ya está puesta y servida la mesa: buscad vuestro asiento, sentaos a la mesa todos, tal como estáis vestidos con vuestras ropas de domingo... Aquí hay asiento para aquellos que tienen sus mejillas convertidas en jirones y llevan guijarros incrustados en el dorso de sus manos. Venid los muertos arrojados por el mar a las playas y los miserables que habéis sufrido el suplicio de la rueda. Porque yo... Yo soy vuestro, yo pertenezco a vuestro gremio. Venid: no tardaré en devolveros la visita. ¿Por qué he de tener apego a la vida? Yo no pertenezco a nadie ya, ni sirvo para nadie. Soy un hombre solitario en el mundo, el más solitario del mundo. ¿Qué se me da a mí que exista en la tierra un pájaro al que llaman avestruz? ¿Qué me importa a mí que se siente en el trono de Francia un tipo imbécil? Yo ahora sólo pienso en regresar a mi patria... Me voy. Ya no veo más allá de mis ojos... ¡Adiós, adiós!... El barco estaba completamente parado en medio del mar bajo la luz del sol. No se oía otro ruido que el latido tenue de las olas. El patrón y sus hombres se divertían en grande. Miguel siguió bebiendo largo tiempo entre sollozos y fanfarronadas, hablando ora en latín, ora en danés, hasta que al final se puso a vagar por la cubierta y se volvió a su yacija para dormir.

VUELTA AL HOGAR

EN la época de la siega del heno, Miguel Thógersen regresaba al valle que se extiende junto al fiordo de Lim, donde él había nacido. Las noches eran ya luminosas; habían disminuido los calores, de modo que los prados y el río aparecían envueltos en niebla al llegar el tranquilo crepúsculo. En los prados las gentes estaban reuniendo el heno en almiars: por la noche se quedaban allí los jóvenes de tres aldeas vecinas. Todos los días al anochecer resonaban allá en los prados las fuertes voces de los jóvenes de Kourum: —¡Id... a... dor... mir! El grito pasaba de un almiar a otro como las voces de alerta de los centinelas. A aquella llamada lejana contestaba, un instante después, la voz amortiguada y cálida de una muchacha, una voz que venía de los lejanos almiars de Graabólle: —¡Id... a... dor... mir! El eco de aquella voz repercutía de colina en colina como el balbuciente clamor de mil duendes diseminados en la noche. Momentos después se oía un clamoreo lejano, infinitamente lejano, que llegaba a los oídos en fragmentos finos como hilos: —... a... dor... mir! Este clamor procedía de los almiars del puerto de Thorrild, hundido en las profundidades del valle. De los acantilados y ribazos distantes venía por el aire el rumor de las ranas. Las sombras se espesaban sobre los prados. La noche dormía en una paz divina, y el cielo se extendía como un velo sobre aquel silencio puro. El valle se extendía al Este y al Oeste del fiordo, internándose una legua en tierra. En el extremo oriental del valle se alzaba el palacio rural de Moholm, el señorío que ahora poseía la viuda de Iver Ottesen. Además de esta finca, la madre de Otte Iversen era propietaria de todo el valle y de las casas y tierras de todas estas aldeas. A corta distancia del fiordo aparecían la casa y el pequeño molino de Thóger, el herrero. El viejo Thóger llevaba residiendo allí más de treinta años. Tenía dos hijos: Miguel, el estudiante, que hacía ocho años que saliera de aquella triste escuela que era su casa, y Niels, que aprendió el oficio y las habilidades manuales de su padre. Thóger recibió una gran alegría con el regreso de su hijo ausente. Se sentó sobre el arcón y empezó a charlar. Miguel observó que a su padre se le habían arqueado visiblemente las piernas hacia dentro a causa de la gota. El paso implacable de los años resaltaba ahora en aquel rostro ancho, sano y coloradote bajo la profunda conmoción que producía en Thóger el ver de nuevo a su hijo. —Veo que sigues vistiéndote con el magnífico atuendo de siempre —dijo alegremente mientras examinaba, pestañeando, los rojos calzones de cuero de Miguel. Miguel bajó los ojos, rehusando aceptar testimonios de

admiración. —Vaya, vaya. Desde una legua se te nota que estás lozano y lleno de salud —siguió diciendo el viejo—. ¡Hermosa facha! Se te ha afilado un poco la nariz de tanto estudiar. Por cierto que la nariz es toda de tu padre —añadió sonriendo socarronamente. Thóger poseía una nariz inmensamente larga, arqueada dos veces como la nariz del jabalí, y con la punta aristada en forma poligonal, lo que le daba una expresión exagerada de hombre listo y astuto. Esta expresión de persona aguda e inteligente se veía también en el rostro de Miguel. Thóger era un hombre de grandes dotes: era muy entendido y experto en múltiples campos de actividad y tenía una aptitud natural para todo. En su juventud había practicado un arte especial que él designaba por el nombre de cocimientos. Miguel, siendo niño todavía, le había visto a veces mezclar y fundir en una pequeña marmita las cosas más diversas: lana, plomo, guijarros rojos, dientes de ratones... Pero ahora ya Thóger no hacía sus cocimientos. Su ardiente afán de conseguir la piedra filosofal se había ido extinguiendo con el paso de los años. Aquello se había acabado para siempre. —¡Oro! ¡Oro era lo que yo quería fabricar! —exclamó el viejo en tono de broma, un tono confidencial que hirió las fibras del corazón de su hijo—. Pero nunca conseguí obtener oro. La última tentativa..., hace de esto... ¡Oh, hace ya muchísimo tiempo! Aquel día se me ocurrió la idea de repente: junto con los ingredientes, cocí al mismo tiempo la receta. «¡Esta vez me salgo con la mía, o no sé lo que me pesco!» (dije para mis adentros). ¿Sabes? Aquella receta se la había comprado yo a un armero de Stettin. Claró está que hoy sería punto menos que imposible conseguir una idéntica a aquella. Nadie ha logrado jamás tener en sus manos aquella fórmula. El armero me enseñó, al mismo tiempo, a descifrarla e interpretarla. Conque metí la receta en la cazuela y la cocí junto con una serie de ingredientes dotados de gran virtud. Pero... no conseguí descubrir el menor indicio de oro. ¡Ni rastro, Miguel, ni rastro! Desde entonces renuncié al sueño de conseguir oro. Miguel encontró a su padre bastante envejecido. Su cráneo calvo y arrugado comenzaba a cubrirse de una segunda pelusilla; alrededor de la cabeza, como una guirnalda, le crecía una banda de pelo ya blanco, derramándose sobre las orejas. Su rostro aparecía lleno de manchas blancuzcas, y sus enormes manazas presentaban asimismo un matiz descolorido y marchito. De cuando en cuando —en los momentos en que no atendía al molino— Thóger realizaba trabajos de forja; en la fragua, a su lado, se veía a Niels, sombrío y renegrido de hollín, junto al fuelle. Thóger forjaba el hierro con una serenidad estoica y una maestría sin igual; trabajaba enhiesto, con el rostro muy separado del yunque, pues ahora padecía presbicia. Pero hacía lo que quería de cualquier hierro candente. No obstante, no solía trabajar en la

forja más de una hora: de pronto cesaba bruscamente, como si de repente se acordara de otra cosa, y se metía en su habitación, donde permanecía largo rato sentado, respirando sofocado, para ocultar su traicionera asma. Un día Thóger se puso a revolver afanosamente en un pequeño cofre de madera, rebuscando entre botones y trozos de hierro. —Voy a enseñarte una cosa... —dijo de pronto—. Es un chelín antiguo... ¿Dónde diablos se ha metido? Hace mucho tiempo que lo tengo guardado para cuando tú vinieras. En él hay algo escrito. Yo no tengo buena vista; pero, aunque la tuviera, no sería capaz de leer estas palabras, puesto que están en latín. Lo encontré un día debajo del suelo. ¡Aquí está! Vamos a ver, Miguel, ¿qué es lo que dice aquí? Con los ojos humedecidos de llanto, Miguel acercó a sus ojos la moneda velada por el cardenillo, y descifró la inscripción. —Es para ti. Guárdala —le dijo el viejo, entusiasmado por la competencia y los profundos conocimientos de su hijo—. Es de plata de buena ley. —Gracias —fue la contestación lacónica del hijo. Miguel se guardó la moneda en el bolsillo. Desde entonces había de llevarla consigo toda su vida. Durante los primeros días que siguieron al regreso de Miguel, el viejo Thóger no hacía más que mirar a su hijo con una mirada pensativa, en la que se leía una honda preocupación. —Es curioso el destino de las personas, ¿verdad? —le dijo un día—. Nunca se sabe dónde está escondido el talento y las dotes de inteligencia. ¡Fíjate en el hijo del zapatero de Bróndum! ¡Hasta qué altura ha llegado! He oído decir por ahí que ahora es ya un personaje de categoría en la Corte. —Pues sí, es verdad —contestó Miguel, inquieto y nervioso—. Las lecciones que le dio Jens Andersen fueron para él tan duras como eficaces. Estos estudios le dieron la ventaja y la oportunidad de ir a estudiar a Roma y a París. —Así es, hijo, así es —murmuró Thóger. Sus facciones de viejo se animaron de pronto al evocar el recuerdo de viajes por tierras lejanas. ¡Viajar al extranjero! También Thóger había viajado, aunque sus viajes no pasaron más allá del norte de Alemania. —Así es —repitió mientras giraba sus pulgares, uno alrededor del otro—. Y a propósito: ¿has visto alguna vez, por casualidad, al joven hidalgo de la casa solariega..., su señoría el señor Otte, creo que le llaman? Tan inesperada era aquella pregunta, que Miguel dio un respingo en su asiento, sobresaltado. —¿A quién? ¿Al hidalgo de...? —Sí, muchacho, a nuestro joven señor... Se fue a Copenhague por la primavera. Y no ha vuelto desde entonces. Respecto a él, me he enterado de una historia... muy rara. Miguel afirmó con la cabeza, apartando a un lado su mirada, como si le disgustara el relato de aquella historia. —No es fácil que te hayas tropezado con él por aquellas tierras —siguió diciendo Thóger—. Estos jóvenes nobles y vosotros los hombres de letras tenéis vuestras propias relaciones sociales, cada clase las suyas... Pues

sí. El señor Otte se fue a la Corte por su propia idea y voluntad y enemistado con su madre. El no tenía por qué hacer eso: me refiero a irse a la Corte. No tenía necesidad de vestirse de uniforme, puesto que no le llamaban a la guerra; además, su madre está viuda. Pero dicen que hizo todo eso por causa de Ana Mette... Tú recordarás perfectamente a Ana Mette, ¿no? Miguel la recordaba. —Pues esa Ana Mette está convertida ahora en una belleza —siguió el viejo, en tono de franca admiración y con los ojos abiertos de pasmo—. Es una moza tan guapa y gentil como no he visto otra en mi vida. Tan hermosas perfecciones las heredó de su madre, a la que tú también conociste sin duda... Su madre era hija del forzado Canuto, que murió en la guerra de los campesinos. ¡Cuántos hombres cayeron en aquella lucha! Pues sí; Jens Sivertsen se casó con la mujer más hermosa y admirada de la comarca. El y yo éramos ya de edad cuando tomamos mujer... Tu madre y ella no eran muy amigas precisamente, que yo sepa. Pero ¿a qué hablar de estas cosas? Las dos han pasado a mejor vida. Sí, ambas están ya muertas y enterradas. Así es la vida... —¿Qué dijo a todo esto Jens? Me refiero a las relaciones del señor con Ana Mette. —¿Qué había de decir? Él no podía agarrar una estaca y echar por la puerta al joven señor. ¡Qué cosa más increíble! Diríase que él anduviera pegado a las faldas de la muchacha. La muchacha se fue a ver a su padre, poniendo cara larga y suspirando por el joven... Y el joven prometió a la muchacha que regresaría trayéndole las mejores cosas de este mundo. Y pudiera ser que llegaran a casarse. ¿Quién sabe? La señora de la casa solariega ha dado un viraje redondo, cambiando de parecer... Bueno: ¿quieres que vayamos alia abajo a charlar un poco con Jens Sivertsen? Yo puedo muy bien llegar hasta allí. Tomamos la barca y nos vamos por el río. Thóger se echó al cuello una gruesa bufanda de lana, y subió a bordo de la chalana. Miguel remó hasta llegar a la desembocadura del río, donde amarraron la barca, y luego anduvieron a pie el resto del camino hasta llegar a la casa de Jens Sivertsen. Y esta vez Miguel tuvo oportunidad de ver y admirar a Ana Mette. Hasta el momento de verla delante de él, no había tenido otra idea de ella que el recuerdo de aquella niña de cabello rubio claro y de tez rosada que viera antaño, antes de ausentarse de su tierra. Ahora la veía transformada, como por milagro, en una doncella alta, acabada y perfecta. Dentro de la pequeña sala su cabellera lanzaba destellos. Era blanca y sonrosada todavía como una niña, con labios muy rojos y ojos puros, de color azul celeste. Así debía de ser Freya, la diosa nórdica. Ana Mette tendió su mano a Miguel, que se la quedó mirando hasta que ella bajó los ojos. Era de una belleza adorable. Pero Miguel sintió algo así como si se le abrasara la mano: «¡Otte Iversen! —pensó—. Ahora me las vas a pagar. Vas a recibir tu merecido...»

Thóger llevó la voz cantante mientras permanecieron allí. Hablaron de todo lo imaginable, incluso de cosas estrictamente personales; pero no se mencionó, ni con la menor insinuación, la situación existente entre Ana y el joven hidalgo de la casa solariega. Por otra parte, no se notaba nada en la actitud de ella: era una muchacha dulce, buena y reservada como todas las muchachas. Pero al mismo tiempo diríase que ella tenía algo especial: parecía una persona que un afortunado azar hubiera elevado a un nivel superior al de las demás personas. Sus rasgos, ya finos por naturaleza tenían esaviva elasticidad y flexibilidad de una muchacha de dieciocho años, y parecían ser la irradiación de un joven equilibrio interior. A Miguei ya no le extrañó que Otte estuviera dispuesto a revolver cielos y tierra para conseguir su mano... «¡Tanto mejor! —pensó Miguel—. Así le dolerá más el corazón en la hora de su desgracia, en la hora de mi venganza.» Porque Miguel estaba resuelto a tomar venganza; y esta resolución le apretaba el corazón como un dogal. —¿Sabes que tú podrías casarte con Ana Mette? —dijo, medio en broma, el viejo Thóger a su hijo en el camino de regreso—. Los dos hubierais hecho una pareja magnífica. Armonizaríais muy bien. ¿Por qué no decirlo? En este aspecto Jens Sivertsen no es melindroso por lo que se refiere al dinero... No es avariento. Por mi parte, yo no he podido darte mucho precisamente. Tú y Ana Mette podríais ir juntos a Roma. Irías a terminar tus estudios a Roma, como has dicho alguna vez. ¡Es cosa grande esto de poder viajar! Yo, en mis buenos tiempos, he viajado un poco; y Jens Sivertsen también ha recorrido sus buenas leguas. Como notara que aquella broma parecía molestar a Miguel, se calló. Pero momentos después el viejo dio los últimos toques a aquella ilusión suya, diciendo: —Es una gran muchacha esa Ana Mette. Desconoce todavía la malicia del mundo. Dicen que ella y el joven señor se aman. Tú no tienes todavía edad ni experiencia suficientes para comprender lo que es eso. Pero yo puedo decirte que Ana es una manzana que está todavía en el árbol, esperando que una mano la coja. Bien, Miguel. Apresurémonos a llegar a casa.

COMPÁS DE ESPERA

MIGUEL había regresado a su punto de partida, al nido de su infancia. Otra vez volvía a dormir bajo el techo paterno. Una vez más volvía a despertarse de noche para contemplar, a través de la lumbrera del techo, aquellas tres grandes estrellas que contemplara de niño, y percibir la leve crepitación de la techumbre al ceder los cabrios, y el ruido apenas perceptible que formaban los escarabajos y gusanos en el maderaje podrido. Afuera oía soplar tenuemente el viento con un susurro íntimo, dulce y familiar; Miguel conocía bien aquella suave música. Pero fuera de estos leves ruidos, todo era silencio: un silencio cerrado que lo envolvía por todas partes; un silencio tan hondo, que el zumbido que Miguel tenía en el oído desde su infancia, le producía ahora un verdadero tormento, por el contraste con aquel silencio. En sus oídos resonaba un tañido de campanas, un ruido de torrente y de lucha. De niño solía estar de noche en aquella misma habitación oyendo *hervir* el silencio; era un hervor que le hacía imaginarse que alguien pasaba perpetuamente por delante de la casa; le parecía oír el suave resbalar de los patines de un trineo que cruzara por la pista sobre infinitos campos de nieve; a intervalos, creía percibir un tenue y frágil tintineo de cascabeles lejanos: Más tarde, desde que un día oyera durante el invierno la música fina, frágil como la escarcha, de los cisnes allá en los pozos del hielo, creyó oír la voz de estas aves allá en el fiordo. Ahora volvía Miguel a oír este silencio; pero un silencio muy transformado ya: un silencio tan intensificado y sonorizado, tan poblado de subsonidos, que sembraban el terror en su espíritu. Aquella larga época de ausencia de su tierra natal le decía ahora que aquello que cantaba en sus oídos sin querer enmudecer, era la nada final y absoluta de ocho años de ausencia perdidos fuera de su hogar. El rumor vacío de la nada. Una noche sintió, con una indescriptible y aplastante certeza, que aquel clamor que sonaba en el vacío había de perseguirlo ya continuamente hasta que un día se agigantara de repente convirtiéndose en un estallido, que le cuartearía la cabeza y lo arrastraría, como el soplo de un huracán, al reino de los muertos. Y Miguel sintió un impulso alocado de huir de su hogar. —Tienes una cara lánguida, hijo — le dijo un día Thóger—. Me parece que estás aburriéndote aquí. Anda, sal de casa, y vete a pescar. Eso te servirá al mismo tiempo de ocupación y esparcimiento. Puedes salir con Jens. Y en todo caso, siempre podrás coger la chalana y largarte a escondidas con el viejo Bórre... Está un poco chiflado, pero, pescando, es una cosa seria. Y Miguel salió a pescar llevándose en su barca a Bórre, un pajarraco un poco orate, que venía residiendo en la comarca desde tiempo inmemorial. Bórre tenía un fondo bonachón, a pesar de todo. Días enteros se pasaron los dos hombres allá en el Brending⁴ sin articular palabra, adentrándose en el agua con el esparavel en la mano en los sitios de poca profundidad. Bórre se portó con gran sensatez y comedimiento, al revés de lo que solía ocurrir en otras ocasiones: tenía la manía de esconderse con la cara muy metida en un rincón, por ejemplo en el ángulo formado por dos edificios, donde se pasaba a lo mejor horas enteras, riéndose quedamente a solas, con una fantástica hilaridad. A Bórre casi siempre se le veía de espaldas: sus hombros se estaban estremeciendo y agitando con la risa demente que sacudía su cuerpo... A veces, cuando los dos iban pescando con el esparavel, con el agua hasta el pecho, él daba media vuelta mirando hacia el fiordo abierto, y empezaba a reírse y a exaltarse con tales sacudidas, que el agua formaba en torno de él anillos concéntricos que se iban alejando a gran distancia. Miguel salía también a pescar

con Jens Sivertsen, y así solía ver con frecuencia a Ana Mette. A la muchacha le había salido una especie de excoriación junto a las comisuras de la boca: aquello no era más que la manifestación de su juventud y vitalidad que le salía por la cara como una erupción.

* * *

¡Qué largo e invariablemente uniforme el verano de aquel año! El valle y las praderas rebosaban de hierba y de flores como jamás se había visto. El sol no tenía prisa por recorrer su órbita. Todos los seres vivientes parecían andar sin prisas. Miguel vio cómo un pájaro atravesaba el espacio subiendo y bajando como si pasara rasando la superficie de cerros y valles invisibles, y cuando hubo desaparecido, dejó tras sí el recuerdo de un gorjeo alegre y despreocupado. Los abejorros revoloteaban perezosamente sobre los húmedos tremedales; la chinche acuática trazaba garabatos en la superficie del agua, sobre los oscuros remansos del río. Aquel era el valle de la inmortalidad. Las suaves colinas cubiertas de brezos fingían figuras de cabezas flanqueando los dos lados del valle. El río se deslizaba a lo largo de él, callado y serpenteante, mientras por el cielo volaban blancas nubes con flecos que parecían pies alados. El agua, en el río, discurría, riendo, sobre los lechos pedregosos, se hundía en remansos y se quedaba silenciosa. Los peces se asomaban de un salto al exterior suspendiendo su respiración para atrapar mosquitos. Miguel entrevio de pronto el centelleo de una figura espectral sobre el agua resplandeciente —como un relámpago, como una sombra blanca sobre un espejo—, y a continuación oyó una sorda carcajada. Su eco rebotó entre los ribazos y acantilados. La calma ardiente del mediodía era profunda, como una petrificación de la medianoche, pues el sol envolvía de silencio toda cosa que respiraba. Era un silencio forzado bajo la luz del cielo, mucho más amenazador que las tinieblas de la noche. Por aquel cielo blanco navegaba la felicidad; pero nadie consigue conocerla hasta que ella está muerta. Cuando se extendió el crepúsculo sobre el paisaje, todo el aire se pobló de sonoridades. La becada se lanzó impetuosa a la altura de los espacios, dejando oír su agudo *yerp, yerp* en la velada oscuridad. Del islote de los Líquenes llegaban los ladridos, finos y penetrantes, de los cachorros de la raposa. De repente resonó una carcajada en los acantilados, una carcajada múltiple y demente que infundía terror. Luego se produjo un hondo silencio, hasta que de nuevo volvieron a oírse los impertinentes ladridos de los cachorros invisibles. Cayó la noche. En el profundo remanso que se formaba en el recodo del río, se rasgó la superficie de las aguas y emergieron los hombros de *Man*⁵ chorreando fango. Sobre los mojados recodos de los caminos flotaban los espíritus del reino, de la muerte bajo la forma de negras golondrinas de mar, que permanecían inmóviles en el aire con las alas abiertas, escrutando las profundidades.

* * *

Un día, al anochecer, se encontraba Miguel a la puerta de su casa mirando hacia los prados. Allá lejos, en la oscuridad, se movía una luz. Eran fuegos fatuos. Hacía un gran rato que toda la gente se había retirado a sus casas. Ya las gentes de Hóbjárning no trasnochaban en la pradera, pues ya se había recogido en carros el heno de los almares. Era en el mes de agosto. Todo estaba desierto y silencioso. Habían enmudecido pájaros y animales. De niño, Miguel, en noches como ésta, nunca se había atrevido siquiera a asomarse a la puerta para ver los pantanos por el miedo que sentía de

encontrarse con los fuegos fatuos, que él creía eran espíritus de otro mundo. Y todavía ahora estaba inmóvil, paralizado por un miedo invencible. Sentía un frío exagerado en el cuerpo, como si lo hubieran dejado, indefenso, solo y desnudo, en medio de un viento glacial. Pero, a pesar de aquel miedo físico e insuperable, Miguel tenía que salir a enfrentarse con aquella realidad —fuera lo que fuera— que sus ojos veían en medio de aquella noche embrujada. Diríase que él no podía vivir sin terrores, que tuviera necesidad de contrapesar su abatimiento interior con terrores exteriores. Y, entregando su vida a los poderes secretos de la noche, Miguel salió de casa y se adentró en los pantanos. El terror que sentía era como el flujo y reflujo de una marea, que, alternativamente, se alejaba de él para luego volver a inundarlo. Miguel caminaba como envuelto en una llama viva. El fuego fatuo que brillaba ante sus ojos, desapareció. Hacia la medianoche, Miguel se detuvo. Y en aquel preciso instante, resonó una risa allá en los acantilados: una carcajada como un cacareo, rápida, fugaz. El eco multiplicó aquella risa. Miguel se echó en tierra, y, caminando a gatas con la cabeza escondida bajo un brazo, anduvo un buen trecho, arrastrándose veloz. Luego, con una torpe maniobra, se volvió y echó a correr agachado hacia su casa. Mucho después, cuando volvió a reinar el silencio, se enderezó y echó a andar. —No voy a consentir que salgas por las noches —le dijo el viejo herrero a su hijo al día siguiente, mientras los dos estaban sentados a la mesa almorzando. Miguel se quedó callado, confuso y casi satisfecho ante aquella advertencia de sobremesa. Ya más tarde, aquel mismo día, Thóger mencionó en la conversación aquellos extraños fenómenos nocturnos. —Yo no creo en esas cosas supersticiosas. Jamás he visto ninguna cosa de éstas. Al menos nunca he tenido ocasión de verlas u oírlas de cerca. Pero debes saber que eso de salir de noche es perjudicial... para la salud. No hay que exponerse nunca a los riesgos. —No es que yo crea en esas cosas tampoco —aseguró Miguel—. Pero es que tengo costumbre de salir un poco de noche cuando no logro conciliar el sueño. Y... a propósito: ¿qué clase de risa extraña es esa que he oído resonar en los acantilados? ¿La ha oído alguien alguna vez? Thóger levantó las cejas en un gesto de desdén. -¡Oh, eso! Será sin duda cosa de algún bromista. O tal vez el chillido de alguna alimaña. ¿O será acaso el jóve? —¿El jóve? —El jóve, sí, el jóve, ese ser extraño... —contestó Thóger con una sonrisa un poco amarga—. No puedo darte una descripción exacta de él, porque nunca he visto ninguno. Pero eso debes saberlo tú, que has estudiado. Y diciendo esto, con aire de enfado, Thóger se levantó, se fue a la fragua y se puso a trabajar. Al poco rato su figura aparecía envuelta en un torbellino de chispas. Miguel subió a su barca y se fue a pescar. A cierta distancia de la

desembocadura se encontraba Jens Sivertsen tendido en su bote. Al divisar a Miguel se incorporó y le llamó a voces. Miguel remó en dirección a él. —Tenemos noticias frescas de la guerra, Miguel - empezó diciendo Jens—. Ha estado un mercader en la casa solariega, que ha traído noticias. ¡Todo marcha magníficamente! El rey tiene en todo momento la suerte de su lado. Jens Sivertsen aparecía visiblemente reanimado y contento. No mencionó para nada a Otte Iversen. Pero Miguel adivinó que habían recibido buenas noticias de él también. Miguel no quiso hacerle preguntas, y, empuñando los remos, se alejó de aquel lugar. Al anoecer, Thóger se acercó a su hijo para hablarle. —Ven acá, Miguel. Voy a contarte algo más respecto al jóve. En realidad, ha habido numerosos joves, si hemos de dar crédito a lo que cuenta la gente. Si hoy existe alguno, ése tiene que tener relación con Bórre. No me mires con esa cara asombrada... Es lo que dice ahora la gente. No se trata de él, por lo visto, sino de su alma racional, que lo ha abandonado. Eso dicen. Bueno; lo cierto es que hace muchos años, Bórre anda mal de la cabeza. Es muchísimo más viejo de lo que pudiera creerse. Yo no recuerdo ya aquella época. El caso es que un año, en primavera, perdió la chaveta: fue una pena de amor lo que le trastornó el juicio. Pero, a partir de aquella época, la gente dio en hablar de un jóve, que decían que andaba errante allá por los cerros. Yo he oído muchas veces, por cierto, esa risa. En aquellos tiempos lejanos en que yo quemaba sal, cuando me encontraba en el arenal junto a mis cacerolas, solía oírla frecuentemente por las noches. Más de una vez se encontraba Bórre a mi lado en aquel momento, y también él la oía. Nadie ha visto al autor de esas risas. No hay ni ha habido jamás persona alguna que diga haber visto a un jóve; no hay nadie que pueda describirlo, pues aquel que acierta a verlo, se queda muerto en el acto...

LA TEMPESTAD

UNA noche se despertó Miguel sobresaltado con el fragor de un trueno ensordecedor, acompañado de un relámpago de luz azulada... Thóger, su padre, estaba totalmente vestido y sentado sobre el arcón. —Vamos a tener tormenta —dijo el viejo en voz baja y con tono tranquilo—. No me atrevía a despertaros. Miguel se vistió. Niels se despertó un instante después y empezó a vestirse también. La tormenta se encontraba muy lejos todavía; pero los truenos se seguían sin interrupción. Era un ruido que venía acercándose en oleadas, cada vez más cerca. Los relámpagos se sucedían rápidamente, de forma desigual como las llamas de una hoguera vacilante. —Esto va a ser serio —exclamó el viejo volviendo la cabeza hacia la estrecha ventana. Se encendió un relámpago, y a su luz Miguel notó la expresión grave y digna del semblante de su padre. —¿No podríais salir y levantar la compuerta? No vaya a ser que las aguas represadas lo inunden todo cuando llegue la crecida. Asegurad bien la rueda. Niels y Miguel salieron. No era muy grande la oscuridad. Pero por la parte de Levante la masa oscura de nubes formaba una muralla negra. El cielo estaba sombrío y amenazador. Por aquel lado se encendían rayos y relámpagos tan fuertes que a su luz podían distinguirse claramente los guijarros en el suelo. El resplandor de los relámpagos subía por el cielo hasta el cénit, donde el cielo era azul y puro como la noche. Niels sujetó con cuerdas la rueda hidráulica sin despegar los labios. Miguel levantó la compuerta, y el agua se precipitó sobre los álabes. Los dos jóvenes volvieron a entrar y se sentaron en las banquetas muy juntos. La tormenta se acercaba velozmente; entre aquellos continuos fucilazos se encendía de cuando en cuando un furioso relámpago blanco, seguido de un estampido, que sonaba cada vez más cerca: el eco de los truenos repercutía atronador, mezclándose con el sordo retumbo lejano, preñado de presagios. De pronto se levantó afuera un ramalazo de viento huracanado levantando una polvareda contra el muro exterior. Un grueso goterón de lluvia pegó contra los cristales, y en seguida comenzaron a martillar nuevas gotas sobre la superficie exterior del tejado produciendo un continuo zumbido. Thóger cerró la claraboya del techo. Un relámpago enorme iluminó la habitación, como si fuera la misma luz del día. A su claridad, Miguel percibió los ojos envejecidos, claros y serenos de su padre. Casi en el mismo instante se produjo un ensordecedor estallido sobre sus cabezas, un par de explosiones terroríficas, y un largo rechinante ruido como de un derrumbamiento de muros, seguido de un trueno sordo y hueco.

—¡Cuidado con los ojos! —exclamó Thóger. Y cuando se encendió el siguiente relámpago, se vio cómo Niels estaba sentado tapándose la cara con la gorra para no ver el cielo, por miedo a quedarse ciego con aquel resplandor. Poco después se echó silenciosamente en la cama. Seguía relampagueando; llamaradas amarillas y verdes invadían la habitación. Niels se echó las pieles por encima de la cabeza: estaba en la cama con las rodillas casi pegadas a la barbilla. Y de repente se oyó un estampido tan formidable, que parecía que el cielo se rompiera en pedazos. Miguel pensaba: «¡Quién sabe si no será éste el último trueno que yo pueda oír ya en mi vida!» Ya los relámpagos se sucedían a un ritmo tan rápido, que la habitación estaba continuamente bañada de resplandores, y los estampidos de los truenos sacudían los cielos y la tierra desde los cuatro puntos cardinales. La lluvia azotaba furiosamente el tejado, se derramaba como una cascada sobre las piedras de la puerta y se precipitaba rugiendo en el río. De repente se oyó algo así como un estrépito de hierros en la fragua. —¡Santo nombre de Dios! —exclamó Thóger, levantando la cabeza en medio de una verdadera lluvia de fuego. Acababa de caer un rayo en la fragua. Se oyó como una fuerte succión, acompañado de estrépito de cacharros y un ruido crepitante. Inmediatamente los tres hombres se quedaron sumidos en una oscuridad sepulcral en medio, de un marcado olor a azufre. Miguel aspiró el aire ruidosamente. Thóger se dispuso a sacar lumbre, luchando bravamente con el eslabón hasta que consiguió encender el fuego. Abrió la puerta de la fragua, escrutando su interior. El yunque, arrancado del cepo, yacía volcado en el suelo. Como por un soplo huracanado, los carbones habían sido barridos del hogar de la fragua. Afortunadamente no se había prendido fuego en ninguna parte. Poco después empezó a amainar la tormenta. Otra vez la lluvia volvió a caer en goterones aislados, como un último coletazo. Thóger y Miguel salieron al campo. Ahora las nubes de tormenta se extendían sobre el fiordo, nubes danesas, de un color azul negro. Caían los rayos como sablazos, y el agua corría torrencial, coronada de espumas. Por Levante estaba el cielo claro y limpio de nubes. Las estrellas volvían a destellar radiantes. El río crecía, oscuro y alborotado. Todo estaba chorreando. El aire olía a quemado. Cuando padre e hijo llegaron a la cima del cerro que dominaba la casa, se ofreció a sus ojos un espectáculo triste y desolador. Tierra adentro, estaban ardiendo los campos; sobre todo el panorama la tierra ardía en diez sitios a la vez. Llamaradas de grandes incendios se erguían rectas hacia el cielo, tranquilas e impasibles. —¡Oh, Dios mío! —exclamó el viejo Thóger consternado. Localizó rápidamente los lugares incendiados. —¡Hay fuego en Graabolle! —gritó, jadeando—. ¡Y en Kourum! De pronto se volvió...

—¡Vaya, menos mal! —exclamó el viejo con un suspiro de alivio. Miguel dirigió los ojos en la misma dirección. La casa de Jens Sivertsen se encontraba situada muy abajo, junto a la orilla. Miguel pensó en Ana Mette, y se sintió enternecido y conmovido. Y es que ella estaba ya muy metida en su corazón, más de lo que él creía. —Mira allí: se está hundiendo la techumbre — murmuró Thóger, que otra vez se había vuelto hacia el interior de la comarca. Había un lugar donde las llamas, altas como una torre, se levantaban al aire, dando saltos rugientes. La nube se cernía ahora sobre Salling. Cada vez que se encendía un relámpago se podían distinguir casas y campos cuadrículados como un tablero de ajedrez, en la lejanía; tan vivo era el resplandor, que hasta se divisaban las gavillas de los almiares asentados sobre las laderas y la espuma de las olas que se estrellaban contra la orilla. Al poco rato surgían allá, al otro lado del fiordo, las llamas rugientes de nuevos incendios, mientras seguían cayendo los rayos. Thóger gimió, consternado, al ver aquel espectáculo. —Triste y terrible va a ser esta noche para algunos —murmuró, moviendo la cabeza—. Vamos a echar un vistazo al molino. El molino no había sufrido ningún daño. Las aguas habían crecido enormemente dentro de la presa, pero las cuerdas de sujeción resistieron bien la furia de las aguas. La rueda estaba en medio de la corriente, casi sumergida en ella. Exhalando suspiros, Thóger entró en su casa. Pero Miguel se encaminó de nuevo al cerro, abstraído y atraído por la visión de aquella tragedia. Las nubes habían descendido hacia el horizonte; los truenos se oían muy lejanos y los relámpagos ya no tenían aquella luz tan cegadora. Miró en torno suyo. En todas direcciones veía resplandores de incendios como grandes hogueras rojas. Miguel volvió la cabeza hacia el Sur. Por aquella parte del cielo vio una altísima nube, vaporosa como un velo, que se elevaba como una muralla contra el cielo. El borde superior de aquella nube resplandecía. La nube parecía estar animada de un extraño movimiento interno como un ser vivo, y cruzada por rayos finos como agujas... De pronto apareció traspasada por un resplandor rojo, como si detrás de ella fuera creciendo un gran fuego. Y de repente, sin el menor ruido, surgió una extraña aparición en el cielo límpido. Un jinete... Su caballo galopaba como desbocado, levantada la cola. Las piernas del jinete colgaban rectas en el aire. Detrás de este jinete vio subir, como en oleadas de luz y sombra, una nube de caballos y de hombres, avanzando por el espacio: miles de lanzas se volvían al mismo tiempo en una misma dirección; nuevos caballos y lanzas brotaban como chorros rectos en el aire, se deslizaban por aquellas rutas aéreas en líneas que se entrelazaban subiendo y bajando, y pasaban vibrando por el cielo con un silencio asombroso. Largo rato siguieron llegando más y más picas alzadas

verticalmente, a una altura de vértigo; todos los jinetes iban a galope tendido, ligeros como el viento, y de cuando en cuando bajaban las lanzas a un tiempo como se doblan las mieses al paso del viento... Parecían tener prisa; diríase que tenían un largo camino que recorrer. Como animados de una viva pulsación luminosa, los ejércitos palidecían y volvían a hacerse nítidamente visibles a intervalos de luz y sombra. Miríadas de soldados resplandecían en el cielo, desparramándose y reuniéndose... Fogosos soldados, desabrochados por el pecho y con el arcabuz al hombro, avanzaban por el espacio luminoso con las piernas muy abiertas; coroneles enfundados en sus armaduras galopaban con el bastón de mando majestuosamente apoyado en el anca; cañones y carros cargados de proyectiles rodaban vertiginosamente en el aire; muchachas gordas, arremangada la falda, pasaban rápidas, alejándose... ¡Perros olfateando, merodeadores, nubes de cuervos! Y detrás, nuevos soldados, ataviados de trajes adornados con pasamanería y terciopelo, airones y zapatos abiertos, todos con la nariz levantada. Jóvenes nobles abanderados de airoso y marcial porte, como Ganimedes, llevaban sus cabezas rizadas entre nubes. Viejos flacos y barbicanos, escrutaban la lejanía escondiendo su voraz mirada bajo las cejas, como buitres. Todo aquel interminable cortejo navegaba alejándose bajo las estrellas... Todos los jinetes aventureros, todos aquellos incansables asaltantes, se fueron alejando y se desvanecieron como un velo sutil en el espacio insondable.

LA VENGANZA

UN día del mes de septiembre se encontraba Miguel Thógersen pescando en la desembocadura del río, cuando vio venir en dirección a él a Ana Mette. Miguel atracó a la orilla y esperó la llegada de ella. Cuando Ana se hallaba a unos pasos de él, se detuvo esbozando una sonrisa. Sus cabellos aparecían enmarcados por un pañuelo de color oscuro. Miguel le hizo un saludo... Los dos permanecieron callados durante un momento. Sobre las grises tierras de labranza los pájaros se unían en bandadas, y el aire estaba maravillosamente límpido y transparente. Todas las hierbas y plantas se erguían amarillentas y marchitas en aquella atmósfera extrañamente transfigurada... Diríase que los dos jóvenes, por un acuerdo tácito, suspendieran la respiración. Ana Mette fue la primera en romper el silencio, yendo derecha al asunto. —Venía a preguntaros si no querriáis tal vez ir a ver los anzuelos de mi padre, que están guardados allá al pie del islote de las Gaviotas, puesto que yo pudiera acompañaros para enseñaros el lugar. MÍ padre se ha ido a la ciudad. Pero podríais ir de todos modos, aunque yo no os acompañase. —Pues claro que iré —contestó Miguel sin apartar los ojos del rostro de Ana Mette. En aquel instante Miguel estaba pensando en algo bien distinto de los anzuelos de Jens Sivertsen. Ana Mette se volvió para marcharse, pero vaciló. —¿Vos querriáis...? Os invito a dar una vuelta en barca conmigo. ¿Querriáis venir? —preguntó Miguel, esforzándose por sonreír. Ana Mette se quedó, complaciente. —¡Qué noche más tranquila y hermosa vamos a tener! Todavía no se ha puesto el sol —continuó diciendo Miguel. Miró a Ana Mette a la cara. La muchacha dejaba vagar su mirada allá lejos, hacia la desembocadura del río. Miguel percibió una ráfaga de vida en la mirada de aquellos ojos azules, un relámpago de entusiasmo... «¡El recuerdo!... —pensó Miguel—. Sí: el recuerdo de otro paseo en barca...» —Pues... no me disgustaría una corta excursión en barca —contestó la muchacha con un acento insólitamente dulce, sin dejar de mirar hacia las aguas lejanas, abstraída en sus recuerdos. —¡Pues venga, vamos! —exclamó Miguel con acento de impaciencia. Ella no advirtió el tono feo y brusco de la voz de Miguel, y extendió el pie hacia la borda. Miguel no tuvo tiempo de ayudarla a subir, porque ella, con gran agilidad, saltó al bote y se sentó rápidamente en el banco delantero de remar. Miguel empuñó los remos y empezó a bogar por el río. Estuvieron largo tiempo sin despegar los labios, Ana Mette seguía mirando a la lejanía de las aguas. El sol se acercaba ya a la raya del horizonte y empezaba a tomar una

coloración roja. Su resplandor de brasa iba coloreando todo el fiordo. Reinaba tal calma en el ambiente, que se percibía claramente el ruido del vuelo de los pájaros sobre los campos. Durante unos momentos Ana Mette, se puso a hablar de temas de carácter general. En sus contestaciones, Miguel se mostró bastante parco en palabras. La última y débil corriente de la desembocadura iba empujando la barca hacia el mar. Ana Mette volvió a guardar silencio. Y se puso el sol. Poco después comenzó a rizarse el agua con el terral que se levantaba al llegar el crepúsculo. —Ya se hace tarde —dijo Ana Mette, alejando con un suspiro sus recuerdos—. Debemos regresar ya. Miguel no contestó. Entonces ella alzó sus ojos hacia él y se encontró con la mirada acerada y dura de sus ojos en el momento en que él arrojaba con ambas manos los remos muy lejos de la barca. La muchacha se levantó de un salto, con una fuerza elástica tal, que la barca se balanceó volviendo la proa hacia la orilla. Estaban muy alejados de tierra, perdidos en la oscuridad... La joven hubiera querido gritar con todas sus fuerzas; pero desistió, paralizada por un recuerdo que la había asaltado en aquel instante... Sólo emitió un leve sonido, un hipo, y se dejó caer de nuevo en el banco. Miguel cruzó sus brazos, libres ya de los remos. Entonces Ana Mette, alarmada, perdió el dominio de sus nervios y rompió a llorar, a voz en grito. —¿Qué os pasa, Miguel? ¿Qué es lo que pretendéis? Los remos... —¿Que se los lleve el agua! —exclamó Miguel, ciego ya en su arrebato—, ¿Que qué es lo que pretendo? ¡Voy a arrancaros del corazón de Otte Iversen! —¡Oh, Miguel! ¡No, no, no! —suplicó la joven, aterrada. Gemía y lloraba a gritos. Se arrastró por el fondo de la chalana, retorciéndose las manos, erguidas hacia él. —¡Siéntate y cállate! —gritó él con un acento brutal e imperioso. La muchacha obedeció volviendo a sentarse e inclinó profundamente la cabeza y la escondió entre sus manos, llorando. La noche se había cerrado por completo. El agua había adquirido un tinte negro. Apenas se percibía la línea de la orilla, que se iba velando de bruma. Por el poniente el cielo se había hecho profundo y verde. La barca se iba desplazando suavemente a la deriva. Había refrescado la noche, y las ondas se escalonaban chapoteando quedamente. Miguel calculó que tocarían en tierra un poco hacia el Norte, hacia Salling, dentro de unas cuatro o cinco horas. El tiempo se deslizaba con gran lentitud. Miguel tenía los ojos fijos en Ana Mette, que continuaba sentada con la cabeza baja y apoyada en las rodillas. De pronto ella retiró las manos de sus ojos para mirar al joven. —Siempre había creído que erais una buena persona, Miguel —dijo la muchacha entre gemidos. Esta observación conmovió a Miguel como una sacudida enternecedora. El hombre consiguió dominar la emoción en un esfuerzo supremo. —Tú estás en mi corazón, Ana Mette —balbució un momento después, transido de dolo

rosa ternura—. Te has metido muy dentro de mí. No fue capaz de decir otra cosa. El no sabía más. No comprendía la finalidad y alcance de sus propias palabras. Sólo tenía la sensación de que sobre su vida se cernían el Dolor y el Mal, condenándolo a una perpetua desdicha. Tranquila, lentamente, la barca avanzaba a la deriva a través del fiordo sumido en sombras. Ya no se veía tierra ni por babor ni por estribor...

LA MALDICION

EN una nebulosa mañana de octubre, en que caía una finísima llovizna, un gran buque atracaba al muelle de Copenhague. El barco venía de Suecia. Cuando se hubo echado la pasarela, desembarcaron unos cuantos caballeros que, saliendo en alegre y animada charla, se dirigieron inmediatamente hacia el interior de la ciudad. Pero uno de ellos se quedó junto al muelle, después de haberse despedido de sus compañeros. Era Otte Iversen, que se quedaba esperando la salida de su caballo, el cual venía a bordo del barco. La guerra en Suecia había terminado al fin, con un desenlace victorioso. Otte se había distinguido en la breve campaña, ganando honra y provecho. Después había logrado obtener su licencia, y ahora no pensaba en otra cosa más que en volver. Volver de nuevo a su hogar. Mientras aguardaba al caballo mirando a un lado y a otro, embargado de júbilo por hallarse ya tan cerca de sus lares tras haber recorrido tanto mundo —las casas y las cosas le parecían estar igual que tres meses antes—, reparó en la presencia de un anciano envuelto en una negra capa que, con ademán sumiso y adulator, se había acercado al capitán del barco y estaba hablando con él. En esto divisó Otte la cabeza de su caballo y dos hombres que estaban junto al animal para traerlo a tierra y desembarcarlo. El caballo, rebelde, se resistía, alzando la cabeza con bruscos tirones. Cuando Otte Iversen se volvió, se encontró frente al anciano, quien se inclinó ante él con una cortesana reverencia. —Perdonad: ¿sois acaso el honorable señor Otte Iversen? —preguntó en alemán. Al oír la contestación afirmativa, el hombre mudó de talante, haciendo desaparecer de su rostro aquella expresión de obsequioso servilismo y, acercándose hasta sólo unos centímetros de distancia de Otte, le insufló en voz baja estas palabras en lengua alemana:

—*Es sind drei Monate her, dass ein Otte Iversen in meinen Garten hereinbrach und meine Tochter entehrte... Sie also sind es gewesen, ja ich seh 'es schon ...*⁶.

Tenía el cuello estirado hacia delante, la mirada clavada en el fondo de los ojos de Otte Iversen, los labios vueltos hacia fuera; la voz le brotaba de la garganta como el silbido de un pájaro, y las palabras le salían de la boca deformadas en una sintaxis retorcida:

—*Verflucht sollst du sein auf Erden, hörst du mich... Ruhelos! schlaflos dein Kelch Sehnsucht, das Brot Stein dir im Munde! Du sollst verwesen, verwesen... Du sollst deinen Vater und deine Mutter sterben sehen vor Scham... Unglück über dich! Hinweichen sollst du wie ein räudiger Hund, und dein Leichnam soll aus den Löchern deines Sarges triefen... Unglück!*⁷

El anciano estaba mirándolo con los ojos en blanco y los morenos puños erguidos hacia el cielo, jurando y maldiciendo. Otte Iversen dio un paso atrás, asustado. Vio que el caballo estaba detrás de él, ya listo para el viaje. Girando sobre sus talones, Otte empuñó las riendas. El caballo echó a correr, y el jinete corrió un trecho, pegado al costado del animal. Saltando dos veces sobre una sola pierna, engancho al fin el estribo con el pie, describió un giro en el aire y quedó plantado en la cabalgadura. Minutos después atravesaba a galope la Puerta del Oeste. Mientras espoleaba furiosamente al caballo, se esforzaba por alejar de su mente el recuerdo del

anciano y convencerse a sí mismo de que no había oído sus palabras. Reconcentró sus potencias y sentidos, ciñó sus piernas al vientre del animal y ya no pensó en otra cosa que en correr, correr a un loco galope. El aire rozaba sus oídos tronando. Otte mantenía bloqueado el recuerdo de la maldición de Mendel Speyer, sin dejar que aflorara a la superficie de su conciencia. Ante sus ojos volaban, girando, casas y campos y bosques amarillentos. Cada vez que lo asaltaba el recuerdo del viejo, redoblaba su fuerza en riendas y espuelas, lanzándose a una carrera más desahogada todavía. De este modo conseguía borrar el efecto de aquel maldito encuentro. Cuando, cubierto de sudor y exhalando nubes de vapor, cruzó por Roskilde, ya casi tenía olvidado el suceso. Y cuando, al anochecer, corría a galope a través de los bosques de Soró, cocido y escaldado de tanto cabalgar, ya había arrojado completamente de su mente aquel recuerdo. La noche no se cerró hasta que él llegó a Korsór, donde desmontó y buscó posada. A la mañana siguiente Otte se despertó recordando a Ana Mette. —Ana... Ana Mette —murmuró a solas. Y dicho esto saltó de la cama. Media hora después, estaba navegando ya por el Belt, con excelente aspecto y lozano semblante, aunque impaciente. El ansia de llegar le tiraba materialmente de los pies como una fiebre. Al llegar a Fyen, descubrió, por decirlo así, a su caballo. No había reparado en él hasta aquel momento. Su caballo propio, aquel hermoso caballo castaño, se lo habían matado de un balazo cuando él lo montaba frente a Estocolmo, y, para reemplazarlo, le habían dado un garañón bermejo, arrogante y de gran alzada, —¡Caballo de Satanás! Magnífico bicho para devorar leguas... Pero te sacudes de los lomos al jinete como si fuera el tronco de un árbol. Ya te puedes andar con cuidado durante el viaje... ¡Toma! Te voy a hartar de fusta y espuelas. ¡Qué diferencia entre este caballo y aquel caballo mío, tan dócil, de índole tan mansa! Pero aquél queda muerto allá en los campos de Suecia. ¡Hala! ¡Ahora verás!... Y Otte aserraba literalmente los extremos de la boca del animal. De cuando en cuando tenía alguna consideración con la bestia, que corría, se afanaba y sudaba sin cesar. Otte advirtió cómo, al otro lado de Odense, se acercaba por el Norte la tormenta acompañada de torrenciales aguaceros. Otte Iversen se inclinó hacia delante con la cabeza gacha, lanzando al caballo a una loca cabalgata. No tardó en estallar de rabia y cólera... —¡Mira que si este camello se me desinflara ahora...! Otte Iversen se vio obligado a inclinarse sobre un costado del caballo, en dirección opuesta a la tormenta. Entre gritos estentóreos, lo fustigaba latigazo tras latigazo hasta que el caballo no podía galopar más. La tormenta iba creciendo sin cesar, mientras Otte azuzaba a su caballo rechinando los dientes. —¡Sólo faltaría que ahora te detuvieras bruscamente haciéndome

volar por encima de tu cabeza!... El jinete aullaba, literalmente, de cólera. No suplicaba: mandaba imperiosamente a su caballo. Quería regresar a su tierra como fuera, y lo conseguiría. Pero cuando, al amanecer, bajaba a todo galope una empinadísima cuesta, notó de repente que el caballo arqueaba el espinazo bajo su cuerpo, le fallaban las patas delanteras, se precipitaba de cabeza... Otte saltó de la silla y se puso a levantarle el cuello al caballo caído; pero ya el animal tenía los ojos vidriados. Los largos y peludos remos del caballo se estremecieron en unas cuantas convulsiones. El animal se quedó inmediatamente tan mudo como había venido hasta entonces, galopando, rebelándose y encabritándose a través de la mayor parte del territorio de Dinamarca. Otte Iversen quitó los aparejos al caballo muerto, y con ellos se dirigió al pueblo más próximo. Algo después del mediodía llegaba Otte a su tierra natal montando un nuevo caballo. Bajó por las recuestas a un desenfrenado galope y, en breves minutos, atravesó la hondonada del valle y, subiendo a galope la última cuesta, llegó ante la casa de Jens Sivertsen. Después de saltar de la silla se dirigió sin aliento a la puerta de la casa. Jens abrió la puerta cautelosamente, apareciendo en el umbral con la cabeza descubierta. —¿Ana Mette? —preguntó bruscamente Otte Iversen—. ¿Dónde está Ana Mette? —Ana Mette no está en casa —le contestó Jens en voz baja y con una mirada vaga y titubeante—. Ya no está en esta casa. —¿Cómo! ¿Qué es lo que estáis diciendo? ¿Adonde se ha ido, entonces? Jens Sivertsen se estremeció de pies a cabeza como tocado por una ráfaga helada. Iba a decir algo, pero se contuvo, asustado, al ver cómo de repente las facciones del rostro de aquel joven noble y señor se ensombrecían y alargaban. —¿Dónde está entonces? —volvió a preguntar Otte espantado. —Se ha ido a Salling, a servir en casa de unos señores —explicó Jens Sivertsen. El hombre, lleno de pena, se puso a acariciar las rizadas crines del caballo, el cual a su vez se puso a olfatearlo. Mientras pasaba dulcemente su mano por la piel del animal, Jens se puso a relatar de un modo monótono las circunstancias del suceso. —Sí, señor... Está en Salling desde hace un mes. Y hace exactamente el mismo tiempo que desapareció de esta comarca el hijo de Thóger, ese Miguel, que había vuelto de Copenhague. «Ha salido a pescar», fue todo lo que me dijeron los vecinos cuando yo volví a casa. Y entonces yo pensé que quizá habrían ido a parar a Salling navegando a la deriva. Otte Iversen levantó rápidamente la vista como con aire de duda. —Al principio anduve durante largos días haciendo pesquisas y preguntando a las gentes de aquella zona; pero nadie los había visto a los dos ni nadie pudo darme la menor noticia de ellos. Ahora, hace sólo cuatro días, conseguí dar con el paradero de ella. Está trabajando de sirvienta en una granja de Vestersalling. La pobre muchacha

no quiso volver a casa por nada del mundo, por más que la rogué y supliqué, por más que hablé e insistí. Jens Sivertsen bajó la voz. —Y eso que ella no ha hecho ningún mal ni tiene culpa de nada, ¡Da pena verla a la pobre! Está muy abatida y postrada. En cuanto a Miguel, ella no quiere que pronuncien siquiera su nombre en su presencia. Miguel había desaparecido sin dejar rastro. Jens alzó la mirada de sus ojos tristes. En su boca, fruncida por el dolor, se leía la amarga verdad. —Fue él, naturalmente, el autor del atropello —añadió Jens en tono febril, pero resuelto y claro. Como Otte Iversen seguía sin despegar los labios, el pescador continuó desenredando minuciosamente las crines del caballo mientras decía casi en un susurro: —Thóger el herrero no está menos triste y consternado que yo por esta fechoría. El hijo se le ha marchado de casa, y con una mancha en su honra por añadidura. Pero a Thóger todavía le queda el otro hijo, Niels. Yo, en cambio, me he quedado ahora completamente solo en esta casa. Mañana pueden ocurrirle a uno muchas cosas imprevistas, y vamos ya siendo viejos para hacer frente a la vida. Sí, pueden suceder muchas cosas... Tenía ganas de deciros esto. Nada más puedo deciros. Con esto Jens apoyó la barbilla sobre el cuello del caballo, y, perdido en sus tristes pensamientos, se quedó mirando fijamente hacia el fiordo, por donde el agua se deslizaba fría bajo las nubes tormentosas. Al fin se volvió para contemplar durante un instante el semblante de Otte Iversen. Ya el rostro del joven hidalgo no parecía de él: sus facciones estaban como borrosas, martirizadas, con fruncimientos en dirección al centro de la cara, como los rasgos de la cara de un gato muerto, ahogado por el humo. Jens se apartó del caballo, retirándose hacia un lado, mientras murmuraba una frase ahogada, el fragmento de una plegaria. Pero Otte Iversen saltó sobre la silla y se acomodó sobre su cabalgadura. —¡Arre! —gritó. Y a paso de andadura, emprendió el camino de su casa, la casa solariega de Moholm. Despacito. A paso de andadura...

LA MUERTE

EN plena canícula, y a la hora del mediodía, cuando el sol está en su punto de apogeo y todo reposa en medio de una calma abrasadora, atrae a veces la atención del observador una luz que surge por el cielo del Sur: en medio de la blanca claridad del día irrumpe un resplandor en forma de centelleos y ráfagas de luz, más blancas aún. El genio travieso que produce estos juguetones chisporroteos de luz vuelve a hacer su aparición seis meses más tarde cuando el fiordo está helado y los campos aparecen sepultados bajo la nieve. Por la noche se percibe el crujir de resquebrajamientos que recorren de extremo a extremo la superficie de hielo del fiordo: se oyen como penetrantes detonaciones, bramidos, gritos o alaridos de un ser demente. Los campesinos abren en la profunda capa de nieve senderos que van desde su casa hasta Nódset. ¿Dónde están ahora los trolls y los elfos, dónde la estremecedora voz de la Naturaleza? ¿Acaso el jóve no está también muerto y olvidado? Ya no hay lucha ni discordia entre los seres de la Naturaleza. Todo parece estar aletargado y encogido para defender la supervivencia de la vida. Calzada de nieve, la zorra cae pesadamente entre los matorrales y, tras penosos forcejeos, vuelve a salir a la superficie, aterrada por el miedo a la muerte. Es la época en que reina sobre el mundo el silencio y la quietud más completos. La escarcha cubre y oculta perpetuamente el fiordo. A lo largo de todo el día se percibe como un extraño gemir, que proviene de la zona de hielo: es un pescador solitario que está fisgando junto a un pozo natural abierto en el hielo. Y he aquí que una noche vuelve a nevar. El aire es nieve. El viento, una corriente de plumas de mil nidadas. No se ve mover a un ser viviente. De pronto se ve llegar a un jinete al embarcadero de Hvalspund. No encuentra la menor dificultad para pasar a la orilla opuesta. El jinete ni siquiera aminora su marcha, sino que, trasponiendo la orilla, continúa avanzando a caballo sobre aquel puente de hielo al mismo trote vivo. Por debajo de los cascos del caballo se van produciendo, como en ráfagas, estallidos de truenos subterráneos. El crujir del hielo se extiende hasta leguas a distancia. El jinete llega a la otra orilla y cabalga tierra adentro. Con su cuello estirado, el caballo hiende las cortinas y torbellinos de nieve. Aquel caballo es un gran trotador. Sus remos son incansables. Las ráfagas de viento helado hacen flamear hacia un lado la capa de color ceniza del jinete. El cuerpo del misterioso jinete está todo hecho de huesos, de huesos desnudos. La nieve pasa silbando por entre sus costillas. Esta extraña amazona es la muerte, que ha salido a cabalgar por el mundo.

Sobre su hombro lleva, triunfante, la guadaña, con la punta de la hoja hacia atrás. La muerte tiene sus caprichos y antojos también. Cuando ve alguna luz en las noches invernales, se apea de su cabalgadura, descarga un golpe en la grupa del caballo, y el animal hace un corcovo en el aire y desaparece. Ahora la muerte ha despedido a su caballo para recorrer el resto de su camino con el aire de una persona que ha arrojado lejos de sí sus preocupaciones, y se aleja perezosamente con aire distraído de paseante solitario. Sobre una rama que cuelga al borde del camino aparece posada una corneja en medio de aquella noche llena de flecos de nieve. Su cabeza, demasiado grande, no guarda proporción con el cuerpo. El pájaro mira a la solitaria viajera con evidentes señales de reconocerla: un extraño centelleo aparece en sus ojos de nácar. El ave se agacha y ríe, ríe sordamente: el castañeteo de su pico riente se oye a enorme distancia, la lengua le sale muy lejos del cuello. La corneja está a punto de caerse de la rama de tanto reírse con aquella risa de mofa. Sigue con la vista la marcha de la muerte mientras se desternilla de risa. La muerte sigue caminando sin cesar. De pronto se encuentra con un hombre. Le toca la espalda con sus helados dedos, y ío deja en paz. Aparece una luz. La muerte todavía ve la luz, y se va en busca de ella. Continúa caminando en línea recta, y durante un largo tiempo avanza encorvada por un helado campo de labranza. Pero cuando al fin acertó a vislumbrar los contornos de la casa entre las sombras, se estremeció con una extraña alegría. Y es que la muerte llegaba por fin a sus lares. Sí, ella pertenece a estos lugares desde el principio. Le había costado gran trabajo encontrar su hogar. La muerte llama a la puerta, donde un par de viejos salen a recibirla. Lo único que ellos ven es un simple artesano que viene de viaje, y que este artesano está acabado y exhausto. La muerte se tiende en el lecho inmediatamente sin pronunciar una palabra. Los viejos saben perfectamente que ella está muy enferma. Mientras la muerte permanece tendida de espaldas, ellos entran en el aposento con una vela encendida y se ponen a charlar entre sí. Ella los olvida. Se queda largo tiempo inmóvil, en vela. Pronto comienza a quejarse. Empieza por lamentarse en voz baja y de modo intermitente, como el que quiere sondar el terreno. Lloro, pero cesa de llorar en seguida. Luego vuelve a sus quejidos, ya en voz más alta. Lloro con los ojos secos. Reposo apoyándose sólo sobre la nuca y los talones, formando un arco con la espalda. Con la expresión del que se encuentra en el último trance de su vida levanta la vista al techo y empieza a gritar y chillar como una mujer en el parto. Al fin se desploma, quejándose ya muy débilmente. Y por último enmudece por completo y se queda inmóvil.

REENCUENTRO

EN una expedición hacia el Norte, a través del Holstein, caminaba con su guardia el joven noble Slenz. Este aristócrata había sido llamado a las armas por el rey Hans y el duque Federico, que habían forjado el proyecto de dirigir una expedición contra Ditsmark. Era por el año 1500. En una de las secciones mandadas por *fanik*, iba Miguel Thógersen, el cual hacía seis meses que estaba al servicio del joven noble ganándose su soldada. La figura de Miguel lucía muy bien en la fila: aparecía largo y enjuto como un hueso mondado y su pelirrojo bigote producía una impresión verdaderamente única. Se parecía el hombre al ladrón crucificado al lado de Cristo; no al que había de estar con el Maestro en el Paraíso, sino al otro. Sus armas estaban constituidas por un mosquete y un espadón. Vestía calzón de terciopelo azul con borlas, almilla de ante y morrión de hierro. Todo este equipo se lo había quitado a un muerto que habían encontrado tendido en el camino real una madrugada. Al lado de Miguel caminaba Clas, que todavía vivía a la sazón. Sus compañeros de armas iban cantando. Miguel incorporó su voz a la de ellos y se puso a entonar, como Dios le dio a entender, una canción que comenzaba así:

*Gedenkst du noch, es war ein' Nach im Böhmen*⁸

Al romper el día, ya habían callado la mayoría de los cantores. Habían recorrido un largo camino, pero todavía les quedaba mucho que andar. Cuando, ya bien entrada la noche, se acercaban al campamento del rey, todos y cada uno de aquellos hombres estaban rendidos y agotados como animales de tiro. Brillaba la luna, iluminando la fina capa de hielo que cubría la tierra. Miguel caminaba con los ojos bajos. Estaba mortalmente fatigado y en las últimas horas se había entumecido y embotado de cansancio y de frío. De pronto Miguel fijó su atención en las sombras que, conforme iban avanzando, proyectaban oblicuamente seis agitadas siluetas de hombres que iban en su fila. Con asombro notó que había una marcada diferencia entre las intensidades de estas sombras: algunas eran un poco más claras, mientras que la suya le pareció la más negra de todas. Se detuvo a pensar un poco en aquel fenómeno, que durante un momento lo dejó helado de terror. Miguel olvidó luego aquello, pero no tardó en volver, obsesionado, a lo mismo. Los hombres seguían avanzando en una masa larga, interminable. Por más que alguno cayera desmayado de agotamiento, la expedición seguía avanzando inexorablemente y Miguel iba en medio de ella, perdido entre los demás, olvidado ya de toda cosa de este mundo. Llegaron por fin al campamento, donde les dieron orden de descansar. A Miguel le tocó dormir dentro de un cobertizo en compañía de otros cinco hombres. A poco de haberse quedado dormido a medias, se despertó sobresaltado sintiendo su cuerpo como abrasado por un extraño calor. Miró

a un lado y a otro, pero en torno de él sólo se veía la oscuridad del cobertizo. Y, sin embargo... Sí, Miguel había visto, hacía un instante, un ejército que caminaba a muchas leguas de distancia, llenando el horizonte: había visto banderas negras desfilando muy lejos contra el fondo de aquel cielo lejano. Él mismo iba en aquellas filas. Experimentaba aquella muda melancolía que se apodera de los hombres, agotados de cansancio, de un ejército que nada ni nadie puede detener. Casi al mismo tiempo se levantó Clas sobresaltado y jadeando, allí a su lado. Sonriendo con una afabilidad extraña, le dijo al oído a Miguel que él había soñado que todavía seguían caminando. Varias veces se levantó sobresaltado aquella noche Miguel, soliviantado por el dolor que le había producido la larga caminata y por la atormentadora visión de aquel ejército. Cada vez que se despertaba, oía a alguien que entraba con paja y se movía resollando sordamente por aquel inhóspito cobertizo. Era en el mes de enero. La guardia se incorporaba ya al ejército del rey Hans. De nuevo Miguel tuvo ocasión de hablar con hombres daneses al cabo de un período de dos años. Un buen día se enteró de que Otte Iversen estaba en las filas del ejército del rey con el grado de alférez de Caballería, y sintió que el odio le encendía la sangre. Estaba ansiando ver al hidalgo. —¿También él me tendrá un odio feroz? Es de suponer que sí. Pero Miguel no consiguió ver personalmente a Otte Iversen. Clas se lo había tropezado un día, y le contó el suceso a Miguel. Clas trajo a su memoria el recuerdo de aquella noche pasada en Copenhague hacía tres años. —Me parece mentira todo esto —añadió Clas. —¿Y Heinrich? ¿Qué ha sido de Heinrich? —Ha muerto. Murió a manos de campesinos estúpidos. Clas meneó tristemente la cabeza: jamás pudo olvidar a Heinrich. La guerra seguía ahora su camino fatal. Los hombres comenzaron aquella lucha con muchos humos y con una alegre y desorbitada confianza en la victoria por parte de los atacantes; pero terminó en un desastre jamás presentado y con una espantosa carnicería. Hay que reconocer que en los tiempos de antaño se representaban comedias reveladoras de un gran talento teatral. Ved, si no, cuán graciosa e ingeniosa es la antítesis del enredo: estos caballeros que, con una fe verdaderamente ejemplar en la superioridad del número y de la fuerza, aplican corazas a los carros de bagajes y fanfarronean haciendo bailar sus cadenas de oro; fijaos en el feroz coronel Slenz, que está dispuesto a destrozar a los hombres de Ditmarsk con sólo cornearlos con sus bigotes; a exprimir la sangre caliente de quince mil corazones jóvenes. Luego había que oír el ingenioso diálogo y los chistes de los nobles caballeros, como el duque Pedro de Meldorf, el conde Paul de Hemmingstedt... Y como una última y gigantesca licencia poética, aquellos quinientos carros que venían cerrando la marcha. Todo el aparato teatral de

este primer acto no hubiera causado sorpresa a quien ignorara el desenlace del drama. Esta ausencia de sorpresa es muy humana. Al que está lleno de vida y de salud, le resulta casi natural fanfarronear, hacer ostentación y amenazar al débil. Su poder más gallardo y elegante está en la mentira descarada. El hombre que está en el apogeo de su fuerza, quiere demostrarlo al mundo con jactancias y bravuconadas. Pero luego vino el segundo acto: el degüello. Aquellas altas y encumbradas cabezas cayeron hundidas y destrozadas por los garrotazos de los campesinos en medio de un grandioso montaje escénico, hecho de tormentas, deshielos, nevadas, huracanes de Noroeste e invasiones de la tierra por un mar enfurecido. Los proyectiles lanzados por diez cañones de tres al cuarto se cebaron en aquel apiñado cuerpo de ejército. La muerte mascaba groseramente a dos carrillos aquella opípara y abundante carnaza. Aquellos calientes ríos de sangre bañaban a los ahogados, a los hombres hundidos en el cieno y los pies de los soldados de Ditmarsk. Parecía que la sangre tenía prisa por salir al aire libre. Los soldados viejos que caían con la piel agujereada, no se desangraban tan aprisa. Pero los alegres jovencitos vertían toda su sangre casi en un único chorro. Y ésta era la gracia culminante y genial del drama. Toda la acción dramática tenía su razón de ser en esta antítesis, en este conflicto intrínseco del drama. Miguel Thógersen vio caer muerto a Clas. Un hombre de Ditmarsk salió corriendo de flanco y cayó sobre Clas, rebanándole el cráneo de un hachazo. Pocos momentos después, el propio Miguel, en una acometida enemiga, se vio rechazado y lanzado al fondo de un canal, donde se hundió, entre anillos concéntricos, en un agua helada que le cortaba la piel. Durante un largo trecho, fue retrocediendo a favor de la corriente bajo el agua hasta que al fin se asomó a la superficie. Cuando consiguió aferrar sus manos a la orilla y tomar aliento, notó que se hallaba muy lejos río abajo, en el punto donde estaba la Caballería real. Aquello, más que un orden de batalla, era una mermelada de caballos y hombres revueltos: no podían dar un paso adelante ni atrás. El desorden, la confusión y el degüello seguían su triste curso... Pero Miguel se limitaba a espiar por si veía a Otte Iversen, y al final lo descubrió. Otte se había quedado inmovilizado en medio de una apiñada masa de hombres, empuñando la enhiesta bandera. Bajo su cuerpo el caballo estaba bloqueado. Otte estaba absolutamente quieto, tranquilo, y aparentemente impasible y estoico. Tenía el rostro lívido de frío. Miguel estaba ardiendo en deseos de averiguar si Otte estaba enterado de la ofensa que él le había hecho. Permaneció un rato tendido e inadvertido de todos, hasta que al final Otte Iversen lo divisó. Pero éste estaba transido y paralizado de frío. No demostró la menor emoción al ver a Miguel. Tenía la mano roja de frío.

Miguel notó cómo el frío hace extraordinariamente sensible la piel, de modo que el más leve golpe recibido en los nudillos de la mano era capaz de arrancar lágrimas a un hombre. También notó que con el frío intenso se llegaba hasta a perder el sentido del olfato. Por su parte Miguel se encontraba transido y casi yerto de frío. Una vez más se dejó ir a la deriva un trecho arrastrado por la rápida corriente, en medio de masas de nieve y agua, y entre cuerpos muertos, hasta dar alcance al ejército en retirada, y luego subió arrastrándose, consiguiendo llegar con vida a Meldorf.

APARECE AXEL A CABALLO

EL gran dignatario del reino Jens Andersen Beldenak estaba celebrando un festín en su palacio de Odense. La luz de los salones se proyectaba sobre la calle, único punto iluminado de aquella ciudad en tinieblas. Un jinete acababa de llegar ante el palacio. Y mientras buscaba una argolla para atar el caballo, llegó a sus oídos como una bocanada de aire cargada de ruidos y risas que procedían de las salas del palacio. —¡Ja, ja, ja, ja, ja! —¡Ja, ja, ja! El jinete, que había recorrido a caballo un largo camino, se llamaba Axel. A su oído llegaba la batahola de la fiesta en oleadas intermitentes, según que se abrieran o cerraran las puertas que ponían en comunicación las distintas salas. De repente se alzó, atronadora, una de aquellas oleadas sonoras y ya no volvió a descender, sino que se mantuvo constante, como el precipitarse de las aguas de una esclusa abierta: el jinete comprendió que la puerta superior que daba a la escalera y el gran portón de la calle estaban, en aquel momento, abiertos de par en par. Axel se apresuró a amarrar el caballo al primer asidero que encontró, mientras arriba sonaba una larga andanada de gritos y risas. Por encima de aquel clamoreo general, distinguió una gran risa socarrona, como el ruido de una tanda de palos, que desaparecía para reaparecer con renovada energía. El jinete se entregó al placer de imaginarse el aspecto que debía de tener el autor de aquellas risotadas, desgañitándose y aullando de risa, envuelto en las llamas de la pasión de un cuerpo depravado. Saltándose los escalones de dos en dos, Axel remontó la escalera e irrumpió como una tromba en la sala del festín. Ardían los hachones en las paredes revocadas de yeso. Había en la sala una buena veintena de juerguistas, que se retorcían de risa, inclinándose hacia delante y echándose atrás contra el respaldo de los asientos. Cuando Axel se detuvo con las manos sobre el pecho, cautivado por la visión de aquel espectáculo, ya se había dado cuenta de que aquella risa estruendosa que dominaba y eclipsaba a todas las demás, procedía del enorme hombrachón que estaba sentado a la cabecera de la mesa. Pero vio que, en aquel momento, su risa era la de un hombre que no se divertía. Aquel hombre era Jens Andersen. En esto se produjo un silencio absoluto en la sala. Al apagarse la última risa de los invitados, dijérase que la broma estaba perdida sin remedio: los comensales, perplejos, comenzaron a mirarse de reojo unos a otros con los ojos húmedos y enrojecidos... —¿Qué pasa? —tronó Jens Andersen, abandonando la mesa—. ¿Qué quiere ese forastero? De repente se puso serio, dirigiéndose a Axel como si fuera a

embestirlo. Al acercarse el jinete hasta encontrarse a media vara de distancia de su pecho, cualquiera pensaría que iba a descargarle un golpe. —¿Qué ocurre? ¿A qué has venido? Axel se llevó la mano al pecho para sacar la carta que tenía que entregarle. Este solo gesto bastó para que Jens Andersen adivinara de qué se trataba. —Está bien —dijo—. De eso ya tendremos tiempo de ocuparnos más tarde. Entre tanto, sé bien venido a la fiesta... Y mira por ahí a ver si encuentras algo en qué hincar el diente. —Mil gracias por su deferencia, señor. La respuesta de Axel, serena y desenvuelta, impresionó a los convidados. Todos se quedaron mirando durante un momento a aquel joven que estaba allí en pie. Venía magníficamente vestido, aunque ligeramente mojado y sucio del camino. Tenía el rostro curtido por la lluvia, y los cabellos le caían en flecos mojados alrededor de las orejas. De una ojeada viva y rápida el joven jinete pasó revista a todos los huéspedes sentados alrededor de la mesa. Los convidados tornaron a empuñar sus canecos, y la fiesta se reanudó haciéndose más animada y ruidosa que nunca. Axel acertó a entablar conversación con un soldado veterano, un militarote alto, de barba rubia. Este era Miguel Thogersen, que ahora estaba sirviendo en la escolta de Jens Andersen. El joven apenas pudo arrancarle una docena de palabras. Miguel se le mostraba extraordinariamente taciturno. Axel terminó de comer y lanzó un resoplido. Se levantó y se alisó los cabellos. Sus ropas estaban ya casi secas. Viendo que no podía sacar nada de Miguel, Axel le volvió la espalda y se incorporó al jolgorio de la fiesta, mezclándose con los demás. Pero no tardó en mostrarse indiferente con los convidados: allí había unos dos o tres hidalgos rurales de pobre aspecto, calzados con botas de montar; unos cuantos burgueses gordiflones con sortijas en los pulgares; uno que parecía un monje franciscano; un escribano, algunos capitanes de barcos de Lübeck... Casi todos ellos estaban borrachos. Axel recorrió la sala haciendo tintinear sus espuelas de hierro, que parecían estrellas. La sala daba la impresión de algo ruinoso e inhóspito. La verdad es que Jens Andersen no llevaba tampoco mucho tiempo residiendo en aquel palacio, pues hacía muy poco que había regresado de la prisión tras haber tenido una agria trifulca con el rey. Andersen Beldenak, hombre ya de bastante edad, tenía todavía las mejillas hundidas como consecuencia del choque y del disgusto que había sufrido. Ahora estaba haciendo preparativos para emprender un nuevo viaje a Esto- colmo. Así, pues, el banquete que estaba celebrando era a la vez de bienvenida y de despedida. Pasaba ya de la medianoche cuando Jens Andersen llamó a Axel haciéndole una seña. El alto dignatario parecía mostrar una actitud amistosa y cordial. Estaba encendido como la grana, incluso por la pelada coronilla, que parecía un

cielo con aurora boreal. Pero caminaba con paso firme y seguro. Entraron los dos en una de las cámaras de palacio, oscura y cargada de un olor a libros, por donde se paseaban, gruñendo, dos enormes perrazos. Tras encender una vela, Jens Andersen se sentó a la mesa en un alto sillón. Mientras leía la misiva, Axel, sentado, tenía apoyada sobre sus rodillas la cabeza de uno de los perros. La habitación era un caos de cajones llenos de cartas, libros metidos en sacos y montones de documentos desparramados por el suelo. —¡Hum! Ya veo —gruñó Jens Andersen, volviéndose hacia Axel. Su gran rostro, coronado de grises cabellos, aparecía ahora transformado, surcado de arrugas profundas, crueles. Su voz sonaba áspera y extraña; sólo su mirada seguía presentando una ligera expresión de indiferencia. —Bien. Tienes que seguir viaje para presentarte de mi parte al obispo de Bórglum. Necesitas a un hombre que te acompañe... Creo que Miguel Thógersen es la persona más indicada para este menester. Mañana por la mañana te presentarás aquí para recoger diversas cartas e instrucciones mías. Es asunto muy urgente, ¿comprendes? Por lo demás, esta noche estás en libertad de hacer lo que más te guste. Dicho esto, Jens Andersen extendió su pesada mano y, entre un crujir de papeles y recado de escribir, se dispuso rápidamente a redactar cartas. Estaba reconcentrado, con la mirada abstraída. Axel se levantó, y salió de la estancia para reunirse con los demás. Miguel se quedó asombrado y a la vez encantado al oír la noticia de que él tenía que ponerse en camino hacia Borglum en compañía de Axel. Ambos se pusieron de acuerdo respecto a lo que habían de hacer aquella noche. Y así, después de andar largo rato de jarana, se fueron a dormir a una casa situada en uno de los más alegres barrios. Cuando a la mañana siguiente sonaron ocho campanadas en el reloj de la torre, ya Axel y Miguel Thógersen salían de Odense a caballo, provistos de cartas, órdenes e instrucciones de parte de Andersen Beldenak. Axel era portador de cartas que debía entregar en ruta a diferentes hidalgos y señores feudales: Jens Andersen estaba ahora atareadísimo, manejando muchos hilos en sus manos. Al salir de la ciudad, desfilaron ante los ojos de Axel la calle principal de Odense, una serie de gabletes y una veleta que quedaba flotando dulcemente en la neblina del amanecer, y de pronto sintió que se estaba encariñando con aquella ciudad. Captó esta visión fugitiva de Odense, y esta imagen de la ciudad se le quedó grabada ya para siempre en el recuerdo. Anduvieron las primeras leguas de camino sin despegar los labios. Era una mañana brumosa de frío intenso. Los caballos aceleraron el paso, envueltos los morros en el vapor de su cálido aliento. Cuando la niebla se disipó y se aclaró el cielo, Axel se fijó en su acompañante, observando sus muñecas estrechas y sus manos macilentas y descoloridas; pero él, Axel,

sabía perfectamente la fuerza que eran capaces de desarrollar aquellos antebrazos, endeble en apariencia, cuyos músculos tenían su punto de arranque en lo más alto de los brazos. Notaba que, cada vez que el caballo se lanzaba bruscamente al galope, Miguel Thógersen se hacía dueño del animal y se ceñía a él hasta tal punto de que caballo y caballero parecían formar un bloque de una sola pieza, y lo hacía de un modo característico, sobrio, sin esfuerzo. La indumentaria de Miguel era la de un lansquenete elegante y bien forrado. Llevaba un armamento magnífico. Pero aquel fastuoso atuendo contrastaba escandalosamente con la mísera y triste expresión de su semblante. Aquella hirsuta barba pelirroja le daba un aspecto de hombre peligroso. Por más que hiciera, no podía disimular el mudo y revelador lenguaje de su boca, su perpetua condición de hombre desterrado y sin hogar. Tenía el labio superior un poco tumefacto y caído, como de llorar a solas. Poco después comenzaron a animarse los dos hombres. Miguel tosió y empezó a mirar en todas direcciones. Los caballos iban remontando una cuesta, ya en la zona de las colinas. —¿Qué novedades hay en Copenhague? —inquirió Miguel, —Peste y enfermedades sin cuento —contestó rápidamente Axel—, Cuando salí a caballo por la Puerta del Oeste, la última cosa que vi de la ciudad, al volver la vista atrás, fue el espectáculo de un incendio. —¡Canastos! Axel prosiguió su relato entrando en la descripción de la guerra de invierno, en la que él había tomado parte. Todavía se sentía sobrecogido al recordar aquella campaña. Axel refirió los detalles de la batalla de Bogesund y las inauditas penalidades que había sufrido en los bosques de Tiveden. —Hacía tanto frío, que las puntas de los dedos quedaban congeladas al tocar el armamento —aseguró Axel—. Aquella era una nieve completamente distinta a la de Dinamarca. Una nieve fina y mordiente como polvo de esmerilar, que se pegaba como un contagio y que cuando le caía a uno encima le quemaba la piel como una brasa. Conforme íbamos avanzando a caballo, del ramaje de los abetos caían flecos de nieve como largos dedos, que, al dar sobre la piel, se agarraban a ella mordiéndola como voraces sanguijuelas. La nieve sueca está extrañamente endurecida y cauterizada por la helada: le chupa a uno el dorso de la mano como un vampiro que todo lo devora. Es la peor clase de nieve que he visto en mi vida: una nieve sin grumo en la superficie, que brota como el musgo sobre la piel. Aquel musgo seco cubría en un instante los cadáveres de los hombres caídos en la lucha. ¡Días terribles aquellos! Cuando lucía el sol, todo el aire aparecía lleno de finísimos cristales flotantes, que le obligaban a uno a encogerse y hacer grandes esfuerzos para, respirar. Por la noche los caballos se arrimaban unos a otros, muy juntos, lanzando quejidos y tosiendo como

viejos. Y cuando se entablaba un combate, aquello era el delirio: nadie podía aguantar el dolor de las heridas; los que tenían la desgracia de ser alcanzados por un proyectil o una espada, chillaban como cerdos; los abetos saltaban en pedazos, como si fueran de cristal, al ser alcanzados por una bala de cañón; muchos quedaban convertidos a la vez en bestias y en locos. Pero, después de todo, hemos obtenido una grandiosa victoria. Ahora el ejército está acampado a las puertas de Estocolmo... El sol de abril irrumpía de cuando en cuando por entre las nubes. Estuvieron a punto de no poder cruzar el Belt, que iba con una corriente desatada en medio de aquel temporal huracanado. Los caballos, asustados, querían saltar por la borda, y hubo que amarrarlos bien dentro de la barcaza de transporte. Una vez que hubieron desembarcado y reanudado el viaje a caballo, Axel levantó la cabeza, y se volvió a uno y otro lado, venteando... —¡Hola! ¿Conque esto es Jutlandia? —dijo chasqueando la lengua—. Nunca había estado yo en esta tierra. Miguel guardó silencio. Axel se dio cuenta de que el alto y enjuto lansquenete seguía con el pensamiento perdido en otras cosas. Lo miró de reojo, estudiando las cicatrices de su rostro, el cual parecía un pergamino garrapateado. —Habéis de saber que aquí en Jutlandia hay un tesoro enterrado, que será mío en cuanto se me presente la ocasión de descubrirlo —exclamó Axel un momento después. Ambos corrían a galope, con el trueno del viento en los oídos. Miguel volvió la cabeza, asintiendo, distraído. —Un gran tesoro, ¿sabéis? Axel se irritó al ver que Miguel no demostraba el menor interés ni tomaba parte en la conversación. Espoleó a su caballo. Iban cabalgando el uno al lado del otro, muy juntos. Las piernas de Axel, que iba con la boca muy abierta, daban grandes botes contra los costados del caballo. Miguel iba agachado y enraizado en la silla, con las rodillas curvadas; diríase que no respiraba siquiera. Por el poniente las nubes cargadas de lluvia se abrieron en un largo desgarro dejando ver el sol blanco y frío, y volvieron a cerrarse de nuevo. Las cornejas reñían en el aire por encima de las mojadas tierras de labranza. El viento castigaba los setos deshojados. Frente a ellos, en la lejanía, una nube, bajada a ras de tierra, avanzaba hacia los dos jinetes, los cuales penetraron en una arremolinada oscuridad de lluvia que los azotaba y les cortaba la piel. El camino, que lanzaba surtidores bajo los cascos de los caballos, estaba batido por el sonoro látigo de la lluvia; los caballos galopaban desprendiendo una neblina de vapor, que salía arrancada de debajo de su pelambre como el humo de un incendio en los brezos sale arrancado por el huracán. De este modo cabalgaron todo el día.

SEGUNDA VUELTA AL HOGAR

ERA a una hora bastante avanzada de la noche. Los dos jinetes se encontraban sentados en la habitación de una posada de Jutlandia. Debieran haber llevado mucho tiempo durmiendo a aquellas horas; pero es que Axel había empezado a contarle a Miguel la historia del tesoro. Miguel se había vuelto ahora más afable, prestando una viva atención al relato. Estaba sentado, con las mejillas entre las manos y los codos apoyados en la mesa. La luz de la vela le daba de lleno en el rostro. Axel, inclinado hacia delante, proseguía su relato. —El tesoro tiene que encontrarse en un punto situado en el centro de Jutlandia. Es todo cuanto sé decirlos. Nunca he querido enseñar a nadie el documento que señala el emplazamiento del tesoro. Y es un tesoro de un valor enorme. Pienso en él todos los días. Pero es asunto que no corre prisa alguna, pues estoy bien seguro de dar con él. Cualquiera día que se me ofrezca la oportunidad, haré que me descifren el escrito. ¡Mirad! Axel metió la mano en el seno, por debajo de la tela de la guerrera, y después de registrarse a sí mismo por todas partes, sacó un gran estuche de asta a modo de vaina, que llevaba prendido de un cordón. Con la uña señaló a Miguel el punto por donde se abría y le explicó que dentro de él estaba encerrado un pergamino plegado. Miguel apartó la vista del estuche para fijarla en Axel. Se dio cuenta de lo joven que era, tanto que parecía un adolescente que todavía no hubiera alcanzado la madurez de juicio. La mirada de sus ojos azules no le parecía la característica de un ser humano: a aquellos ojos les faltaba la expresión serena y madura propia de seres humanos de carne y hueso que se llaman José o Juan y que tienen conciencia de su nombre y de su personalidad. Era un joven guapo. Poseía una barba negra, y en su boca había una expresión de candor e inocencia. El matiz de su rostro delicado era tan sutil y casi diáfano, que, recortada contra el cielo, apenas se distinguiría el contorno de su cara. Pero poseía unas manos anchas y ligeramente velludas, sobre cuyo poder y fuerza no era posible equivocarse. Axel volvió a guardar el estuche, afirmando repetidas veces con movimientos de cabeza. —Pues sí; la cosa es interesante, ¿no es cierto? —dijo hablando casi consigo mismo. Miguel preguntó, curioso: —¿Qué edad tienes? —Veintidós años. Axel alzó la vista con una expresión de recelo. Le explicó los planes que había ideado para no dejarse engañar o desorientar por cualquier individuo que abrigara la intención de escamotearle el tesoro. Y añadió: —Yo no sé descifrar este escrito, porque está en hebreo... Miguel contestó: —Yo conozco el hebreo. —¿Cómo? ¿Vos entendéis el hebreo? A Axel le brillaban los ojos con un raro fulgor. Inclinandose hacia delante, dijo con voz queda: —Quiero dar tiempo al tiempo. Eso es. No me importa esperar hasta que un día encuentre a algún experto —un sacerdote, por ejemplo— al que le queden pocos momentos de vida. No le quitaré el ojo de encima. Y cuando esté a punto de dar las últimas boqueadas, pero en el completo uso de sus sentidos, le pediré que me descifre el escrito. Así estaré al abrigo de todo riesgo. Y después, cuando me venga en gana, iré a remover los escombros situados al borde de cualquier viejo terraplén, o dondequiera que se encuentre, que muy bien pudiera ser debajo de la superficie de un túmulo o en un cofre de piedra enterrado debajo de un camino. Me bastará remover un poco la tierra, y saldrá enganchado a mi dedo un anillo de oro, o un collar de oro brillante, macizo, pesado, de oro viejo auténtico cuya vista apresurará los latidos del corazón. Según mis noticias, hay un legado que me corresponde legalmente en herencia. Al cumplir mis veinte años, sé que había una buena suma de dinero

contante y sonante destinada para mí, y a la que no he tocado todavía. Está intacta. Pero ya a los dieciocho años me habían dado esta tira de pergamino escrita, que me entregó un viejo señor, que vino a verme. Desde entonces la he conservado conmigo, y no pienso desprenderme de ella jamás. Primero aparecerán todas las sortijas y anillos de oro, y luego, un poco aparte de éstos, un cofre envuelto en un mandil de cuero. La primera vez que yo toque al tesoro, sacaré sólo uno de los collares, y además una sortija, para mi uso personal, en la que va engastada una piedra preciosa. Esa piedra es el mayor diamante que se conoce. Las demás joyas las dejaré dormir tranquilas para que crezcan y se multipliquen. Yo me imagino que esas piedras y gemas se van desengarzando con el tiempo y, arrastrándose muy lentamente hasta llegar al mantillo, germinan como una semilla. Luego no necesitaré más que hacer una perforación en el suelo con el dedo y sacarlas cuando se me antoje. El oro ya no me importa tanto: no me lo guardaré como un avariento. El oro debe rodar y circular. En mis viajes he observado cómo el oro rueda de mano en mano. Tengo la intención de viajar: ir a Colonia, visitar Pavía... Hay, además, magníficas empuñaduras para espadas, cadenas, broches, pendientes... Estos los dejaré dormir un momento en su escondrijo. Miguel sonrió en silencio, dejando vagar su mirada por el ámbito de aquel aposento desolado. —¿No crees que ya debemos ir a acostarnos? Axel expresó su conformidad y se levantó. Pero cuando iban ya a meterse en la cama, advirtieron que las pieles que la cubrían estaban podridas de humedad, siendo imposible acostarse entre ellas. Echando maldiciones, se tumbaron encima vestidos. Axel se quedó dormido casi instantáneamente. Miguel permaneció algún tiempo tumbado sin poder conciliar el sueño. Se había quedado sumido en cavilaciones. No es que estuviera pensando en cosas del tiempo pasado ni en nada definitivo y concreto: estaba sintiendo la viva impresión de su humilde y pobre condición, estaba experimentando aquella vieja y familiar congoja por su mala estrella. Estaba sintiendo cuán profunda era su soledad. Y al fin se quedó sumido en una especie de duermevela en la que creyó ver o imaginar un cuerpo de oro macizo sepultado bajo tierra y que sólo necesitaba limpiarlo de arenas y guijarros para que apareciera ante sus ojos aquel oro empañado y rayado de rasguños que se extendía bajo tierra como una raíz. Sintió deseos de plantarse encima de él con ambos pies. Y de pronto, inexplicablemente, vio al otro lado del canal un grupo de doncellas vestidas de blanco reunidas en asamblea. Estaban sentadas sobre piedras formando círculo, y en medio de este círculo aparecía en pie la mujer más alta. En aquel momento hubiera él querido soltar una paloma. Al poco rato las vio descender hacia el canal. Y una hora después, fueron apareciendo una a una del lado de acá del canal, con manos verdes y mojadas y con piernas hechas de plantas cubiertas de enredaderas de arriba abajo. Y él se veía a sí mismo en pie sobre un montón de oro. El rey le hacía señas desde lejos.

* * *

Al día siguiente reanudaron su cabalgata. Era un día de abril, claro, luminoso. Los caballos hacían estallar los azules charcos del camino. Delante de la zona de bosques se extendía el paisaje liso, finamente salpicado de colores primaverales. En aquella nueva atmósfera la visibilidad alcanzaba a leguas de distancia. Redondos túmulos funerarios se alzaban atrevidos allá lejos en las más elevadas crestas montañosas, resplandecientes de rocío por el lado de poniente. Miguel Thógersen no

había pronunciado ni una sola palabra en toda aquella hermosa mañana. Iba engolfado en sus pensamientos. Se estaban aproximando a su pueblo natal, donde él no había estado desde hacía más de veinte años. Desde el momento en que le dieron la orden de salir con dirección a Bórglum, Miguel no había pensado en otra cosa: ver su tierra natal. Cuando más abismado estaba en sus pensamientos, la voz de Axel le hizo estremecerse en su silla. —Moholm, ¿está situado en esta banda de acá? —¿Mo... Moholm? Sí, ah, sí. —Tengo que dejar allí una carta. El señor a quien va dirigida se llama Otte Iversen. Miguel lanzó un silbido. Su caballo se detuvo, volviendo la cabeza hacia atrás, a un lado y a otro, para ver al jinete. Pero el jinete le aplicó la espuela, lanzándolo al galope. Ya no volvieron a cruzarse otra palabra hasta que, a la tarde, traspusieron la cuesta y divisaron el río que serpenteaba a través de aquellas mustias praderas como una descarnada vena de plata. Por el Oeste surgió el fiordo, familiar, inalterable. Miguel volvió a contemplar aquellos linderos y aquellas lomas tan conocidas de él, que se extendían bajo el puro azul del cielo, probablemente con el mismo aspecto que tenían cuando él había estado allí la última vez. Al llegar a Graabolle, buscaron una posada. Miguel le mostró a Axel el camino que conducía a la mansión del hidalgo Otte Iversen. —Bueno —añadió—. Yo bajaré entre tanto allá hasta el fiordo, donde vive mi hermano. Y mañana por la mañana volveremos a reunirnos aquí en la posada. ¿De acuerdo? Axel entró en los dominios señoriales de Moholm cuando ya estaba oscureciendo. Ladrando furiosamente, un perro se debatía intentando soltarse de la cadena sujeta al muro. Junto a la escalera estaba un mozo ocupado en sus pequeñas tareas domésticas, luciendo un pantalón de subido color rojo. Si no fuera por la presencia de este criado, cualquiera diría que la mansión estaba abandonada. En el momento en que Axel se detuvo al pie de la escalera, apareció en la puerta la figura de un hombre. Era el hidalgo en persona. Este, una vez enterado de la misión de Axel, lo condujo a la sala principal de la casa. Axel se sentó a la mesa, mientras Otte Iversen, dirigiéndose al hogar, cogió una tea, la encendió y la encajó en un aro que había en la pared. Mientras Otte Iversen leía la carta, Axel pudo contemplarlo a sus anchas: era un hombre enjuto, de mediana edad; tenía el rostro medio oculto por la barba, toscamente recortada alrededor de la boca. La mirada de sus ojos ceñudos iba y venía, recorriendo las líneas de la carta. Por la expresión de su semblante no era posible adivinar el contenido de la misiva. De pronto interrumpió la lectura, se dirigió a la puerta y llamó a alguien. Inmediatamente entró un anciano que depositó en la mesa unos platos de carne, y se retiró. Desde aquel momento no volvió a entrar nadie más, y no volvió a oírse en la casa ningún ruido revelador de vida. Cuando

Otte Iversen hubo concluido la lectura, se llegó hasta un barril que había en un rincón, y él mismo sacó cerveza y se la sirvió al forastero. Luego se sentó a su lado para escuchar las noticias que traía el jinete. Axel se prestó muy contento a relatarle detalles de la guerra de Suecia, de la batalla de Bogesund que dio la victoria al rey, de los bosques de Tiveden, de la nieve sueca... Bajo el efecto confortante de la comida, el joven se fue animando en su relato, llegando hasta a glorificar los horrores de la guerra. Otte Iversen tosía de cuando en cuando con esa tosecilla inveterada e inconsciente que suelen adquirir algunas personas. Daba capirotaños a la tea cuando la torcida no ardía bien. Se produjo un momento de silencio. Axel seguía devorando como un valiente. Luego levantó bruscamente los ojos del plato. —Si no me engaño, esta comarca está situada en el centro mismo de Jutlandia, ¿no es cierto? —En efecto: no creo que te equivoques mucho. —Os digo esto porque existe un lugar donde hay un tesoro escondido. Yo tengo en mi poder un pequeño documento que lo explica —prosiguió Axel mientras seguía comiendo—. Tal vez ese lugar del tesoro no se encuentre lejos de aquí. Otte Iversen no contestó de momento. Se limitó a contemplar a Axel, que estaba apurando codiciosamente la jarra. Por el sonido de ésta se adivinaba la cantidad de cerveza que quedaba en ella después de cada trago. Al fin, Otte Iversen se dignó esbozar la sombra de una sonrisa y le preguntó: —¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? Esta vez Axel tardó un poco en contestar. —Mi nombre es Axel —dijo al fin, con tono tranquilo—. Mi apellido... lo ignoro. En realidad, me llamo Absalón. Pero en la mansión donde me he criado y educado todos me llamaban Axel. Nací en Seelandia. —¡Ah! ¿En Seelandia, dices? —Así es, señor. Ahora estoy al servicio de su majestad el rey Cristián en calidad de jinete correo. Y... lo que iba a decir: el mismo día en que yo cumplí dieciocho años, se presentó en aquella casa un anciano, que me hizo entrega de un documento. Salimos a dar un paseo por el campo, y recuerdo que fue entonces cuando me encargó que lo guardara celosamente. Me aseguró que su nombre era suficiente garantía para respaldar la verdad de la herencia que me dejaba. Dijo llamarse Mendel Speyer. Dicho esto, Axel volvió a engolfarse en los sabrosos manjares, sin inquietarse por la revelación que acababa de hacer ni por su indiscreta verborrea. Al volver a levantar la vista, vio que Otte Iversen le estaba mirando fijamente. Axel dejó resbalar de su mano el cuchillo: creyó que al hidalgo iba a darle un desmayo, pues se había puesto pálido, con una expresión rara. Pero Otte Iversen se levantó, tosió levemente y se acercó a la tea para darle un nuevo capirotaño. Volvió a toser por segunda vez con aquella tosecilla característica... ¿Conque Mendel Speyer? ¿Acaso Axel era pariente de Mendel Speyer? Otte Iversen no tenía idea de semejante

posibilidad. Axel lo miró ahora abiertamente a la cara. Y entonces Otte lo reconoció. No había duda: Axel tenía que ser hijo de Susana. Un momento después el hidalgo arriesgó, vacilante, una pregunta: —¿Conoces a alguna persona de Elsinor? Axel denegó con la cabeza y volvió a entregarse bravamente al placer de la comida. Al poner las manos sobre la mesa, Otte Iversen se fijó en ellas y también las reconoció: aquellas eran las manos cortas propias de todos los miembros de su propia familia y sangre. Aquella revelación le produjo una tremenda emoción. Una viva inquietud, mezclada de ternura, le atenazó el corazón. ¡Conque allí estaba, ante sus ojos, su viejo pecado, viviente y devorador! ¡Estaba surtiendo efecto aquella antigua maldición, proferida por un hombre extraño! Y ¿qué historia absurda era aquella del tesoro enterrado en Jutlandia? ¿Qué documento era aquel que había mencionado el joven? El hidalgo dio unos pasos por la sala, de espaldas al jinete. Estaba aturdido y paralizado como una persona que, al ver salir llamas por el tejado de una casa, quiere lanzarse al salvamento de los moradores de la casa incendiada, pero no puede moverse del sitio, sintiendo que le fallan las piernas. ¿Qué hacer? Sí, ¿qué podía hacer él? Otte Iversen se había casado hacía como unos veinte años, y tenía ocho hijos. Allí, en la sala de honor, aparecía colgado el retrato de su mujer: una dama de expresión humilde y aspecto honorable de gran señora; tenía cruzadas sobre la falda sus delicadas manos. Su cuerpo tenía un perfil dos veces curvado como una ese; sus párpados estaban rojos, como inyectados de sangre. Pensó en sus hijos, que en su opinión constituían una gran promesa y una futura alegría para sus padres. Otte Iversen se dedicaba a la venta de la caza capturada en sus propios cotos. Explotaba, además, un próspero negocio de ganadería. Estaba bien forrado de dinero. Pensó que en el mismo momento en que este forastero, hijo de Susana, estaba despedazando un trozo de carne con sus voraces dientes, sus queridos y pequeños hijos estaban durmiendo en las habitaciones, y su mujer, de salud delicada, próxima a dar a luz... ¡Cómo! ¿Iba él a permitir que este lobo invadiera el sagrado recinto de su hogar para devorar la felicidad de su familia? Recordó de pronto a su madre —la madre de Otte—, que reposaba para siempre encerrada en su ataúd forrado de terciopelo bajo el pavimento de la iglesia de Graabólle... No podía ser la voluntad de Dios que este extraño viniera a destrozar su dicha. Axel dio por concluida su cena. Todo estaba silencioso y mudo en la mansión. La humedad chorreaba por las paredes de la sala. La luz que arrojaba la tea hacía resaltar la desnudez de las piedras frías del piso. En medio de aquella penumbra, Axel vio la figura inmóvil y muda del señor de la mansión, que estaba en pie, mirándolo fijamente. Se imaginó cómo podría uno dormir en aquella mansión

desvencijada y ruinoso, en compañía de crías de ratones y de polillas. De pronto el hidalgo se aproximó a la mesa. Tenía todo el aspecto de haber estado pensando en una próxima tragedia. Su frente estaba húmeda y de color terroso. Axel adivinó, mejor que vio, el movimiento de su boca entre las densas barbas. —No sabes cuánto lamentamos no poder ofrecerte una cama para pasar aquí la noche —dijo Otte, con la vista baja y tanteando con los dedos el borde de la mesa—. Hay varios enfermos en esta casa, y además tenemos un huésped, y... Levantó los ojos. Axel se levantó instantáneamente, sin poner cara de mal humor, y abandonó la sala despidiéndose del hidalgo. Al poco rato de haber montado y abandonado la mansión, ya había olvidado a aquel tacaño y avariento caballero. Una hora después se apeaba frente a la forja, situada a orillas del fiordo. Miguel salió a recibirlo. Pasaron aquella noche agradablemente, como en familia. Niels Thógersen vivía en una posición muy desahogada; tenía mujer e hijos; pero, fuera de eso, no había cambiado en nada. Estaba, en apariencia, con cara de pocos amigos, como siempre, inalterable, infatigable, con su mandil de cuero. Miguel tuvo la suerte de encontrar vivo a su anciano padre. El viejo Thóger rondaba ya los noventa. Estaba sentado en un rincón al amor de la lumbre, con las piernas envueltas en numerosas capas de paja. Estaba casi sordo por completo, y carecía de aquella frescura y viveza de espíritu que tenía antes. Por lo demás, gozaba de perfecta salud. Cuando llegó Miguel esta vez, el viejo no lo había reconocido. Durante la cena, Miguel no apartó la vista de su padre. Su cuñada se desvivía por atender y servir al viejo. Miguel se fijó en las manos de su padre: estaban ahora descoloridas, como cocidas, con unas manchas de color azulado como las aguas de un charco. Aquellas manos apenas temblaban un poco. Niels refirió a Miguel cómo, hacía unos ocho años, su padre había estado a punto de perder la vida al derrumbarse en torno de él las paredes de un pozo utilizado para obtener turba. Aquel día se había dado la casualidad de que él se encontraba ausente del pueblo, y los demás no sospecharon nada tampoco. A la mañana siguiente se dieron cuenta de lo que podía haberle ocurrido, y dirigiéndose al pozo, lo encontraron tendido allí dentro sin poder mover las manos y con los ojos muy abiertos. Por fortuna había quedado por encima de su cabeza un espacio con aire suficiente para no morir asfixiado. Pero desde que había sufrido aquel enterramiento se veía frecuentemente asaltado por miedos y terrores. Terminada la cena, Miguel fue a sentarse al lado del anciano. Probó de entablar conversación con él, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Contempló silenciosamente aquella voluminosa cabeza vellosa y falta de vigor y lozanía. Reconoció sus facciones, a pesar de que su rostro tenía una nueva piel y sus ojos estaban casi ciegos. Por encima de sus orejas

y en su frente calva habían brotado tumores y pústulas. Finalmente, Miguel sacó del bolsillo un chelín de plata y, tras mirarlo unos momentos, intentó metérselo en la mano al anciano, el cual no fue capaz de cogerlo.

—¿Recordáis, padre, esta moneda? —preguntó Miguel chillándole en los oídos. El viejo se había olvidado de que había gente en la sala. Se limitó a emitir un gruñido. —¿No recordáis esta moneda? —volvió a gritar Miguel con la voz quebrada. Los demás se mantuvieron discretamente alejados, guardando silencio. Miguel permaneció largo tiempo con la cabeza inclinada y hundida entre las manos, frente al sillón del anciano. Poco después, el viejo se quedó dormido, abierta su desdentada boca. Más tarde todos se quedaron allí dormidos en la misma sala. Durante la noche oyeron varias veces a Thóger balbucir y proferir sonidos amenazadores como un perro que se lamenta en sueños. A la mañana siguiente, cuando los dos jinetes habían montado en sus caballos y habían ya pronunciado sus frases de despedida, Miguel se volvió, y haciendo un gran esfuerzo de voluntad, preguntó a su hermano: —Oye... Y Ana Mette..., ¿qué ha sido de ella?... —Está casada en Salling y tiene hijos ya mayores —dijo a gritos Niels, sin tomar aliento y corriendo detrás de los caballos, que ya se habían puesto en marcha—. Jens Sivertsen murió en paz, satisfecho y tranquilo. Debo decirte, Miguel, que a ella le va muy bien... Aún Niels seguía hablando a gritos cuando Miguel lanzó el caballo a un furioso galope. Axel no pudo darle alcance hasta después de transponer la cumbre de los cerros que flanqueaban el fiordo.

CONSUMMATUM EST!

LO que vamos a referir ocurrió durante las grandes fiestas y solemnidades que se estaban celebrando en Estocolmo a raíz de la entrada triunfal y la coronación del rey Cristián. Era un martes. Miguel Thógersen se encontraba en aquel momento en el cuerpo de guardia del castillo-palacio. Tenía que entregar un informe a Jens Andersen. Le informaron que éste había salido para tomar baños turcos. Como el asunto tenía una urgencia excepcional, Miguel no quiso esperar, sino que inmediatamente se puso a aligerarse de ropa para poder cumplir en el acto su encargo. Entró en la estufa de los baños, que despedía un calor abrasador. Al principio no fue capaz de ver nada más allá de un palmo de sus narices, pues el vapor que llenaba aquella cámara era tan denso como un blanco cortinón. Oyó el ruido rechinante que producían los cubos de agua al arrastrarse sobre las baldosas de la estufa. Allí dentro de aquella niebla abrasadora resonaba un ruido de voces. Miguel se quedó inmóvil junto a la puerta. El vapor, que le abrasaba el pecho, comenzó a chorrearle a lo largo de las piernas. De repente le pareció que el vapor se condensaba y solidificada para plasmar la figura de un fantasma, que se venía aproximando a él; un paso más, y se destacó nítidamente la figura de un hombre, con un color de piel cobrizo a causa del calor. Era el rey Cristián. Miguel apartó precipitadamente la vista del rostro del rey para mirar sólo su pecho partido por un surco y cubierto de una pelambre rojiza. Y entonces resonó en sus oídos la voz poderosa del rey: —¿Qué es lo que vienes a buscar aquí? Con la cabeza baja, Miguel explicó el motivo de su presencia en aquel lugar. —¡Jens Andersen! — llamó el rey, con un áspero tono de voz—. Aquí a la puerta hay un hombre que trae un recado para vos. Dicho esto, el rey desapareció de nuevo tras aquella nube de vapor. Miguel se recobró de la impresión recibida, aunque le temblaban un poco las piernas. Un momento después aparecía la figura de Jens Andersen. Miguel le transmitió en el acto las instrucciones recibidas. No sabía siquiera el oculto significado de las palabras que tenía que repetir de memoria ante Jens Andersen. Pero fueron palabras que dejaron muy pensativo al gran dignatario del Reino. -No te muevas de aquí. Espérame —dijo, y desapareció. En el interior, en medio de aquel humo que le cocía el cuerpo, Miguel percibió las voces del rey, de Jens Andersen y de otras personas. Un rato después el rey profirió a gritos unas palabras coléricas. —¡Echad más agua sobre el piso! En la sala de baños se produjo un silencio casi absoluto. Se abrió en el techo una ventanilla de admisión más alta: durante un momento el vapor se tornó denso y blanco como una pared. Poco después se fue aclarando y disipando. Y entonces Miguel pudo descubrir la presencia de todas las personas que estaban en la sala. Creía que se encontraban a una distancia de él diez veces mayor, pero resultó que se hallaban casi a su lado. El rey estaba sentado en un banco. A ambos lados de él, Didrik Slagheck, Jon Eriksen y otros dos personajes más, que Miguel no conocía. Jens Andersen estaba hablando con el rey quedamente, con el tono y la expresión de quien habla de un asunto importantísimo. Pero Miguel no entendía ni jota de cuanto decían, ni le importaba: no era capaz de apartar sus ojos fascinados de la figura del rey. Jamás había visto un pecho tan fuerte y macizo ni brazos tan robustos como aquellos brazos. Los músculos del tórax eran duros y resaltaban por debajo de la piel. Los tendones, tensos y serpenteantes, iban a insertarse casi en los sobacos. En torno a su cabeza los cabellos, de un color rojizo oscuro, chispeaban con gotas brillantes como los musgos que brotan durante las lluvias. Por la cara,

brillante de humedad, el agua caía chorreando en su barba. El rey estaba de un humor endiablado y amenazador. Su mirada tensa pasaba de unos a otros de un modo brusco y seco. Todo su semblante y actitud tenía una expresión dura, como con una carga explosiva próxima a estallar. Miguel no se fijó apenas en los otros personajes. Jon Eriksen iba y venía en torno del rey con expresión humilde y afligida. Estaba tan espantosamente desmedrado de cuerpo, que parecía un esqueleto sostenido sólo por la piel; sus largos pies huesudos habían estado aprisionados por un par de mordazas: sus tobillos estaban cubiertos de costras y cicatrices blancas como la nieve, consecuencia de los grillos que había llevado puestos hacía todavía muy poco tiempo. A su lado se veía, en pie, a Jens Andersen inclinado hacia delante, mostrando su espalda formidable y sus velludos y compactos muslos de jinete. Didrik Slagheck, si bien tenía un cuerpo bien formado, presentaba una cara de mono, pues tenía hundido el arranque de la nariz. De pronto Jens Andersen señaló a Miguel con un movimiento de cabeza como para recordarles a ellos la presencia del viejo jinete, el cual permanecía allí inmóvil en espera de órdenes. El rey alzó la vista y se puso furioso. —¡Vamos! ¡Despachad de una vez a ese hombre! —exclamó con voz irritada. Jens Andersen volvió su rostro hacia Miguel con expresión amable y tranquilizadora. Miguel salió apresuradamente. Yoyó que el rey volvía a gritar: —¡Echad más agua! Mientras esperaba fuera vistiéndose, Miguel volvió a percibir el borboteo y el silbar del agua allá dentro del baño. Ya no se oía el menor rumor de voces. Media hora después salía Jens Andersen acalorado y jadeante, soplando nubes de vapor y frotándose las cejas. Tenía las yemas de los dedos arrugadas por efecto del agua caliente. El gran dignatario transmitió a Miguel la respuesta que éste debía llevar de su parte al arzobispo Gustavo Trolle: eran dos palabras latinas nada más. Por eso Miguel no pudo contener la sonrisa cuando Jens Andersen se empeñó en hacerle repetir estas palabras tres o cuatro veces, como si se tratara de un niño. —¡Retén bien en la memoria las palabras que debes decirle de mi parte! —le dijo una vez más en el momento en que Miguel salía por el portón a todo galope. El arzobispo Gustavo Trolle estaba asomado a la ventana sosteniendo en la mano una pluma de ganso. Al llegar Miguel se retiró al interior rápidamente. Y cuando Miguel le hubo transmitido la lacónica respuesta de Andersen, arrojó al suelo la pluma y se puso a pasear de un extremo a otro de la sala, presa de una terrible agitación. Aquellas dos palabras latinas que Jens Andersen le transmitía por medio de Miguel venían de parte del rey, y eran las mismas palabras últimas que Nuestro Señor Jesucristo había pronunciado en la Cruz... El arzobispo se las repitió a sí mismo, en voz baja, muchas veces. Sobre su mesa estaba un altar portátil abierto. Gustavo Trolle no hacía más que mover, consternado, la cabeza mientras repetía aquellas palabras: —*Consummatum est!*... Miguel se había quedado inmóvil a la espera, pues suponía que el arzobispo le transmitiría una posible contrarrespuesta. Pero Gustavo Trolle, al volverse de nuevo hacia él, pareció cambiar el rumbo de sus pensamientos; se detuvo un momento y miró distraídamente a la cara del jinete. Su boca, que había perdido el color, se estremeció en una convulsión que lo mismo podía significar una sonrisa emocionada que el esfuerzo por reprimir un estornudo; su voz sonó con una extraña dulzura al preguntarle a Miguel: —Decidme: ¿deseáis alguna cosa? ¿Puedo hacer algo por vos? Miguel casi sintió que le daba vueltas la cabeza. Veinte años de penosos y estériles servicios como soldado iban a desaparecer tal vez de su vida y de su recuerdo en el término de un solo día: de repente, volvieron vivos a su memoria los sueños de su juventud, como si el tiempo hubiera dado un salto atrás. ¿Que si él había deseado alguna cosa? Si antes de este momento alguien le hubiera hecho esta misma pregunta, él creía que le hubiera contestado: ¡Todo! Pero en este momento él no deseaba nada. Miguel

levantó sus ojos con expresión cansada. —Si me fuera dado poder servir muy cerca del rey... —contestó aturdido. Volvió a bajar la vista y se puso a frotarse las manos durante largo rato como un mendigo que, esperando en pie a la puerta, se pone a pensar en lo frío que está el tiempo, mientras van a buscarle una limosna. Gustavo Trolle asintió con la cabeza. —Muy justo. ¡Me parece muy bien! —dijo. Luego le preguntó a Miguel si no le gustaría figurar entre los amanuenses de la Corte, puesto que sabía latín. Pero Miguel denegó con un movimiento de cabeza. —Mi única ilusión sería entrar en la escolta personal de su majestad... Cuando, momentos más tarde, bajaba por la calle, Miguel iba encorvado como un viejo. Largos años había venido él suspirando por poder *comer el pan del rey*; ahora, ai mismo tiempo que se sentía confortado con la alegría de estar a punto de ver convertido su sueño en realidad, se sentía también abatido y abrumado por la conciencia de su misérrima condición: el estudiante, fracasado y degradado. El hombre docto, convertido en un soldado raso... a su edad. ¡Y tantas cosas, tantas!... En la noche de aquel mismo día se celebró en Palacio un gran baile general. Apostado a la puerta de la gran sala de baile, estaba Miguel montando la guardia de honor, vestido de punta en blanco con todas las piezas de su armadura. Era un equipo flamante, magnífico. Su ascenso había sido tan rápido como un relámpago: a ello había contribuido Jens Andersen con sus buenos oficios, premiando así los leales servicios que él le había prestado. Cuando fue presentado al rey, Miguel no lo reconoció... ¡a pesar de haberlo visto cara a cara aquella misma mañana! El rey, el mismo que en la sala de baños había estado a punto de clavarlo a la puerta con una sola mirada, ahora lo recibía con una asombrosa e inaudita afabilidad. «¿Es posible —pensó Miguel— que en la vida puedan ocurrir cosas tan puestas al revés? ¿Es posible que la desnudez de un hombre sirva precisamente para ocultarlo y disfrazarlo?» La fiesta de la noche anterior había estado reservada exclusivamente para los más encumbrados personajes del Reino. En cambio, para el baile de esta noche habían sido invitados los oficiales de la guardia real y jóvenes del pueblo bajo, así como honrados ciudadanos y ciudadanas de Estocolmo. La velada resultó muy alegre y divertida, por cierto. Miguel estaba junto a la puerta como una estatua. Su solemne continente infundía respeto. Estaba enteramente cubierto de placas y cintas de condecoraciones. Su barba sobresalía bajo su visera. Con la mirada iba siguiendo los movimientos y evoluciones de la pareja de baile. Pero... ¿quién era aquel joven que estaba allí bailando, audaz, alta la cabeza y con alas en los pies, sino el mismísimo Axel, su joven compañero de viajes de la última primavera? Miguel todavía no había sido capaz de descifrar la personalidad de aquel muchacho infinitamente inquieto y bullicioso que era incapaz de *respetar* sus propios secretos, secretos que él aireaba tranquilamente, contándoselos al primer extraño que encontraba. Y ahora... hay que ver cómo gira y se zarandea. Este modo de bailar parecía como si fuera su natural modo de andar. Y aun estando parado, vibraba y chispeaba como un trozo de espejo herido por el sol. Siempre era difícilísimo sujetar y retener su mirada, y más en este momento en que aparecía girando sobre el *parquet* con una hermosa doncella entre los brazos, lanzando descaradamente guiños a diestra y siniestra. Miguel vio cómo serpenteaba y se deslizaba con expresión embelesada hasta que el plumacho amarillo de su sombrero se perdía en el otro extremo de la sala; luego volvió a acercarse saltando, loco de entusiasmo, con la cabeza siempre levantada y el rostro vuelto hacia Miguel, sonriéndole con expresión de arrobamiento. Miguel cambió un poco de posición apoyándose en la otra pierna. La música sonaba arrebatada como una marcha triunfal. Por las ventanas entraba, en ráfagas frías, el fuerte viento de noviembre. Miguel ya no vio más, a pesar de tener los ojos bien abiertos, porque se quedó absorto en sus pensamientos y cavilaciones. Sintió que algo comenzaba

vagamente a torturar su espíritu: la idea de su propia actitud de hombre serio y honrado le inspiraba desprecio: sentía deseos de hacer locuras como toda aquella pandilla de hombres necios y vacíos. Aunque Miguel pasaba ya de los cuarenta años, no era ahora más formal y juicioso que hacía veinte años. Sus viejos deseos insatisfechos no se habían convertido en algo que ahora le inspirara vergüenza o pudor; de tales sueños ni uno solo se había realizado: su realización se había aplazado, sencillamente. Pero todavía le parecía que tenía tiempo de sobra para hacer locuras. La música comenzó a subir, a subir, hasta convertirse en un rugiente frenesí, desgranando compás tras compás sin respirar; la voz de los instrumentos de cuerda subía y bajaba en un vuelo delirante por las escalas musicales, hasta que al final la música terminó en un prolongado y unánime clamor jubiloso de todos los instrumentos. Las parejas se dispersaron por la pista charlando y riendo. Axel se separó de los demás, se dirigió a Miguel Thógersen y, dándole una palmada en la espalda, le dijo: —Os deseo buena suerte y mucho éxito en vuestro nuevo puesto. Enhorabuena. Mañana, una vez que os releven, saldremos juntos por ahí para sellar nuestra amistad. Dicho esto, se alejó de Miguel. Durante el intermedio de descanso que siguió a esta pieza de baile, el rey cruzó por la sala acompañado de un séquito de encumbrados personajes. Se detuvo unos momentos para dirigir la palabra a diferentes hombres de la ciudad. El rey iba adornado con una piel de marta cebellina y alrededor de su cuello brillaba la cadena con el toisón de oro. Por dos o tres veces se rió a grandes carcajadas con franco regocijo. Jens Andersen se mostró muy afanoso y solícito con todos sacando a relucir sus ingeniosas ocurrencias para embromar a unos y a otros. Al lado del rey iba el viejo arzobispo Matías de Strengnás, muy anciano, arrastrando por el suelo sus preciosas vestiduras; andaba con agilidad; también él se permitió decir algunos chistes de su lejanísima época de estudiante, sonriendo a un lado y a otro con su boca sin dientes. Cuando el regio cortejo salía de la sala, el anciano se volvió todavía para hacer guiños llenos de candor y de bondad a aquellos jóvenes, mientras la luz del sol reanimaba su arrugado rostro. Apenas hubieron salido los ilustres visitantes, la orquesta volvió a atacar una pieza de baile con un estrépito que parecía el ruido de las trompetas del Juicio Final. Miguel espiaba en la espera de volver a ver a Axel bailando. Pero éste no estaba en la pista al parecer. Poco después Miguel se olvidó del mundo que le rodeaba. Una vez más volvió a meditar en su vida, totalmente fracasada. Se sintió como cansado de las infinitas leguas que había recorrido persiguiendo lo imposible. De una manera o de otra, lo cierto era que él había desterrado la dicha de su corazón para convertirse en un ser apátrida entre seres felices y contentos de vivir. Mientras estaba así, montando guardia, apoyado en su alabarda, compuso cuatro hexámetros latinos que, traducidos a nuestro idioma, venían a decir lo siguiente:

*En Dinamarca perdí la verdadera primavera de mi vida suspirando por la dicha que
soñaba encontrar en una patria extranjera;
y no pude encontrar en tierra extraña la felicidad, porque en todas partes sufría la
intolerable nostalgia de mi tierra natal.*

*Y cuando todo el mundo me tentaba y me prometía finalmente la dicha, ¡demasiado tarde,
porque ya Dinamarca había muerto en mi corazón!*

Y así ando ahora por la vida sin patria ni hogar.

LA GALERA

AXEL no se encontraba en la pista con las demás parejas. En aquellos momentos se encontraba abajo en la sala de la servidumbre de Palacio, donde estaba la mesa bien surtida de manjares y bebidas. El joven se había llevado allí a la señorita con la cual había bailado él solo, y la había hecho sentar a su lado en el rincón más oscuro y escondido de esta sala. La joven se llamaba Sigrid, y era hija de un concejal de la ciudad. Axel no se cansaba de prodigar atenciones a la muchacha. Pero en vano: Sigrid decía que no a casi todas las invitaciones de Axel. No quería beber ningún licor ni probar los pasteles. Axel estaba perplejo, sin saber a qué recurrir para persuadirla a que le complaciera. Dijérase que ella había aprendido de memoria a decir que no por sistema. Accedió a probar las pastas vacilando y como a la fuerza, y aun lo que comía, parecía que le sabía amargo. Cuando al fin consiguió que ella picara de una tarta, el corazón le dio saltos de alegría en el pecho, y él mismo se sirvió grandes cantidades para animarla. —¡Vamos, Sigrid! ¡Bebe un trago a mi salud! —rogó Axel. La muchacha, medio vacilando, dijo que no quería. Axel se quedó abatido y meditabundo, con el jarro en la mano, mirando la boca de la joven, fina y húmeda como una flor de los pantanos. Y luego, inesperadamente, Sigrid soltó resueltamente una carcajada. Axel echó un trago y estalló también en carcajadas. Ambos reían ya a coro. A partir de aquel momento quedó brillando un destello de alegría en los ojos de la muchacha. ¡Qué joven parecía ella ahora, qué delicada su belleza! Sin duda, Dios protegía de un modo especial aquellas manos, ¡pues eran tan pequeñitas y frágiles...! Algunos de sus rasgos la hacían parecerse a una niña; y, sin embargo, a Axel le era fácil adivinar cómo sería ella cuando un día se viera convertida en una madre anciana. El dulce semblante de Sigrid parecía sintetizar el misterio de las tres edades de los seres humanos. Se quedaba uno suspenso y sin aliento al contemplar sus finos cabellos de oro. Axel recorrió con una discreta mirada el atuendo de la muchacha. Notó que llevaba un vestido de color castaño con escote y la manga hasta el codo. La seda de su vestido despedía vivos destellos. Axel lanzó un hondo suspiro. Finalmente los dos jóvenes se escurrieron de la sala de la servidumbre dirigiéndose de nuevo a la pista de baile. La orquesta tocaba con más fuerza que nunca. Desde este momento Axel y Sigrid siguieron bailando sin tomar aliento toda aquella noche. Sigrid declaró que no tenía ningún inconveniente en seguir bailando. A medida que iba transcurriendo el tiempo, se iba tornando ella menos habladora; pero

cuando él la invitaba a bailar una nueva pieza, ella siempre aceptaba encantada y no se cansaba nunca. Las menudas manos de la muchacha estaban húmedas y frías. Su respiración sonaba como un soplo levísimo, casi insondable. Cada vez que acababa una pieza, sonreía sin saber ella misma por qué. Era ya una hora muy avanzada de la noche, y el tiempo se les hacía eterno a aquellos que habían estado bailando sin cesar desde la hora en que había comenzado la fiesta. Axel se sintió acometido de una honda melancolía como un viejo muy viejo que se pusiera a recordar los hermosos tiempos idos. Presionó con su mano la mano de la joven. Ella levantó sus ojos hasta el rostro de él, pareciendo despertar de un sueño. Sonrió sin reservas, con una risa franca y una expresión en la que se leía la gran devoción y confianza íntima que le profesaba a él. Pero Axel no sabía cómo responder a la muda llamada, cómo corresponder a los sentimientos de aquella joven blanca y pura. Empezaron a bailar ya con una mayor lentitud, recibiendo empujones de todas direcciones. Y así siguieron bailando muy despacio, como en sueños. Poco después llegó el hermano de Sigrid para llevársela a casa. Axel expresó el deseo de acompañarlos hasta la puerta de su casa, por lo menos hasta la puerta exterior del Palacio. Imploró este favor con las ansias de un condenado a muerte. Inútil: Sigrid repitió ahora su «no». Fue su último «no», vacilante y dulce. Axel se quedó en la escalera mirándola bajar envuelta en su capa larga y elegante. Al pie de la escalera, ella se volvió para saludar con la cabeza al joven. A la luz de una tea que caía desde arriba, Axel vio brillar un momento aquel blanco rostro enmarcado por el capuchón. Luego la joven desapareció. Ya quedaban muy pocas parejas bailando. La mayoría de los danzantes se encontraban abajo, en la sala de la servidumbre real, empujando el codo. Allí encontró Axel a Miguel Thógersen, sentado a una mesa e inclinado sobre una jarra. Miguel se había quitado de encima la armadura. Después de darle un efusivo abrazo, Axel se sentó a su lado y bebió en su compañía unas cuantas copas, que le hicieron entrar en calor. Estuvieron charlando un rato. Axel se sintió de pronto impresionado por el tono cálido y enternecido de la voz de su compañero. La batahola iba en aumento en toda aquella sala. Por todas partes se oía el tintineo metálico de las copas y la alegre algarabía de voces. De los sótanos venía ladrando el eco como si aquel bullicio tuviera su imagen reflejada en un espejo torcido. Ya los soldados alemanes comenzaban a dar muestras de embriaguez: aquí y allá se producían altercados que parecían confirmarlo. La mayoría de los habitantes de la ciudad se habían retirado a sus casas. De repente Axel se estiró por encima de la mesa y, clavando sus ojos en los de Miguel, le hizo a éste una proposición en voz baja. Miguel se tiró de la punta de la nariz,

señal de buen humor muy rara en él: estaba viendo en su imaginación la galera anclada frente a Estocolmo, asintiendo con movimientos de cabeza y pasándose la mano por la barba. El caso es que por aquellos días había fondeado una flota de cabotaje de Lübeck entre la cadena de islas situadas frente a Estocolmo: eran los barcos de los mercaderes a quienes el rey Cristián había contratado para que vinieran a vender provisiones para el Ejército mientras él ponía asedio a la ciudad. Una parte de estos barcos había vuelto a zarpar. Pero quedaba todavía anclada en el archipiélago una gran carabela, propiedad de un rico comerciante de Lübeck, que se dedicaba a un tráfico sucio e inmoral. Axel y Miguel se pusieron inmediatamente en camino. Tomando sus armas se dirigieron hacia la parte baja de la ciudad. Eran como las tres de la mañana. Una noche muy oscura, con niebla. Las calles aparecían totalmente desiertas; no se veía ni la luz de un farol. Los dos hombres iban dando resbalones y tropezando de cuando en cuando con algún montón de leña o de escombros. Al llegar a la Puerta del Sur, se encontraron con el centinela, al que persuadieron para que los dejara pasar. Junto al puente situado al pie de la muralla solía haber siempre una buena cantidad de botes amarrados, que cualquiera podía alquilar; pero en esta noche no encontraron ninguno. En vista de ello se dirigieron silenciosamente en dirección al Este, caminando a lo largo de la estrecha playa hasta que, ya muy lejos, hallaron un bote. Lo desatracaron y se embarcaron en él. Los barcos se encontraban anclados a mucha distancia de la isla del Castillo. Tardaron bastante en poder distinguir las luces de los buques en medio de aquella densa niebla. La galera que ellos iban a visitar era la que estaba más distante, a mano izquierda. Después de haber estado remando durante unos diez minutos en medio de aquella molesta humedad de la noche y del mar, llegaron a la carabela, cuyo elevado castillo de popa descollaba en las sombras y en la bruma. Los dos hombres habían oído a la carabela mucho antes de llegar hasta ella, pues se estaba celebrando a bordo una ruidosa fiesta. Tres fanales colocados en sendos mástiles iluminaban difusamente el cordaje y la cubierta de la nave. Bajo aquel vago resplandor veían moverse varias figuras humanas. Los tres fanales parecían tres lunas rodeadas de grandes halos luminosos, formados por la niebla.

—¡Mira dónde están los botes que buscábamos! Los han traído todos —dijo con voz queda Axel, sonriendo irónicamente mientras se deslizaban por debajo del botalón de foque. En efecto, amarradas a la cadena del ancla se veía mecerse una flotilla de diez botes, por lo menos. Desde la roda alguien les gritó en alemán por la bocina: —¿Quién vive? Era la voz del rudo y severo capitán del buque. —Gute Freunde!⁹ —contestó Axel, saltando de la basculante yola a las jarcias. El capitán le dio la mano ayudándole a subir a

cubierta. Miguel amarró el bote, y siguió a su compañero. Al pie de los mástiles y bajo la luz de los fanales, se veían numerosos barriles de cerveza. En cubierta se habían montado una serie de cobertizos de lona. Del castillo de popa, que aparecía iluminado, salía una ruidosa música de pífanos y chirimías, mezclada con coros de risas y tintineos de copas. A los oídos de los dos jinetes llegaron también ecos de voces de muchachas. Las planchas embreadas de la nave temblaban y oscilaban con el tumulto de las fiestas que se celebraban en cubierta y bajo cubierta. Todo el barco se mecía lentamente en el mar. Sobre cubierta, y muy cerca de los dos amigos, resonaron los pasos de unos pies ligeros. A pesar de que eran unos pasos ágiles y elásticos, el maderamen del piso se estremecía bajo el peso de una persona maciza y robusta. Del salón había emergido una moza vestida de blanco, dirigiéndose precipitadamente hacia ellos. Pegándose materialmente a los dos jinetes, la muchacha les dirigió un sonido inarticulado de bienvenida. Juntos se encaminaron hacia el fanal, bajo cuya luz fueron recibidos con un coro de aclamaciones y jarros levantados hacia ellos. De pronto Axel se fijó en el rostro de la muchacha, que tenía las cejas unidas. Inclínándose rápidamente, le dijo en un alemán vacilante, tropezando en las palabras: —¿Qué dientes tan blancos tienes! ¿Cómo te llamas? Con voz queda y cálida, como si ella lo conociera desde hacía mucho tiempo y supiera que él iba a venir, la muchacha le contestó: —Lucía.

LA HISTORIA ARMA UNA TRAMPA

HACIA el mediodía del día siguiente, Miguel y Axel regresaban a la ciudad. Se dirigieron al barrio donde se alojaba Axel. Este ocupaba, en la guardilla de una casa alta, un cuarto cuya ventana daba a la plaza Mayor. En este cuarto se sentaron los dos ante un buen jarro de cerveza. Ambos estaban bien despiertos, pero cansados. En los ojos de uno y otro brillaba una lucecita socarrona y cautelosa. Tenían un buen dolor de cabeza, y la mente llena de recuerdos de sus aventuras. Miguel estaba particularmente desasosegado y excitado: había en él un malicioso regocijo, casi desafiador. Había algo femenino en su mirada y parecía que en aquel momento quisiera coger entre sus brazos al mundo entero y luego... enviarlo al diablo, Axel no lo comprendía. Se le quedó mirando con una expresión de viva curiosidad. Porque allí había alguna cosa. Axel lo sabía. Durante la noche, a bordo del barco, había oído los misteriosos quejidos de una persona: unos largos gritos de persona atormentada subían de las bodegas. Resultaba fantástico y conmovedor oír aquellos clamorosos lamentos, que no parecían salir de la boca de un ser humano. Y cuando iba a correr en auxilio de aquella persona que así se quejaba, le dijeron que aquella persona era su amigo el de la barba pelirroja, que estaba sencillamente borracho como una cuba. Entonces Axel bajó a aquel compartimiento, y se encontró a su amigo tumbado, desfigurado, con el rostro contraído en una mueca como el semblante de un malhechor atado al potro del tormento. Aún ahora le parecía a Axel estar oyendo aquellos gritos desgarradores que Miguel había proferido; aún le parecía estar viéndolo allí tumbado boca arriba, con los ojos fijos y muy abiertos como el que está en la agonía, haciendo difíciles degluciones de saliva y rechinando los dientes. Y ahora parecía estar perfectamente, muy sano y lleno de vida y buen humor. ¿Que significaba todo aquello? Axel fijó su mirada en la vidriera, de cristales redondos y verdes, por donde entraba un torrente de luz solar. La abrió de par en par. En aquel momento acababa de salir el sol. La niebla dormía formando un blanco resplandor; por el estrecho canal pasaron, deslizándose silenciosamente, una chalana y el jirón de una vela; allá a lo lejos se erguía la gran torre del Söndermalm, intensamente iluminada contra un fondo de bosques: desde aquí podían distinguirse claramente los huecos que en los muros habían dejado los impactos de los cañonazos. La Plaza, situada inmediatamente delante de la ventana, aparecía enfangada y llena de charcos a causa de la lluvia del día anterior. —¡Mirad! —exclamó de repente Axel—. Parece que va a haber fiesta otra vez en Palacio. En efecto, a lo largo de la calle que subía hacia el Castillo-Palacio, avanzaba a caballo una larga fila de grandes señores de la nobleza y otros caballeros de alto rango. Miguel corrió a la ventana. —¡Hum! Vaya, tengo que marcharme —murmuró inquieto—. Es una temeridad estar tanto tiempo ausente sin presentarme. Si ocurriera algo, es probable que me viera yo en una situación comprometida. Dicho esto, Miguel se despidió y salió a la calle. Axel se quedó inmóvil junto a la ventana, viendo cómo todos los personajes más renombrados y ricos de Estocolmo se dirigían lentamente hacia el castillo. Montados en caballos de largas colas, iban avanzando los caballeros, con sus altas gorras guarnecidas de corchetes y sus golillas ornadas de ricas pieles. El arzobispo Matías iba sobre su montura, inclinado hacia delante y con aire de hombre acabado y decrepito; por los flancos de su pequeño y sencillo caballo tordo colgaba su capa de terciopelo rojo, que brillaba como una amapola herida por los rayos del sol. Caminaban a

pie poderosos burgueses, rígidos dentro de sus rígidos ropajes, y empuñando largos bastones; grandes y distinguidas damas iban en coche avanzando a paso de andadura... De las calles laterales iba afluyendo una gran cantidad de gente, que se incorporaba al cortejo. Todos fueron entrando por el gran portón del Castillo, hasta que, uno tras otro, desaparecieron bajo el arco mural. Cuando Axel se hartó ya de ver y contemplar aquel desfile, se volvió hacia el interior de la habitación, y se desesperó sin saber qué hacer ni a dónde ir. Un recuerdo le asaltó. —¡Sigrid! Volvió a estirarse, crujéndole todas las articulaciones del cuerpo, y sonrió inquieto y turbado. Sintió que la sangre le golpeaba en la cabeza y en el pecho de emoción e impaciencia. Miró lentamente en torno suyo, contemplando la habitación. Estaba materialmente inundada por sus armas y arreos desparramados. Sintió una especie de abatimiento y desesperación. Luego se echó en la cama y al poco rato se quedó dormido. Algunas horas después se despertó, se vistió y salió, dirigiéndose al centro de la ciudad. Declinaba el sol. ¡Qué silencio en las calles! Sólo de las fondas y tabernas salía el ruido alborotador de los soldados; pero hasta esta misma bulla aparecía extrañamente amortiguada. Era el tercer día de las grandes fiestas de la ciudad. Axel cruzó diferentes calles animado de una débil esperanza. Buscaba a Sigrid. Y viendo que no podía encontrarla, salió a dar una vuelta por uno de los islotes cubiertos de arbolado, errando al azar, como si esperara encontrar a Sigrid detrás de algún árbol. Ya se había puesto el sol, y Axel todavía se encontraba allí. Por encima de las olas dormidas se destacaba la ciudad, negra y dentada, contra aquel cielo amarillo. Las campanas de Estocolmo estaban doblando a vísperas. Se estaban juntando grandes masas de nubes negras y amenazadoras, procedentes del Norte. En cambio, por la parte del Sur se extendía a ras de tierra una orla de niebla, como si todavía el día pasado siguiera apareciendo ante los ojos de Axel. Cuando Axel cruzaba, de regreso, la ciudad, se extendía por todas partes la oscuridad y la quietud. Reinaba un silencio mortal. El joven jinete decidió subir a su cuarto. En el momento de entrar en su aposento, percibió un gritito femenino, alegre y desenfadado, como la flauta de un pájaro cantarín. La mujer lo saludó rodeándole el cuello con los brazos... ¡Era Lucía! ¿Cómo había llegado hasta allí si le estaba prohibido salir del barco y andar por la ciudad? ¿Y cómo es que conocía el camino y dirección de aquella casa? Ah, sí. Axel recordó ahora que él mismo le había revelado a ella el lugar donde vivía. Y en cuanto a salir del barco y entrar en la ciudad... bueno..., la verdad es que la moza había sido más lista y astuta que los hombres encargados de la vigilancia. Axel fue a buscar alimentos y bebidas.

* * *

En aquel mismo momento, Miguel Thógersen estaba montando la guardia en el castillo. Esta circunstancia le dio ocasión para presenciar con sus ojos una escena que fue fatal para la historia de Escandinavia. Aun cuando él sólo intervino en ella como espectador, aquello le quedó impreso y grabado en el alma para toda su vida. La escena que iba a desarrollarse, nadie la hubiera sospechado. Toda aquella selecta asamblea que charlaba en la sala pronunciando un alegre y suave murmullo, todos aquellos ilustres personajes que, vestidos de gala, se sentían muy contentos y felices, todos en mutua armonía bajo los rayos de aquel sol que era el rey, se quedaron de repente inmóviles y callados como muertos... Bajo el enorme techo de

aquella sala se había alzado de pronto una voz solitaria, proferida en tono seco, en el que temblaba una emoción mal dominada. El que hablaba era Gustavo Trolle. Sobre semejante fondo de silencio, aquella voz solitaria estaba presagiando una catástrofe, del mismo modo que el silencio mortal de la Naturaleza, roto sólo por el solitario picotear de un pájaro carpintero en una rama en la profundidad del bosque, presagia la tempestad. Al percatarse del significado y alcance de aquellas palabras, los oyentes sintieron que se les doblaban las piernas. Más de uno sintió que le ardía el suelo bajo los pies y estuvo a punto de estallar. Eran historias funestas que Gustavo Trolle estaba aireando peligrosamente. Su rostro ya no era el rostro que Miguel conociera un día, y en el cual se había fijado bien, porque lo admiraba ciegamente. Era, como Jens Andersen, uno de los hombres más cultos y doctos de su tierra, e igualmente de los poderosos. Era una inteligencia sin igual, y un deportista endurecido. A todo el saber y conocimientos de su época, unía su riqueza en bienes y en metálico. Nadie le superaba en ciencia teológica ni en conocimientos estratégicos. Pero en las anteriores ocasiones en que Miguel había visto su rostro, éste estaba arrugado y llevaba el sello de los infortunios que había sufrido. Solía tener una actitud de reserva sobre un fondo apasionado, y andar un poco encorvado como agobiado por el peso de la adversidad, aunque se veía en él algo así como una propensión innata a hacer travesuras de muchacho bueno. Pero ahora aquel rostro estaba transformado. Se había vuelto frío. Se parecía a un enamorado galán que, llegada la ocasión, deja a un lado su prudencia y sus corteses expresiones de delicadeza: de pronto la antigua dulzura suplicante de sus ojos se trueca en sentencia inexorable, y sus ruegos de enamorado, en una orden brutal. Los suecos habían tratado a su arzobispo con la dureza con que se trata a un hombre sin entrañas. Además de haber arrasado su palacio y sus fortines y saqueado su catedral, lo habían despojado de todas sus propiedades, lo habían arrojado a la prisión como a cualquier facineroso y lo habían sometido a torturas. Esperaban que su enemigo Sten Sture quedaría sentado en el trono como rey. El hombre escandinavo siempre ha sido el peor enemigo de sí mismo. Y resulta que ahora Cristián se había convertido en rey por la fuerza de las armas y contra la voluntad de todos los suecos, y tenían que aceptar las consecuencias. Jon Eriksen, cuya vida —consecuencia sin duda de sus superiores dotes de inteligencia— había sido una cadena de amarguras, dio lectura a la demanda de reparaciones por los perjuicios y ofensas inferidas a Gustavo Trolle. También él había estado prisionero durante tres años, encerrado en este mismo castillo, reforzado y armado hasta los dientes. Sus tobillos aún no estaban totalmente curados. Mientras Jon Eriksen iba

leyendo, los grandes señores reunidos en la sala comenzaron a murmurar y a revolverse agitados en sus asientos, perdiendo el dominio de sí mismos, como alimañas que se ven cogidas en una trampa. Y el proceso siguió su marcha fatal: así tenía que ocurrir por inevitable fatalidad a dos pueblos que, siendo muy parecidos entre sí, eran incompatibles y acabarían por separarse definitivamente. Estaban destinados el uno para el otro, destinados a vivir como hermanos. Pero iban a ser como esos hermanos que no pueden vivir el uno sin el otro, y, sin embargo, se torturan mutuamente, se golpean y hieren en serio... hasta que se van cada cual por su lado, solos y mortalmente heridos. La llegada de la noche vino a añadir a este drama una nueva desdicha, algo que ni siquiera los peores y más inteligentes conspiradores hubieran sido capaces de maquinan. La causa de esta nueva desdicha era una mujer: la viuda de Sten Sture. Su especial condición y algo que abultaba excesivamente en su busto hacían suponer que llevaba consigo, escondidos, documentos oficiales de gran importancia. Ella no tenía todavía más que veinte años. Contestó sola a todas las acusaciones y cargos, esgrimiendo un documento que demostraba que todos los atentados y delitos cometidos contra Gustavo Trolle y contra la Iglesia habían sido acordados por el Consejo del Reino de Suecia reunido en pleno, y sellados por la firma de los más altos dignatarios y prohombres del país. ¡De este modo el Tribunal obtuvo con la mayor comodidad los nombres, firmas y sellos de todos los que habían intervenido en la comisión de aquellos atropellos y delitos! El agua apaga el fuego, ciertamente; pero cuando el fuego se desata y se convierte en incendio devorador, el agua parece darle aún más alas. Diríase que era Lucifer en persona el que manipulaba aquel documento que estaba desplegado sobre la mesa. De repente se abrió la puerta dejando paso a la guardia armada. Hombres revestidos de armaduras y empuñando las espadas desnudas entraron en la sala y comenzaron a hacer prisioneros a los inculcados. Jens Andersen reunió a su alrededor a las más altas figuras de la Jurisprudencia y declaró abierta la audiencia. El gran dignatario y tratante de bueyes sabía conciliar muy bien la letra de la ley con la defensa de su propia causa: en este juicio se dejó llevar por los impulsos de su corazón. Se esforzó por ser imparcial y atenerse a la verdad. Pero aquí la verdad no pudo salvar a Escandinavia. Los reinos del Norte saltaron en tres pedazos como una losa cuarteada por el fuego. Esto ocurría el 7 de noviembre de 1520. Pero el hombre que sostenía con su mano todo este tinglado, el hombre que había reunido allí a aquellas almas ingobernables y había explotado, a favor de la causa de su rey, el talento, la maldad y la astucia de aquellos cerebros sedientos de venganza, se encontraba ahora completamente solo en su cámara, mientras sus

servidores preparaban los detalles del último acto de esta tragedia. Miguel Thógersen divisó al rey Cristián en el interior de una de las cámaras de Palacio. Estaba sentado a la mesa, muy erguido, con la espalda contra el respaldo del sillón. Su sombra, proyectada hacia atrás por el fuego de la chimenea, era negra como el carbón. Miguel entró en la cámara con una lámpara en la mano. Se fijó en el rey. El rostro de su majestad parecía estar tenso y relajado al mismo tiempo. Tenía el aspecto de un hombre que siguiera todavía haciendo esfuerzos por adoptar una resolución que hace muchísimo tiempo que ha sido ejecutada y consumada.

LUCÍA

LUCÍA, la muchacha de las cejas unidas sobre los ojos; Lucía, la hija del crepúsculo, no sabía reír. Sólo conseguía esbozar la mueca de una sonrisa sin alegría, como una muda que enseña los dientes amablemente cuando quiere hacer alguna advertencia. De cuando en cuando se dejaba ablandar, y entonces su sonrisa se parecía a un día de septiembre en Dinamarca, cuando los pájaros, libres de cuidados, se precipitan alegremente en bandadas bajo la bóveda del cielo transfigurado, mientras las flores se yerguen inmóviles, próximas a marchitarse. También Lucía empezaba a marchitarse. Ya habían volado lejos sus veinte años. A veces solía tararear el fragmento de una canción. Pero no estaba alegre. No sabía otra cosa que ir rodando hacia abajo como una criatura que fatalmente va bajando hacia el fondo del mar. Esto lo hacía a sabiendas y por propia voluntad de rodar. Por eso había en su modo de ser una frialdad poco acogedora. Pero, sin darse cuenta ella misma, sabía manifestar un asombro sencillo e ingenuo ante la vida como un pobre escarabajo que, caído de espaldas en una rodada, se va arrastrando patas arriba hasta que viene la rueda y lo aplasta. Pero aquella noche en que se encontraba sentada en el aposento de Axel, tenía en torno de su cabeza como una aureola hecha de deseos y de terrores. Su alma se asomaba al mundo exterior en una mirada asombrada y muda como la de los ojos de un cruzado que de repente viera abrirse rojas rosas de sangre alrededor de la sagrada cruz que ostenta sobre el pecho. Axel, cansado, no tardó en quedarse dormido. Durmió y soñó. Soñó que había entrado resbalando en otro mundo, en una penumbra indecisa. Estaba sentado a orillas del mar. Tenía a Sigrid a su lado. Sentía como si estuviera muerto de sueño. A ratos le parecía que ella se incorporaba y avanzaba a tientas para arreglar la cama: luchaba con las olas, las alisaba... Extendió la mano hacia una ola blanca para ponerla de almohada. Pero todo cuanto agarraba, se desvanecía entre sus brazos. Extendía la mano para coger las puntas de las sábanas, que se elevaban y se desvanecían, quedándose él con la mano vacía. Axel se cansaba de luchar inútilmente por capturar aquellas sábanas y almohadas siempre inquietas. Al fin abandonó todo intento. ...Poco después notó que él y Sigrid emprendían el vuelo, alejándose de la tierra. Se detuvieron un momento en el aire, y Sigrid lo tomó de la mano. Luego se fueron volando muy lejos y a una altura que daba vértigo. En medio de su pesada duermevela, creyó Axel que todavía tenían que seguir volando muy lejos por el cielo: presentía que en el último confín del mundo

encontrarían un bellissimo e infinito panorama, abierto ante el asombro de sus ojos. Pero cuando habían ido ya muy lejos en su etéreo vuelo, vio que Sigrid retardaba su paso... Ella adquirió peso, y empezó a dar gemidos, y entonces los dos se lanzaron hacia abajo. Axel se despertó. Volvió a dormirse y volvió a soñar. Soñó una cosa extraña, que luego le fue imposible recordar. —Muéstrame ese lunar que tienes escondido en la nuca bajo el cabello, para que yo pueda reconocerte en la otra vida —imploró delirante en voz alta, cuando ya empezaba a asomar el día. Lucía rió, un poco avergonzada. Estaba a punto de llorar de emoción. Axel volvió a soñar que estaba volando por los aires, pero esta vez iba él solo. Iba volando en posición vertical a lo largo de las calles de Estocolmo y a la altura de los aleros de las casas: apretando los brazos contra los costados como los corredores, se mantenía en el aire en virtud de su fuerza intrínseca, y avanzaba deslizándose veloz y silencioso. Las calles estaban desiertas y sumidas en una penumbra propia para el acecho. Allá en el fondo de las callejuelas estaba viendo sombras que huían vueltas las espaldas hacia él. Por donde él va volando, todo va quedando desierto de seres humanos. El cielo estaba ardiente, amarillo, radiante: como si encerrara en sí la sabiduría de los bienaventurados. De pronto vio que la calle quedaba interceptada por una casa elevada. Axel tuvo miedo de estrellarse, en su vuelo, contra aquel muro sombrío. Unas cabezas imprecisas se asomaban por los huecos de las contraventanas, espionando. Reuniendo todas sus fuerzas, consiguió elevarse verticalmente en el aire, y planeó ligero por encima del caballete del tejado de la casa, rozándolo casi. Luego Axel siguió en vuelo planeado a ras de tierra, rozando con sus pies las hojas de las matas y las ramas de los árboles. De pronto sintió como que se inflaba y volvió a elevarse, viendo cómo el cielo se iba tornando más profundo y dorado. Remontándose en rápida pendiente, volaba por encima de todas las torres como un milano en aquel aire libre y radiante. Axel seguía volando. Vio cómo, allá abajo, las aguas se arrugaban en ondas silenciosas. Justamente bajo sus pies está la carabela, a inmensa profundidad. Se quedó absorto haciendo tanteos y cálculos para ver si podía, al lanzarse desde el punto en que se encontraba, dar exactamente en el blanco, es decir, posarse en el barco. Le parecía que sólo haciendo un esfuerzo sobrehumano sería capaz de dirigir su rumbo hacia la nave, aun cuando volaba por sus propias fuerzas. Al fin, sintió que llegaba sano y salvo a la cubierta del navio. Este es el Barco de la Fortuna. En la roda hay un salvaje, absorto en su papel de vigía, atento sólo a escrutar las lejanas brumas del mar. La nave navega cabeceando, ligera como un fantasma, por el mar. Es la Carabela de la Fortuna, la carabela de Colón. Es el mismo Colón, el navegante

naufragado, el que está detrás de la rueda del timón, inclinando sobre la brújula su rostro de aparecido. Lleva rumbo al Sur. A su lado van dos gnomos viejísimos. Las velas, bajo el soplo del viento, se inflan y abomban con perfiles de husos, como queriendo desprenderse de las vergas. A través de las hinchadas velas se transparentan las estrellas de la noche. A popa, en el empinado castillo de madera, sobre cubierta y bajo cubierta, se ven mujeres de todas las regiones del mundo. Hay una por cada una de las mil comarcas de la tierra. Hay numerosas mujeres de raza blanca, desde las más jóvenes, con piernas de adolescentes, hasta las más corpulentas, de rodillas arrugadas de rozar con el vestido; desde las blanquísimas doncellas que se están lavando de la mañana a la noche hasta las mozas campesinas cuya boca huele como a leche y cuyos brazos y piernas duros y vellosos pisan en tierra como pies de elefantes. Hay muchachas de color atezado, en cuyos ojos brilla una intrépida inocencia; hay jóvenes con cabellos que parecen una llama dorada y con pies tan blancos como la nieve. Princesas negras con labios de color de rosa encendido, y con un cinturón de dientes de tigre enroscado alrededor de sus lomos esbeltos y negros como el hollín.

Doncellas árabes, indolentes y elásticas como leopardos; exuberantes damas de las ricas granjas de Polonia; pequeñas criaturas del corazón de Asia, con piel sedosa como pétalos cubiertos de polen, y mujeres, no vistas jamás por ningún europeo, de las islas del mar. Todas ellas se diferencian entre sí, no sólo en estatura, edad y formas corporales, sino también en espíritu y modo de pensar. Aquí hay una que sonríe, libre de cuidados, con su fresca boca, hablando con su corazón joven y sabio; allí hay otra que sonríe con una dulzura acogedora, pero disimulando su melancolía; algunas hacen alarde de sus visibles defectos; otras bajan los ojos avergonzándose de su figura perfecta y sin tacha. Puesto que en la nave tiene que haber representantes de todos los tipos de mujer, las hay más o menos imperfectas; hay una que es menos blanca, hay otra que acusa demasiado la opulencia y exuberancia de formas... La parte de la proa del Barco de la Fortuna va llena de gráciles bellezas virginales, cada una de las cuales, considerada aisladamente, no está perfectamente completa en sí misma; pero todas juntas contribuyen a la perfección y armonía suprema del conjunto. Vistas de este modo casi se confunden unas con otras; vistas por separado, todas fascinan. Ligerero como un fantasma, el Barco de la Fortuna navega, cabeceando, mar adentro. Axel sueña que va a bordo del Barco de la Fortuna, sintiendo a su lado la presencia de Sigrid. Y entonces Axel se despertó, sorprendiéndose de ver que la que ahora estaba a su lado era Lucía. La habitación estaba muy clara. Ya era de día. A sus oídos llegó un fuerte clamor de sonidos argentinos, solemnes, fogosos, procedentes de la Torre. —¿Qué es eso? —No hagas

caso: es el toque de las trompetas —murmuró Lucía, soñolienta, acomodándose en la cama, sin abrir los ojos. Pero Axel se levantó y fue a abrir la ventana. Y vio dos largas filas inmóviles de soldados con sus alabardas, que se extendían desde la Torre hasta la Casa Consistorial, pasando por la gran plaza Mayor. En la plaza no se veía ninguna otra persona. Y vio que justamente delante de la Casa Consistorial... —Han levantado el cadalso —exclamó Axel retirándose de la ventana. Tomando sus ropas, se vistió a toda prisa. Lucía dio media vuelta en el lecho, quedando de espaldas y, ya completamente despierta, se puso a mirarlo a él fijamente sin despegar los labios. Axel bajó la escalera interior de la casa para salir a la calle; pero no tardó en subir otra vez al cuarto. Acababan de decirle los inquilinos que la puerta estaba cerrada, y que hacía unos momentos habían pasado los heraldos dando orden de que ningún ciudadano de Estocolmo saliera de su casa. Axel permaneció junto a la ventana, esperando acontecimientos. Pasó media hora, pasó una hora... Conforme iba transcurriendo el tiempo, más deseoso estaba él de saber lo que aquello significaba. Pero nada ocurría. Unos cuantos hombres armados se apostaron junto al cadalso para montar allí la guardia. No se veía un alma viva, fuera de aquellas dos rectas y silenciosas hileras de soldados que, atravesando la plaza, llegaban hasta el castillo. De sus bocas salía un apagado rumor de voces quedas y cuchicheos. El tiempo estaba frío y húmedo. De cuando en cuando, un oficial corría en ruidoso galope a lo largo de las filas rectificando su alineación; pero la mayor parte del tiempo permanecía quieto allá lejos, junto a la cerrada puerta del castillo. Cuando Axel, una hora después, salió a mirar de nuevo a la calle, observó que las filas de soldados estaban inmóviles y en la misma posición que antes.

EL «BAÑO DE SANGRE»

UN gran silencio se extendía por toda la ciudad de Estocolmo. Por las calles sólo resonaba el martilleo de los cascos de los caballos de las tropas de Caballería que hacían la ronda para cuidar de que las puertas de las casas permanecieran cerradas. ¿Qué es lo que iba a ocurrir? ¿Cuántas cosas bullirían en la imaginación de aquellas gentes encerradas dentro de sus casas! La gente estaba enmudecida detrás de las cerradas puertas. Junto a cada vidriera aparecía un rostro mirando como embobado; detrás de cada rendija había un ojo espiando. La ciudad se alzaba oscura y compacta sobre su isla como un gran hormiguero. Frente a cada una de las esquinas de la isla aparecían levantados los puentes levadizos, dando la impresión de gigantescas fauces abiertas. Dentro de todas aquellas habitaciones y salas se habían puesto en tensión los ánimos de las gentes, que se perdían en mil conjeturas y sospechas aciagas; las gentes estaban llenas de horribles presentimientos y miedos. Así como suele desprenderse un olor acre de un hormiguero saqueado donde las hormigas irritadas corren con ciega furia, así olía la atmósfera que envolvía el islote del castillo, emponzoñada por aquellos delirios de terror. Por fin, hacia el mediodía... Axel se había puesto frenético ante aquella eterna y terca formación recta de soldados que estaba harto de ver allá abajo. Por fin, hacia el mediodía, empezó a desarrollarse la tragedia. En efecto. Axel vio con asombro que todos aquellos personajes que el día anterior se habían dirigido al castillo, vestidos con sus mejores galas y conscientes de su propia importancia, trascendental para el país, volvían a salir ahora por la gran puerta por donde habían entrado. —Cualquiera diría —pensó Axel— que las primeras autoridades de Suecia han necesitado toda una noche para adiestrarse en el arte de organizar el cortejo colocando a los distintos personajes por riguroso orden de jerarquía. Y es que cuando habían entrado en el castillo, lo habían hecho sin orden ni diferenciación de grados; ahora, en cambio, venían todos perfectamente escalonados: primero los prelados de mayor grado jerárquico; a continuación, los nobles, dispuestos de acuerdo con su categoría, y, al final, los poderosos burgomaestres, ediles y magnates. Ahora ninguno venía a caballo. Todos venían a pie, pegados a la tierra como un simple rebaño de ovejas. El verdugo, que había estado esperando desde las primeras horas de la mañana, ardía de impaciencia. Poco a poco fueron llegando junto al cadalso todos aquellos encumbrados personajes. Los ancianos obispos, aquejados de gota, apenas se podían tener en pie. Entre los nobles habían algunos que descargaban patadas en el suelo como carneros desafiadores. Algún burgomaestre meneaba la cabeza, rebelde, como una oveja que quisiera liberarse de la cuerda que la ata. Pero la inmensa mayoría iban en rebaño, dóciles y sumisos. Su número oscilaba entre treinta y cuarenta parejas. Al arzobispo Matías de Strengnás, por ser el de mayor dignidad, le correspondió ser ajusticiado el primero. Todavía llevaba puesta su capa de terciopelo. Axel reconoció al prelado cuando éste se puso de rodillas, alta la cabeza y juntando las manos. Poco tiempo permaneció en esta actitud, pues la ejecución corría prisa. El arzobispo volvió a levantarse y comenzó a despojarse de sus vestiduras, allí bajo el ancho cielo, delante de los ojos de sus verdugos. Y entonces se apoderó de Axel una terrible inquietud, que lo abrumaba. Se volvió hacia Lucía, que se había acercado a la ventana, y la empujó al interior de la habitación. —Tú no debes presenciar estas cosas —le dijo con un tono tan brusco y excitado, que Lucía se estremeció. La muchacha se tendió en la cama. Cuando Axel volvió

a asomarse a la ventana, ya se había realizado la primera ejecución. El cuerpo del arzobispo Matías yacía en tierra, vestido sólo con medias y pantalones. Su cabeza aparecía un poco distanciada del tronco. ¿Y aquella capa roja...? No. Era sangre, su propia sangre que corría por debajo del cuerpo. Todavía seguía Axel contemplando aquella pobre cabeza decapitada, cuando oyó el zumbido y el sordo golpe de la cuchilla del verdugo, mientras veía cómo otra cabeza saltaba del tajo al suelo, dejando tras sí borbollones de sangre. Era la del obispo Vicente de Skara. Ya Erik Abrahán Leionhufvud estaba en pie despojándose de sus vestidos. Axel notó que allá lejos se estaba produciendo un movimiento de agitación. Muchos gritaban y refunfuñaban. Axel estaba junto a la ventana, excitadísimo, como si una llama le abrasara las entrañas. Vio cómo un noble de gran estatura y corpulencia empezó a hablar levantando los brazos y agitándolos en el aire. Era imposible entender aquella voz arrebatada y furibunda. Enfrente, en las casas situadas al otro lado de la plaza, vio Axel numerosas caras disimuladamente asomadas a las ventanas. Aquel hombre que voceaba indignado parecía dirigir hacia estos rostros sus palabras. Pero éstos no le dieron la menor respuesta. Las bajas nubes grises navegaban ahora sobre los tejados: de cuando en cuando se bajaban hasta ellos llenando el espacio de la plaza de una neblina tenue. Axel vio cómo iban llevando al cadalso a uno tras otro. Entre ellos reconoció a los más eminentes e ilustres personajes de Suecia. Algunos, con las prisas, se embarullaban al despojarse de sus ropas. Otros dejaban que los verdugos los desvalijaran e hicieran con ellos lo que se les antojara. La multitud seguía apiñada. Afuera, permanecían en formación los soldados armados. Entre ellos reconoció Axel a Miguel Thógersen y a varios de sus propios camaradas. Axel se había serenado un poco. Estaba ahora viendo cómo Jórgen Homuth dirigía y daba órdenes a los verdugos, haciendo indicaciones con su enguantada mano. Iba vestido de gran gala. Ya habían rodado por tierra numerosas cabezas. Estaban inmóviles sobre el suelo ensangrentado, como flotadores. La sangre corría por la plaza Mayor trazando una figura geométrica que más bien parecía una letra gigantesca. Cada vez que Axel se asomaba a la ventana, ya aquella runa de sangre había adquirido nuevas ramificaciones para que se descifrara con un nuevo significado. La ejecución se desarrollaba con una terrible monotonía. El cielo, nublado, se iba cubriendo más y más, anunciando una lluvia inminente. La multitud se iba enrareciendo. Los cadáveres formaban montones. Axel inspiró profundamente en silencio. Cuando, después de haber sido degollados todos aquellos altos personajes, inviolables por razón de su noble estirpe, los verdugos comenzaron, con redoblado afán, a cargar contra los personajes seculares no aristócratas, Axel, aturcido por aquella escena que superaba su capacidad de comprensión, se dio cuenta del inmenso poder que debía de tener el *rey* cuando era capaz de hacer que se cumplieran tales cosas. En su imaginación estaba viendo al rey dominando solitario sobre todas las tierras escandinavas; estaba viendo su figura baja y rechoncha, sus hombros dotados de una hercúlea fuerza de sustentación, sus brazos fuertes como vigas... Se daba cuenta de que cualquier hombre sería capaz de cargar con pesos aplastantes y arrancar peñas, como un autómatas, con sólo ver aquel rostro dándole órdenes. Axel recordaba ahora la mirada de los ojos del rey, que perforaba como una larga lanza; recordaba aquellas cejas, que estaban moviéndose alternativamente sin cesar; recordaba aquella voz, que sonaba con un tono indiferente, hijo de la soberbia. Sintió en su rostro como una ráfaga de aquel decreto categórico e inexorable, y se inclinó ante el majestuoso poder de) rey. Axel se retiró de la ventana, y la cerró bruscamente. Luego él y Lucía se pusieron a comer. Lucía no dio la menor muestra de curiosidad por lo que había ocurrido afuera. A Axel le vencía el sueño y no tardó en quedarse dormido. Afuera llovía a cántaros.

* * *

A la hora del crepúsculo Axel se despertó sobresaltado por un ruido extraño que procedía del piso de arriba, que era un desván. Era un ruido de pasos apresurados, como si alguien llegara corriendo. El ruido de las pisadas se desvaneció rápidamente y todo quedó otra vez silencioso. El jinete, que sabía que nadie vivía arriba, en el gablete que daba al huerto, se levantó de un salto y subió corriendo al desván. En el momento de abrir la puerta de aquella habitación, tuvo la impresión de que alguien se escondía allí dentro. Se quedó parado en el umbral, echando una mirada por todo el aposento. No vio más que una cama vacía. La ventana de la claraboya estaba entornada. Debían de haber entrado por allí. De pronto vio que alguien se incorporaba en la cama. Era un muchacho de larga cara pálida, elegantemente vestido. Este saltó de la cama y sonrió a Axel intentado aparecer divertido como el que ha querido gastar una broma. Era muy alto y estrecho de caderas. En su labio superior se dibujaba una fina raya de sombra. Axel notó que en su atuendo faltaba algo. El muchacho no llevaba consigo ninguna clase de armas. Casi en el mismo instante descubrió en sus muñecas la huella encarnada de una cuerda. Al darse cuenta de lo que aquello significaba, Axel se precipitó dentro de la alcoba. Los dos empezaron a hablar a un tiempo. —¡Vamos, salid de ahí! Venid conmigo... —dijo Axel precipitadamente. —Me persiguen —explicó el otro, como disculpándose—. Me llamo... Pero en aquel mismo instante se oyó crujir violentamente la escalera de mano por debajo del desván, y un vozarrón áspero rompió el silencio de la casa. El fugitivo volvió la cabeza a un lado y a otro, buscando un refugio en que esconderse. Estaba indeciso, pero no asustado; es más: incluso hizo esfuerzos por sonreír. Tenía un pie en el aire en actitud de echar a correr, pero no se movió del sitio. Se oyó en el pasillo un recio pisar de botas. Axel dio un empujón al fugitivo tratando de ocultarlo en el rincón más oscuro del aposento; pero el muchacho se limitó a dar unos pasos vacilantes sin dejar de sonreír con su forzada sonrisa. El muchacho se puso enhiesto, como cuadrándose. Y entonces entró en tromba por la puerta un soldado enorme, todo vestido de cuero y produciendo un ruido de cosas metálicas, como un buey furioso cargado hasta las pezuñas con sus arreos de tiro. Su larga espada tropezó contra el cerco de la puerta y rebotó un momento dentro de la vaina. Axel estaba a medio vestir y completamente desarmado. Sintió como si un huracán lo hubiera lanzado a un lado. Extendiendo su mano hacia la inclinada techumbre, arrancó un trozo de tablón podrido... Apenas se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo. Se oyó un ruido de tacones, y se produjo un breve remolino, algo así como la lucha de un búfalo con un potro. La estaca que empuñaba Axel se convirtió en astillas y polvo al dar contra el casco del soldado. La lucha cesó de un modo completamente inesperado, y los dos hombres se separaron. El joven fugitivo fue retrocediendo, de espaldas, hacia la pared, se detuvo vacilante un momento como para respirar profundamente, y luego lanzó un grito, claro y penetrante. Todo aquello se había desarrollado en brevísimos instantes. El fornido soldado, hecho una furia, se encaramó de un salto a la claraboya, y, retorciendo el cuerpo, logró salir al tejado. —¡Por vida del diablo, que si te agarro...! — exclamó Axel involuntariamente. Sabía que aquel piso estaba a veinte varas de altura sobre el suelo. Todavía vio durante un momento, encuadrado por el marco de la claraboya, el rostro brutal y sudoroso de aquel bribón, alzando y bajando sus morros, jadeante. Vio cómo se descolgaba hacia abajo, quedando ya sólo su mano agarrada al marco. Un instante después desaparecía también la mano. Axel salió rápidamente en su persecución y vio cómo el hombre, deslizándose de costado por una cornisa, con rapidez y seguridad, se alejaba hacia la galería exterior de aquella

mansión, ya envuelta entre las sombras del crepúsculo. Cuando Axel volvió a la habitación, vio que el muchacho fugitivo se tambaleaba. —Me ha tocado, estoy malherido —exclamó con voz anhelante el joven noble sueco, que había tratado de escapar a la ejecución. Sacó el pecho muy afuera, apretándose los costados con las manos. Su mirada erró, vacilante, durante un momento como la de un enfermo o la de un mendigo hambriento. De repente giró sobre sí mismo volviéndose hacia el camastro y se tendió en él boca arriba, apoyada la espalda contra la orilla del lecho. De su garganta salió un único grito casi imperceptible, como un silbido. Cuando Axel se acercó a él y lo tocó, ya estaba muerto. Le habían hundido la espada en mitad del corazón. El rostro del muchacho todavía palpitó; un poco su labio superior tembló unas cuantas veces aún. Aquel muchacho sólo tenía dieciocho años. Estaba terriblemente flaco y prematuramente envejecido, tal vez de hambre. Axel extendió sus miembros acomodándolo bien sobre el camastro, y, sentándose a su lado, se puso a contemplarlo. Sintió que la pena lo aniquilaba al ver aquel rostro joven muerto. Sintió que todo su interior se rebelaba contra aquella fechoría, sintió que se le iba la cabeza. En esto percibió unos pasos furtivos en el desván. La puerta crujió y Axel alzó la vista. Era Lucía. Se dio cuenta de lo ocurrido, y silenciosamente se sentó al lado de Axel. Los cabellos de la mujer cayeron sobre el rostro del muerto. Y mientras Axel estaba mudo e inmóvil en la contemplación de la triste escena, se le vino a la memoria el recuerdo de un momento parecido, en el que él había experimentado las mismas impresiones que ahora sentía. Estaba recordando aquella noche de invierno en la que tumbado y con la cabeza envuelta en una manta junto a la fogata encendida dentro de los bosques de Tiveden, había permanecido todo el tiempo desvelado pensando y reflexionando sobre el espantoso desamparo en que había visto morir a un hombre, abandonado de todos. Habían llegado entonces a oídos del ejército los pormenores de la muerte de Sten Sture. Los daneses habían recibido la noticia con gran júbilo. Toda la noche hubo regocijo en aquel campamento fustigado por un frío glacial. La nieve crujía pomposamente bajo las botas. Las estrellas brillaban con matices iridiscentes entre las desnudas ramas de los árboles. Se hablaba y discutía con placer sobre cómo había muerto aquel hombre peligroso. Pero Axel, que con sus propios ojos lo había visto caer herido sobre los hielos de Bogesund; él, que en aquel momento se había alegrado de ver la caída fulminante de un enemigo —¡caballo y jinete se habían desplomado sobre su propia imagen reflejada en el infinito espejo del hielo!—, aquella noche no pudo por menos de evocar la visión de aquel hombre muriendo solitario en su trineo sobre las congeladas aguas del Mélar, con el cuerpo caído sobre su pierna rota. «Murió: tenía que morir», se había dicho a sí mismo. Axel siguió recordando... La nieve caía a través de aquel aire negro; o más bien era el mismo cielo, que se inclinaba amenazando con desplomarse. El hielo del lago cedía, gimiendo, al paso del trineo como si la tierra vacilara, dudando de poder seguir resistiendo sin hundirse. Y en aquel momento reventó de pena el corazón de un rey. El dilatado territorio de Suecia se hundió también, separándose de él, como el hielo y el lago gimiente. Las preocupaciones del rey, la enfermedad y el dolor de Sten Sture se ahogaron para siempre dentro de aquel estrecho trineo, como el llanto de un niño que de pronto enmudece, como una cuna que de repente se queda inmóvil. Cuando fijaron sus ojos en la figura de Sten Sture, ya éste estaba muerto. Ya la nieve no se derritió al contacto de su rostro. Hasta donde alcanzaba la vista de ojo humano, no se veía más que hielo y nieve. —¡Oh Sten Sture, ya estás inmóvil y mudo para siempre! Este clamor resonaba muy lejos sobre el inmenso desierto de hielo como una lejana llamada de socorro, y el eco de esta llamada se desdoblaba en mil voces cantando: —¡Oh Sten Sture!

* * *

Hacia el anochecer llegó Miguel Thógersen, encontrando a Axel y a Lucía inclinados sobre el cadáver, sosteniendo cada uno un cabo de vela encendido. Miguel no despegó los labios. Estaba como agotado y con las facciones hundidas. Ahora el muchacho asesinado se hallaba depositado sobre el pavimento. Miguel, tras contemplarlo largo rato, propuso atarlo al extremo de una cuerda y bajarlo al huerto para que no estorbara en la casa. Axel y Lucía bajaron al cuarto del primero, mientras oían a Miguel hablando solo, a media voz. Cuando Miguel, después de haber quitado de allí el cadáver, entró en el aposento de Axel, notó que su amigo se había dormido. Lucía permaneció en vela, pero no prestó la menor atención a Miguel. Al fin Miguel se marchó, dejando a Lucía despierta y recostada en la cama, fijando en la luz de la vela una mirada dulce y triste. Lucía fue la primera en despertarse al día siguiente. Las velas encendidas sobre la mesa habían ardido por completo. Pero ya había amanecido. Lucía se incorporó y se puso a mirar a un lado y a otro, como escuchando voces lejanas, como si alguien la llamara. Luego, con mano ligera y hábil, abrió el estuche de asta que Axel llevaba colgado al cuello, sacó la tira de pergamino y se la guardó en su saco de viaje. Axel, no solo había contado a Lucía la historia del tesoro, sino que había hablado de él en sueños. Lucía todavía se quedó recostada un rato sobre la cama, esperando con mucha cautela: Axel dormía profundamente. Con mucho sigilo se levantó, se echó encima la ropa de abrigo y se marchó silenciosamente...

MISERERE

SIN aurora, sin prisas, como de mala gana, la mañana gris de noviembre se fue remontando por el cielo de Estocolmo. El primer signo de vida y movimiento que se advirtió en la ciudad fue una figura fantasmal que apareció contorciéndose y balanceándose en la horca. Ya muy avanzado el día comenzó a aparecer gente en las calles, curiosa de saber lo que había ocurrido. Los cuerpos de los personajes decapitados yacían aún sobre el pavimento de la plaza, empapados de sangre mezclada con el agua de la lluvia nocturna. Los soldados que montaban la guardia estaban reanimando su espíritu con jarros de cerveza y vino, al aire libre, en aquella atmósfera cargada de un acre olor a muerto. Todavía después del mediodía seguía el verdugo cargando contra una parte de los herejes y traidores convictos. El ambiente se fue quedando extrañamente tranquilo. La luz del día parecía más tacaña y breve que otras veces, convirtiéndose bruscamente en anochecida sin volver a rehacerse. Por Poniente, las nubes se fueron separando y dejando un jirón de cielo luminoso, como un ojo que se abre, y la hoguera del sol apareció sobre el horizonte lanzando una última llamarada de despedida. Después de la puesta del sol, el cielo permaneció brillante y pálido durante largo tiempo. En la lejanía del mar apareció una decena de puntos oscuros que se iban tornando cada vez más pequeños: eran los barcos de Lübeck, que habían zarpado a la tarde. Por el Oeste se iba hundiendo el rosicler de la puesta del sol, y el cielo parecía estar pensando: «¡Qué distantes quedan ya los restos del día agonizante! ¡Qué sereno e impasible el frío tras el anochecer!» Y en medio de aquel silencio de la Naturaleza rompieron a tocar las campanas de la iglesia de San Nicolás, con un fúnebre redoblar. «¡Llorad, llorad!», contestaron al instante las campanas del convento de Santa Clara, de Nórremalm, y las campanas de la iglesia de Santiago. Y, luego, allá en Sóndermalm, elevaron también su voz las campanas de la iglesia de Santa María Magdalena. Y mientras doblaban así, cada cual con su propia voz lastimera, se unió a este coro la voz doliente y precipitada de numerosas campanas de capillas y ermitas. La ciudad aparecía ahora sobre las aguas como el retoño negro de una monstruosa planta submarina. Isla de la maldición, donde todo sonido es un lamento, donde lenguas de metal hacen retemblar el aire clamando como quien solloza bajo aquel cielo dolorosamente cristalino. El aire va y viene retumbando como un ser vivo que se retuerce de dolor. El redoble de las campanas nace llorando a grandes gritos y muere como una ola deshecha y vencida en la lejanía del espacio. Y el metálico plañir vuelve a comenzar sin cesar: aquellas bocas invisibles cantan con obstinado dolor, y el aire silba y zumba. Las campanas de la ciudad, después de estar largo tiempo lamentándose y lanzando acusaciones, de repente arreciaron todas repicando ya como locas, como un toque de rebato, como un único trueno ensordecedor. Y de entre el entremezclado tumulto de las campanas se desgajaron largos alaridos en el aire, gritos cristalinos y estridentes que se desencadenaban en las alturas, fieros tañidos, más límpidos que ningún sonido terrenal, que se formaban en las mismas entrañas del espacio. Parecía que seres invisibles saltaran a escena dentro de aquella atmósfera de color de fuego. Por todas partes se precipitaban formas blancas, con la fuerza del rayo, en las alturas del espacio, gritando hacia la tierra. Cantando, llorando, cantando... Viniendo de la dirección de Sóndermalm, Miguel atravesó el puente. Había oído el clamoreo de las campanas. Entró en la ciudad y anduvo errante por las calles. Antes de

aquel día nunca había dado cuenta del estado de inferioridad en que se encuentra el que anda a pie por la tierra. Caminando a pie se sintió más hundido en el fondo de todo, que se había sentido nunca en el curso de su vida encadenada: se sintió *abajo*. Aquellas miserables casuchas y barracas se elevaban a mayor altura que él. Alzó sus ojos sombríos mirando a aquellos cobertizos, y, bajando la cabeza, siguió adelante como una bestia uncida al yugo. Mirando al otro lado del canal, vio que a lo largo de los cimientos de las casas, los sumideros estaban cubiertos de sangre, de una sangre vieja y sucia, que había corrido desde la plaza Mayor. Soplaban un viento fuerte. Las nubes estaban altísimas, y el aire parecía estar hambriento, como él. Hacía frío, cada vez más frío. Miguel atravesó la plaza, donde yacían todos los ajusticiados: un montón de cuerpos completamente rígidos. El continuó la marcha, dirigiéndose hacia la iglesia de San Nicolás. Delante de la escalinata del templo se encontró con una multitud de enfermos, mancos y paralíticos que volvían sus ojos y sus manos hacia él, hombres y mujeres que explotaban su propia miseria y desgracia. Al levantarse, producían con el aire de sus ropas un olor a llagas y podredumbre. Un hombre, vestido de un blanco sayal convertido en harapos, alargó sus manos prematuramente convertidas en carroña mientras sus labios se movían implorando limosna. Guiándose sólo por el sonido, avanzó hacia él un muchacho que, en lugar de ojos, tenía dos grandes cuencas ensangrentadas. Luego apareció un joven lisiado que, sentándose en un escalón, apoyaba en una tabla su pierna desnuda, que pesaba varias libras a causa de la inflamación de las carnes y exhalaba un olor cálido y pestilente. Por toda la escalinata se desprendía un calor tibio producido por aquellos desgraciados, sudorosos de fiebre. Pero en el punto más oscuro, ya al pie del muro de la iglesia, apareció sentado un ser humano que no era más que un fardo, constituido por una túnica y una cabeza. Una cabeza femenina deforme, asimétrica, llena de hinchazones; una figura sin piernas ni brazos, en la que sólo se movían los ojos. Su mirada brillaba entre las sombras del crepúsculo. Cuando Miguel bajó hacia ella sus ojos llenos de piedad, casi retrocedió espantado al ver la expresión de maldad que ella tenía en su mirada, la expresión casi bestial del que odia a todo ser humano. Al entrar Miguel en la iglesia, percibió un olor a incienso. El interior del templo imponía por su sublime grandeza. Las losas y sillares parecían vibrar y ronronear oscuramente: era la voz del órgano que salmodiaba quedamente. Sólo había unas pocas luces encendidas, que ardían acá y allá en los altares adornados con galas de día de fiesta. Miguel no se internó en el templo, sino que se quedó en un rincón, pegado a la puerta. Y cuando sintió que las piernas se negaban a sostenerle, se sentó en el suelo, completamente escondido en la sombra. Cerró los ojos. El órgano continuó susurrando en voz queda. Aquella música suave calmaba sus nervios a la vez que le oprimía, aún más, el corazón. Sintió que allí él estaba *fuera*, al margen de la vida, como lo había estado en todo tiempo y lugar. Por eso aquella música sonaba para él tan confortante, apagada y lejana. Sí, él estaba *fuera*, sin patria ni hogar. Y de pronto, cuando Miguel estaba más absorto en estas reflexiones, las notas empezaron a brotar con toda su fuerza como un chorro, como si de repente se hubieran abierto todas aquellas enormes puertas: se elevó un coro de voces agudas, como un himno. Todas las voces de los tubos más finos se alzaron, jóvenes y cristalinas, para unirse a las voces graves y fúnebres de los otros tubos y a la otra corriente de notas sangrantes, las más graves y téticas de todas. Y la melodía iba subiendo, subiendo. Miguel sintió como si el corazón le cayera de rodillas: —¡Jesús! ¡Dios mío y Señor mío! Confío su alma a la Divina Providencia. Tuvo la impresión de que aquella soledad estaba derritiendo el peso de sus años. Porque él siempre había sido un hombre íntimamente solitario.

—¿Qué fuiste, hombre, y qué eres? ¿Cómo se torció tu vida? ¿Qué ha sido de aquella innata dulzura de tu corazón, qué ha sido de aquella íntima necesidad de ser bueno con todos, aquel ansia de bondad que te robara el sueño en la juventud? La vida no ha querido apagar tu avasalladora sed de felicidad; pero tú te dejaste arrastrar por el camino del odio y de la venganza, y así te quedaste solo, y errando por el mundo. Y al final empezaste a delirar, soñando que te encontrarías como en tu centro en un remotísimo lugar del mundo completamente extraño para ti, aunque sólo fuera para lamentar allí tu suerte, aunque sólo fuera para llorar tu misteriosa e increíble enfermedad. Pero tampoco: ni aun así la vida quiso colmar toda la capacidad de queja y de dolor que había en tu alma... La música del órgano fluye y se precipita como un torrente liberador. El placer y el dolor fluyen finalmente confundidos en un lamento perfecto. Las notas del himno levantan el espíritu a visiones que curan toda herida. De pronto el corazón se mueve y agita dentro del pecho, con voluntad propia, con la voluntad de un ser inteligente, como un niño en el seno de su madre. Escucha todas esas voces cristalinas. ¡Cómo cantan a la vez doloridas y alegres! El órgano no es más que un clamor, un torrente musical desbordado y un susurro. Todas las voces de los animales hablan juntas en el órgano; los seres que no tienen habla, cantan con voz inarticulada. Se oyen las trompetas del Juicio Final y las flautas blancas del Paraíso de los bienaventurados. Ante los ojos de Miguel aparece de pronto un haz de luz relampagueante, a cuya claridad se distingue el camino que va desde el reino de la muerte hasta el reino del verano eterno. Todos los seres humanos que dejaron este mundo marchan juntos por aquel camino luminoso. Vienen de los campos de batalla, de los pueblos, de las ciudades. Salen de junto a sus arados, arriban a la costa, desembarcan de los buques; salen de sus sepulturas, y confluyen todos en una dirección para seguir juntos la ruta. En torno de ellos silba el viento de los desengaños y de las frustraciones. Ellos emprenden el largo viaje en busca de la misericordia final. Muchos de ellos no conocieron más que sufrimientos durante su vida. Van rechinando los dientes; lloran a millares; se retuercen las manos de impaciencia y dolor, pues en el reino de este mundo no encontraron más que amargura. Mientras caminan van dejando en el aire una tempestad de lamentos. Levantan sus pálidos rostros e imploran la misericordia de las estrellas. De la tierra, su enemiga, sube el clamor de todo lo que parece, el murmullo de todos los seres que el tiempo va destruyendo. Sopla el viento del perpetuo morir de la tierra, de la caducidad de todas las cosas terrenales. Un viento más frío que todos los inviernos juntos, un viento que lleva en sus alas los ecos de todo lo que sucumbe gimiendo, un murmullo como el del

crepitante vals lento de las agujas de hielo en las nubes: es el eco del sonar de cascos de caballos, de carcajadas y de vida, que van enmudeciendo en la tierra para siempre; son conciertos de sordas y apagadas lamentaciones, ¡Escucha! Se oye un sordo estrépito de huesos, y el sonido más hondo es el de un sordo derrumbamiento sobre el fondo del ataúd. ¡Escucha! En tu memoria, pobre Miguel, silba un torbellino cuando te pones a pensar; por ti pasa un viento glacial de olvido. Sólo oyes la canción del torbellino de nieve en tu recuerdo invernal. A través de tu conciencia pasa rápida la hoja de un puñal, que viene a avisarte de que un día llegará tu fin como les ha llegado a esas pobres gentes que salen del mundo... Y luego Miguel vio también la figura del Príncipe del Dolor. Estaba oyendo su voz en las notas del himno. Estaba viendo cómo el Salvador y Señor de todos los hombres se adelantaba a recibir en su Reino a los inconsolables: uno por uno iban siendo levantados del camino y tomados en los brazos del Señor, desnudos, pero suficientemente valiosos para Dios. El misericordioso Señor los conforta con el solo calor de su amor. Miguel ve cómo se les hace justicia a todas aquellas almas oprimidas, cómo éstas se levantan para recibir su recompensa en el Reino de los Cielos. Sobre ellos cae la música a chorros. Ve cómo todos aquellos a quienes conoció en su vida y a quienes el tiempo fue desparramando por el mundo, se vuelven a reunir otra vez. Rostros míseros que él había vislumbrado apenas, caídos en los campos de batalla, se iluminaban ahora al recibir la eterna recompensa. Ve cómo su propio padre Thóger Nielssón avanza con la pesada prueba de su cuerpo maltratado por la vejez y se presenta ante Dios: el corazón le estalla de júbilo al caer postrado ante El. Miguel se arrastra por el pavimento de la iglesia y cae desplomado...

BREVE DESTINO

NEVABA. La plaza Mayor de Estocolmo estaba cubierta por una mullida y resplandeciente alfombra blanca. La nieve continuaba cayendo de las alturas como una cascada uniforme y silenciosa. Aún no había oscurecido del todo. Pero ya se veían luces encendidas detrás de las vidrieras. Desde todas las calles la gente iba afluyendo hacia la plaza: gentes vestidas con sus atavíos de fiesta sobre la nieve recién caída, tratando de subir por la escalinata de la Casa Consistorial, cuyas ventanas, iluminadas, indicaban que se estaban haciendo preparativos para el festín: los ciudadanos de Estocolmo daban un banquete en honor del rey Cristián. Una vez que hubo terminado la comida, entraron en tropel en la sala de fiestas los jóvenes, que llevaban mucho tiempo esperando apiñados ante las puertas de la Casa Consistorial. Había llegado la hora del baile. Empezó la música. Axel fue el primero en pisar el tablado de la sala. Por espacio de una hora estuvo girando y contoneándose sin consideraciones ni escrúpulos de ninguna clase, entregándose sólo a las fatigas de la danza sin fijarse siquiera en quién era la muchacha con la que compartía estas fatigas. Luego bajó a refrescar un poco el paladar al piso de abajo, y fue a echar una ojeada a la calle. Reinaba la oscuridad más completa. La nieve penetraba en remolinos por la puerta como un enjambre de mariposas que buscan la luz. Axel se lanzó a la calle para ir a hacer una breve visita a Miguel, que se encontraba bastante enfermo. Llevaba una semana encamado y todo parecía indicar que no había hombre para mucho tiempo. Axel recorrió dos calles antes de llegar a la casa del enfermo. Dentro de aquel humilde albergue donde se alojaba Miguel, había un grupo de lansquenetes sentados, bebiendo. Axel pasó ante ellos, dirigiéndoles un saludo, y entró en la alcoba donde estaba Miguel encamado. La habitación estaba a oscuras. Se respiraba allí una atmósfera asfixiante. Miguel, que tenía calentura, preguntó con voz muy débil y febril: —¿Quién sois? Axel encendió una vela y estrechó la mano sudorosa de Miguel. —¿Qué tal te encuentras, amigo? —preguntó Axel, tuteándolo familiarmente. No parecía encontrarse bien precisamente. Tenía manchas rojas en el cuerpo y las cejas empapadas de sudor. Su estado de flaqueza causaba una impresión francamente penosa. Sus ojos estaban horriblemente cansados. Después de tenerlos abiertos un instante, volvió a cerrarlos. Estaban congestionados y embotados. —¡Pobre amigo! —exclamó Axel con abatimiento. Se sentó en la silla de paja que había delante de la cama, y estuvo mirando aquel rostro de enfermo durante unos

minutos. Miguel tenía la respiración entrecortada. Volvió la cabeza a un lado y a otro, como si quisiera cambiar de postura y no pudiera. Axel acercó a sus labios un vaso de agua, pero el enfermo lo rechazó torciendo la boca. Todo indicaba que Miguel tenía que morir allí en aquella alcoba desnuda y desolada. Parecía cosa grave. De la pared encalada colgaba un espadón, cuya empuñadura estaba un poco gastada por la mano que lo manejara. Pero esa mano estaba ahora macilenta y débil. Su calvo cráneo tenía como unas extrañas aristas salientes, como las de un mueble groseramente desbastado e inconfortable. Sus mejillas estaban profundamente hundidas. Axel no fue capaz de articular palabra. ¿De qué iba a hablar? Aquello resultaba terriblemente penoso y triste. Hubiera querido ayudarlo, pero no sabía cómo. Permaneció a su lado inmóvil durante largo rato, viendo que Miguel soportaba la enfermedad con su estilo habitual de reconcentrarse en sí mismo, perdido en cavilaciones. —Bien. Que te mejores. Debo marcharme —murmuró Axel. Se levantó, y al inclinarse para apagar la luz, buscó con sus ojos la mirada de Miguel. Luego estrechó aquella mano sudorosa, y, después de balbucir una palabra de despedida, salió a la calle. Afuera, en medio de aquella oscuridad gris, en la que por añadidura no quedaba más remedio que guiñar los ojos a causa del resplandor hiriente de la nieve, Axel se dio un tropezón con una persona desconocida. El se rió. Y aquella figura desconocida rió también: una risa de muchacha. —¡Sigrid! ¿Eres tú, Sigrid? —gritó Axel lleno de júbilo, alargando el brazo para atraparla. Pero, por el ruido de las pisadas, se dio cuenta de que ella no venía sola, sino acompañada de otras figuras silenciosas, y comprendió que había cometido una pifia al saludarla con aquellos gritos descomedidos. Este encuentro aconteció junto a la escalinata de la Casa Consistorial. Al abrirse la puerta de entrada iluminándolos, Axel vio que Sigrid venía en compañía de su hermano y de una mujer de cierta edad. Les hizo un saludo respetuoso. Axel no había podido encontrar por ninguna parte a Sigrid, a pesar de que había estado pensando constantemente en ella desde la noche aquella en que se vieran por vez primera. Por eso no sabía ahora con qué cara presentarse ni qué actitud adoptar frente a ella. Pero la muchacha, sin esperar, le miró abiertamente a la cara. Entraron y se incorporaron al baile. Sigrid se mostraba aún exteriormente fría. Frío desprendía su vestido al rozar con el cuerpo de Axel. Su cabello emitía un frío perfumado. Su rostro fresco resplandecía de frío. —¿Cómo se explica el que yo no haya sido capaz de encontrarte durante este tiempo? —murmuró Axel, embargado de emoción, mientras bailaban. Sigrid se mostraba reservada. —En efecto, ¿cómo se explica? —contestó la muchacha. Las luces proyectaban sombras móviles en las paredes como si las ágiles llamas no pudieran estarse quietas

mientras chupaban el sebo. El piso tronaba bajo los pies de aquellas parejas vertiginosas. La gran sala de fiestas estaba mal iluminada: los rincones quedaban sumidos en tinieblas. En la sala contigua las sombras que bailaban sin brazos ni piernas eran más numerosas que las personas allí presentes. En las paredes flameaban los tapices, agitados por las corrientes de aire frío. La música sonaba estridente y estrepitosa. Giraban las parejas y las ágiles sombras fantasmales daban verdaderos saltos mortales por encima de los abismos sombríos de los rincones. —La Sigrid que yo tenía en mi recuerdo no era como tú eres en realidad —susurró Axel en plena danza, tan enamorado y emocionado que casi no respiraba—. Te recordaba completamente... distinta. Tú eres..., tú eres más... Se interrumpió y quedó mudo durante un rato, con el pecho agitado. —¡Sigrid! La muchacha bailaba como sumida en un ensueño indescifrable. —Calla —contestó Sigrid con una resonancia suave en su voz. Los músicos, maestros y expertos en su arte, no se daban por vencidos. Sonaba el clarinete como si revolciera la lengua en la boca. La argentina trompeta dejaba oír su fiero clangor. El tambor llevaba el compás rigurosamente, resueltamente. Nada alteraba el ritmo de aquella noche de baile. Axel y Sigrid bailaban y bailaban sin cesar. De pronto Axel reparó en el rostro intensamente pálido de la joven. ¡Qué sería de mí si de repente se te ocurriera echar sangre por la boca! —exclamó él en voz alta, y casi deteniéndose. Sigrid levantó hasta él sus redondos ojos negros, poniéndose aún más pálida. El la estrechó un poco contra sí mismo con brazos temblorosos y lentamente la fue arrastrando de nuevo al ritmo de la danza. Luego fueron a sentarse en un banco de amplios cojines que había junto a la pared de la sala. Axel empezó a hablar con gran elocuencia. Poco a poco Sigrid se fue animando hasta volverse hacia él, ya radiante de vida y encanto. Miraba a Axel sin rebozos corno para estudiarlo a fondo. Él hizo un movimiento involuntario de retirada, como asustado. ¡Hay que ver, Señor! El joven llevaba mangas holgadas de color azul, con una escotadura que dejaba ver por debajo una tela de amarilla seda; calzaba medias de color verde, y sus zapatos se parecían a un pez martillo por el ensanche transversal que tenían en las punteras. Sigrid llevaba un vestido de terciopelo azul, un poco abierto en el cuello, dejando ver por debajo una tela de finísimo lienzo. Su fina cabellera rubia, del color de la cebada, le caía en cascada por las mejillas. Mostró a Axel un dedo corto y gordezuelo adornado con una sortija en la que centelleaba un diamante. —Mis manos y las tuyas parecen hermanas —dijo Axel. Y añadió, bajando la voz: —¿Te gustaría tener un anillo regalado por mí como recuerdo? ¿Eh, Sigrid? Has de saber que tengo muchos... Sigrid le interrumpió, adoptando una actitud de indiferencia. El joven volvió a

hacerle la misma pregunta. Pero ella le contestó sencillamente con un «no», echando la cabeza atrás de una sacudida. —¡Oh, por amor de Dios, dime que sí! —suplicó Axel, casi espantado por la repulsa de la muchacha. Cayó como un jarro de agua sobre la elocuente facundia de su boca. Se quedó callado, pero mirándola largamente con una insistente súplica. Luego suspiró, excitado. Sigrid movió la cabeza sin mirar a Axel. El muchacho adquirió una expresión de abatimiento y desilusión. No despegaba los labios. Pero de repente Sigrid se echó a reír. Su rostro cambió totalmente de expresión. El joven se inclinó, arrobado, y comenzó a referirle a ella, sin la menor reserva, la historia del tesoro... —Para ti serán todos esos collares de pura ley; todas esas piedras preciosas que están lanzando destellos bajo tierra, descansadas y lozanas tras su largo sueño subterráneo. Basta que tú quieras para que sean tuyos todos esos macizos brazaletes, todas esas cadenas tan preciosas como no hay otras... —¿Vamos a bailar? —le interrumpió Sigrid, sonriendo. Dicho esto se levantó y lanzó un resoplido como si se sintiera aburrida de la palabrería del joven. Axel se puso a bailar, un poco molesto y mortificado. Pero en el fondo se sentía feliz; con esta placentera disposición de ánimo fue contagiando el espíritu de su amiga, que al fin terminó por sonreír con sonrisa de enamorada, con ese fervor extraño con que a veces sonríe una doncella. Ella bailaba a su lado, joven y grácil; cercana y, al mismo tiempo, lejana. De este modo se fue deslizado la noche. Cada vez que Sigrid daba esperanzas a Axel, éste se mostraba curiosamente descorazonado y abatido; cuando ella, a estilo de muchacha jovencita, reducía a la nada las esperanzas de Axel, éste sufría, pero se sentía feliz. Cuando Sigrid se compadecía al ver la desesperación de su amigo, se acercaba más a él volviendo de su lejanía. Y cuando él sentía una especie de arrepentimiento de su propia victoria, ella reía y reía haciéndolo sentirse alternativamente desgraciado y feliz. De este modo se fue deslizado la noche. A las tres de la mañana vino el hermano de la muchacha, acompañado de una dama de cierta edad, para decirle a Sigrid que era hora de regresar. Axel obtuvo permiso para acompañarlos. Había cesado de nevar. La noche estaba cristalina y fría. La nieve resplandecía de blancura. Esta vez Axel consiguió saber dónde vivía la muchacha. Después de haberlos acompañado hasta su domicilio, Axel regresó a su morada con el ánimo muy levantado y firmemente decidido a conquistar el amor de Sigrid. Pasados algunos días, Axel se prometió a Sigrid. La familia de ella no estaba unánimemente conforme con el enlace: al principio no creían demasiado en el famoso tesoro. Pero él se había dado golpes de pecho mostrándoles el estuche como prueba. ¿Acaso creían que un hombre como Mendel Speyer (ahora estaba convencido de que había sido él) iba a andar

por ahí sembrando mentiras? ¿Por qué no había de haber una rica herencia destinada a una persona que carecía de apellido? Si su cuna aparecía rodeada de misterio y oscuridad, tanto mejor, pues cuando él entrara en posesión de la herencia —cosa por la que no sentía ninguna prisa— ¡iban a saber de verdad quién era él! La familia se apaciguó. ¿Quién era capaz de hacer frente a una persona que no conocía la duda? La fiesta de los desposorios se celebró con el mayor esplendor, y los dos jóvenes quedaron prometidos. ...La ciudad de Estocolmo aparecía sepultada bajo el casto manto de la nieve, que seguía cayendo y borrando toda huella. Casi todos los días había fiestas y comilonas en la ciudad; casi todas las noches se celebraban bailes en diferentes casas de ciudadanos distinguidos de Estocolmo. Una noche se le ocurrió a Axel arrimar una escala a la ventana de la habitación de Sigrid; pero cuando iba a trepar por ella, hubo de bajar inesperadamente a tierra, arrastrado por las manos de los hermanos de la muchacha, entre grandes bromas y risas, y la broma le costó pagar unas rondas de vino en los salones de la Casa Consistorial. La boda quedó fijada para unos días antes de la Navidad. Estocolmo ardía en fiestas bajo aquella nieve que todo lo escondía. ¡Siempre juerguistas por las calles! Una noche en que, ya a una hora bastante avanzada, Axel se dirigía a su casa, divisó una figura de mujer que caminaba lentamente, muy arrimada a las casas, con la cabeza metida en un capuchón. Iba sola, llorando. Todo lo que Axel pudo ver fue que era una mujer muy joven. ¿Por qué iba sola por las calles, llorando? Cuando Axel le dirigió la palabra, ella no le contestó. Pero al tomarla luego de la mano, lo siguió dócilmente. Ella permaneció en la habitación de Axel sin pronunciar una sola palabra. Siguió llorando. Axel no logró saber por qué estaba tan afligida y desesperada. Hacia el amanecer, la desconocida se despidió de él, siempre llorando y tan muda como había entrado. El mismo día en que Axel se había prometido con Sigrid, fue a hacer una nueva visita a Miguel Thógersen, que no tenía esperanzas de curación. El enfermo ya no sentía dolores, pero estaba completamente agotado e iba derrumbándose rápidamente. Axel encontró a Miguel mortalmente pálido y lívido. Le pareció que su amigo estaba ya en las últimas. Axel permaneció a su lado durante una hora, violento y acometido de una terrible tristeza. Luego, viendo que apenas podía hablarle, decidió marcharse. Miguel abrió los ojos y murmuró una frase de despedida. Pero cuando Axel se dirigía a la puerta, el enfermo lo llamó rogándole que se acercara. Quería decirle algo. Axel se inclinó sobre él, cariñoso y solícito. —Axel... El tesoro... ¿Quieres que te descifre ahora ese documento? Es el momento... —le dijo al oído el moribundo, con voz casi imperceptible. Axel se incorporó, con los ojos húmedos... Pero de repente,

miró a Miguel con una mirada suave, recelosa. —No —contestó lacónicamente. Y se puso a dar vueltas al sombrero, con aire embarazado. —Estoy creyendo —añadió— que, después de todo... Verás..., ¡yo creo que te vas a curar, Miguel! ¡Ya verás! Miguel Thógersen se quedó mudo y estupefacto. Pero la visión de la espada de Axel al salir éste por la puerta, lo llenó de indignación. Y en aquel momento juró tomar venganza de él. Miguel volvió a odiar. A la mañana siguiente, Miguel estaba mejoradísimo. Y, naturalmente, se curó.

EN EL FONDO DE LA SELVA

DURANTE los dos años que siguieron a estos acontecimientos, todo el mundo pudo ver diariamente a Miguel, y nadie a Axel, al cual parecía habérselo tragado la tierra. Una vez que Miguel se hubo restablecido por completo, se dirigió con el rey a Dinamarca. Pero, ya antes de este suceso, había desaparecido Axel de la ciudad de Estocolmo. Mucho dio que hablar el hecho de que el joven jinete hubiera desaparecido precisamente en vísperas de Navidad, a los dos días de la celebración de su boda. Desde entonces nadie le había vuelto a ver. La explicación del hecho no aparecía clara. Se decía que algunos miembros de la familia de la novia habían caído desmayados. —¡Bien pronto se ha quedado viuda la pobre Sigrid! —decían todas las lenguas. La persona a quien menos —¡ya quien más! — afectó el suceso, fue el propio Axel, el impenitente Axel, que jamás sentía remordimientos de conciencia por lo que respectaba a sus asuntos amorosos. Este hecho tenía para él una explicación muy lógica y sencilla, aunque constituía el eslabón de una historia bastante complicada. Dos días después de haberse casado, Axel salió a dar un paseo mañanero a caballo, dirigiéndose hacia el sur de la ciudad. Y cuando estaba disfrutando de una indescriptible sensación de felicidad al pensar en Sigrid, de repente le vino a la memoria el recuerdo de Cristina, la muchacha de Dinamarca. Tan vivo era el recuerdo, que le pareció oír una voz. Era su propia alma la que gritaba; era en realidad el grito de triunfo de su alma llena de ilusión por Sigrid; pero a él le pareció que era la voz de Cristina que lo llamaba. Sintió un impulso de amor tan volcánico (sin saber que era su amor a Sigrid), que involuntariamente espoleó al caballo lanzándolo al galope. El recuerdo de Cristina lo arrastraba. ¡Tenía que verla sin remedio! Sin darse cuenta de que había pasado casi un año desde la última vez que la viera y olvidando que lo separaba de ella una distancia de muchos centenares de leguas, se lanzó a galope tendido por el camino real, rumbo al Oeste. Cuando tras una hora de furioso galope el caballo volvió a caminar al trote, empezó por fin a darse cuenta de la enorme distancia a que se encontraba Dinamarca y de la imposibilidad de llegar allí en el término de breves horas. Pero ya su loco impulso inicial se había convertido en una resolución madura y serena, y así puso el caballo a paso de andadura, esperando tranquilo el fin de su aventura. Pensó que, después de todo, él ya tenía proyectado desde hacía mucho tiempo emprender un viaje a Dinamarca, para visitar a Cristina, su novia del año anterior. Al caer la noche, ya Axel se encontraba a veinte leguas de Estocolmo. Encontró una posada para pasar la noche, y entró en la sala sentándose solitario a la mesa. En la posada había numerosos campesinos. Su conversación giraba en torno a la persona de Gustavo Etiksen Vasa; pero Axel no les prestó atención. Alguno de aquellos campesinos se dirigió a él cortésmente para pedirle que le diera nuevas de Estocolmo, pero Axel apenas les dio ninguna información de interés. Por otra parte, los campesinos suecos le volvieron la espalda al enterarse de que él era danés. Axel tampoco tenía ganas de hablar: no había más que pensar en Sigrid. Ahora que se encontraba a veinte leguas de Estocolmo, de la que le separaban numerosos distritos y bosques y pueblos amortajados bajo un continuo sudario de nieve; ahora que se había vuelto a operar un cambio en su espíritu y las cosas habían recobrado su verdadero perfil y perspectiva, Axel recordaba cómo en la mañana de aquel mismo día había besado a Sigrid. Recordó cómo él había sido el primero en despertar. Le había dicho a Sigrid que deseaba salir a dar un paseo

a caballo. Ella le dijo que hacía demasiado frío. Recordaba que, al besar a Sigrid, ella había sacado sus blancos brazos de entre las sábanas para rodear con ellos su cuello. ¡Qué delicada y blanca aparecía ante sus ojos! Y una vez que hubo salido a la calle, sintió una necesidad irresistible de lanzar el caballo al galope hasta sentir silbar el viento en sus oídos para desahogar un poco el exceso de felicidad que rebotaba de su alma. Luego este galope había... continuado, y las cosas marcharon insensiblemente adelante. «Dentro de tantos días —pensó— habré recorrido el camino que aún me falta para ver a Cristina, y después de verla, regresaré inmediatamente.» Se puso contento ante la idea. La idea de ver a Cristina, que otra vez volvía a fascinarlo. En su imaginación ya estaba viendo la granja donde ella vivía, una casa recostada en la ladera, con aquel manzano retorcido que asomaba por encima del tejado. Estaba viendo los fríos lagos que iban a morir a aquel vasto arenal, tal como los había visto aquel día de marzo en que él se volviera para verlos por última vez desde los lomos de su caballo... Axel durmió muy bien en su habitación de la posada. Sólo una vez durante la noche se despertó de repente: frente a su rostro había visto, en sueños, el rostro de Cristina, cuya boca había estado a dos dedos de distancia de sus propios labios. «¡Sigrid!», murmuró, y volvió a quedarse dormido. Durante todo el día siguiente avanzó a caballo sobre una dura capa de helada que cubría la nieve. El camino, pedregoso y difícil, corría por un terreno desigual lleno de cuevas. Pero el caballo seguía tercamente a todo galope. Axel sentía el cortante zumbido del viento en sus oídos. Volaba entre el penetrante martilleo de los cascos del caballo y el estruendo del viento. Iba cantando. Su voz quedaba atrás como una estría cortante en medio de la banda de ruidos de la carrera. Era como si fuera volando y cantando en medio del estruendo huracanado de una tempestad. Nieve y piedras salían disparadas a sus pies. Las tierras de labranza, cubiertas de nieve, se sucedían, cambiantes, bajo los rayos del sol. De la tierra fueron surgiendo grandes rocas cubiertas de blanca escarcha, como cráneos desnudos de gigantes sepultados. Cruzó, con el zumbido de un bólido, bosques de abetos; como un rayo entró en un estrecho desfiladero, y volvió a salir de él como un rayo. Siempre cantando. Al tomar una curva cantando, se ladeaba hacia el borde del barranco como si se inclinara sobre la tolva de un molino hundido allá abajo y dejara caer las notas de su canto como un chorro de grano en un precipicio de ruidos. Y así siguió cabalgando ocho días, diez días..., hasta que ya le resultó insoportable seguir avanzando monótonamente por aquel camino que le llevaba hacia el Oeste, siendo así que él debía dirigirse hacia el Sur. ¿Por qué seguir aquel camino y no cortar en sentido oblicuo evitando un enorme rodeo? Axel desvió de la ruta a su caballo, torciendo hacia el Sur, y se internó en un terreno de bosque cerrado y casi impenetrable. Cabalgó durante todo el día. Hacia el anochecer el terreno comenzó a elevarse y a aparecer pedregoso. Sobre los macizos rocosos se inclinaban, como a punto de caerse, viejísimos abetos nórdicos no plantados por mano de hombre: el espacio que quedaba entre ellos estaba enteramente lleno de matorrales enanos. Todo estaba cubierto de nieve. Axel se vio precisado a desmontar y conducir el caballo a pie. La situación distaba mucho de ser alentadora. Tenía que avanzar muy despacio y con precauciones. Estaba a punto de cerrar la noche cuando consiguió, al fin, entrar en una estrecha y pelada hondonada, de terreno tan llano, que le permitió avanzar a caballo a lo largo del fondo y seguir su curso hasta una hora muy avanzada de la noche. Cuando se acabó la hondonada, Axel metió su caballo, paso a paso, en la densa profundidad del bosque. Iba caminando constantemente cuesta arriba. Los árboles aparecían cada vez más juntos y apiñados. La noche era absolutamente silenciosa y tranquila. Los árboles dormían bajo un manto de escarcha. No se percibía el menor ruido ni voz. Axel no quiso pararse a pensar siquiera en lo precario de su situación. Dos días y dos noches llevaba

caminando a la intemperie, ¡ Vaya aventura la suya! Haber llegado a la situación de tener que tirar del caballo durante la noche a través de una selva que no tenía trazas de acabarse y con un frío que le cortaba la piel. ¡A qué género de vida había llegado. Hacia la medianoche tuvo la fortuna de encontrar en medio del bosque una casita, donde consiguió albergue para pasar la noche. Pero Axel ya no siguió viaje: se quedó en aquella casa, al comprobar que la hija del leñador era un tesoro de hermosura. El leñador que habitaba aquella casucha se llamaba Kese, y su hija, una muchacha muy joven, Magdalena. Cuando a la mañana del siguiente día Axel bajó del desván donde había dormido, se encontró con que Kese se había ido al bosque. Magdalena estaba 'en pie junto al hogar, cocinando. Apenas se vieron, los dos jóvenes corrieron uno al encuentro del otro, y, después de estudiarse mutuamente durante unos instantes, en seguida empezaron a tratarse con una confianza íntima. El salió corriendo detrás de ella como persiguiéndola entre grandes risas, ya completamente sereno y descansado después de su largo dormir; y ella, también riéndose, se enfrentó con él dispuesta a la lucha, esgrimiendo en alto un cucharón. Axel la miró en lo profundo de los ojos. Magdalena no pudo resistir aquella mirada, y se dejó abrazar. Cuando Kese regresó, estuvo largo rato dando vueltas por la pequeña sala, sin despegar los labios, con la mirada perdida y moviendo una y otra vez la cabeza con aire de cómica sorpresa al ver a la pareja tan atortolada. Los dos se aprovecharon de esta reacción del hombre, que equivalía a un tácito consentimiento. Y las relaciones entre los dos jóvenes siguieron adelante. —La muchacha ha de ser tuya, amigo: yo te la doy, si tú la quieres —dijo unos días después Kese, dejando de repente el hacha en el suelo. Los dos hombres estaban talando árboles en el bosque. El leñador levantó la vista para mirar a Axel, con una expresión que daba a entender que había estado pensando en el asunto durante todos aquellos días. —Cuando quieras, será tu mujer. Se apoyó en el mango del hacha y se quedó pensativo un instante. Luego prosiguió: —Ella ha venido a esta casa sólo por un capricho del azar. La culpa fue de una mujer que yo tuve en mi casa. Las cosas entre esa mujer y yo fueron demasiado lejos. Y luego la mujer se escapó dejándome solo con una niña. A ambas me las trajo a esta casa una pura broma de la vida. Le puse a la niña el nombre de Magdalena, por ponerle un nombre. En realidad es el nombre que merecía su madre. De todos modos está la muchacha. Puedes hacerla tu mujer cuando quieras. Al fin es tan robusta y guapa como la que más. Llévatela contigo. Vino a esta casa casi sin que yo la llamara y se irá de ella sin que yo se lo impida. Dicho esto, Kese se escupió en las manos y levantó el hacha para seguir descargando golpes contra el árbol. Y ya no volvió a hablar.

* * *

Arreció el invierno. Y el frío hacía crujir todas las cosas. Se calmaron los vientos: el aire parecía haber muerto. A la hora del mediodía el sol centelleaba blanco y frío como un lejanísimo y terso témpano de hielo. El sol se ponía muy temprano, hundiéndose en las aguas, de un oscuro color de sangre, tras los bosques. La quietud y silencio de las largas noches sólo se rompía cuando algún ave, de vuelo rasante, sacudía la nieve de los árboles, o cuando animales salvajes dejaban oír en la lejanía sus lamentos de tristeza y de hambre. En la cabaña de Kese no tenía entrada el frío. El interior de la casucha estaba tapizado de musgo de arriba abajo; allí había pieles de oveja sobre las que tenderse a dormir, y el calor del hogar se mantenía constante, pues el fuego nunca estaba apagado. En un rincón próximo al hogar, había cepas verdes y mojadas traídas del bosque; el musgo que recubría la corteza volvía a vivir y crecer con el calor del hogar. Las ramas de leña destilaban resina al derretirse el hielo que las cubría. El fuego era muy ávido de aquella leña, que se estiraba

y despreczaba al prender en ella las llamas. El humo, que daba vueltas por toda la sala, se le metía a uno en la cara, dejando en la boca un sabor a bosque. La leña resudaba en el fuego desprendiendo un delicioso aroma, y sus esencias volátiles llenaban de fragancia la estancia. La celebración de la Navidad no fue opípara precisamente. En la casa sólo había pan y carne salada y ahumada, vieja y correosa. No tardaron en carecer también de pienso con que alimentar al caballo de Axel. —Pero, bueno: ¿para qué tener en casa un caballo? —opinó Kese. El día en que se habló del problema del caballo, el rostro del leñador se animó con una expresión de alegría. Desde aquel momento el hombre comenzó a mostrarse muy diligente y pensativo a la vez. Por fin acordaron dar muerte al caballo. Kese se encargó de hacerlo. Pero aplazó la matanza para el día siguiente. Parecía que el hombre andaba con mucho secreteo. A la mañana siguiente, muy temprano, Kese despertó a los dos jóvenes y, con aire grave y digno, los invitó a que salieran. El caballo yacía junto a la puerta, ya muerto. Su cuerpo estaba aún caliente. Kese se puso inmediatamente a abrirlo y trabajarlo, al principio con cierta indecisión, y luego con una creciente animación y entusiasmo. Axel comprendió que Kese era pagano, lo que le produjo cierto mal humor y antipatía. Pero al abalanzarse él mismo al caballo y sentir el caliente vapor de la sangre, se apoderó de él el placer de lo prohibido. Magdalena se prestó también a ayudarlos. Los tres trabajaban con ahínco, casi sin respirar. Con la mayor tranquilidad, Kese sacaba la sangre escudilla tras escudilla, lanzándola a diestro y siniestro. Con su pericia de matarife, iba indicando con ía punta del cuchillo cuáles eran las partes nobles del cuerpo del animal, a medida que las iba poniendo al descubierto, recalcando la cosa con movimientos de cabeza: —¿Os fijáis, os fijáis? Luego, guiñando el ojo con una expresión de grosera confianza, le dijo a Axel: —El caballo tenía ocho años... —¡Exacto! —exclamó Axel asombrado—. ¿Cómo lo sabéis? Entonces el leñador abrió su mano mostrándole el huesecito ensangrentado por el que había deducido la edad del animal. Con la nariz casi metida en la abertura de la panza del bicho, Kese se entregó con todas sus fuerzas al trabajo, hundiendo los brazos hasta el codo en las entrañas del animal. Estaba entusiasmado. —El trabajo —dijo— ha resultado perfecto. Era un caballo sano. Muy fogoso, muy fuerte y corpulento. El calor vital que el animal conservaba en las entrañas casi le abrasaba los brazos. Hacia el mediodía, Magdalena los llamó para que fueran a comer. En la mesa se veían los más exquisitos trozos del animal, cocidos y humeantes. Kese rechinó los dientes al ver aquella carne tierna y caliente sin poder lanzarse a los mejores bocados. Magdalena, mirando tímidamente a Axel, le puso delante el corazón del caballo, asado en las llamas. Por los agujeros de las arterias salían chorros de vapor. Al principio Axel pareció mostrar cierta repugnancia; pero, en cuanto hubo probado un par de bocados, se entregó con entusiasmo al placer de la gula. Era un día de heladas, claro y tranquilo. Ellos se pasaron la mayor parte del día entrando y saliendo para comer y trabajar el caballo. Toda la casa humeaba: el humo y el vapor salían a bocanadas por la pequeña puerta y envolvía en una nube el tejado. La nieve se derretía en el alero, por encima de la puerta, y volvía a congelarse en forma de carámbanos rojizos, de color de sangre. Cuando a la noche se retiraron a casa, se reanudó el banquete. Magdalena había preparado en la cocina unas filloas de sangre. Los dos jóvenes se habían quedado completamente silenciosos; pero Kese, incapaz de moderar sus ímpetus y su voracidad, comenzó a hacer ruidos con la boca y a devorarlo todo. Se puso a cantar, haciendo frenéticos gestos y visajes. Había estado comiendo casi desde la mañana a la noche, y estaba embadurnado de salsas y grasa hasta los ojos. Extendidos sobre la mesa sus brazos, embutidos en una chaqueta de piel, parecía estar abrazando toda aquella superabundancia de manjares. Al masticar, el sebo le salía rebosante por las comisuras de la boca. El hombre

seguía roncando y cantando. Magdalena iba y venía de un lado a otro, metiéndose de cuando en cuando un filete entre sus menudos dientes. Durante toda aquella larga y silenciosa noche, Kese, acostado arriba, en su cama de musgo del desván, estuvo soñando en voz alta, lanzando carcajadas y hablando en sueños de cosas enigmáticas. Los jóvenes se despertaron y oyeron el monólogo del viejo. En medio de la negrura y quietud de la noche, percibieron como un temblor procedente del bosque: una ráfaga de viento había sacudido los árboles. Se estaba formando escarcha afuera, y esta escarcha endurecía la nieve que caía de las ramas. Se percibía un fino crepitar. En el bosque había un lagrimeo débil, desmayado. Axel se levantó a espiar por las vidrieras, que eran de color verde, y vio el cuerpo del caballo tendido en la nieve, con todo el costillar al aire, como un desecho. Sus patas yertas y congeladas proyectaban sombras en la nieve bajo la verdosa claridad lunar. Al día siguiente volvieron a atracarse hasta no poder más. Kese se hundió materialmente en los manjares hasta las cejas. Alzó los ojos y clavó en los dos jóvenes una mirada de borracho; parecía estar a punto de sufrir un ataque de locura. Se puso a cantar un poema que hablaba de los caballos muertos que relinchan en el infierno. Teníalos cabellos y las barbas hirsutos y llenos de grasa. Lanzaba alegremente las más terribles amenazas contra Axel y Magdalena, pero al instante volvía a tratarlos con cariño y cordialidad, emocionado y jadeante. Meneando la cabeza, se puso a pensar en sus pasadas aventuras y airear sus recuerdos. Estaba como hablando a solas; Axel le oyó pronunciar varios nombres de mujeres de antaño, y no pudo por menos de imaginarse cómo serían aquellas amigas de Kese, desaparecidas hacía mucho tiempo. Se las iba imaginando a medida que Kese desgranaba enternecido aquellos recuerdos: la una, rubia y mofletuda; la otra, esbelta y de cabellera negra; una, con ojos alegres; otra, maliciosa y astuta como un cachorro de raposa... Luego Kese empezó a tropezar en las palabras, que parecían salir de su boca embadurnada de sangre. Ponía los ojos en blanco cantando de nuevo. Y en seguida volvía a abalanzarse sobre los manjares. Al final se quedó amodorrado, y lo llevaron a la cama. La fiesta duró hasta el tercer día, en que Kese se despejó de aquella especie de borrachera, volviendo a llevar una vida normal.

* * *

Y llegó la primavera sueca. Fue una primavera indeciblemente larga. Un buen día apareció el sol, brillando muy alto y ardiente en el aterciopelado azul del cielo. Aunque no se veía ni una nube, la tierra estaba cubierta de una humedad fundente; una capa de nieve se desplomaba sobre la otra, mezclándose las dos. La luz se refractaba en las aguas. Todas las cosas estaban goteando con el deshielo. El primer día que amaneció fresco y sin nieve —un día de sombras oscilantes y agua rizada—, Axel salió al campo y se internó en la selva. Un pájaro solitario gorjeaba en la copa de un árbol por donde flotaban nubecitas blancas, leves vapores de las primicias de la primavera, que acababa de hacer su irrupción en Suecia. Se percibía algo como el perfume de un verano olvidado en los bosques. La hierba marchita y las húmedas cortezas de los árboles exhalaban un aroma penetrante. —¿Dónde está ahora mi caballo, dónde está ahora mi caballo? —exclamó Axel con amargura. Ahora la casa de Kese le parecía a Axel como una

cárcel tan estrecha y asfixiante como el camarote de un barco tras largos meses de travesía. La salita de la cabaña estaba llena de suciedad y desorden, efecto de la vida de encierro y de la rutina. Allí dentro vivía recluida Magdalena. La muchacha había alcanzado su madurez de mujer. Era hermosa. En cualquier momento se extendía por su rostro y cuello el color rojo de un inesperado rubor. Fue aumentando progresivamente el calor del sol. Un día en que Axel estaba mirando al cielo, recibió en pleno rostro una ráfaga de aire cálido que le metió como una paletada de tierra entre los párpados. En aquel momento decidió anticiparse al tiempo y tomó la resolución de gozar del verano fuera de aquella selva. Se sentía agitado e inquieto. Le atormentaba el saber que en aquellos momentos avanzaba el verano sobre Dinamarca. Un día Axel había atravesado a caballo las landas de la suave tierra de Dinamarca y se había encontrado con una muchacha que guardaba rebaños. Venía por entre los árboles, pestañeando contra el sol, con un manojo de hierbas y flores... Pero de aquel lugar le separaban ahora muchas leguas... Aquel mismo día Axel abandonó la cabaña de Kese.

EL ESTUCHE

DE Axel sólo diremos que su vida fue una cadena de cambios veleidosos, que torcieron su destino. Aquella firme resolución de hacer un viaje a Dinamarca para ver a Cristina y para luego regresar, naturalmente, junto a Sigrid, no llegó a constituir el tronco del árbol de su destino, por decirlo así: en la historia de su vida este episodio no fue más que un tocón seco entre otras ramas más vigorosas que se adueñaron de la savia y de la fuerza vital de ese árbol. Una veleidosa admiración por las mujeres jóvenes arrastró siempre a Axel llevándolo de un lado para otro por el mundo. A fuerza de tantas experiencias amorosas y dulzonas, había ido adquiriendo paulatinamente repugnancia por las muchachas guapas. No es que él hubiera adquirido un carácter misógino, no. Sino que era tan exigente como agradecido. No se contentaba con el goce de los dones de la belleza física: además de eso, quería tener la felicidad completa. Axel siempre salió airoso de las dificultades que le habían creado toda clase de personas. Por su natural modo de ser, todo le parecía igualmente bueno. Hasta de las situaciones más críticas sabía él sacar partido. Sólo sabía conseguir cosas, y conseguirlas sin perder tiempo. Sólo le interesaba el provecho. De él nadie podía obtener nada. El siempre se llevaba su corazón consigo. Axel se fue por fin a Dinamarca, porque allí le esperaba el gran verano. Cuando ya había transcurrido más de un año desde el día en que saliera a dar un paseo a caballo a los dos días de haberse celebrado la boda en Estocolmo, y después de haber dado caprichosos rodeos y haber pasado por numerosos azares, Axel llegó por fin a Dinamarca. En este lapso se habían producido numerosos acontecimientos. Suecia se había desgajado de Dinamarca. Empezaron a menudear las sublevaciones populares: por todas partes se alzaban banderas de guerra y rebelión; se acusaban levantamientos en los cuatro puntos cardinales. Cristián, el gran rey, estaba a punto de perder todos sus reinos. He aquí cómo se desarrollaron los acontecimientos. Miguel Thogersen estaba haciendo un recorrido por Dinamarca con misiones que le había confiado el rey. Había salido de Thy, y al pasar por Spótrrup (en la zona de Salling) se le ocurrió de repente desviarse de su ruta para hacer una escapada a su tierra natal, ahora que se encontraba tan cerca de ella. Era probable que no pudiera volver a su pueblo en fecha próxima, y acaso nunca. Miguel había obtenido una licencia del rey para el año próximo, pero esta licencia era exclusivamente para hacer un viaje a Tierra Santa en calidad de peregrino. En la región de Salling, Miguel entró en una posada

situada no lejos del Hvalspund. El posadero iba de un lado para otro refiriendo a los clientes y huéspedes los detalles de una fiesta sin igual que se estaba celebrando en el pueblo de Kvorne, situado a un cuarto de legua de distancia, siguiendo a lo largo de la costa. Las fiestas habían dado comienzo el día anterior y todavía se prolongarían uno o dos días más, aunque era una simple fiesta de esponsales. Picado de curiosidad, Miguel requirió al mesonero para que le informara más detalladamente. —Veréis, señor... Es una historia un poco extraña. Dicen que el novio maneja el oro a paladas. Se llama Axel, y al parecer es persona muy principal y de elevada alcurnia. Pero al mismo tiempo, es oficial del ejército. Nadie sabe fijo de dónde ha venido ni de dónde es natural. Dicen por ahí que ese Axel posee un tesoro que vale un fortunón. Sea verdad o no, el caso es que lo han visto vestido como un duque... Bueno, la verdad es que la novia no va desnuda tampoco, ¿eh? Ella, que es hija de ese ricachón de Kvorne llamado Steffen, se llama Inger. —¿Y están prometidos ese Axel y la muchacha? —Sí, señor. Se han prometido ya. Están celebrando la fiesta de los esponsales en la gran mansión de Steffen. ¡Y vaya fiesta! El ruido que hacen se oye a media legua de distancia. Miguel escuchaba con gran atención. Sabía escuchar. Trató de hacer más indagaciones por otro lado, y se enteró de lo siguiente: La mujer de Steffen se llamaba Ana Mette... ¡Ana Mette! (Miguel casi dio un bote). De Ana Mette se contaba todavía una antigua historia. Se sabía que Inger no era hija de Steffen... Pero, como Ana Mette llevaba ya más de veinte años casada con Steffen, con el que había tenido hijos legítimos en su vida de matrimonio, la otra historia casi estaba olvidada por completo. Esto es todo lo que se sabía de fijo. Lo demás no pasaban de ser conjeturas y vaguedades. Algunos afirmaban que, en su juventud, Ana Mette había sido raptada por un estudiante, que había abusado de ella. ¡Y el estudiante aquel era el propio Miguel Thógersen! Nadie que lo viera ahora podría sospechar siquiera que él había sido aquel estudiante. Y Miguel se dio cuenta de que, también en esta ocasión, él estaba de sobra en la fiesta de los esponsales y en la fiesta de la vida. Un extraño —el hombre que estaba allí en pie charlando sólo por servir a su negocio: la posada que regentaba— le estaba suministrando a él informes... sobre una hija que él, Miguel, había tenido hacía más de veinte años sin sospecharlo siquiera. Cuando el posadero se cansó de su charla de sobremesa, se retiró dejando a su huésped solo, sentado a la mesa. Y Miguel se sintió indeciblemente solo, sintió que era un extraño, un alienus... Y repetía interiormente esta palabra latina como un estribillo: —Alienus... Alienus... Todo le salía bien a Axel. Iba a casarse con Inger, la hija de Steffen de Kvorne. Después de haber recorrido tanto mundo, había ido a parar, hacía unos meses, a aquel remoto e insignificante

lugar. Cuando él se encontraba muy lejos, en el sur del país, había llegado hasta sus oídos la fama de Inger. Montando un nuevo caballo, se dirigió a Kvorne y consiguió verla... Ahora celebraba la fiesta de los esponsales con una pompa y esplendor sin precedentes. Steffen de Kvorne era el granjero más rico del distrito. Además de las tierras que poseía en el pueblo, era propietario de un gran bosque de robles, y al mismo tiempo se dedicaba a un negocio de pesquerías y salinas a gran escala. Miguel dejó su caballo en la posada y se dirigió a lo largo de la costa. Estaba cayendo el crepúsculo. Llegó a Kvorne mucho antes de lo que hubiera deseado. Al llegar a sus oídos las notas de los violines que tocaban en la mansión donde se celebraba la fiesta, se detuvo sin atreverse a acercarse más, y se apoyó en el muro del jardín. La noche, que estaba fresca, avanzaba sin prisas. Decididamente habían vuelto a hacer su aparición las noches luminosas de Escandinavia. En las marismas cantaban alegremente las ranas. De la distante orilla del mar venía de cuando en cuando el silbido de una desterrada golondrina. En la huerta de coles había un saúco, muy próximo al lugar en que Miguel se encontraba: reconoció al instante el olor característico de sus hojas, que le trajo a la memoria un recuerdo lejano que le ensombreció el alma, hasta el punto de que sintió miedo de sí mismo. Inmediatamente dio media vuelta y se volvió a la posada, bajo el aire suave del crepúsculo. A la mañana siguiente Miguel volvía a encontrarse de nuevo en el mismo lugar, y una vez más regresó a la posada sin haberse acercado a la casa. Después del mediodía volvió allí por tercera vez. Pero ahora se aproximó más a la mansión. Llegó a pasar por delante del portal. Pero no se atrevió a entrar. El patio estaba lleno de coches de gala. En el interior de la casa resonaba la alegría y la algazara de la fiesta. En esto salió un niño a la puerta e inmediatamente volvió a entrar corriendo para dar la noticia de que afuera había un soldado muy grande. Cuando acudieron varias personas para ver quién era, ya Miguel había dado media vuelta para volver a la posada. No había andado mucho camino cuando notó que alguien venía corriendo hacia él y le llamaba por su nombre. Era Axel en persona. El joven se puso contentísimo al ver de nuevo a Miguel. No podía salir de su asombro. Pero casi en el mismo instante se llevó una gran desilusión al ver que Miguel no daba muestras de querer entrar con él en la mansión, a pesar de haber llegado hasta allí. Axel no era capaz de comprender semejante actitud en su amigo. Los dos se quedaron parados en mitad del camino hablando con aire embarazoso, como dos desconocidos. Axel, que venía vestido de gala y con la cabeza descubierta, no sabía qué decir ni qué palabras escoger entre las más amables de su repertorio. Miguel estaba con la cabeza agachada, acariciándose tercamente su barba de ocho días, que le cubría todo el

mentón. Apenas hablaba. Axel miró a Miguel. Y Miguel vio que Axel estaba transformado. Ahora era más llano, sencillo y franco. Parecía que toda su agitada efervescencia e inquietud de antaño se hubieran refugiado en sus ojos, que irradiaban fuerza y vitalidad. Axel volvió a preguntarle por vigésima vez si no quería acompañarle, aunque sólo permaneciera un momento en la fiesta. El conocía el carácter raro y peculiar de Miguel; pero no por eso quiso renunciar a la esperanza de convencerlo. Le preguntó si no sentía por ventura deseos de entrar aunque sólo fuera por la curiosidad de conocer a Inger. Le dijo que en casa todos tenían grandes deseos de saludarlo y conocerlo. Le explicó que había una buena mesa, llena de ricos manjares y bebidas. —¿Sabes? A la madre de Inger le dio un vahído cuando yo me puse a hablarles de ti —explicó Axel, sonriendo ligeramente, como si hubiera dicho un chiste inocente—. Anda, ven. Con tu presencia, puedes hacer que ella se restablezca... Los ojos claros de Miguel se volvieron de reojo mirando a la lejanía. No dijo expresamente que no. Pero se veía que no tenía ganas de entrar. Axel tiraba de él, pero Miguel opuso una viva resistencia, mientras se frotaba la barbilla, con expresión ausente. —Está bien, amigo. No quiero forzarte. Axel desistió de sus propósitos lanzando un suspiro de desaliento. —Más tarde bajaré a hacerte una visita a la posada. No tengo ninguna prisa por emprender el viaje. Prométeme que no saldrás de ella hasta mañana. —De acuerdo, pero ven solo —le contestó Miguel en tono brusco. Dicho esto, se despidieron. Cuando al día siguiente Axel llegó a la posada, ya Miguel estaba a la puerta esperándolo y listo para emprender el viaje. Había enviado por delante su caballo, que iría a bordo de la barca de pasaje. Estaba impaciente por proseguir su viaje. Axel miró con una expresión de dulzura a su viejo compañero de armas. Y cuando notó que Miguel estaba dispuesto a emprender el viaje inmediatamente, sin detenerse a cambiar impresiones con él, propuso acompañarlo durante la travesía del estrecho. Con esto quería, al menos, hacerle algún bien a su amigo. Durante el primer trecho navegaron sin despegar los labios. Axel no acababa de recobrase de aquel estado embarazoso que le mantenía atada la lengua. Al llegar a la mitad del estrecho vieron brillar el sol en la lejanía reflejándose en la inmensidad verde del mar, y las costas extendiéndose luminosas y rientes con la faz del verano... Axel miró al cielo con una irresistible sonrisa, y no pudiendo contenerse, dio rienda suelta a sus sentimientos. Comenzó a hablar de Inger, de los proyectos que tenían, de lo bien que iban a vivir; explicó que pensaban comprar en fecha breve una casa solariega con sus propiedades; que, apenas hubieran hecho la compra, irían a buscar el tesoro; que Inger... La voz de Axel iba adquiriendo matices cálidos, llenos de ternura, a la vez que un acento de hombre serio. Miraba a la lejanía,

emocionado, con la mirada perdida... Estaba conmovido. De cuando en cuando sonreía sugestionado con las cosas que él mismo decía. Estaba inquieto, sacudía vivamente la cabeza. Miraba a Miguel con una mirada muy expresiva e intensa, olvidado del mundo que le rodeaba. Y Miguel se dio cuenta del fondo de bondad que había en el corazón de su amigo. Axel apenas se dio cuenta de que ya habían desembarcado en la costa de Himmerland. Continuó hablando sin cesar mientras iban avanzando juntos por el camino. Miguel ya no prestaba atención a lo que Axel decía: iba ensimismado, profundamente inclinado hacia delante. Entraron en la zona de landas, donde muy pronto se vieron rodeados de soledad y silencio. Con el calor del mediodía se desprendía una emanación olorosa de las plantas enanas que crecían debajo de los brezos. Por encima del camino pasó una abeja zumbando. En las matas de brezos sonaba la música de los saltamontes como el zumbido de una respiración jadeante. El único indicio de que aquella tierra estaba poblada por seres humanos era el camino de carros, que, con las marcas de unas docenas de huellas, avanzaba serpenteando hasta perderse en el horizonte. A una legua de distancia del lugar en que se encontraban, se alzaba Graabólle Bjérge. El cielo diáfano se dilatava como una bóveda infinita sobre la comarca. Y ahora al quedarse los dos completamente solos en medio de la landa desierta, Miguel llevó a cabo su venganza. No era capaz de perdonar a Axel. Claro que él nunca había visto a Inger. Tampoco pensaba ahora en Ana Mette sino en cuanto le recordaba sus sufrimientos. Lo único en que pensaba Miguel era que Axel le había hecho una grave ofensa aquel día en Estocolmo. Sí, y además... Lo odiaba a muerte. Pero Miguel tenía el corazón encogido. Sentía que su debilidad iba aumentando más, cuanto más se juraba a sí mismo poner por obra su designio. Estaba a punto de sentirse desfallecer como una persona que está queriendo decirle a otra que la ama, pero se siente incapaz de decírselo. Bien mirado, aquel acto de venganza no era cosa que arredrara a un hombre. Pero él se demoraba en hacerlo para paladear el placer de la venganza y al mismo tiempo gozarse de su propio tormento. Estaba humillado hasta el fondo de su alma, insensible, casi inconsciente. El corazón le ardía en llamas. Iba con la aprensión intolerable de que todas las cosas estaban conspirando contra él. Al fin oscureció. Y, a pesar de ello, Miguel no se sentía capaz de resolverse a llevar a cabo aquella acción cometida en la nocturnidad. Cuando finalmente se decidió, diríase que no era él mismo, sino otro hombre el que actuaba en él. Llegó, pues, el momento inevitable. De repente Miguel empezó a vacilar como el que se tambalea, y se quedó parado en seco, clavados sus ojos en Axel. Axel dejó instantáneamente de hablar. Y entonces Miguel sacó su largo espadón de

dos manos, y se enfrentó con Axel, que estaba desarmado. Moviendo la espada a diestro y siniestro como quien siega el aire, avanzó poco a poco hacia Axel, con una extraña actitud de criatura desamparada, como un niño enfurruñado que trata de asustar a una persona mayor. Pero cuando la espada alcanzó a Axel, el golpe fue serio. Axel, sin despegar los labios, siguió con la mirada el movimiento de la espada, y trató de protegerse con los brazos, extendiendo las manos para agarrar el arma. Y entonces Miguel le descargó un golpe en la rodilla. El dolor del golpe le recorrió todos los huesos de su cuerpo; su cabeza osciló sobre las vértebras cervicales, y al fin, el joven cayó desplomado. Lentamente Miguel restituyó la espada a la vaina, y se quedó pensativo restregándose la barba con la mano. De pronto se inclinó sobre el caído e, introduciendo la mano por el escote del cuello, se puso a palpar aquel pecho caliente, hasta que al fin sus dedos tropezaron con el estuche de asta. Después de sacarlo, se alejó unos pasos para abrirlo a escondidas. El estuche estaba vacío... Apenas Miguel hizo aquel triste e inesperado descubrimiento, arrojó muy lejos el estuche a los brezos y echó a correr por el camino como alma que lleva el diablo.

ZACARÍAS

AXEL recobró el sentido unas horas después. Le fue imposible apoyarse en la pierna herida, que le dolía espantosamente. Arrastrándose más que caminando, dio unos pasos por el camino y luego se sentó en el borde de un bache y se puso a esperar el paso de algún transeúnte. Respiraba profundamente, sin ruido. Tenía tal dolor de cabeza, que casi no veía el mundo que le rodeaba. Le dolía la rodilla. Estuvo largo rato sin atreverse a examinarla, pero al fin se aflojó decididamente las ropas e inspeccionó la parte dolorida. El golpe parecía insignificante: no tenía más que una mancha amoratada en la cara externa de la rodilla, que ni siquiera había llegado a san grar. Pero tenía la articulación hinchada, dolorida y sensible al menor roce. Estaba anocheciendo. Los pájaros pasaban silbando hacia el poniente. De los brezales llegó a su rostro un viento suave como una respiración fresca. Extendió la mano hacia una zarza que había a su lado, toda cuajada de moras, pero éstas estaban incomedibles de puro verdes. De pronto oyó, a lo lejos, el chirriar de un carruaje, que venía del embarcadero. Era un carro de bueyes, que avanzaba con una lentitud desesperante. Axel desde lejos hizo señas al carretero de que se detuviera. No le pidió que lo llevara al embarcadero, sino que le preguntó por la posada más próxima yendo en dirección al Este. Al enterarse de que el pueblo más cercano por aquel lado era Graabólle Bjarge, le rogó que lo llevara a aquel pueblo. Era ya casi noche cerrada cuando llegaron a Graabólle Bjarge, y Axel, aun cuando había descansado sobre un lecho de brezos bastante mullido, se encontraba ahora en un estado lamentable. Lo llevaron a la única habitación de huéspedes de que disponía la posada, y lo colocaron suavemente en la cama. No tardó en quedar sumido en un duermevela lleno de pesadillas. Al despertarse a la mañana siguiente y ver el blanco resplandor del día en los cristales, Axel comprobó que sus pesadillas no habían sido un puro sueño que terminaba felizmente, sino la expresión de una triste realidad. Lo primero que sintió al despertar fue el dolor de la pierna, fuerte y brusco como un golpe. Una gran angustia se apoderó de él al reconocer la verdad de su triste situación. Pero al examinar de nuevo la pierna, sintió que el pánico le recorría el cuerpo como un frío glacial: la rodilla tenía un grosor doble del normal, y estaba enrojecida y agitada por convulsiones. El hombre se echó hacia atrás y rompió a llorar, temblando como una hierba al viento. Murmuró quedamente maldiciones contra su mala estrella. Cruzó las manos. Las lágrimas caústicas le bajaban hasta la

comisura de la boca. Hacia el mediodía entró un hombre en la habitación de Axel. Era un hombrecillo moreno que dijo llamarse Zacarías. Era barbero cirujano ambulante, que a la sazón se encontraba por casualidad en aquella comarca. En cuanto lo vio, Axel se reanimó instantáneamente. —Buenos días, caballero —exclamó Zacarías con un humor fantástico. Su voz parecía salir del interior de un tonel. —Vamos a ver. Veamos lo que tenéis. Y sin más, apartó a un lado el edredón de plumas y agarró con ambas manos la rodilla malherida. Axel lanzó un grito desgarrador. —¡Pero, hombre, hombre...! —exclamó Zacarías gruñendo. Y le palpó las doloridas carnes con sus duras zarpas. Axel contrajo los músculos sin despegar los labios. —¡Vaya, hombre, vaya!... Zacarías se inclinó hacia Axel y se puso a gruñir con la mirada quieta, como si estuviera pensando algún plan. Luego se irguió y le dijo a Axel que tenía que darle un corte en la piel hasta llegar al foco del flemón, añadiendo que semejante operación no tenía el menor riesgo. Tras lo cual se dispuso a hacer preparativos: fue a buscar una jofaina llena de agua y deshizo el paquete que traía en su alforja de viaje. Axel seguía con la mirada todos sus movimientos. Aquel hombre dejó grabada en su espíritu una impresión imborrable. Tenía la piel blancuzca y marchita. Sus labios groseros y aplastados tenían el color gris de una cosa enmohecida. El aspecto de sus encías y de sus dientes sucios y carcomidos hacía pensar que aquel hombre bebía ácidos corrosivos. El brillo de sus ojos tiraba a rojo. Debajo de los ojos tenía sombras de color azul pólvora. Su cabello se asemejaba al heno podrido por la humedad. Su mismo bigote parecía oscuramente pajizo como el heno fermentado. Zacarías daba vueltas con la rapidez y agilidad de un lagarto. Sus manos oscuras parecían haber estado manipulando con toda clase de porquerías. Y a su lado se notaba un olor seco y acre como el que despiden los sapos y otros reptiles. Mientras estaba sentado en la butaca de paja preparando la cuchilla y las pequeñas pinzas de latón, Zacarías había empezado a contar una historia, perdiéndose en una palabrería vacía e idiota que no decía nada. Se reía mientras charlataneaba. De repente de su garganta salió un borboteo de ruidos atropellados. —Ya está: ¡vamos allá! —dijo al fin poniendo una cara muy seria y solemne. Extendió despacio sus manos hacia la rodilla enferma buscando a tientas el sitio en que debía empezar a cortar. Mientras hacía la operación, permaneció callado. Al principio Axel se quedó paralizado ante la increíble crueldad de aquel dolor que estaba sintiendo al entrar la cuchilla en sus carnes. Tenía todos los músculos contraídos en enorme tensión y contenía el aliento, doblando hacia atrás la cabeza y lanzando rugidos de dolor, hasta que lentamente se fue desvaneciendo. Cuando volvió a despertar, se encontró con la cara del sacapotras, que estaba inclinado

sobre él, dándole órdenes: —¡Respirad! ¡Aspirad! Le parecía que la habitación estaba completamente a oscuras. Por la puerta entreabierta, vio unas cuantas caras, espiando. Axel sacó la cabeza por encima de la orilla del lecho, vomitó, y luego volvió a desplomarse, exhausto, en la cama. Y allí estaban los dolores, horribles, amenazadores, actuando sordamente, pero con una terquedad desesperante. —No, no... ¡No puedo más! Pero los dolores no se compadecían de él. Se revolcaba en el lecho como un hombre que hubiera caído sobre el hielo. Agitaba la cabeza, sin fuerzas, y rechinaba los dientes. El aire entraba trabajosamente en su pecho, que subía y bajaba con grandes esfuerzos. El joven se humedecía con la lengua los labios, que estaban como quemados y desollados. —¡Chist! ¡Vamos, vamos, callad! —le decía el sacapotras, tratando de acallarlos. Zacarías, estaba en pie a su lado, mezclando y revolviendo una papilla negra en una jicara. —Vamos, con esta medicina muy pronto sentiréis alivio... Este es un maravilloso unguento. Está compuesto de sesenta y siete ingredientes, y en él se concentran todas las esencias y virtudes de la Naturaleza. En cuanto os lo aplique, ¡váis a ver lo que es bueno!... El sacapotras untó con aquel fármaco la herida, y Axel quedó medio dormido. Cuando volvió a despertar y despejarse, se encontró con que su pierna estaba rígida y vendada. La herida, cauterizada, apenas le dolía, como si hubiera quedado aplacada la primera hambre del dolor. Pero no tardó en volver a quejarse. Zacarías se había marchado. Axel pasó el resto del día con fuertes dolores que le repercutían en la cabeza, alternados con desfallecimientos producidos por la fatiga. Le llevaron viandas, que él comió en medio de una elevada fiebre y de un continuo castañeteo de dientes. Tenía prisa por acabar de comer. Luego se apresuró a cerrar los ojos para luchar de nuevo con el dolor. Cuando horas más tarde volvió a abrir los ojos, esperaba que fuera todavía de noche; había claridad, pero no era de extrañar que así fuera, pues ya habían hecho su aparición las noches claras del Norte. Como en una visión, vio con claridad el mísero y doloroso estado en que se encontraba. Sufría horrorosamente. La rodilla le dolía de un modo intermitente, como si el dolor hubiera convertido en sistema sus ataques por sorpresa. Se encontraba solo, solo, solo. Los sollozos le salían de lo más hondo del corazón. Abandonado de todos, se encontraba allí inmovilizado, despierto. Cada vez se sentía más enfermo. Pero cuando salió el sol, sintió que por su corazón pasaba una fuerza rítmica, como un cántico de energía y vida. Cada palpito de la sangre renovaba la conciencia del dolor que le atenazaba la cabeza. Aunque estaba en el silencio y quietud más absolutos, tuvo la impresión de que en torno suyo crecía un ruido atronador. —¡No, no, Dios mío! ¡Qué sedante le pareció aquel cántico que él oía flotar en el aire!

Sentía que se estaba poniendo cada vez más fuerte y lleno de vida. Pero aquello era sólo la engañosa caricia de la muerte. Axel se levantó sobresaltado al sentir que, partiendo de un punto de uno de sus muslos; se iba extendiendo radicalmente por todo su cuerpo una especie de marchitamiento funesto, como si la muerte hubiera hincado allí sus dientes y estuviera chupándole la vida. Chorreaba de sudor. Estaba tan agotado que temblaba, y pronto hubo de quedarse de nuevo sumido en un letargo. Le pareció estar viendo rostros delante de sus ojos. Apenas hubo dominado un poco su terror, vio venir una liebre corriendo hacia él, una liebre cuyos ojos se iban haciendo cada vez más enormes... Sobre la colcha zumbaban con un metálico aleteo las moscas de la carne... Su zumbido se convirtió en un coro rítmico que crecía sin cesar. ¡Era el zumbido de una muela de molino! Axel, en los trances de la agonía, se iba hundiendo dócilmente en el abismo de la muerte. Pero de nuevo se despertó para encontrarse con sus atroces dolores. Llegó Zacarías y le quitó el vendaje. Apretó los labios como indicando que aquello había tomado un cariz que no le gustaba nada. En torno de la herida se veía una extensa gangrena. Volvió a hacer un corte mayor, y aplicó a la herida un nuevo unguento muy activo. Luego se sentó al lado del lecho y se puso a contar historias y anécdotas con el mayor descaro. Axel se encontraba ya mejor. Ya no lo hostigaban aquellos fuertes dolores. Descansaba... ¿Qué era lo que estaba contando Zacarías? Era un rápido relato sobre no sé qué ciudad del interior de Alemania, por donde él había pasado una vez. Una ciudad extraña, cuyos habitantes estaban todos tullidos y lisiados. Decía que, si un forastero quería pasar por aquella ciudad y salir con vida, tenía que arremangarse las perneras del pantalón y atravesar las calles con muletas. Juraba que él mismo había sido testigo del hecho. Axel estaba viendo el rostro de Zacarías como a través de una niebla, aquella risa sardónica y despreocupada. A Axel le parecía que el sacapotras se asemejaba a un gran escarabajo. Axel oyó luego fragmentos de otra historia. El hecho narrado había ocurrido también en una de aquellas pequeñas ciudades fortificadas que había en el sur de Alemania. Zacarías decía que, al pasar por aquella ciudad, había visto a las gentes huir por las calles y desaparecer de su vista como por arte de magia. Las puertas y portales parecían absorber y tragar a la gente. Las multitudes desaparecían como si las soplaran. Y todo aquello, ¿por qué? Pues, sencillamente, porque por el centro de la calle iba trotando solitario un perro rabioso, con espumarajos en la boca... Axel estaba adormilado, entre la vigilia y el sueño. Luego Zacarías se puso a referir una leyenda. Era la historia de un monje que se había propuesto ir a Jersusalén, tomando un atajo. Cruzó dos lagos luminosos, transpuso un pequeño cerro, pasó cerca de un sepulcro...

Después de un infinito caminar, subiendo y bajando pendientes, llegó a un punto donde había dos grandes montañas blancas, y allí se puso a orar. Después siguió viajando leguas y leguas por países montañosos, subiendo y bajando cuevas... Y desde una cumbre divisó el Huerto de Getsemaní... De este modo, sin camino ni guías, llegó a Jerusalén... De pronto Axel se despertó por completo con algo que el sacapotras estaba relatando. Se dio cuenta que el descolorido semblante de Zacarías se animó con una maliciosa expresión de regocijo. Era una historia nauseabunda, que se refería a una pobre chiquilla que el sacapotras había conocido en Holanda. La muchacha había acudido a Zacarías para que le preparara una medicina contra las ratas. Se lo había encargado su amo. Era una moza de elevada estatura, lozana y exuberante. Tenía veinte años. Pertenecía a esa clase de muchachas que se hacen mujeres a una edad muy temprana, y que de pronto se le plantan a uno delante, con aire provocativo. —Y luego —prosiguió el narrador— había en ella una expresión total de pereza... La pereza de una mujer que se ha hartado de amor prohibido por espacio de medio año, por lo menos. Eso es una señal que no falla nunca. Bueno, el caso es que dos días después alguien vino a llamarme para examinar un cadáver. Era el cadáver de ella precisamente. ¡Estaba embarazada, jo, jo, jo! Se había engullido cuatro onzas de polvos matarratas, la misma dosis que ella había conseguido de mí valiéndose de pretextos absurdos. Allí estaba tendida sobre una mesa. Parecía como si la hubieran insuflado e hinchado como un globo. Estaba allí tendida con el vientre muy abultado... Al llegar a este punto del relato, Zacarías estalló en carcajadas. Un ruido como el de un montón de leña que se derrumba. Pero Axel miró al sacapotras con horror y desprecio. De todo aquel infame relato sólo le había quedado en la mente una idea: la de que él había visto algo más que aquel cuerpo tendido sobre una mesa. Inexplicablemente vino a su mente el recuerdo de Inger. Recordaba cómo Inger había cortado un día una flor y luego la llevó levantada en la mano como una antorcha mientras caminaba por el campo... al lado de él. Aquella historia le soliviantó. No podía ser más que una invención. Cerró sus encendidos ojos como para no ver aquella visión, y volvió el rostro hacia la pared, conteniendo la respiración y llorando en silencio.

MUERTE DANESA

AXEL, el muchacho alegre y despreocupado, murió al anochecer bajo la ancha cúpula del cielo. Durante las últimas horas de su vida gozó del completo uso de sus sentidos. Al tercer día de haber recibido aquella herida, se sintió morir. Estaba agotado de sufrir. A lo largo de dos interminables días de crueles dolores él había ido gastando las fuerzas que le sostenían la vida. Cuando notó que empezaba a abandonarle el calor de la vida, mandó que lo quitaran de allí. Gritaba como un loco cuando lo llevaban en brazos. Lo trasladaron fuera, colocándolo en un sillón delante de la puerta, y allí permaneció todo el día. Cuando abrió sus ojos heridos por los rayos del sol, descubrió la presencia del propio Miguel Thógersen, el cual se había quedado en aquella comarca por algún tiempo. Junto al pozo graznaban los ánades. —¿De veras vas a morir? ¿No podrás curarte? —le preguntó aquel viejo desgraciado. Con indiferencia, Axel movió la cabeza negativamente y cerró los ojos. Cuando, mucho tiempo después, volvió a abrirlos, vio que todavía continuaba allí su antiguo amigo. Reinaban un calor y un silencio que imponían a cualquiera. La imagen del sol lanzaba destellos en un fragmento de vasija que había allí en el suelo. —¡Ahí va un enjambre! —se oyó exclamar a un sencillo campesino a la puerta de la posada. En el aire, que se extendía blanco como la nieve sobre la huerta de coles, flotaba un enjambre de abejas, que se encontraban muy junto al sol, formando una nube viva y perfectamente esférica. Las abejas se diseminaban y volvían a juntarse apiñadas en torno del hormigueante núcleo del enjambre. A ratos el enjambre se hacía totalmente invisible, envuelto por las llamas del sol, desde donde parecía bajar el zumbido de un ardiente hervir. Axel oyó a Miguel decir que el estuche estaba vacío. —¡No había nada en él, Axel! Pero aquella observación dejó a Axel completamente frío e indiferente. Mientras vivió, jamás se le había ocurrido siquiera dudar de que él estaba en posesión del famoso documento. Ahora que iba a morir, nada le importaba ya que el pergamino hubiera desaparecido. —¿Querrás perdonarme? —suplicó Miguel, profundamente triste y miserable. Vio que no hacía otra cosa que hacer sufrir al moribundo. Axel no se movía. Más tarde notó que Miguel se había ido. Ahora Axel estaba pensando continuamente en Inger. ¿Es que lo habían olvidado a él? ¿Cómo nadie de aquella casa acudía allí a visitarlo? Claro que, de hecho, él no había mandado aviso por ningún mensajero. Pero abrigaba la secreta esperanza de que ellos lo encontrarían a pesar de todo. El primer día después de haber sido herido no hubiera querido verla. Pero ahora... ¿Por qué razón no habían descubierto aún su paradero? Miguel en cambio, sí lo encontró. ¿Por qué sus pobres ojos no veían a ninguna de las personas de aquella casa? Su corazón estaba llorando. No había consuelo para él. Ni siquiera podía tragar saliva para aliviar el ardor de su pecho. Tenía la garganta seca.

* * *

Al atardecer Axel se despertó con la clarísima sensación de que ¡habían desaparecido para siempre sus dolores! Sintió un impulso tan grande de agradecimiento a la Providencia, que hasta enrojeció. ¡Ya los dolores habían cesado de martirizarle! Notaba ya de un modo continuo la liberación de sus dolores y no podía por menos de sentirse infinitamente feliz. Dentro de su inconmensurable agotamiento se mantenía perfectamente tranquilo. Su vida se iba disolviendo, maravillosamente libre de dolor. A ratos el corazón le daba mudos brincos

en el pecho. Saltos de vida, como los de un niño cansado que, contento de irse a la cama, ríe sollozando. Sus ideas se habían vuelto claras y nítidas como un cristal. A su memoria volvían todas las cosas olvidadas. Axel recordaba el pasado y el presente juntamente, con una simultaneidad que no perjudicaba a la claridad del pensamiento. El dolor del recuerdo también había desaparecido de su alma. No, no era amargo morir. No era dura ni triste la muerte para aquel que podía morir antes de morir. Axel recordaba ahora detalles de su infancia, de aquella época en que él era tan obstinado y orgulloso que las zurras y reprimendas le sabían mejor que las palabras amables. Estaba viendo todavía aquella enorme piedra a la que había estado agarrado durante más de una hora: una piedra de dos mil libras de peso que él, en un momento de cólera irrefrenable, había querido coger y tirar a otro muchacho; pero como no pudo moverla del suelo, se había agarrado a ella con ambas manos, como una hormiga rabiosa. La había emprendido con la piedra, y no la soltaba: tuvieron que arrancarlo de ella a la fuerza. ¡Qué cerca parecía estar aquella fecha! Los recuerdos de Axel se detuvieron en aquel resfriado que un día había cogido y que le obligó a estornudar multitud de veces seguidas. Recordó aquel sapo que un día, en la oscuridad de un crepúsculo de lluvia, había visto arrastrarse entre las ortigas como un audaz explorador. A su memoria acudió el recuerdo de un roto que había tenido en la manga de una determinada chaqueta que él había vestido. Moría recordando las más insignificantes minucias de su vida, minucias que ahora le dolían como el contacto de un hierro al rojo vivo. Pero esta crueldad de su memoria se fundía ahora con aquella maravillosa sensación de la cesación del dolor. De este modo Axel moría viviendo. Como la nieve que se va fundiendo, él entraba vivo en los dominios de la muerte... —¡Inger! ¡Qué lejos estaba ella, aun cuando él la recordaba ahora en la muerte! —¡Inger querida, adiós! ¡Qué fácil resultaba morir!

* * *

En el anochecer de aquel día las gentes campesinas de Graabólle se preparaban para celebrar la fiesta. Era la verbena. Cuando la discreta oscuridad de aquel crepúsculo de verano empezaba a caer sobre la tierra, el color del cielo se fue cambiando en amarillo y la hierba aparecía húmeda de rocío. Sobre los campos lozanos las verdes y densas mieses parecían grandes pasteles de fiesta. Las esencias vitales de los millones de espigas jóvenes enviaban una fragancia de vida y fecundidad. En los prados próximos al río las vacas seguían, mugiendo, a las ordeñadoras. Allá en Graabólle Hedebjárge, a leguas de distancia, se divisaba un punto contra el fondo del cielo. Era un pastor que caminaba aprisa para llegar a la fiesta. Bajo el cielo imperaba la calma serena del anochecer y corría un aire fresco cargado de esencias. El mismo crepúsculo parecía verde, como si el aire fuera un mar lleno de fecundidad. Todos los sonidos llegaban blandamente al oído. Cada grito o voz que venía de la lejanía, era un anuncio que proclamaba la existencia de la felicidad en el lugar de donde procedía, y por el camino venía recogiendo al paso los ecos de otras alegrías bajo aquel cielo lleno de bondad. Ya no vendría la noche negra. Había llegado el tiempo de las noches luminosas. Ahora que habían terminado los trabajos

del día y habían comido en paz su cena, las buenas gentes de Graabólle se reunían en la plaza del pueblo, frente a la posada, donde se oía la música de un violín solitario, que cantaba como una voz humana. Unos tras otros iban pasando en fila y deteniéndose un momento para contemplar al forastero que estaba inmóvil delante de la posada. Casi todos estaban acordes en opinar que aquel joven tenía un aspecto de hombre acabado. Pronto toda la gente del pueblo, viejos y jóvenes, se dirigieron al campo de la iglesia donde se celebraba la verbena. A la cabeza de todos iba el músico. Sin embargo, se quedó en la posada una anciana para atender al enfermo. Fue a sentarse a la puerta a su lado y se puso a hilar en su rueca, hora tras hora, sin hacer el más leve ruido. Las horas iban resbalando. Del campo de la verbena venía de cuando en cuando una oleada de voces. Una fuerte ráfaga de viento trajo consigo un creciente ruido de carcajadas, risas y voces de las parejas que bailaban. Axel abrió los ojos a pesar de que su espíritu estaba ausente y vio que la noche era luminosa. Allá en la verbena cantaban los jóvenes. Se podía fácilmente percibir el taponazo de los toneles de cerveza que se iban abriendo. Ya cantaban todos en alta voz y llenos de alegría como si danzaran en ronda. El ruido de la fiesta era ya tan atronador, que su eco se oía en toda la comarca. Axel abrió los ojos una vez más para contemplar aquella noche luminosa. El cielo estaba como hecho de rosas blancas. Allá lejos, a una legua de distancia, ardía una hoguera de regocijo, sobre un pequeño cerro. Rauda y silenciosa pasó volando un pájaro y volvió a desaparecer en el aire fresco del crepúsculo. El sauce que había junto al pozo se alzaba silencioso mostrando sus suaves y brillantes hojas en aquella noche luminosa. Una grácil falena revoloteaba errante en el aire nocturno. Por todo el cielo tendían un velo luminoso las estrellas. Axel cerró los ojos... Y sintió otra vez que volaba, en posición vertical y erecta, por el cielo de aquella noche luminosa y que luego se posaba sobre la cubierta del Barco de la Fortuna. Navegaba por el mar a la luz de la luna y de las estrellas. Y cuando hubieron navegado largo tiempo, rápidos y leves, llegaron a la tierra de la felicidad. Aquella tierra baja donde reina un raro verano... ¡Oh Axel, tú, con los ojos cerrados, estás sintiendo ya la deliciosa fragancia del césped de la tierra! La tierra es mullida y verde como una cama nueva en el mar. La cama de tu nacimiento, la cama de tu mocedad, la cama de tu muerte. Sobre ese lecho el cielo forma un dosel con especial cariño. Sobre ese lecho las nubes están inmóviles y silenciosas. Las olas entran en la playa resplandeciente y lo acarician. Dos mares cortejan a las costas, donde la arena es finísima, y donde el delicado fondo de hierba está salpicado de peladillas redondas y policromas. En ese país hay un fiordo, que jamás se olvida. Allí se alzan los pilares que sostienen el sol. Las costas e islas de ese

país se destacan con maravillosa gracia sobre el mar. Cantan los fiordos, y los estrechos son como puertas de entrada al País de la Superabundancia. Todas las cosas tienen aquí un color intenso. La tierra es verde, muy verde, y el cielo se desposa con el mar en una sinfonía azul. Este es tu país, Axel. He ahí el País del Gran Verano...

LA CAÍDA DEL REY

ANTES que Miguel hubiera obtenido el permiso escrito para emprender su viaje a Jerusalén, habían comenzado los malos tiempos para el rey. A Miguel le tocó acompañar al monarca durante un largo trayecto. El viejo estudiante estaba con el rey aquella noche en que éste cruzaba las aguas del Pequeño Belt. El rey Cristian recibía ahora la recompensa por las obras que había realizado en su edad adulta. Las piedras que él había lanzado contra el cielo, comenzaban a caerle sobre la cabeza. Las consecuencias de su ambición de poder se volvían ahora contra él. La historia no suele hacer apenas más que una breve mención de la noche más negra y terrible que pasó el rey en su vida. Era el día 10 de febrero de 1523. La noche de la duda y de la desesperación. El verdadero origen de esta duda desesperada se remontaba ya al día 7 de noviembre de 1520, fecha que marcó el eclipse del poderío del rey. El poder real de Cristián dejó de existir en el momento mismo en que él se puso a ejercerlo. Fue en Ry donde recibió la primera noticia de que su situación era extremadamente crítica. Y si la causa del rey parecía perdida sin remedio, era porque toda su obra titánica se derrumbaba en torno de él. El había conquistado Suecia usando de un gran rigor y atándola a su carro con mano de hierro, y ahora Suecia renegaba de él y se alzaba contra él con un entusiasmo apasionado. El había gobernado a Dinamarca con mano dura y sin consideraciones, por eso Dinamarca se alzaba ahora contra él de un modo irreconciliable. El que a hierro mata, a hierro muere. Ahora, al final de todo, trataba de llegar a un compromiso con su tío paterno, que pretendía el trono. Flabía ido hacia delante y hacia atrás en numerosos y difíciles viajes y vuelto otra vez a Jutlandia; había escrito cartas y celebrado conferencias y entrevistas sin conseguir nada práctico. Estaba gastado. Veía toda su política fracasada sin remedio. Y entonces empezó la terrible duda. Aquella noche del 10 de febrero, el rey abandonó la defensa de su propia causa. Se embarcó en un pequeño buque de cabotaje para dirigirse a Fionia. Las Islas no habían abandonado al rey, y, además, toda Noruega seguía siéndole adicta. Pero, dado el estado en que se encontraban ya las cosas, sabía perfectamente que, si abandonaba las negociaciones y volvía la espalda a Jutlandia, esto equivaldría a renunciar para siempre a su propia causa: a la causa de Dinamarca. El Pequeño Belt era el mar surcado por la barca de Caronte, Era a la hora de un anochecer frío y húmedo. Una anochecida sin oscuridad ni luz. No llovía, pero el aire estaba saturado de humedad. Navegando en la única compañía de diez de

sus hombres, el rey pasó en su barco junto a la fortaleza de Hómburg. Todo se había llevado a cabo en silencio. Únicamente había originado algún alboroto el embarque de los caballos. Los restantes miembros del séquito real se quedaron en tierra para seguir luego al rey al día siguiente: allí quedaban con sus antorchas encendidas en la orilla cuando la barca comenzó a deslizarse por las aguas del oscuro Belt. El rey iba sentado en el último extremo de la popa. Todos los hombres que le acompañaban estaban viendo desde la roda su rostro iluminado por la claridad de las antorchas, adivinando la crítica situación. Nadie despegaba los labios. Pero cuando llevaban navegando un buen trecho, el propio rey decidió romper el silencio con una observación absolutamente trivial: pidió que le informaran sobre la corriente del estrecho y la desviación del rumbo. Su voz era tranquila. Sonó tan monótona y sin matices allí sobre la cubierta, que los que le acompañaban se quedaron impresionados y asustados. Nadie dijo una palabra. Un poco después, pidió que le informaran respecto a uno de los caballos, que se había puesto cojo aquel día: Miguel Thógersen le dio todos los detalles que sabía. Y luego todo volvió a quedar en silencio. El mar se alborotaba en torno del barco. En la roda iba un hombre con una antorcha encendida: parecía que las olas se acercaran buscando la luz. De cuando en cuando todos los ojos se volvían para ver si continuaba ardiendo como era debido. Iban sentados a lo largo de la barandilla de la borda, de espaldas al mar. Aquel silencio los atormentaba y los abrumaba como una carga intolerable. —No queremos que os estéis así callados como muertos —dijo de repente el rey en voz baja, en la que vibraba una nota de amenaza, característica en él—. Ese silencio equivale a un desacato —añadió, ofendido e irritado. Entonces la mayoría de aquellos hombres comenzaron a toser y, haciendo esfuerzos de imaginación, se dedicaron a hacerse mutuamente las más triviales preguntas que en aquel momento podrían ocurrir- seles: —Oye: ¿cuánto te ha costado esa armadura? —Oye: ¿cuántas veces has estado en Hamburgo?... Pero hablaban como el enfermo que se pone a hacer observaciones sobre la corriente de aire que entra por la ventana, pero que está pensando en la muerte. No obstante, cuando su conversación se hizo general, el rey descansó tranquilo. La sinfonía de aquellas voces mantenía levantado su ánimo, produciéndole la misma sensación que siente una niña que, caminando por el bosque a solas con un hombre desconocido, no hace más que hablar y hablar y hablar, y sólo oye su pobrecita voz solitaria resonar en el silencio del bosque. Los barqueros iban remando meditabundos, embutidos en sus húmedas pellizas de piel de oveja, cabeceando sobre los remos; sus ojos estaban en sombra bajo sus capuchones de pelo. Eran ciegameamente adictos a su rey: sus ojos de perros no

se apartaban de él. Los caballos, situados en la parte central de la barca, estaban bastante quietos y tranquilos; pero bufaban a veces de un modo inquietante al darse cuenta de la proximidad del agua y abrían grandes ojos bizqueando. La tea iluminaba con claridad oscilante el interior de aquella tosca y embreada embarcación. Ahora estaban hablando ya todos los hombres de a bordo. Con este murmullo de voces el rey recobró la paz interior suficiente para reconcentrarse y engolfarse en sus pensamientos. Mientras tuvo a la vista la costa de Jutlandia, permaneció tranquilo: ¡de aquella tierra había salido él! Una vez más desfilaron por su mente todos los detalles, complicaciones y enredos de su fracasado plan de gobierno. Pasó mentalmente revista al conjunto de la situación; hizo una síntesis mental del tiempo y calculó distancias; pesó las posibilidades y las contraposibilidades... Y cuando, tras un doloroso esfuerzo, vio la suma completa de todas estas cosas, no pudo por menos de bajar la cabeza y dejar las cosas en el estado en que estaban. Pero cuando las distantes luces de tierra desaparecieron y se hundieron en la lejanía; cuando ya la barca se deslizaba por el mar abierto del Belt donde no era posible darse cuenta de la marcha de la embarcación, se apoderó del rey la incertidumbre y la indecisión. Y cuando divisó las luces de Middelfart, le vino vivo al pensamiento el recuerdo del país que él había abandonado. Le había vuelto la espalda a aquella tierra, y, sin embargo, era aquel su reino; en su imaginación estaba viendo nítidamente a Dinamarca, como una realidad inmutable sobre las aguas del mar, una suma de regiones de todos los colores, un país. Y así es en realidad. Arrullada por dos azules mares, Dinamarca es verde en verano, herrumbrosa en otoño, blanca bajo el cielo invernal. Las riberas danesas parecen hacer señas de llamada desde lejos, maravillosamente tentadoras; los campos de cultivo daneses se comban dulcemente, se visten de mieses, y vuelven a desnudarse al paso de la hoz. El sol lanza abanicos de luz sobre las laderas del fiordo de Lim, donde el viento del Oeste sopla como un aliento familiar; los días se van sucediendo siempre distintos y siempre idénticos a la vez. Los pequeños fiordos y los fiordos tributarios repiten mil veces el rostro de Dinamarca; el Sund es como una puerta por donde se entra en la tierra definitiva. Aquí vienen a morir al mar los pequeños ríos daneses; los bosques crecen en la vecindad del mar; vemos una gaviota solitaria, oímos el bullir de una liebre entre los brezos de las landas. El sol y la vida libre de cuidados: esta es Dinamarca. Ahora que el rey ya había, en realidad, abandonado a su patria —pues en el fondo de su corazón estaba seguro de que ya la había abandonado—, la imagen de Dinamarca entró en su alma de un modo tan avasallador, que ya no le fue posible arrancar esta idea obsesiva de su mente. —¡Marcha atrás! ¡Virad!

—ordenó el rey de repente, poniéndose en pie. Todos los que con él iban a bordo, se quedaron instantáneamente callados como un solo hombre. Los barqueros se quedaron inmóviles con los remos en las manos y la mirada perdida en el vacío. El rey Cristián repitió la orden con tono de impaciencia, pero amable al mismo tiempo. Los barqueros obedecieron, haciendo virar la pesada barca en medio del mar. Remando siempre a la misma velocidad, volvieron a entrar en el Belt. Las luces de Middelfart se fueron perdiendo en la lejanía. Nadie osaba preguntar al rey qué es lo que se proponía ahora; pero todos se pusieron tan contentos que se volvieron a quedar callados para ocultar su alegría. No tardaron, sin embargo, en acordarse de la anterior orden del rey, y cuidaron de mantener viva la conversación. El rey volvió a recobrar ánimos y energías apenas cambió de rumbo el barco, pues volvía a recordar sus designios de rey, volvía a reanudar los proyectos de toda su vida, y, conforme iban éstos surgiendo ante él, se iba sintiendo más fuerte. Su misma resolución de cambiar de rumbo volviendo hacia Jutlandia le hacía confiar en que podrían superarse todas las dificultades; ahora ya sólo pensaba en sus proyectos. No hacía más que pensar en el futuro, en la unión de los pueblos escandinavos; se estaba imaginando la calma, la tranquilidad y el reconocimiento popular de que iba a disfrutar en medio de sus reinos. Se confirmó en las medidas y disposiciones que pensaba adoptar; repasó mentalmente las leyes y reformas que había pensado dictar y las tuvo por excelentes. Recordó su proyecto de poner un dique a la corriente del tráfico comercial procedente de Lübeck para desviarla y encauzarla por sus tierras. Una vez más examinó lo que había de absurdo y pernicioso en los privilegios que gozaba la nobleza. Le alegraba pensar en las ciudades y villas comerciales; en el futuro fomento de agricultura en gran escala; en la clase campesina, que debía gozar de la libertad de sacar riqueza de la tierra que cultivaba. En su imaginación estaba viendo todos los estamentos de su reino en forma de enormes y dilatadas capas sociales escalonadas, y vio la necesidad de elevar a un plano superior la más extensa de aquellas capas, haciendo bajar a las capas altas hasta que se igualaran, ejerciendo una continua presión sobre la gran palanca que él empuñaba en su mano. Y luego... Y luego... ocurría que el rey Enrique estaba sentado en el trono de Inglaterra. ¿Con qué derecho? ¿No había Inglaterra pertenecido en otro tiempo a Dinamarca? Por allí habían navegado flotas danesas en tiempos pretéritos. Si los reinos nórdicos se unían en un bloque, podrían muy bien volver sus zarpas hacia el Occidente. «Podremos reunir —pensó— tanto y tanto dinero... cuando las leyes, la unificación del Norte, el Comercio y la Agricultura atraigan el oro hacia el Norte; podremos disponer de tantos y tales soldados que, por más que rujan las tormentas y los huracanes, nada

podrá impedir que las balas danesas le levanten la tapa de los sesos a los acantilados de Dover.» El Emperador Carlos de Alemania era cuñado del rey. El lo conocía, pero no lo admiraba. El rey Francisco de Francia no era tampoco ningún hombre superior a los demás. Ahora bien: aun cuando estos monarcas permanecieran inmovibles en su trono, él se pegaría con ellos por la conquista de los reinos del Nuevo Mundo que Colón había puesto a los pies de Europa. ¡Barcos, barcos, barcos! El Norte tenía derecho a percibir su parte, y la percibiría. De allí afluiría dinero, de allí nacería para el Norte un nuevo poderío y vendrían nuevos barcos. ¡Barcos, barcos! El escandinavo llegaría muy lejos mientras hubiera mundos que conquistar. Pero aquella confianza y fe del rey empezó a disminuir cuando volvieron a ver sus ojos la tierra de Jutlandia. No se veía la menor luz en la orilla. La barca navegaba tan ceñida a la costa que la ribera y la fortaleza de Hómborg emergieron de repente en medio de la oscuridad grisácea de aquella noche. En el interior el territorio aparecía jaspeado con diseminados restos de nieve que se estaba fundiendo; cornejas y chovas alzaban el vuelo, chillando, de los árboles desnudos. En la fortaleza todas las luces estaban apagadas. Por todas partes se cernía la noche pesada y húmeda. La visión de la tierra continental hirió al rey como un mazazo. Se dio cuenta de la amarga realidad: de que el pueblo estaba soliviantado y amotinado contra él. Aquello era muy serio. Y como ya anteriormente se le había hecho evidente lo irremediable de la situación, le era ahora más fácil convencerse y confesarse a sí mismo la amarga verdad. Todavía vibraban en su mente ideas y recuerdos que contribuían a abatirlo y descorazonarlo; todavía conservaba vivencias de todos aquellos años que él había estado gobernando. Infinito cansancio, desengaños, cálculos y esfuerzos a diario a lo largo de diez años. Había sojuzgado dos veces a Suecia por la fuerza de la espada. Aquello le había costado caro, y él había ocasionado males irreparables en multitud de aspectos. Y ahora se encontraba en la misma situación, sin haber avanzado un solo paso. Había consagrado a Dinamarca, hasta el máximo, todas sus facultades y talentos, todas sus noches y sus días, y ahora los daneses se lo agradecían destronándolo como a un administrador infiel. ¿Habría la posibilidad de conseguir algo de aquel pueblo que se mostraba hostil a él? En cada caserío de aquellos dilatados reinos suyos había una terquedad obstinada; en cada hombre había una desesperante miopía, con la que él tenía que luchar o que tendría que vencer por sorpresa y con astucia. Y todo por un elevado proyecto que ningún danés era capaz de ver y comprender. Era una lucha desigual. Eran muchos los obstinados, y era uno solo —él— quien tenía un plan de gobierno que era preciso meter en todas las cabezas. Y ahora resultaba que los pobres y

los oprimidos, a los que él quería levantar, pero que no sabían ver más allá del plano de sus necesidades del momento, habían salido de sus cabañas —diseminadas desde el Skage hasta el fiordo de Vejle— con sus hachas y sus mayales... sólo porque él había querido imponerles contribuciones y gabelas para poder salvar el reino. No. Ya no había ninguna carta que jugar. En todos los puntos de Dinamarca no había más que mentalidades estrechas y cabezas tercas, corazones cerrados, bolsas cerradas, anquilosamiento, malevolencia, estupidez... Ya la barca había atracado y ya iban a desembarcar, cuando el rey les ordenó largar velas y zarpar de nuevo rumbo a Fionia. En su voz no había más que una expresión de total desaliento; pero, al notar que ellos no se daban prisa en ejecutar su orden, se puso furioso. Entre los hombres del séquito del rey se produjo un silencio de muerte. Y mientras avanzaban navegando de nuevo hacia Fionia, no se oyó pronunciar una sola palabra a bordo. Cuando la barca arribó a Middelfart el rey desembarcó en el acto y subió las escaleras de la casa más próxima. Era una hora muy avanzada de la noche. El ruido de las llamadas despertó a los criados, cuya confusión fue enorme. El rey pidió alojamiento para pasar allí la noche. Mientras que le preparaban la habitación y la cama, mandó que le trajeran una vela y se puso a escribir. Quería intentar ahora su último esfuerzo, y escribió a varios de los jefes del levantamiento. El asco que había sentido de Dinamarca y de toda la situación al ver de nuevo la costa de Jutlandia, se le había disipado momentáneamente en el mismo instante en que adoptara la resolución de virar por segunda vez. Una vez que hubo escrito estas cartas en Middelfart, se quedó tranquilo, abrigando grandes esperanzas en el secreto de su corazón. El rey hizo una parca cena en compañía de Ambrosio Bogbinder (el Encuadernador), que estaba con él aquella noche. Luego conversaron acaloradamente por espacio de una hora. El rey se expresaba en términos violentos, y Ambrosio también se olvidó un poco del terreno que pisaba. Este estaba en contra de toda negociación, y deseaba persuadir al rey a que reuniera un ejército en las islas y se lanzara a exterminar aquella miserable alma de perro de las gentes continentales. El alma de Ambrosio vibraba de cólera sólo al pensar en aquella gentuza danesa. —¡Que sí, que sí, que sí! —decía el rey, dándole exteriormente la razón. Pero al hablar tenía la mirada ausente y no escuchaba. La vela hilaba una cuerda de humo sobre la mesa de la sala de aquel pequeño burgués. Pasaba ya de la medianoche. El rey se levantó y se asomó a la ventana para inspeccionar el estado del tiempo. La noche estaba inalterablemente húmeda y nublada. —Bien —dijo regresando de la ventana. Dio varios pasos girando en torno de sí mismo. Luego se detuvo, y alzando la vista, movió enérgicamente la cabeza como afirmando. ¡Ya

estaba decidida la cuestión! Cuando el rey comunicó esta decisión al impresor Ambrosio, éste se quedó petrificado. —Pasaremos al otro lado del mar —dijo el rey con voz grave—. Tal es nuestra determinación. Media hora después zarpaban de nuevo. Y la determinación del rey era irrevocable. Se figuraba ya que estaba avanzando muy lejos por el interior de Jutlandia: ya en su imaginación se estaba viendo a sí mismo llegar a Viborg montado en su caballo. Porque ahora él había decidido realizar lo más difícil y arriesgado: ¡ceder! Sí. El cedería de sus derechos a trueque de conseguir su objetivo final. No le importaba tener que esperar: cuando volviera a empuñar las riendas, aunque fuera solo de momento, él reuniría a los estamentos en la asamblea de la Cámara Legislativa de Viborg y les prometería hacer las concesiones que ellos exigían. A medida que la barca iba avanzando laboriosamente, más se iba afirmando el rey en esta idea. Y ahora comprendía al fin la gran locura que había cometido aquel día en Estocolmo al asestar aquel golpe. Y no es que él considerara aquello como un pecado ni como un desacierto. Creía que no le había quedado más remedio que hacerlo... Y, sin embargo, había sido aquel un grave error si sus consecuencias llegaban a agigantarse y hacerse aniquiladoras. Era positivamente cierto que no había querido contar con la opinión de sus súbditos, la cual no deja de ser una realidad de gran importancia, aunque sea idiota y absurda. Además, él tenía que contar indefectiblemente con la sed de venganza del pueblo bajo, con su estupidez y con su ignorancia, del mismo modo que el tirador apunta más arriba del blanco a causa de la trayectoria parabólica de la flecha. ¡Sí, cedería, haría concesiones! En cuanto volviera a empuñar las riendas del Gobierno, tendría ocasión de cortarles las alas a aquellos hombres probos que querían medrar y engrandecerse aprovechándose de sus concesiones. De una rápida ojeada catalogó mentalmente a un centenar de capitostes daneses, seleccionando a aquellos a los que él pensaba someterse. Pero el rey no pasó más allá del Belt. A la mitad de la travesía, sufrió un desvanecimiento. Abatido por el cansancio y las emociones, sintió como un síncope, un dolor agudo al lado del corazón. Cuando casi habían alcanzado la costa de Jutlandia, dio nuevamente orden de virar en redondo. Quería dirigirse a Middelfart para poder al menos dormir tranquilo durante la noche. Así, pues, tomó el rumbo de Fionia. Una vez más era él quien dejaba a su espalda todo aquello. Y ahora que se sentía tan aplastado que temblaba, ahora que estaba oprimido y sacudido por las emociones, se sintió asaltado por el espanto de su propia indecisión aniquiladora. Veía cómo estaba navegando eternamente hacia delante y hacia atrás dentro de aquel estrecho. Veía que era absolutamente incapaz de decidirse por una de aquellas dos direcciones. Era la duda, que

había entrado en posesión de él. Cuando descubrió que dudaba, la duda se agravó. Aquella duda ya no se refería a la defensa o abandono de su causa. Era más honda: se trataba ya de él mismo, de su propia persona. La suerte futura de los reinos, los movimientos de los ejércitos, la guerra y la contraguerra, todo eso se fue perfilando y contorneando en la mente del rey hasta convertirse en una sentencia de muerte. Y él estaba consciente de todo esto. De este modo la duda lo estaba destronando de su condición de rey, del que quedaba solamente un pobre ser humano, calenturiento e indeciso. Y, a pesar de todo esto, el rey Cristián se volvió de nuevo atrás cuando vio resplandecer las luces de Middelfart. Y es que en cuanto él descubrió que dudaba, se quedó tan desplumado, tan terriblemente vacío de toda esperanza, que adquirió una especie de tranquila calma: la calma de la desesperación. Estaba completamente seguro de su duda, y lo estaba de un modo tan definitivo que, por un extraño proceso inverso, volvió a concebir una nueva esperanza. Entre tanto, lo habían ido abandonando sus fuerzas. Y cuando se iba aproximando a Jutlandia, comprendió que, después de esto, ya nunca volvería a ser un hombre en Dinamarca, puesto que Dinamarca lo había convertido en el Hombre que Duda. Se persuadió de que tenía que abandonar el país como un hombre abandona a la mujer que ha contemplado su derrota. Y una vez más puso rumbo a Fionia, enfermo de vergüenza y de dolor. Pero aún el barco no había llegado a la mitad del Belt, cuando ya estaba dando orden de volver hacia Jutlandia, hacia Dinamarca, como un hombre se vuelve hacia la mujer que ha sido testigo de su impotencia. Porque en el mismo sitio en que un hombre ha sufrido una derrota, allí debe ir a buscar el desquite y la victoria. Se puede triunfar sobre toda la tierra; pero un hombre no conseguirá levantarse antes que haya vuelto a triunfar en el lugar que fue escenario de su derrota. El rey mandó virar de bordo y poner proa hacia Jutlandia. Pero estaba cansado y angustiado. Estaba en un estado tan digno de lástima como es capaz de estarlo un ser humano. Aquella fue la noche de la desesperación del rey Cristián. Aquella noche fue su ruina. Siguió navegando hacia delante y hacia atrás, hasta que amaneció la luz del nuevo día. Cuando salió el sol, el rey se encontraba en las cercanías de Fionia. Y se quedó allí simplemente porque la casualidad lo había puesto allí. Pero no: el que se quedara del lado de Fionia no era un accidente casual. No era que la salida del sol viniera a poner fin a la torturadora indecisión del rey. No. Está escrito que aquel que duda, siempre terminará renunciando. Siempre terminará dejando que se pierda la causa que ha sido objeto de su duda...

EL TESORO

EN el año de 1523 llegaban a Amsterdam cuatro soldados alemanes, los cuales se presentaron ante un comerciante judío de aquella ciudad para mostrarle un documento redactado en hebreo: era un pagaré por valor de treinta mil florines. El documento era a todas luces auténtico. Por otra parte aquel comerciante judío conservaba en depósito la suma que figuraba en el pagaré, pero declaró insistentemente que la suma que aparecía en el documento correspondía en derecho a un tal Axel o Absalón, nieto del judío Mendel Speyer, quien había depositado en sus manos aquella suma para su custodia. Los soldados explicaron que habían recibido aquel documento de manos de una muchacha llamada Lucía, y que ésta lo había recibido de su legítimo propietario; que ellos lo habían mandado luego interpretar, e insistieron en que el dinero correspondía legalmente al portador del pagaré. Como el mercader se negara a hacerles entrega del dinero, los cuatro soldados llevaron el asunto a los tribunales, los cuales les dieron a ellos la razón y el derecho de cobro, haciendo que se les pagara aquella enorme suma en las mismas treinta mil monedas de oro que un día Mendel Speyer había confiado a la custodia del mercader. Los cuatro soldados se repartieron el dinero, y, ya convertidos en hombres ricos, emprendieron el viaje, dirigiéndose cada cual a su tierra. Uno de ellos, apenas estuvo en posesión de su parte del tesoro, se compró un carro de bueyes para poder transportarlo; aquella misma noche, cuando iba conduciendo muy tranquilo su carro, unos forajidos lo mataron a palos en un poblado situado a dos leguas de Amsterdam, El segundo pudo llegar hasta su tierra natal, situada en la zona del Rin, y allí enterró en un lugar secreto su dinero. Murió solo y en la mayor miseria, sin haber gastado ni un ochavo de aquel tesoro. El tercero gastó todo su dinero en el juego, hasta que ocho años después apareció en Turín convertido en mendigo. El cuarto también acabó mal: después de haberlo disipado todo en fiestas y orgías, murió miserablemente a los noventa y siete años de edad. Axel descansaba en paz en el cementerio de Graabólle.

INGER

PERO Inger —¡pobre Ingerí— estaba infinitamente triste. Se retorció las manos llorando noche y día por su prometido. Todas las noches, cuando lloraba, se asomaba a la ventana de su aposento para mirar, por encima del fiordo, hacia Himmerland. Las noches eran entonces luminosas y el cielo estaba despejado día y noche. Inger sentía una tristeza infinita. Cuando Axel, en su sepultura del cementerio de Graabólle, se enteró de la tristeza inconsolable de Inger, alzó su fatigada cabeza en el seno de la tierra húmeda y se puso en pie. El viento corría libremente por el cementerio susurrando. De entre las sepulturas emergió la sombra del Caballo Hel¹⁰, que se puso a caminar pacientemente detrás de él. Pero Axel, tomando el ataúd a cuestas, transpuso a pie la enrejada puerta del cementerio. Cruzó por las landas cubiertas de brezos en dirección al fiordo, caminando penosamente, fatigosamente, a través de aquella noche luminosa de Dinamarca. El cielo estaba blanco a un lado y amarillo al otro. La tierra aparecía sumida en una penumbra crepuscular. El fiordo resplandecía: allá por Salling sus orillas corrían tranquilas y confiadas. Por los montes tapizados de brezos avanzaba un hombre muerto trazando círculos; se detuvo mirando a Axel con ojos de pena, y reanudó su marcha con el ataúd a cuestas, perdiéndose de vista en el hondo camino, para volver a aparecer caminando y dando vueltas en su soledad. El sol se hundió bajo la tierra por el lado del Norte, donde el cielo era amarillo. El viento iba cargado de rocío y de emanaciones de flores; todas las plantas dormían y soñaban, preñadas de gérmenes de vida. Axel llegó al Hvalpsund y vio cómo las olas se seguían unas a otras fieles como perros. Sin que nadie pudiera detenerlo ni impedirlo, pasó al otro lado del estrecho y llegó a Kvorne. Vestido con las ropas con que había sido enterrado, se detuvo a la puerta de la alcoba de Inger, y llamó. Estaba exhausto de fatiga. —Inger, levántate y ábreme. Inger oyó la llamada, pero se quedó acostada durante un momento, escuchando. El viento silbó muy quedo en el ojo de la cerradura. ¿Acaso aquella llamada no era más que la voz del viento sin asilo que pedía albergue allí fuera? Ella notó que alguien cambiaba de postura moviendo un pie en el umbral. Alguien volvió a llamar con una voz llena de paz y buena voluntad. —Inger, levántate y ábreme. Ella se levantó con los ojos arrasados de lágrimas. Era un llanto incontenible. Pero sintió miedo, vaciló y se demoró en abrir. Se le había ocurrido que acaso era el propio Axel el que llamaba. —¿Puedes pedírmelo en nombre de Jesucristo? —preguntó ella llorando desde dentro—. En ese caso te abriré. —¡Sí que puedo, Inger! —contestó Axel. Tenía la voz enronquecida. —Puedo pronunciar el nombre de Jesucristo, ahora como antes... En nombre de Jesucristo, ábreme, Inger. La muchacha abrió, temblando, la puerta, y vio a Axel en pie allí en el umbral, encorvado bajo aquel negro ataúd y con las ropas llenas de tierra. ¡Era Axel, en realidad! Pero cuando se sentaron el uno cerca del otro, Axel no encontró palabras para tranquilizarla y consolarla. Inger lloraba desesperadamente. Tenía la boca abierta. La fuerza de los sollozos sacudía su pecho. Inger lloró largo rato, lloró ciegamente. Aquel júbilo incontenible en medio de su pena, desató todas sus dormidas energías, hasta el punto de que casi se sintió morir. La noche era tranquila. Sólo se oía el soplar del viento. Inger, que había descargado su corazón a fuerza de llorar, se sintió dichosa y se puso a peinar los cabellos de Axel. Continuó llorando, pero ya entre sonrisas. Los cabellos de Axel estaban fríos. Fría estaba su cabeza como un guijarro recién desenterrado. —Tienes el pelo lleno de tierra y grava —decía Inger, feliz y

llorosa—. Hay piedrecillas en el dorso de tus manos. Axel volvió, pensativo, sus manos sin vida. Sí, tenía tierra en las manos y también en la boca. —¡Qué frío estás! —prorrumpió Inger. Su voz se tornó ronca con el frío glacial que la hacía estremecerse toda. Se puso contenta. Lloraba e hipaba a la vez. Ella le peinaba delicadamente los cabellos. Y él inclinaba la frente hacia su amada. La noche era tranquila. El amarillo resplandor procedente del Norte entraba por los cristales. Afuera arrullaba el viento.

* * *

—Dime: ¿cómo te encuentras en el lugar ultraterreno donde moras? —preguntó Inger, cariñosamente, llena de temor y solicitud. ¡Se sentía tan bien allí, sentada a su lado en la blanca habitación, en aquella noche amiga!... —Dentro de mi mundo estoy muy bien —contestó Axel dulcemente—. Estoy muy bien cuando tú te consuelas, Inger. Cuando tú cantas y estás alegre, yo estoy indeciblemente feliz. Entonces mi lecho de paz eterna está lleno de rosas: yo duermo sobre rosas en el paraíso. ¡Qué paz y descanso maravillosos cuando tú estás contenta, canturreando en tu aposento! —Entonces, ¡déjame ir contigo! —rogó Inger, deshecha otra vez en llanto—. Llévame allá a descansar contigo. —Cuando tú estás triste; cuando exhalas gemidos por mí, Inger; cuando tú lloras, mi lecho se llena de sangre. Inger querida, ¿por qué suspiras ahora por mí? Los muertos tienen que permanecer en su eterna morada. ¿Por qué lloras por mí? Yo ya no estoy en este mundo. ¿Por qué sigues amándome? Axel hablaba pacientemente, moviendo la cabeza para subrayar sus palabras. Axel se había vuelto inteligente más allá de toda comprensión humana.

* * *

—¿No vas a besarme? —susurró ella con voz apenas perceptible, a la vez que se arrimaba a él, temblando. Él no se movió. Entonces ella quiso abrigarlo y darle calor. Arrimó su corazón al de él para calentarlo. Trató de demostrarle toda su ternura. Pero él no pertenecía a este mundo. Entonces ella lo llamó tímidamente por su nombre con la secreta esperanza de que se hubiera quedado dormido. Pero él estaba despierto. Extraordinariamente despierto. Y pasó la noche. —Ya canta el gallo anunciando la proximidad del día —dijo Axel de pronto. Inger no quería soltarlo de sus brazos. —Ya está blanqueando el cielo. A estas horas todos los muertos están volviendo a su eterna morada —añadió Axel, empezando a inquietarse. Pero ella posó su cabeza sobre su corazón frío. —Ya se están poniendo rojas las vidrieras con el rosicler de la aurora —balbució Axel, con voz sorda—. Pronto saldrá el sol. Ahora tengo que volverme a mi morada. Pero cuando Axel se hubo retirado de la casa, Inger se quedó tan desesperadamente inconsolable, que hizo caso omiso de las recomendaciones de él, y, retorciéndose las manos, se lanzó en su seguimiento, alcanzándolo al fin en la oscuridad del bosque. Ella caminó a su lado, llorando cada paso que daba, hasta que salieron del bosque y llegaron junto a una playa despejada. Y entonces vio ella que el color de Axel se iba marchitando. —Llévame contigo —suplicó ella, loca de pena y de dolor. Y él se id llevó consigo a través del estrecho, cuyas olas

resplandecían ya. Ya se inflamaba el cielo por el oriente cuando ellos cruzaban la landa cubierta de brezos. Y cuando llegaron al cementerio, salía el sol. Al resplandor del amanecer, Inger vio que los ojos de Axel se disolvían, y que sus mejillas desaparecían dejando los huesos al descubierto. Sus pies desnudos habían sufrido del contacto con la tierra. —¡Ahora ya nunca más vas a llorar por mí! —dijo Axel a su amada, con un frío glacial en su voz—. ¡No llores más por mí! —suplicó y ordenó Axel. Pero ella no era capaz de soltarlo de sus manos. Axel sonrió en silencio. Permaneció un rato inmóvil y silencioso, con un extraño aire de dignidad y autoridad. —Levanta los ojos; mira al cielo —le dijo él sonriendo con infinita dulzura, y a la vez con impaciencia—. ¡Mira! ¡Mira qué jubilosa y alegre se va la noche! Inger alzó los ojos al cielo, mirando a las estrellas palidecidas. Y la figura de Axel muerto desapareció de la tierra. Inger no lo volvió a ver más.

TERCERA VUELTA AL HOGAR

POR las laderas de los cerros situados al sur de Graabólle caminaba un anciano tocado con sombrero de peregrino y con una concha colgada del cuello por un cordón. Cruzando sus brazos sobre el bordón de peregrino, se detuvo un momento para contemplar, por encima del valle, el brazo del fiordo y las bajas colinas. Era Miguel Thógersen. Regresaba una vez más a su tierra natal. El paisaje aparecía igual que siempre a sus ojos; pero la tierra le parecía más llana. Era en el mes de septiembre. El sol brillaba con una luz fría. Gorriones y estorninos volaban en bandadas en torno de los almiarés de trigo en el pueblo situado al otro lado del valle. Abajo, junto a la desembocadura del río, estaba el lugar donde había nacido Miguel. Vio que se había construido una casa nueva junto a la antigua. Y ahora se extendían muy arriba por las laderas campos que antes nunca habían sido cultivados. —¿Vivirá todavía Niels? —se preguntó Miguel. Sí; Niels vivía todavía. Pero ya estaba muy entrado en años. Niel se encontraba solo en la sala cuando llegó Miguel a la casa; estaba sentado a la cabecera de la mesa, soñoliento, lleno su pelo gris de pajas y cascarillas de avena. Acababa de levantarse de su siesta. Las moscas hormigueaban en el borde del jarro de cerveza y revoloteaban zumbando cuando Miguel entró. Cuando Niels vio a su hermano con aquellas vestiduras sagradas de peregrino, se persignó en silencio. Poco a poco se fue pintando en su rostro una expresión de sorpresa, mientras se apoderaba de él el júbilo. Miguel se sentó en silencio. Hablaron en voz baja para no turbar la tranquilidad de la casa. —Los chicos están allá, durmiendo —le dijo Niels—. ¡Vaya, hermano, seas bienvenido! ¿Estarás muy cansado? Tienes que estarlo... ¿No tienes ganas de beber algo? ¡Estas cochinas moscas! Espera un momento... Niels sacó su barril de cerveza fresca, y volvió a sentarse para proseguir la conversación. Estaba íntimamente gozoso. De su boca salían las preguntas y exabruptos de aquel modo rápido y sin matices que siempre fue característico en él. Aparte esto, tenía una mirada más viva y una mayor agilidad de movimientos que el Niels de antaño que Miguel recordaba. Pero también era cierto que en su modo de ser había influido el hecho de que se había hecho granjero independiente en la localidad. —Pues sí, el viejo se ha ido —exclamó Niels en voz baja, emocionado por el recuerdo—. Nuestro padre murió pocas semanas después que tú estuviste aquí la última vez... Lo sacamos de aquí a hombros. De aquello hace ya doce años largos. Era muy anciano. Miguel guardó silencio. Las moscas zumbaban sobre la recién fregada mesa. —Yo

apenas hubiera creído que tú volverías a entrar todavía en esta casa —rió Niels esquivando la mirada de Miguel. Pero de repente miró sorprendido a su hermano: —También los dos nos estamos volviendo ya viejos, Miguel. Miguel miró al techo, meditabundo, haciendo un movimiento de asentimiento con la cabeza. Luego Niels se puso a hablar de otras cosas. Se había ido animando paulatinamente. Se levantó. —¡Pues sí que es verdad que has vuelto, por increíble que parezca, Miguel! Este será siempre un día memorable. Voy a llamar a los demás. Niels salió y al llegar al patio empedrado, se detuvo y se puso a llamar con voz alegre a sus hijos, pronunciando sus tres nombres: —¡Andrés! ¡Thoger! ¡Juanito! Miguel se había quedado en la sala mirando en torno suyo y cambiando de postura sus cansadas piernas. —¡Sí! ¡Ya voy! —cantaron en el henil los ecos de las voces de los muchachos, despertados bruscamente. Uno de ellos se quedó largo rato gritando y escandalizando, medio en sueños, como si estuviera aterrorizado por alguna visión espantosa. Miguel oyó a Niels reír suavemente sobre el empedrado. En aquel instante se abrió la puerta que comunicaba con otra habitación y entró la mujer de Niels. Los hijos fueron apareciendo uno tras otro, dirigiendo sendas miradas de asombro al peregrino que estaba allí sentado en el banco. Los tres eran ya chicos crecidos. —¡Aquí tenéis a vuestro tío Miguel! —dijo Niels con acento alegre de hombre contento. Miguel escudriñó los rostros de los tres jóvenes, encontrando en todos ellos los rasgos típicos de la familia. Servieron la mesa. Mientras Miguel comía, toda la familia estuvo sentada en torno de él. Niels parecía comerse con los ojos al recién llegado, alegrándose al ver su buen apetito. Su mujer y sus hijos se mantenían a una cortés distancia, callados, contemplando sin cesar a Miguel con una amable curiosidad. Miguel comía al mismo tiempo que iba contestando a las preguntas que le hacía Niels. —Y esa concha tan grande, ¿qué significa? —La traje de Jerusalén. En ella comíamos lo que la gente quería darnos durante el camino. ¡Fíjate! Niels se quedó callado, pensando. De pronto miró cohibido y al mismo tiempo con mirada cordial a su hermano. Iba a preguntarle algo, pero desistió, paralizado por algo que él no comprendía. Se quedó un rato caviloso. —Pues... lo que quería decirte: tú te quedarás esta vez con nosotros durante algún tiempo. Tienes que contarnos muchas cosas, tú que has visto tantas por el mundo. Niels tenía la mirada ausente. Luego, bruscamente, se echó atrás apoyando la espalda contra la pared. —Has de saber, Miguel, que tenemos novedades en esta comarca —explicó, bajando la voz—. ¿Tal vez lo sabías ya? Miguel levantó los ojos del plato y negó con la cabeza. Pero, ante la cara que él puso, Niels desistió de seguir hablando de aquel asunto, diciendo que de eso hablarían más tarde. Los demás sabían

a qué se refería Niels: su mujer bajó la vista precipitadamente con una expresión de temor; Thóger, el hijo mayor, se mostró reconcentrado y con la mirada alerta como un hombre que está a punto de saltar de su asiento. Por la tarde Niels y Miguel salieron a dar una vuelta para echar un vistazo a las tierras y dependencias del caserío. Ahora Niels golpeaba ya muy poco en el yunque. Había comprado terrenos, consagrándose al laboreo del campo. Tenía una gran hacienda. La granja de Elkár, que así se llamaba, era una de las mejores propiedades de las situadas en la cuenca del río. Estando los dos callados en medio del campo, notó Miguel que Niels manifestó de repente una gran inquietud y agitación, pero se serenó al instante. Recogió una paja de la rastrojera y empezó a hablar con una tranquilidad que alarmó a Miguel: —Estamos a punto de tener guerra en nuestra patria. Es inevitable... Se interrumpió lanzando un par de resoplidos nasales. Luego prosiguió con el mismo tono sencillez de voz: —Claro está que tú no sabes gran cosa de la situación, puesto que has estado mucho tiempo en el extranjero. Pero sí es cierto: vamos a entrar en guerra los hombres de esta región. Ahora te voy a explicar... Y Niels comenzó a explicar los antecedentes y el estado de la situación. Las discordias y el descontento reinantes en el país habían durado demasiado. Los señores de la nobleza tenían al rey Cristián secuestrado y prisionero en Sónnerborg. Pero ahora todos los campesinos del país se reunirían y lo rescatarían. Ellos querían hacer valer sus derechos y sus opiniones. Ya hacía mucho tiempo que los de Vendel habían tomado esta resolución. En Salling los campesinos comenzaban también a unirse y concentrarse. —Pero los de Himmerland no queremos quedarnos atrás ni ser menos que ellos —declaró Niels, dominándose con un esfuerzo que casi superaba sus fuerzas—. Hemos comenzado a afilar nuestras hachas. Niels se pasó la mano por los ojos, que se le habían congestionado, y tosió con violencia. —Ven conmigo. Vas a ver algunas cosas... Niels se puso en marcha delante de Miguel conduciéndolo al interior de la pequeña forja, donde todo parecía estar igual que en vida de Thóger. —Ultimamente hemos tenido muchísimo trabajo y trajín en la fragua —susurró Niels—. Pero tanto Andrés como Thóger saben manejar el martillo magistralmente. Hemos enmangado muchas guadañas para armar al pueblo. Pero también nos quedaron algunas horas libres para atender a nuestras necesidades. Ahora vas a ver. Niels fue a buscar al rincón una gran hacha. La hoja todavía presentaba visos iridiscentes de haber estado recientemente puesta al rojo vivo. —Hemos hecho ya muchas como ésta —siguió Niels con voz sorda. Alargó su mano para coger otra. —Mira: aquí tienes la mía. ¿La conoces? La he puesto acero nuevo. Miguel conocía perfectamente aquella hacha, que había sido de su padre desde los

tiempos a que alcanzaba su memoria. —El viejo no quería desprenderse de ella —prosiguió Niels—. Y es que esta hacha era la que empuñaba nuestro abuelo cuando cayó muerto en los campos de Aargaard, en el señorío de Han. Hace de esto noventa y tres años. En aquella ocasión los campesinos se lanzaron a la guerra, pero fueron derrotados y aplastados. No lo olvidamos. No queremos que eso ocurra ahora... Con voz extrañamente imperiosa y autoritaria, Niels llamó: —¡Andrés! ¡Thóger! ¡Juanito! Los tres jóvenes acudieron casi en el acto. Entonces Niels levantó su pequeña cabeza y puso su mano sobre el hacha paterna. Los hijos le rodearon, fijando en su rostro una mirada intensa. El no despegó los labios: pero los muchachos le comprendieron perfectamente. Miguel bajó los ojos. No quería mirar a su hermano con la mentalidad y el espíritu del soldado. Aquello no le sentaba nada bien. Y, no obstante, Miguel se sintió dolorosamente confuso y lleno de deshonor. Se acordó de su padre, que fue un hombre de honor. En los días que siguieron, fueron acudiendo a la finca de Elkár numerosas personas con diferentes herramientas, para que se las transformaran en armas. Se discutió mucho, a veces apasionadamente —aunque siempre con sumo secreto y en voz baja— sobre los próximos acontecimientos. Miguel sacó la impresión de que Niels tenía gran ascendiente y autoridad entre las gentes de la comarca. Sin embargo, el caudillo tácitamente aceptado por todos era un hombre de Graabólle llamado Severino Brok. El viejo Thóger hubiera llegado a ser indudablemente el caudillo supremo si estas cosas hubieran ocurrido en sus tiempos. La atmósfera se fue cargando rápidamente. Las gentes no tardaron en ver cómo todos los días pasaba algún jinete a todo galopar por el camino real. Con frecuencia se topaba uno con campesinos completamente desconocidos en la comarca. Con este ambiente enrarecido pasó el mes de septiembre. —¿Sabes, Miguel? No nos sería difícil facilitarte otras ropas— le dijo un día Niels a Miguel, exteriorizando torpemente la idea que hacía mucho tiempo venía incubando. Miguel sonrió. —¡Si tú quisieras unirme a nosotros y tomar parte en esta empresa!... Niels estaba sosteniendo ante su hermano un traje completo y listo para vestírselo. Pero Miguel negó con la cabeza. Y al reflexionar sobre esta proposición, sintió que ya se había vuelto viejo. —No, no, Niels —dijo en tono serio—. No. En mis buenos tiempos yo he tomado parte en numerosas batallas, aun cuando haya sido en lugares donde yo no tenía motivos para luchar. Cierto. Pero ahora me siento cansado. Ahora son ya personas mayores aquellas que eran todavía niños cuando yo comencé a vestir el uniforme de soldado. Si yo he de prestar algún nuevo servicio al rey, será en otro terreno. Pero tú puedes, eso sí, permitirme que me quede aquí para ver cómo marchan las cosas. Niels

asintió con la cabeza, completamente decepcionado, pero convencido. Todavía transcurrieron algunos días de paz y tranquilidad completas. Todos estaban preparados para los acontecimientos y se limitaban a esperar. Todos adoptaban la actitud del que espera que la guerra vendrá del exterior. Nadie sabía a ciencia cierta cómo se originaría la lucha. Todos los días Niels se lavaba y se peinaba los ralos cabellos gris acero como para una fiesta. Al caserío no se hacían encargos ni pedidos que no fueran los estrictamente necesarios. Los hijos de Niels permanecían ausentes del pueblo la mayor parte del tiempo. Solían reunirse con frecuencia en Graabólle con los demás jóvenes. La mujer de Niels hacía calceta preparando medias: estaba todo el santo día atareada casi sin tiempo de respirar, sentada en su banqueta, derecha como una vela. En estos breves días, Miguel y Niels hablaron largamente sobre su padre. Niels se movía dentro del caserío, ocupándose del huerto, recordando constantemente al viejo. Miguel andaba siempre pegado a él, con su blanco sayal de peregrino, escuchando todos los pequeños detalles de la vida de aquellos días ya lejanos. Niels hablaba con acento vivo y animado, salpicando la conversación con finas ocurrencias típicas en él, de modo que cada historia, por insignificante que fuera, excitaba la imaginación de Miguel. Por fin, el último día, Niels le refirió a su hermano una historia cuyo relato él había ido aplazando visiblemente hasta el último momento, puesto que afectaba personalmente a Miguel.

—Verás... Es el caso que, hace unos dos años largos, llegó aquí una pareja preguntando por ti. Venían de Salling. El hombre era un músico juglar, de mediana edad y algo borrachín, llamado Jacobo. Ella era una muchacha sordomuda que le acompañaba por todas partes. Una extraña criatura delicada y enfermiza. Jacobo me explicó cómo había tomado a la chica bajo su protección, pues nadie quiso hacerse cargo de ella. Era hija de una muchacha llamada Inger y de un hombre muy principal y distinguido. Este hombre, que se llamaba Axel, había sido asesinado, y al parecer está enterrado en el cementerio de Graabólle. Ahora Jacobo quería ayudar a la pequeña a dar con los parientes más próximos para que se hicieran cargo de ella y la cuidaran. —Pero... ¿por qué preguntaron por mí? —Pues porque... Niels se interrumpió bruscamente, y miró a su hermano como para prevenirlo ante lo que iba a decirle. —Bueno, debo decirte una cosa: Ana Mette ha muerto —prosiguió Niels con cautela. La noticia no impresionó a Miguel. Parecía que éste hubiera estado esperando este suceso durante centenares de años. Por la expresión de Miguel, parecía deducirse que, o ya sabía la noticia, o su corazón se había hecho insensible de repente. —Sí, ha muerto —continuó Niels—. De esto hace ya mucho tiempo. Hace tiempo que Ana Mette está bajo tierra... ¿Qué iba a decirte? Ah, sí. Iba a decirte qué

es lo que venía a buscar aquí el juglar ese. Jacobo me explicó que no había duda de que la muchacha llamada Inger era hija de Ana Mette y... tuya. Así que tú eres abuelo de la pequeña que acompaña a Jacobo. Según el juglar, la chica se llama Ida. Estuvieron aquí algunos días, al cabo de los cuales volvieron a marcharse y no tengo idea del rumbo que tomaron. Niels calló dejando a su hermano tiempo de reflexionar. Pero como Miguel no despegaba los labios, él prosiguió: —La verdad es que Steffen de Kvorne nunca le tuvo apego a su hijastra Inger. Sin embargo, la dotó bien, como lo hubiera hecho un padre legítimo. Inger fue muy desgraciada, la pobre. El hombre con quien se casó —y que las gentes apenas sabían quién era— murió asesinado. Sí, asesinado... Niels se sorbió el aire por la nariz antes de proseguir: —Poco después de haberse casado con Axel, Inger moría de parto. De este alumbramiento nació Ida. Pero cuando después murió también Ana Mette, Steffen no quiso saber nada de la familia de ella ni tenerla en su casa. Y entonces el juglar tomó a Ida bajo su protección. Hizo una pausa. —Pero confiamos en poder ver a Steffen y a todos sus hijos, cuando comience esto —explicó Niels, siguiendo otro hilo de ideas—. Steffen tuvo seis hijos de su matrimonio con Ana Mette, seis hijos varones y creo que algunas chicas. Todos ellos son magníficos agricultores y tienen las mismas edades que los míos. Los dos hombres se encontraban en medio de las tierras de labranza. Comenzaron a extenderse las sombras de la noche. Los dos permanecieron largo tiempo callados. Miguel llevaba la cabeza oculta dentro de su capucha. Niels se metió en una de las tierras para ir a buscar unas ovejas. Cuando volvió junto a Miguel, se quedó parado y mudo frente a su hermano: quería decirle algo, pero no le salían las palabras. —Algo quieres decirme, Niels —prorrumpió Miguel, con voz camarina—. ¿Qué es? —Miguel... He oído decir por ahí una cosa... —balbució Niels, haciendo grandes esfuerzos—. Si esa cosa es verdad... Bueno, en realidad no es cosa que me ataña ni me importe. Pero quiero hablarte de ello, porque tal vez tengamos que separarnos. Por Graabólle se rumoreó que fuiste tú quien mató a Axel —que resultó ser tu propio yerno— para quitarle su dinero. Por lo menos es cierto que por aquellos días tú te encontrabas en esta comarca, pero yo te vi, aunque no viniste a visitarnos. Dime, Miguel: ¿es verdad eso? —Sí, es verdad —contestó Miguel con aquella calma y actitud desafiadora que Niels conocía desde antiguo y ante la que Niels se doblegó ahora, una vez más. —Entonces... Supongo que tendrías tus motivos para hacerlo —dijo Niels con voz sorda, y con expresión de alivio—. Yo no quiero resolver ni ahondar en ese asunto. Pero tú no debiste ahora haber traspasado el umbral de mi puerta. Hay cosas en las que ni yo ni las personas que son como yo podemos consentir jamás.

Bien, vamos a casa a ver qué es lo que nos ha preparado mi mujer para la cena. Cuando llegaron delante de la oscura casa, Niels susurró precipitadamente. —En caso de que yo muriera antes que tú, ¿podrías encargarte de cuidar y velar por todo lo que hay aquí? —Pues claro que sí —contestó Miguel con voz cansada. Y entraron.

EL RUBIO GALLO DEL LUGAR

AQUELLA misma noche las gentes de Graabólle vieron arder los castillos y casas señoriales de Salling. Por lo que a ellos se refería no sabían cómo empezar la lucha. A eso de la medianoche vieron moverse las antorchas en el fiordo. Una hora después atracaban en el Hvalpsund tres grandes barcazas llenas de hombres de Salling armados, los cuales saltaron a tierra con gran alboroto, riendo y cantando. Muchos de ellos venían embriagados. Pero cuando los campesinos de Himmerland vieron cómo las gentes sencillas de su propia clase social relinchaban y rugían como fieras, sintieron que la sangre empezaba a zumbarles también en la cabeza. La multitud se arremolinó armando un escandaloso alboroto en la oscuridad de la playa. Steffen de Kvorne, que acaudillaba a los de Salling, consultó con Severino Brok, y antes que nadie se diera cuenta de la situación, ya toda aquella masa se había puesto en marcha. Los dos bandos, unidos, se internaron en la comarca. Miguel permaneció junto al caserío. Sólo se habían quedado él y la mujer de Niels; pero ésta se fue a la cama y se puso a llorar. Miguel fue a apostarse a lo alto de la colina. Vio cómo subían y bajaban las llamas de los cuatro incendios que ardían allá en Salling. En uno de los puntos incendiados las llamas alcanzaban una mayor altura. De cuando en cuando se extendía por encima del fiordo el resplandor del incendio. Miguel divisó los blancos gabletes de Graabólle, que miraban hacia el Oeste y que brillaban y resaltaban con vivos colores sobre un fondo en llamas. La noche estaba tranquila. Pero parecía haberse desencadenado una extraña ferocidad en la Naturaleza. El rojo resplandor que bañaba las aguas y las nubes era un fenómeno aciago e inquietante. Durante aquella noche iban a enderezarse muchos antiguos y sangrientos entuertos con la venganza de las llamas. Todo el tumulto y ruido producido por la muchedumbre había enmudecido totalmente. Pero Miguel se dio cuenta de cuán lejos habían llegado aquellos hombres. Una hora después, sabía ya que se estaban aproximando a Moholm. Volvió el oído en dirección a la casa señorial y escuchó atento; pero no percibió el menor sonido ni voz. Diez minutos después distinguió una chispa roja como la sangre en aquel punto sumido en tinieblas donde se hallaba la mansión. El incendio prendió rápidamente: una llama alta, curvada, se elevó en la noche. Pronto vio cómo un fuego deslumbrante salía por los huecos de las ventanas. La mansión se hizo visible con las llamas que salían de su interior. El humo, espeso, de un color verde amarillento, se elevaba girando en la noche. Pero

en ningún momento se percibió sonido ni voz. Miguel se sentó. El tiempo se le estaba haciendo largo. Poco después empezó a sentirse acometido de sueño. Bajó a la casa, entró en la sala y se acostó en el banco. Asomaba el día cuando se despertó. La mujer de Niels estaba todavía bajo el edredón, llorando. Miguel volvió a subir a lo alto del cerro y vio que la finca señorial estaba casi totalmente abrasada. Desde el nivel del suelo se elevaba una gran humareda. En torno de las ruinas brillaba un halo de luz rojiza como el cobre. De entre el humo se destacaban, a ratos, restos de muros, negros y despedazados. Era en los momentos de silencio que preceden a la salida del sol. El humo se extendía por todo el lecho del río y por el valle, navegando lentamente hacia el Oeste. Cuando Miguel percibió olor a quemado, llegó a él una emanación de aquel calor que ya existía en Moholm. El corazón comenzó a darle saltos en el pecho. Pero al volverse divisó el resplandor de un nuevo incendio, un POCO más lejos, hacia el Norte. Debía de ser la mansión señorial de Stenerslev. Las llamas subían blancas y casi invisibles en la luz del amanecer, un fuego desnudo como la palma de la mano. El humo se elevaba rugiente a gran altura como una rueda que subiera girando en el aire. Y entonces salió el sol. Miguel percibía el chapoteo que producían los peces en el río al asomarse a flor de agua para atrapar insectos. Media hora después regresaba a casa Juanito, el más joven de los hijos de Niels. Miguel lo vio venir a todo correr a través de los sembrados, sin detenerse un punto en su carrera. Tenía los labios tan resecos, que casi no era capaz de juntarlos para cubrir los dientes. Cuando llegó a la casa, su pecho se dilataba y contraía como un fuelle. Se abalanzó a la fuente y bebió en el mismo abrevadero. Al levantar la vista, en la expresión de su mirada notó Miguel que el muchacho había visto sangre vertida y ya no era dueño de sí mismo. —¿Dónde está tu padre? —le preguntó Miguel con acento brusco. —Está a salvo —contestó Juanito—. Vengo para decírselo a mi madre. El muchacho estaba aturdido y agitado. Miguel no pudo sacar de él ninguna información inteligible. Juanito volvió a hundir los morros en el bebedero de la fuente. —Anda, vete a atender y cuidar a tu madre —dijo Miguel, refunfuñando. Apenas dijo esto, echó a andar apresuradamente a lo largo del río, con dirección a Moholm. Los campesinos habían abandonado ya la casa solariega cuando él llegó allá. Sólo se veía una decena de hombres que andaban manipulando con gran ruido los muebles que habían sido puestos a salvo del incendio, antes que los edificios donde estaban ardieran del todo. Miguel conocía a uno de ellos, que era de la comarca, y le pidió noticias y detalles del triste suceso. El hombre le contestó con la mayor desfachatez e indiferencia: —Como puedes ver, hemos quemado la mansión. La función no fue larga. Los demás se han ido a prender fuego a

la mansión de Stenerslev. Cuando vuelvan, podrán comer aquí hasta hartarse, pues hay una buena despensa de manjares y bebidas. Y el hombre señaló un gran montón de piezas de carne, embutidos y fiambres, junto con barriles llenos, que habían sacado a tiempo del edificio. El calor era insoportable en las proximidades de aquel terreno desolado convertido en una inmensa brasa. —En esta casa, ¿no hubo nadie que se defendiera? ¿Nadie hizo resistencia? —preguntó Miguel. —¡Vaya si se defendieron! ¡Menuda lucha! El señor de la mansión hacía tiempo que venía oliendo la chamusquina, y tenía a muchos hombres en la casa, preparados. Sin embargo, la lucha no duró mucho tiempo. Los campesinos eran muy superiores en número, y pudieron entrar con bastante facilidad en la finca, pues esta casa señorial no estaba fortificada. Otte Iversen y uno de sus hijos quedaron muertos, los pocos instantes, junto con un montón de mozos. Los restantes miembros de la familia del señor tuvieron la suerte de poder escapar. Los campesinos perdimos unos diez hombres, muchos de los cuales quedaron completamente desfigurados. Steffen de Kvorne cayó herido de un balazo apenas entró en la finca. Miguel echó una mirada en torno. Uno de los hombres andaba recogiendo plomo que había caído derretido del tejado, solidificándose en la hierba. El metal fundido estaba todavía muy caliente, y el hombre lanzaba maldiciones soplándose los dedos. Los demás también andaban muy atareados reuniendo y guardando restos y fragmentos aprovechables que habían sido atacados por las llamas. —¿Qué habéis hecho con los cadáveres? inquirió Miguel. —Ahí están amontonados en la huerta — aclaró, sin retóricas, uno de los hombres—. Los quitaremos de ahí en cuanto venga Severino Brok. Miguel entró en el huerto y siguió a lo largo de los ardientes muros aún humeantes, hasta que se encontró una veintena de cuerpos humanos tendidos en fila, sobre la hierba, entre los manzanos. Los habían colocado con un orden intencionado: a un lado, los campesinos; a otro lado, el señor de la mansión y sus hombres. Miguel no conocía a ninguno de los campesinos muertos, excepto a Steffen. Steffen de Kvorne era un hombre muy corpulento. Estaba colocado en la cabeza de la fila. Los botones de su chaleco eran de plata. A pocos pasos de él, yacía el cadáver de Otte Iversen y, casi pegado a él, el de su hijo, muy joven aún. Los dos tenían el cráneo destrozado. Cuando Miguel vio el cadáver de su enemigo de ayer, se le encogió el corazón. Tuvo la sensación de que el tiempo había borrado todo, y que ya no había nada, otra vez. Se sentó en el césped entre los cuerpos de Steffen y Otte Iversen. Sí. Los dos estaban muertos, con sus rojas heridas. El fornido campesino yacía con la barbilla apretada contra el cuello. Sus entrañas habían caído a un lado. Tenía los ojos cerrados. Pero Otte Iversen aparecía con los párpados muy abiertos,

dejando ver la blancura de sus ojos, sus pupilas vidriadas. Otte estaba calvo y tenía la barba blanca. Sus facciones, que la vida había arrugado, indicaban que había muerto lleno de amargura. A su lado y, acurrucado bajo su brazo yerto, yacía el cadáver de uno de sus hijos, cuya frente y cabellos no eran más que una masa aplastada. Sobre su boca tenía un pequeño bigote, como el que llevara su padre en sus años mozos. «Ya estamos aquí los tres hombres, Ana Mette», pensó Miguel. Su boca se abrió sin emitir el menor sonido ni voz, como la boca de un pez que se está asfixiando en la hierba al borde del río. «Ahora estamos ya juntos aquí los tres hombres: el hombre que tú amabas, el hombre que te amó, y el hombre con quien te casaste. ¡Ana Mette, aquí tienes a tus hombres!»

EL DESASTRE

A última hora del día regresó Niels acompañado de sus hijos Thóger y Andrés. Venían sucios de polvo y barro. Niels, que distaba ya mucho de ser joven, casi no podía arrastrarse. Además de haber intervenido en los incendios de Moholm y Stenerslev, habían colaborado en la quema de otra finca señorial situada más lejos, hacia el Este. Pero Niels estaba disgustado e insatisfecho de la hazaña. Se echó sobre el banco, y comenzó a referirle a Miguel los detalles de los sucesos. —¡Yo no aguanto esto! —dijo, vencido—. Podíamos haber respetado a Moholm; y lo hubiéramos hecho, si no fuera por los de Salling. Dicen que los primeros en comenzar la cosa, allá en Salling, fueron los de Himmerland. Bueno, considero que, bien mirado, nuestro señor y amo no merecía precisamente nuestra admiración y respeto; pero, cuando lo mataron, a mí francamente me pareció inocente e incapaz de dañar a nadie... ¡Allí cayó Steffen! Oh, procedimos como salvajes. Una lucha ciega y atroz. Yo apenas sé a quién derribé a hachazos, y a quién no. El señor de Sterneslev chillaba como un cochinito cuando lo mataron. Pero el caso es que hemos empezado: éste es un hecho cuyas consecuencias nadie puede alterar. Y, puesto que hemos empezado, tenemos que seguir adelante. Mañana saldremos con dirección al Norte para unirnos a los campesinos de Vendel. ¡Lo haremos sin vacilar! Sin embargo, yo creía que la guerra era otra cosa, puedes creerme. Al día siguiente, emprendieron la marcha. Miguel se fue con ellos. Juanito se quedó al lado de su madre y al cuidado de la casa. Ellos querían realizar sus aspiraciones de un modo pacífico. Al menos, éste era el criterio de Niels. Lo hubieran hecho si todos los señores de la comarca estuvieran muertos. Pero ya que la vida de éstos era un obstáculo y ellos se resistían a morir, ¡adelante! Lo que se hacía, bien hecho estaba. Ahora los campesinos estaban haciendo razzias por toda Jutlandia. Fue un período de desorden y desenfreno. Las bandas llevaban ya quince días yendo de un lado a otro, quemando fincas y celebrando orgías, y muy pronto no supieron ya qué camino tomar. ¡Hay que ver lo que ocurre cuando los campesinos son arrancados del centro en que viven y lanzados al tumulto y al desenfreno! Mientras se conocen unos a otros, reina entre ellos cierta unión y armonía; pero las gentes pertenecientes a dos comarcas distintas, son ya medio enemigas entre sí. Al unirse dos bandos bajo un solo caudillo, uno de estos bandos no tiene en éste la menor confianza; y si son varios los jefes, éstos no se ponen de acuerdo. Una cosa les falta desde el principio a los campesinos: un caudillo. Cuando se

reunieron los bandos de toda Jutlandia, tomó el mando supremo de todos ellos el capitán de barco Klement. El día en que se reunieron en Svenstrup, había seis mil hombres dotados de un número casi igual de armas de diferentes clases. En Svenstrup se encontraron con las fuerzas de los nobles. Estos sólo contaban con seiscientos hombres, si bien iban a caballo y estaban protegidos por armaduras. En este encuentro, la victoria fue de los campesinos. Miguel Thógersen, que en aquella mañana de octubre se encontraba en lo alto de una colina, pudo ver lo mal parados que salieron los nobles de aquella lucha. A la salida del sol, los dos ejércitos se aproximaron el uno al otro. Los dos ocupaban muy poca extensión de terreno. Eran como dos grandes manchas negras, desiguales, que marchaban una contra otra sobre aquel paisaje dilatadísimo y bajo la inmensidad del cielo. La misma naturaleza parecía mostrarse indiferente a la lucha. Era una mañana gris. La tierra aparecía fría después de la lluvia. Miguel, mirando por encima de aquellas pequeñas colinas, pensó que la tierra es lo que permanece mientras pasan las razas humanas, deslizándose sobre ella como sombras de nubes. En esto se produjo el choque entre los dos ejércitos. Pero el número de nobles era demasiado pequeño. Desde aquella larga distancia, Miguel vio cómo los campesinos se concentraban formando un grupo alrededor de cada jinete de los nobles y de un modo fulminante lo arrancaban literalmente de la silla. Había una gran visibilidad. Miguel vio cómo por las rendijas de las armaduras salía una especie de humareda de las ropas de los nobles cada vez que los campesinos golpeaban a placer sobre ellos. Hasta la colina donde Miguel estaba el viento traía en oleadas el lejano ruido de las armas; a sus oídos llegaba el golpe de las hachas sobre las bandas y placas de hierro de los jinetes. Pero los jinetes, antes de darse por perdidos, consiguieron hacer una buena carnicería en las filas de los campesinos. La lucha se fue extendiendo y generalizando. Los raros disparos de mosquete habían cesado por completo. Cuando algún noble era dominado y derribado a golpes, se veía en torno y encima de él una masa de campesinos tan compacta como una capa de moscas sobre un terrón de azúcar. Muchos de los jinetes comenzaron a volver grupas y buscar la salvación en la huida. Al pie de la colina que servía de observatorio a Miguel, había un hombre arando. El arador ni siquiera detuvo su caballo mientras duró la batalla. Podía cómodamente atender al arado y mirar la escena al mismo tiempo. Al final, los nobles renunciaron a la lucha, como ya era de esperar desde un principio, y huyeron trotando y galopando hacia el Sur. Aquella vez habían confiado demasiado en su invulnerabilidad de hombres superiores y nobles, olvidándose de que todos los hombres son iguales ante la hoja del hacha.

Muchos fueron los señores de la nobleza que perdieron la vida en aquel encuentro. Pero ésta fue también la última vez que los campesinos daneses lucharon con derecho a la beligerancia, ya que por última vez salieron victoriosos de la contienda. Dos meses más tarde perdían todo su derecho de beligerancia, y se convirtieron en facciosos juzgados por tribunales sencillamente porque fueron vencidos. Y en aquella ocasión los daneses dejaron de ser un pueblo escandinavo. Fue un día tristísimo. Miguel estuvo presente al drama en aquella ocasión en que los campesinos trataron de defender a Aalborg y fueron derrotados. Había llegado el invierno. Hacía un tiempo de perros. Juan Ranzau acaudillaba a los nobles, los cuales ahora eran mucho más numerosos. Pero lo peor era que Ranzau tenía a su lado a sus lansquenets y mosqueteros alemanes. Y comenzaron el ataque de un modo feroz. Los campesinos pestañeaban aturdidos al ver todo aquel aparato de mosquetes que Juan Ranzau utilizaba contra ellos. Cada bala que llegaba silbando era un enemigo invisible contra el que los campesinos no tenían la menor defensa. Este sistema llevaba una ventaja abrumadora a los que no conocían otra clase de guerra que la lucha de hombre contra hombre. A los campesinos tampoco les habían transmitido sus padres conocimientos de los problemas estratégicos. Cuando al final pudieron llegar al cuerpo a cuerpo como ellos deseaban, era ya demasiado tarde, pues hacía tiempo que tenían la batalla perdida. La situación, se hizo desesperada; pero los campesinos se lanzaron a la lucha como tejonas entre perros. Cuando se dieron cuenta de lo irremediable de la situación, se batieron a la desesperada, desarrollando cada uno la fuerza de tres hombres juntos. Casi puede decirse que cortaban a los nobles en pedazos con sus guadañas y sus machetes cuando conseguían acercarse a ellos hasta tenerlos al alcance de su brazo. Pero pronto fueron dispersados. Estaban cercados. Sus enemigos los atacaban con una gran sangre fría. Estaban perdidos. Al final quedaron dos mil hombres de Vendel, a los que fue imposible atravesar el fiordo de Lim y volverse a sus casas. Fueron aniquilados: los adiestrados lansquenets los apretaron en un cerco infranqueable y los nobles los aplastaron. Formaban en la lucha una madeja inextricable: descargaban golpes y cuchilladas en todas direcciones, mientras los señores, victoriosos, los iban matando. Los campesinos lloraban en medio de aquel frío glacial; y sollozando caían patas arriba en la nieve, con la cabeza partida en dos. El último grupo que quedaba se defendió delirando con gritos furiosos. Lloraban chasqueando los dientes. Pero la espada estaba sobre ellos. El hierro y el plomo traspasaban sus ropas de piel de oveja y penetraban en las carnes. Las aristadas culatas les trituraban las manos, atravesaban sus gorros de piel, les hacían saltar la

tapa del cráneo. No hubo cuartel ni piedad: fueron exterminados hasta el último hombre. Si el rey Cristián hubiera dado muerte a todos los nobles aquel día en Estocolmo, en vez de ajusticiar sólo a unas cuantas decenas, no hubieran quedado tantas lenguas para quejarse y criticar aquel acto justiciero del rey, A lo largo de siglos enteros se vino criticando y condenando y discutiendo el degüello llamado Baño de sangre. Pero, en cambio, no ha habido lamentos por la muerte de aquellas dos mil personas que Juan Ranzau aplastó en Aalborg. Allí los campesinos fueron tan totalmente exterminados, que ni siquiera pudo transmitirse a la posteridad la historia de aquella iniquidad: después de aquella contienda cayó un denso silencio sobre Jutlandia. No fueron muchos los que, tras aquella lucha, regresaron a Graabólle. Niels Thógersen sucumbió en Aalborg, Su hijo mayor había perecido un poco antes, en los combates de Svenstrup. Miguel buscó el cadáver de su hermano en las afueras de Aalborg y tapó su rostro con tierra. Niels había muerto como un héroe cubierto de gloria, con la espada destrozada por una bala de cañón. La noticia la trajo Andrés, el segundo de los hijos de Niels, que retornó a su casa envejecido y con el rostro demacrado. Luego Andrés se hizo cargo del caserío de sus padres, pero ya no en calidad de hombre libre como su padre, sino bajo la depended a y la férula del nuevo señor de Moholm.

LO QUE EL TIEMPO DEJÓ ATRÁS

Y luego, el tiempo se puso en marcha. Y el tiempo se fue haciendo dueño del campo. Y los días fueron ganando terreno. Y los años se fueron extendiendo rápidamente como un mal contagioso que ningún poder humano es capaz de frenar. Y aquel pueblo se puso en marcha reanudando la empresa que acababa de comenzar a medias, empresa que más tarde había de ver terminada y acabada en el lejano mapa del tiempo, tendido a sus pies como un mal urdido tapiz. Habían pasado años y años, y los viejos aún hablaban de aquel acontecimiento como se habla de una cosa vista con los propios ojos. Y el tiempo siguió su camino dejando atrás esta primera tentativa, este esfuerzo inicial del pueblo, ya medio borrado; pero los esfuerzos de aquellos hombres se habían convertido en realidades definitivas cuando el globo del sol entraba en un nuevo siglo con su remolino de llamas y cenizas. Aquellos hombres bajaron olvidados a la tumba; pero sus entradas en acción quedaron fijas desafiando la corriente del tiempo como esfumados jalones al borde del camino hasta la consumación de los siglos. La historia de aquellos hombres se parecía a un paisaje después de una inundación, en el que montones de grava y árboles renegridos con las raíces descarnadas cubren, hasta donde alcanza la vista del ojo humano, la tierra estéril de sal y de cieno. Gustavo Trolle... recibió una herida mortal en la batalla de Oksnebjárg. Allí quedó tendido con su armadura, vestido de hierro de pies a cabeza. Sintió que su alma nadaba entre el dolor y el gozo íntimo. Cuando, mortalmente herido, se puso a repasar mentalmente sus tiempos y su propia obra, se encolerizó consigo mismo al considerar lo poco que había hecho en su vida; pero al mismo tiempo sintió tal tristeza que, cansado y abandonado de todos, recibía su descanso final como una bendición. Le pareció que su muerte tenía un sentido providencial, puesto que venía a poner un fin justo a toda una serie de cosas sin sentido. Nada se reprochaba, excepto las cosas que dejó por hacer. Allí estaba tendido para no volver a levantarse, sintiendo que había recorrido un largo camino para venir a parar... al principio. Se había encerrado en su soledad por su amor a una causa, y en esta soledad terminaba su vida. Se cerraba el círculo de su vida sin que dentro de ese círculo quedara otra cosa que provisionalidad, nostalgia y vacío. Podría decirse que, en su sueño por alcanzar una meta desconocida, se había aislado del mundo, adoptando una actitud hostil frente a todo ser viviente. Cuando Gustavo Trolle advirtió que su Destino podía más que él, paladeó al fin la dulzura de bajar la rebelde cabeza, sometándose dócilmente; cuando sintió arder en él la fiebre de la muerte, dobló la cerviz por primera vez en su vida. Lo llevaron del campo de batalla sin conocimiento, y ya no volvió a recobrar el uso de sus sentidos. Permaneció en una casa, vigilado como prisionero; la gente que iba y venía, lo oía reírse a carcajadas. Estaba tendido, con las mejillas encendidas y con una expresión de amargura en el gesto de su boca. Estaba desvariando. Sus ojos encendidos tenían una mirada profundamente escrutadora y fatídica. Apenas comenzó su agonía, lo oyeron estertorar y llorar quedamente en su delirio como un niño rebelde. Estuvo un día entero sollozando a intervalos cada vez más largos a medida que se iba extinguiendo en él la vida y su espíritu de rebeldía. La agonía duró dos días. En un momento determinado, tuvo un acceso de pánico, que le hizo echar espuma por la boca y lanzar anatemas de las cosas que estaba contemplando en visiones. Comenzaron las convulsiones: sus miembros se pusieron tensos y estallaron como arcos de acero; luego se quedó rígido entre dolores

que formaban como nudos en todo su cuerpo, duro como piedra. En aquella última noche se sintió aliviado, y le oyeron lamentarse a gritos, braceando y perneando como un loco. Después de la batalla de Oksnebjárg, cesó la resistencia en Fionia. Ya solo eran ahora los de Seelandia los que ofrecían sus vidas y haciendas al rey Cristián. Pero una vez que éstos fueron también reducidos al silencio, Ranzau se apoderó por las armas de toda la isla. Se vio precisado a ir arrancando una a una todas las comarcas del país, como quien va levantando una a una las patas de un caballo testarudo que no quiere moverse del sitio. Los mismos daneses que, diez años atrás, habían vuelto la espalda al rey, estaban ahora dispuestos a rescatarlo o morir. Los daneses tan pronto se mostraban volubles como endurecidos. Un año entero duró el asedio de Copenhague. Durante los últimos meses de este asedio los defensores de la ciudad fueron retrocediendo, acorralados, hasta donde es posible retroceder sin rendirse; al principio se vieron obligados a comer el vil alimento de los desolladores y de los paganos, caballos, gatos y perros; luego, tuvieron que contentarse con la comida de los más míseros salvajes comedores de gusanos: ratones y cucarachas; al final se hartaron de carroñas y otros desechos, a estilo de bestias. Los niños morían pegados a los pechos de sus madres. No faltaban personas mayores que caían muertas de inanición según iban caminando. Y cuando hubieron ofrecido el sacrificio de estos indecibles sufrimientos para salvar la ciudad y entregarla a su rey; cuando ya no hubo necesidad que ellos no hubieran sufrido ni dolor que no hubieran experimentado, rindieron la plaza para poner fin a aquella lucha vana y estéril. Ambrosio Bogbinder, el amigo de la infancia del rey Cristián, el hombre cuyo celo por la causa de su rey jamás conoció freno ni moderación, puso fin a sus días ingiriendo un veneno. Su vida y sus energías se volvieron ahora contra él mismo. Al año siguiente moría desterrado en Lübeck Jens Andersen Beldenak. Los últimos años de su vida fueron tranquilos, pues le pesaba ya la carga de la edad, y además estaba inválido. Jens Andersen, que nunca había perdonado a nadie, fue maltratado a placer por sus enemigos, cuando éstos lograron al fin tenerlo al alcance de su mano. Era ya un anciano cuando ellos desahogaron en él su venganza, largos años acumulada, sometiéndolo a largas y crueles torturas. Después de desnudarlo completamente, untaron su piel de miel y luego lo expusieron al sol para que fuera víctima de las moscas y mosquitos. ¡Qué espectáculo ver a aquella figura gigante desarmada por la vejez, convertida en un enjambre de insectos, desnuda, repudiada, abandonada de los hombres! ¿Era éste aquel gran sabio y soldado de ayer; era éste aquel infatigable tratante de bueyes, el epicúreo y jurista de antaño? ¿Era éste aquel brujo que cultivaba la magia negra, era éste aquel gran iniciado en alquimia, que evocaba a los espíritus apoyando su libro sobre la perilla de la silla de montar? El tiempo le había vuelto ahora la espalda. Tampoco en él quiso detenerse el tiempo. Este que ahora veían convertido en una ruina había sido un día un hombre indomable y un hombre que sabía jugar. El que ahora era humo que se arrastraba, ayer había sido una hoguera de pasiones. ¡Jens Andersen, hijo bastardo de la Naturaleza, dotado de los talentos de un rey y de un genio! Su cabeza fue el asiento de aquel felicísimo maridaje de la Teología con el Derecho, una cabeza como no se vio otra igual en la historia de Dinamarca. Jens Andersen, que, para los tiempos que él vivió, era un agudo ingenio soberanamente sensible a la belleza, pudo sintetizar su vida y su filosofía en dos breves poemas latinos. Uno de ellos era un lacónico epitafio. El otro, integrado por una serie de descarnados dísticos, constituía el espeluznante catálogo de sus torturas. ¡Y cuánta verdad se encerraba en la sobria poesía de Jens Andersen! Su poema se parecía a la armazón amarga de la historia humana. He aquí dos versos que rechinan como un crujir de dientes:

Os, dentes, nares, genitalia, brachia dantur
Torturis y quibus adiunge manusque pedes.

* * *

Pero ya hacía muchos años que el rey se encontraba prisionero en Sónderborg. Después de la batalla de Aalborg, Miguel Thógersen compartió el cautiverio del rey, percibiendo a cambio de ello el sueldo anual de seis marcos de Lübeck. Ahora que Miguel había conseguido este empleo fijo de compañero de prisión de su majestad, se sintió inclinado a vivir una vida tranquila. A lo largo de toda su vida, Miguel había tenido la impresión de que su destino estaba encadenado al destino del rey. Unidos hacia una misma meta. ¡Cuanto más se iba aproximando Miguel al rey a lo largo de su vida, más abajo iba cayendo el rey! Ahora habían pasado ya cuarenta años desde el día en que Miguel viera por vez primera al rey, cuando éste era un príncipe de dieciséis años. Fue por la época en que él andaba de juerga frecuentando los establecimientos de los comerciantes ricos de Copenhague. Entonces el rey tenía una cabellera rubia como el vino, y el dorso de sus manos todavía estaba terso y sin una arruga. Ahora su cabello aparecía cano como un paisaje invernal y formando tufos alrededor de su cabeza como un nido abandonado. Ahora sus manos sarmentosas estaban surcadas por apretadas ondulaciones de arrugas y venas hinchadas.

JACOBO E IDA

EN tanto que el rey y Miguel Thógersen se encontraban muy bien resguardados dentro de la fortaleza del castillo de Sónderborg, dos extraños personajes andaban recorriendo el país, errantes y sin hogar. Eran Jacobo, el músico juglar, y la pequeña Ida. Jacobo era un hombre de edad indefinible, y durante los largos años que él e Ida anduvieron juntos por el mundo, él aparentó siempre la misma edad, como si no supiera envejecer. Pero Ida, que era una niña cuando salió de Kvorne en compañía de Jacobo, se fue desarrollando por los caminos del mundo, transformándose en una doncella bajo el sol y las estrellas. Salieron de Salling el mismo día en que fue enterrada Ana Mette, la abuela de la niña. Cuando Ana Mette se encontraba sin habla en su lecho, con el nimbo sagrado de la próxima muerte en torno de su escuálido rostro, su última mirada había sido para su nieta Ida. Ahora que había sido enterrada, Jacobo tomó de la mano a la niña indefensa y salió con ella del cementerio. Aquel día hizo su aparición en la comarca el avefría. Jacobo oyó su tersa voz triste cuando cruzaba por la marisma. Todo estaba despejado y diáfano en torno de ellos. Y ellos gozaban de entera libertad. Tomando el rumbo del Oeste, se dirigieron hacia aquel sol tan blanco, atravesando un terreno reblandecido por el deshielo. Pasaron por aquella colina que la pequeña Ida había estado viendo durante toda su niñez y que, para ella, se hallaba en el último confín del mundo. Dejaron atrás la colina, y ya ante los ojos de Ida empezó a girar ahora una comarca extraña, como una puerta que se abre hacia un mundo nuevo. Jacobo e Ida llegaron hasta Graabólle, donde en vano aquél preguntó por Miguel Thógersen. —Ahora se encuentra en Tierra Santa, si es que no está muerto —aclaró Niels. Y con estas solas noticias siguieron adelante con sus coplas y su música. Jacobo e Ida permanecieron dos días en Moholm, donde consiguieron divertir a la gente de la casa señorial con su música. No pudieron ver a los señores de la casa. La pequeña Ida hacía acompañamiento al violín de Jacobo tocando el triángulo; llevaba el compás siguiendo con la mirada los movimientos de la mano del juglar. Aunque no podía oír, ella manejaba magníficamente el instrumento. Pero un día al anochecer, el señor de la mansión, con una expresión de envidia en su rostro gris, ordenó que se despachara a los músicos, pues no quería oír sus gorjeos, jacobó enfundó su violín en una piel de zorro, y los dos, cogidos de la mano, abandonaron la casa señorial. Conforme Ida iba andando, el triángulo, colgado de su cinturón, iba tintineando con el sonido de unas gráciles campanillas. Y, atravesando la zona de landas y brezales, se dirigieron hacia el norte del país. Y fue llegando la primavera, haciéndose rogar como una novia inundada de lágrimas. Todas las mañanas la tierra amanecía fría. El día llegó hasta a sonreír con la alegre aparición del sol, pero sólo para envolverse de nuevo en la penumbra gris. Las nubes navegaban empujadas por un viento cargado de humedad. Por la noche llovía hasta la mañana, y al volver la noche volvía la humedad. La Naturaleza era como una criatura eternamente inconstante y eternamente cansada, que, sin embargo, mantiene siempre la llama de la esperanza. La lluvia lavaba los cabellos de Ida, abatiéndolos sobre su rostro. Y el sol secaba de nuevo aquella cabellera de un rubio pálido, que formaba en torno de su cabeza una enmarañada aureola de rizos. La lluvia duraba larguísimo tiempo. Ida iba por los caminos, mirando, ausente, a la lejanía con sus ojos claros bajo sus cabellos húmedos, pálidos como los tallos del lino. —¡Ida, la de los cabellos de lluvia! —exclamaba interiormente Jacobo, mirándola con una mirada alentadora y

divertida. Ya todos los pájaros de Dinamarca volvieron a aparecer. Todas las mañanas, cuando el sol ascendía radiante borrando la escarcha de los surcos, cantaba apasionadamente el estornino con su música aflautada. Sobre los campos estériles las alondras se cernían, altísimas, deshechas en trinos. El viento corría sobre la hierba marchita de las laderas y pasaba rizando el agua azul y glacial que brillaba entre los surcos. Las primeras flores amarillas del año le miraban a uno desde el suelo como ojos fijos. Las golondrinas cabalgaban silenciosas sobre el viento del Este. Y luego toda la Naturaleza se quedó definitivamente tranquila y encalmada. Aparecieron las noches tibias. Germinaba la vida. Los sapos comenzaron a ladrar en los hoyos, con una voz escondida, íntima, familiar. La tierra se tornó verde. Y las ranas cantaban su inacabable cántico vespertino a la fuerza germinativa y a la fecundidad de la tierra. Se vistieron de verdor las cunetas del camino real, a las que a Ida le gustaba bajar, ya que tenía allí muchas cosas que ver. Ella recogía las blancas flores del sauce enano, se las llevaba a la boca y se acariciaba con ellas las mejillas. Tejía trenzas con los juncos, que fácilmente podía arrancar con su raíz. Ida contemplaba a los corderillos recién nacidos en el campo, que todavía no podían ponerse en pie, sino que yacían en tierra junto a la cabeza inclinada de la oveja. Y vinieron los días cálidos de sol cegador. El día primero de mayo Jacobo e Ida tocaron piezas de baile en Aalborg, ganando una buena suma de dinero. Allí Jacobo compró zuecos nuevos de madera para los dos, y luego prosiguieron su viaje, sanos, felices y contentos. A las gentes les gustaba oír música, y por eso ellos jamás carecieron de alimentos ni de albergue. De este modo llegaron a Skagen, donde Ida vio el *gran mar*. Allí la arena era la más fina y blanca que jamás había visto en sitio alguno. Nunca habían reunido tanta fortuna en sus manos como entonces, y estaban tan contentos, que Jacobo rompió a cantar una canción que él mismo había compuesto y que se refería a los dos. Allí, en la ribera, no tuvieron otro auditorio que el de las gaviotas que se acercaban a ellos revoloteando. Jacobo sonreía alargando las manos hacia las gaviotas, mientras los dos cantaban. Ida veía cómo aquellas blancas aves abrían el pico; pero su oído no percibía nada. No percibía tampoco el fragor del mar que se dilataba rumoroso o rugiente bajo aquella brisa deliciosa. La canción que Jacobo cantaba, comenzaba así:

*Dad albergue a dos personas
que han sufrido hasta llorar.
¡Cuántas leguas caminadas,
y cuántas por caminar!
¡Dadnos albergue!*

Después de haber permanecido algún tiempo en la parte más septentrional de Dinamarca, Jacobo e Ida trabaron amistad con un patrón de barco, en cuya compañía anduvieron navegando durante aquellos meses luminosos. Llegaron hasta Lasó y Anholt; alcanzaron a ver las verdes laderas del fiordo de Randers; estuvieron en la zona interior del fiordo de Lim, donde los campesinos iban a la orilla a pescar con esparavel, pareciendo flotar a veces en el aire a causa del temblor del reflejo del sol. Los días eran largos entonces. Pero cuando ya declinaba el verano, y cuando empezaban a amarillear todos los campos de la región, Jacobo e Ida emprendieron con el patrón un largo viaje con rumbo a Seelandia. Desembarcaron en Elsinora.

En esta ciudad estuvieron largos días tocando y cantando, y consiguieron recoger una cuantiosa suma de dinero. Jacobo se emborrachaba con frecuencia, y cantaba, y juergueaba y alternaba. Mientras él dormía la mona, Ida iba a esconderse en los campos de centeno, donde enlazaba a su cabello tallos maduros y bañaba sus manos en aquel polvo ardiente. Y he aquí que un día se produjo un inusitado alboroto y agitación en la ciudad. Todos los habitantes bajaron corriendo al puerto con la mano sobre los ojos como pantalla. Hablaban con extraordinaria animación, excitados y emocionados, señalando hacia el Sur, en dirección al Sund. Por el Sund avanzaban tres grandes barcos negros en medio de una fresca brisa: la nave del centro enarbolaba la bandera roja en el tope del mástil. Todas las personas que en Elsinora eran capaces de caminar o de arrastrarse se juntaron rápidamente en la orilla; entre ellos fue cundiendo un clamor de lamentos, aunque sólo los de las filas más avanzadas sabían el porqué de estos lamentos. Los tres barcos de guerra se iban deslizado silenciosamente por el terso espejo del Sund, bajo la escasa luz del sol de aquel día de agosto. Tardaron dos horas en llegar frente a Elsinora. Jacobo preguntó a un hombre quién era el personaje que venía en aquellos barcos. El hombre le respondió que era nada menos que el rey Cristián. Otras personas le informaron de que el rey venía a Copenhague, donde había ido a celebrar conversaciones con el Consejo del Reino después de sus largos años de exilio en Holanda y Noruega. Pero nadie sabía a punto fijo adonde pensaba dirigirse ahora. Todo lo que ellos sospechaban era que ahora iban a perderlo. Que ya no lo volverían a ver más. Cuando las tres carabelas pasaban exactamente frente a ellos con las velas hinchadas por la brisa, entre la muchedumbre congregada en la orilla empezaron a levantarse voces y gritos, dirigidos a los barcos. Las naves cabeceaban y levantaban olas al hender las aguas con su roma proa. Ningún hombre de la tripulación se llevó la mano al sombrero; no se oyó un disparo ni una señal siquiera. Durante un buen trecho todos los vecinos de Elsinora corrieron a lo largo de la orilla acompañando la marcha de las embarcaciones. Luego fue acudiendo un número mucho mayor de gentes: campesinos del interior y de la zona costera, que habían acertado a descubrir la presencia de las naves. A lo largo de la orilla había muchos centenares de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que corrían haciendo señas con la mano y dando voces, hasta llegar a la última punta de tierra. Al llegar al extremo del cabo, se detuvieron todos en una grandiosa concentración, apiñándose hasta casi poner los pies en el mar. —¡Adiós, rey Cristián! —exclamó un anciano. Los que estaban a su lado, al oír aquella voz decrepita y fatigada, rompieron a llorar, y repitieron el grito. —¡Adiós! —era el clamor unánime que salía de

todas las gargantas como el ondeante rugido de la tempestad. Callaron todos durante un instante para seguir ansiosos, con los ojos, la marcha de la flotilla. Resonaron gemidos y suspiros. Los espectadores se estiraban sobre las puntas de los pies, agitando manos y pañuelos para saludar a los navíos. Luego volvió a alzarse un clamor de gritos doloridos; pero ya los barcos estaban demasiado lejos, y las voces iban resonando cada vez más débiles y llenas de desaliento. —¡Adiós, rey Cristián! En las últimas filas de aquella multitud, detrás de todos, apareció una anciana que, sólo con grandes trabajos y esfuerzos, pudo seguir a los demás. Estaba en pie, apoyada en un bastón, temblequeándole la cabeza, rendida de fatiga. Su cara de momia, de un color amarillo parduzco, estaba enmarcada por un pañuelo de cabeza. Cuando se desencadenaba aquel clamor de «¡Adiós, rey Cristián!», ella rompía a llorar, contestando también con su voz rota por los sollozos. Su débil espalda estaba totalmente encorvada por los años. Su talla ya no era superior a la longitud de una vara. Temblaba y vacilaba, sacudida por aquel dolor general que, aun siendo una anciana, resultaba casi un misterio para ella. Esta encorvada abuelita era Susana, la hija de Mendel Speyer. En el aire se elevó por última vez el lastimero clamor: —¡Adiós, rey Cristián! Jacobo arrancó el violín de su funda de piel y se puso a tocar una melodía, mientras las lágrimas, corriéndole por las mejillas, le caían en las comisuras de la boca, crispada en una sonrisa de desesperación. A su lado estaba la pequeña Ida tocando el triángulo, mientras veía cómo toda la gente abría la boca estremeciéndose como si de aquellas bocas saliera algo a fuerza de dolor. Ella movía la lengua también, simulando entender lo que ellos decían...

SIN PATRIA NI HOGAR

A fuerza de preguntar y hacer pesquisas, Jacobo, el músico, averiguó que Axel, el difunto padre de Ida, había nacido en Elsinora y que era hijo natural de aquella mujer judía que se llamaba Susana Nathansohn. Jacobo e Ida consiguieron celebrar una entrevista con ella. La anciana Susana vivía en una gran casona de gente distinguida, situada en el centro de la ciudad. Susana les habló de su marido y de sus hijos, ya adultos; pero al mismo tiempo confesó, sin ningún reparo, que, cuarenta años atrás, había cometido aquel desliz y que era madre de Axel. Explicó que éste, apenas vino al mundo, había sido abandonado y puesto en manos extrañas, y que desde entonces ella no había tenido más noticias de él. Respecto a Ida, admitió que era muy probable que fuera hija de él: la anciana miró a Ida, pero no reconoció en ésta ningún rasgo ni facciones suyas. Ida se parecía a su abuelo materno Miguel Thógersen... Al ver que Jacobo e Ida estaban allí parados e indecisos, Susana les dio un poco de dinero y algo de comer diciéndoles que aquél era un mal día para poder atenderlos, ya que era sábado, día de fiesta para un judío. Jacobo e Ida se marcharon de Elsinora y se pusieron a recorrer Jutlandia. En este recorrido emplearon dos años. Cuando estalló la guerra, Jacobo, en vista de que ya nadie podía andar tranquilo y seguro por los principales caminos, se embarcó con Ida, yendo a parar a la isla de Samsó, por donde anduvieron errantes durante un año. Ida se fue haciendo mujer. Los habitantes de la isla fueron conociendo a los dos músicos errantes, cuyas figuras se hicieron pronto populares. Más tarde, corrieron de boca en boca las más fantásticas historias sobre la persona y las andanzas de aquel desventurado músico juglar. Una vez terminada la guerra, Jacobo e Ida reanudaron su marcha por el mundo entrando de nuevo en Jutlandia. Y entonces empezaron a sentir una irresistible nostalgia por su patria chica. Antes que llegaran a su tierra natal, se fueron enterando de cómo todas las personas que ellos conocían habían muerto en la guerra; en vista de estas noticias, no quisieron detenerse siquiera en Kvorne, sino que siguieron peregrinando a través de la comarca sin que nadie los detuviera. Ya no tenían una patria ni un hogar en Kvorne; más aún, era como si no fueran naturales de allí. Un año después Jacobo e Ida llegaban de nuevo a Skagen. Allí se volvieron, dando la espalda a los dos mares que se entrechocan delante de Grenen, y contemplaron el paisaje que se extendía allá abajo a una profundidad de vértigo. Jacobo, sonriendo, tomó de la mano a su muda compañera, y ambos

descendieron bordeando la orilla del Norte. En torno de ellos rugía el viento huracanado de las tormentas de otoño. Con frecuencia tuvieron que apresurarse a subir a las dunas, perseguidos por una ola enorme que entraba rodando y barría la playa por donde ellos caminaban. Hacía un tiempo fresco, con cielo despejado. La salitrosa espuma daba un gran salto desde las olas a la playa, donde se quedaba posada en la arena, temblando al viento como pájaros ateridos de frío. Las gaviotas se elevaban evolucionando silenciosas a contraviento. Las nubes, muy bajas, se sucedían unas a otras, procedentes del Noroeste. Al anoecer, Jacobo e Ida llegaban a una casa de pescadores, la única que se divisaba en toda aquella desolada orilla. Al llegar a la puerta, Jacobo se detuvo y se puso a rasguear enérgicamente las cuerdas con el arco, recorriéndolas todas, desde la prima al bordón. Al instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció un rostro emocionado: la faz de un anciano. Tres o cuatro niños salieron en tropel, saltando unos por encima de los otros. ¡Qué notas más deliciosas! Jacobo arrancaba a su violín unas melodías que recordaban el oro y el diamante y las telas estampadas de flores. El violín era como una gran estrella de la que irradiaban llamas rojas, llamas azules, llamas amarillas, llamas blancas... Como por arte de magia aquel instrumento evocaba una visión de flores. En él vibraba un fogoso y exaltado corazón. —¡Entrad! —rogó el anciano en tono grave y solemne cuando Jacobo terminó de ejecutar la pieza. Una vez dentro de la casa, les ofrecieron asiento y los colmaron de atenciones y agasajos. No tenía límites la alegría de aquellas gentes, que al fin podían oír música en su propia casa. Pero cuando Jacobo hubo tocado algunas piezas más, el viejo descargó un brusco puñetazo en la mesa: —Mi hijo está en el mar —exclamó, tendiendo una larga mirada en torno—. Hoy mando yo aquí... ¡Severina! Su nuera era muy afable, dulce y cariñosa, pero extraordinariamente calmada. El viejo se incomodó. Se levantó con aire altivo y arrogante en la cabecera de la mesa. Estaba en pie, vestido de sayal burdo, y tocado con un gorro puntiagudo. Su barba y su cabello eran de color paja. Volvía a ser el hombre de los tiempos pretéritos. —¡Severina, tráeme la botella! ¡Ju... u uí! Jacobo atacó frenético las cuerdas del violín lanzando notas rápidas y ruidosas como una descarga, que, en el momento de llegar la botella a la mesa, se transformaron en una melodía queda, dulce y acariciadora. Aquellas notas eran las mismas gotas cristalinas que caerían de la botella en el vaso. Aquella noche la casucha dejó de ser una cabaña dormida en medio de la arena movediza, el miserable albergue que sólo servía para guarecerse de las tormentas de otoño y de la oscuridad más tenebrosa. La luz, ya no era el resplandor de la turba musgosa que ardía, sino la claridad del mismo sol. Bajo el techo se extendía un calor que

parecía el del sol de un país meridional. Toda la sala pareció elevarse de pronto en el espacio como un carro flamígero, en el que Jacobo hacía de auriga con su actitud de hombre arrojado y audaz y su restallante música de violín, mientras el viejo pescador, transfigurado por una nueva juventud, volaba balanceándose en su sillón colgante, y los rostros de ángel de Ida y de los niños parecían volar por encima de aquel barco-dragón¹¹ transportado en alas de las nubes. Afuera, en la orilla, el mar hervía rugiente, y la tormenta hacía volar las arenas y las estrellas contra los vidrios; pero no eran arenas, era el polvo que las estrellas lanzaban contra ellos mientras viajaban en su carroza de gran gala a través de los siete cielos rugientes. A la mañana siguiente, muy temprano, Jacobo se levantó de muy mal humor, despertó a la pequeña Ida y sigilosamente abandonaron la casa de aquella familia, que quedaba durmiendo con semblantes demacrados. Siguieron descendiendo a lo largo de la costa. Los sorprendieron las primeras ráfagas heladas del invierno. Los dos músicos errantes entraron en esos breves y lánguidos días en que se adivina que todas las aves de paso han abandonado el país y el frío va extendiéndose bajo el cielo. Y un día, cuando se dirigían desde la costa hacia el interior sin dejar de ver en ningún momento la iglesia de Vestervig, cayeron las primeras nieves del año.

EN SONDERBORG

Y vino de nuevo la primavera. Y llegó el verano. Jacobo e Ida iban peregrinando. Con dolor abandonaban cada pueblo por donde pasaban. Diríase que todos los lugares del país suspiraban por ellos, que cada día tenían más compromisos a que atender, a pesar de que ya habían olvidado la misión que se habían impuesto al salir por el mundo: buscar a los parientes de la joven. Anduvieron errantes por el país durante siete años. Todas las gentes los conocían y, cuando volvían, les dispensaban una magnífica acogida. Pero donde eran más conocidos y populares era en la comarca del fiordo de Lim, por donde andaban peregrinando la mayor parte del año. Más tarde circularon por allí numerosas anécdotas sobre Jacobo, el músico juglar, que las gentes seguían recordando. Sus canciones eran repetidas fielmente por el pueblo durante años enteros. Las gentes decían que aquel hombre era algo pasmoso cantando y tocando el violín; que cuando estaba un poco achispado —fenómeno nada raro en él— se mostraba como un gran artista. De él se contaba que, una noche, después de haber tocado piezas para baile en el bosque de Bjórnsholm, se había echado buenos tragos de aguardiente, y cuando lo encontraron a la mañana siguiente, resultó que había perdido el arco. Pero él no se quedó cruzado de brazos: tomó su vara de caminante, y, después de encerarla con resina, la aplicó a las cuerdas tocando de un modo que dejó admirados a todos. ¡Era un verdadero astro! Pero he aquí que un año las gentes del fiordo de Lim estuvieron esperando en vano a Jacobo e Ida. También dejaron de aparecer en los demás pueblos y lugares del país. Y ya no los volvieron a ver más. Y es que Jacobo había descubierto al fin el paradero de Miguel Thógersen, el abuelo de Ida, y, apenas lo averiguó, los dos se pusieron inmediatamente en camino dirigiéndose a Ais. Como Ida tenía ahora sus diecinueve años de edad, Jacobo consideró que era hora de ponerla en manos de las personas a quienes correspondía tomarla bajo su protección. Estuvieron esperando algún tiempo hasta que, al fin, en un día de principios de octubre, emprendieron la travesía del estrecho de Ais. Allá lejos vieron combarse los lomos de los bosques, con contornos amarillentos y marchitos. El rojo castillo se alzaba desnudo con su fachada vuelta hacia la orilla. Cuando estaban próximos a desembarcar, una gran bandada de palomas blancas como de nieve salieron volando de la torre y se lanzaron por encima del estrecho, a ratos visibles y a ratos invisibles, hasta que se perdieron en la lejanía de aquel cielo azul pálido; Jacobo siguió con la mirada su vuelo haciendo señales afirmativas a Ida, pues interpretó como señal de buenas noticias su encuentro con aquellas palomas. Los dos iban tranquilamente sentados en la barca, abrazando sus paquetes y bultos; Jacobo miraba a sus zuecos de madera, en uno de los cuales se había reventado la correa de sujeción. Habían llegado ya. Pero la fortuna tardó un poco en sonreírles. En el primer día les prohibieron la entrada en el castillo, por lo que se vieron precisados a buscar albergue en el pueblo. Al día siguiente, Jacobo logró abordar al alcaide de la fortaleza, Beltran Ahlefeld, quien les prometió estudiar su petición con el mayor interés. «Muchas capas hay que atravesar antes de llegar a la presencia de un rey», pensó Jacobo. Por fin, al tercer día consiguieron transponer el puente levadizo y obtener autorización para tocar para las gentes del castillo. Pero, cuando al mediodía consiguieron una nueva audiencia del alcaide, se encontraron con una contrariedad: Miguel Thógersen, el hombre con quien debían entrevistarse, estaba a punto de salir de viaje. No obstante, consiguieron verle personalmente. El alcaide les

autorizó a entrar en el patio del castillo, y, en el mismo momento de entrar, vieron que Miguel estaba a punto de montar a caballo. Se hallaba en pie junto al arranque de la escalera, y dos escalones más arriba estaba el rey en conversación con él. Jacobo e Ida se quedaron parados bajo la bóveda de la gran puerta de entrada y no se atrevieron a seguir adelante mientras estuviera allí el rey. Miguel tardó mucho tiempo en salir, pues tuvo que hacer grandes preparativos para su largo viaje. El caballo pataleaba y escarbaba el empedrado. La voz del rey resonaba entre los altos muros del patio. Parecía que aquello no iba a acabar nunca. Miguel Thógersen, ataviado con espléndidas y flamantes prendas —medias de color verde, levita de gruesa lana de color castaño— no hacía más que ir y venir alrededor del caballo, metiendo el dedo por debajo de la cincha y palpando la cabezada. Era aquél un caballo joven e inquieto. Miguel, que tenía las piernas torcidas al nivel de la rodilla, no parecía estar afligido por este defecto. —¡Ya está todo listo, Miguel! —sonrió el rey, un poco impaciente—. Ya puedes marcharte. Ahora pediré al Cielo que regreses sano y salvo. Cuídate. Miguel se inclinó cortésmente, dando fin a su petición de instrucciones. El mozo que tenía al caballo sujeto por las riendas, se estiró cuanto pudo para ayudar a subir a Miguel, mientras miraba de reojo hacia la ventana abierta de la cocina a la que se habían asomado dos o tres rostros de muchachas para espiar furtivamente. Las jóvenes estaban a punto de estallar de risa. Miguel apoyó el pie en el estribo, y se elevó con gran lentitud y serenidad. —¡Eh, no te vayas a caer por el otro lado! —exclamó el rey con una sonrisa llena de aprensión. Pero no. Miguel se situó felizmente en la silla. Una vez montado, se colocó bien el sombrero y, con gesto de dignidad ofendida, volvió hacia el rey su rostro cubierto de blanca barba. —Bueno... ¡adiós, Miguel! —dijo el rey con voz emocionada—. Esperamos que pronto volverás sano y salvo. —¡Pues claro, majestad! —contestó Miguel. Resoplando, Miguel recogió las riendas y se restregó repetidas veces hacia arriba su blanco bigote. El mozo se apartó y el caballo arrancó al trote. Miguel se iba balanceando desmadejado en la silla. —Me temo que esto no va a salir bien — exclamó el rey, golpeando la balaustrada—. No, no... Pero todo salió perfectamente. Miguel se enderezó sobre el caballo y volvió por sus viejos fueros de jinete. El vigilante le abrió la puerta y Miguel pasó muy derecho a caballo, casi rozando a Jacobo e Ida. La puerta volvió a cerrarse tras él. Oyeron cómo cruzaba el patio exterior y pasaba tronando por el puente levadizo. Cuando volvió a quedar en silencio el patio, el rey dio media vuelta en la escalera para volver a subir, pero de repente se detuvo hablando solo, en voz baja. Y entonces descubrió la presencia de Jacobo e Ida. —¿Quiénes sois vosotros? —preguntó bajando por la escalera, y perforándolos con su penetrante mirada. Se detuvo frente a ellos, mirando alternativamente a uno y a otra, intrigadísimo. Jacobo no contestó, pues se había quedado aturdido y desconcertado. Ida permaneció inmóvil con su hermoso rostro indescifrable, mirando al rey cara a cara. El rey resopló fuertemente por la nariz y los miró con aire interrogativo. —¿Quiénes sois? —Somos... Nuestra profesión es recorrer el país, yendo de pueblo en pueblo— tartamudeó Jacobo. Luego, después de hacer una profunda aspiración, se animó y prosiguió: —Somos de esos músicos que vienen mucho por aquí... Esta niña es nieta del señor que acaba de salir a caballo por aquella puerta. —¡Ah, ya! Conque una parienta de Miguel, ¿eh? Supongo que habréis venido para hacerle una visita. Es lástima que haya tenido que marcharse tan pronto. ¿Por qué no le habéis hablado? —No me atreví... Estaba hablando con vuestra majestad... Jacobo sonrió con la más exquisita cortesía, bajando los ojos, mientras trazaba un círculo en la arena con la vara. —No os preocupéis por eso —le dijo el rey consolándolo. Se quedaron callados un momento. El volvió a mirarlos. —No os preocupéis —repitió, en voz más fuerte—. Todavía no ha

ocurrido ninguna desgracia. Miguel volverá. Entre tanto, vosotros podríais..., podéis quedaros aquí en el castillo. Vamos a hablar con Beltrán... Venid por aquí. Vaya, así que... ¿sabéis tocar el violín? —¡Sí, majestad! —exclamó Jacobo golpeando la funda del instrumento, con expresión alegre y tímida, mientras se ponían en marcha. El viejo rey iba delante de ellos tosiendo ligeramente, y de muy buen humor. —Magnífico. Esto tenemos que arreglarlo. Y se fueron a hablar del asunto al alcaide de la fortaleza. Jacobo e Ida se mantuvieron cortésmente a distancia mientras el rey exponía el caso intercediendo por ellos. Beltrán Ahlefeld le escuchaba con una cortés deferencia y con la máxima calma. Ahlefeld era mucho más alto que el rey, pero no se inclinaba para hablarle: el rey levantaba hacia él la mirada hablándole con apremiante solicitud y moviéndose de un lado a otro. Al fin obtuvo lo que deseaba, y le dio las gracias con efusión, pero Beltrán conservó su deferente frialdad. El rey en persona, caminando con sus zapatos desgastados, se fue hasta el patio exterior y se ocupó de que prepararan sendos alojamientos a Jacobo e Ida en una de las alas del edificio. A la noche los dos trovadores tuvieron que tocar para el rey en el salón de la torre, donde él solía estar la mayor parte del tiempo. Los obsequiaron con vinos. Jacobo ejecutó una *hopsa*¹² con aquel arte que él dominaba como maestro consumado. Esta música sonaba de un modo extraño entre aquellos tristes muros. El rey estaba contento. Una suave melancolía se adueñó de él. Estaba sentado, con la mejilla apoyada en la mano. Las velas ardían sobre la mesa, en la que se veía un gran libro con cierre de broches. El vino comenzó a hacer efecto en Jacobo, cuyo rostro adquirió una expresión mórbida, y el juglar los obsequió con una pieza de baile galopante, de una alegría loca. Al lado de él estaba Ida, grácil, menuda, bonita, tocando el triángulo. Durante un descanso, Jacobo preguntó cuándo regresaba Miguel. Soltó la pregunta como al azar para que el rey no se molestara en caso de que tal pregunta fuera inoportuna. Pero el rey contestó con amabilidad: —Dentro de unos diez o doce días... Como el rey no se extendió en dar más explicaciones, Jacobo no se atrevió a seguir preguntando. Y se puso a tocar todas las melodías y ritmos que era capaz de recordar. En un momento en que estaba con la barbilla apoyada en el violín pensando una nueva melodía, se le ocurrió mirar disimuladamente las cansadas y venerables facciones del monarca. En aquel momento el rey alzó la vista y observó que Jacobo estaba completamente estragado y derrumbado. —¿No nos vas a tocar más piezas? -le preguntó en tono cordial, mientras su mente estaba absorta en misteriosos pensamientos. Jacobo volvió a tocar, llevando el compás con el talón. —¡Hurra! ¡Magnífico! ¡Espléndido!

Era el Vals de los zuecos. El rey retuvo a su lado a los juglares durante toda la velada, pues se sentía muy solo: en el transcurso de nueve años era aquella la primera vez que Miguel se ausentaba del castillo. Cuando en la torre el centinela dio la hora de la medianoche con la trompeta, Jacobo y el rey estaban ya un poco alumbrados. Antes que Ida se retirara, el rey posó su mano sobre el hombro de la muchacha, midiendo de una ojeada su figura con esa cortesía, mezcla de audacia y de renuncia, que es propia de un hombre experto en esta materia. El guardián principal del castillo, que era un cascarrabias amargado, fue cerrando todas las puertas detrás de Jacobo e Ida. Pero el vigilante de la puerta de abajo, que era un sujeto alegre y sin escrúpulos, al iluminar con su linterna la figura de Ida, observó que la muchacha era muy fina y muy blanca. De pronto levantó

ladinamente la linterna en el aire, de modo que ellos quedaran en la oscuridad, y agarró a Ida por el talle con su brazo de fuerte puño. La muchacha dio un salto a un lado, mientras de su garganta salía un alarido, profundo y bestial como el de un animal desconocido, que resonó bajo la bóveda de la gran puerta, oyéndose en todo el castillo. —¡Dios del Cielo! Los soldados sintieron doblárseles las piernas, y empezaron a retroceder de espaldas hasta la puerta. En un santiamén se abrieron todas las ventanas, troneras y claraboyas del castillo, las de arriba y las de abajo, y voces aterradas preguntaron, borrachas de sueño, qué era lo que había ocurrido. La alarma duró hasta mucho tiempo después que Jacobo e Ida se encontraron a salvo en sus respectivas habitaciones. También el rey oyó el berrido. Se asomó a la ventana, escrutando las sombras, se lanzó casi de un salto al interior de la cámara de la torre, y con los pelos erizados se deslizó hasta la puerta, alargando una mano para saber si estaba cerrada. Sí. Estaba debidamente cerrada con llave y con el cerrojo corrido. Exhalando un profundo suspiro, se dirigió temblando a una silla, en la que se dejó caer, mortalmente agotado. Luego abrió la Biblia, y arrimando la luz de las velas a la nariz, se puso a leer la palabra de Dios. De cuando en cuando levantaba silenciosamente la cabeza y, con los ojos paralizados de espanto, se quedaba mirando fijamente las chisporroteantes llamas de las velas. Poco a poco se fue serenando y tranquilizando; se aventuró a abandonar la mesa, encendió varias luces más y se puso a leer, con un sentimiento de gratitud, el Libro de Ruth. Sentado, con su enorme cabeza blanca entre las velas, leyó todo el libro de tapa a tapa. Y cuando, terminada la lectura, le vino de pronto a la memoria aquella idea que siempre venía a obsesionarlo cuando, tras una atenta lectura de las Sagradas Escrituras, volvía a acordarse de las cosas temporales, a saber: que sus amigos se habían muerto o dispersado, que todos le habían vuelto la espalda y que esto venía ocurriendo desde hacía demasiado tiempo. Estuvo un rato así, sentado y con la mano enterrada en sus cabellos. Luego apagó las luces dejando sólo tres encendidas. Se puso ceremoniosamente de rodillas en medio de la sala y estuvo susurrando a media voz el Padrenuestro durante un largo rato, hasta que hubo terminado todas las oraciones que solía rezar siempre. Después se dirigió a su lecho dejando encendidas las luces, y se acostó con los ojos serenos y despiertos cruzando las manos sobre la colcha de pieles que cubría su lecho. Llevaba ya once años viviendo en aquella habitación. Allí fue donde, en los primeros meses de su cautiverio, iba de una pared a otra pared revolviéndose como una fiera enjaulada. Entonces su prisión y reclusión le hizo enfermar de fiebre. Allí había sudado y comido y bebido como lo haría un loco furioso, y allí se dormía, borracho y demente, para despertar a la mañana entre

juramentos proferidos en voz baja. Por allí se había revuelto él pataleando entre aquellas sillas desvencijadas. Allí había estrellado contra la pared los picheles y jarros de cerveza. Allí había percibido los resoplidos que salían por su velluda nariz mientras se paseaba de un lado a otro como una fiera. Ahora, en tanto él tenía los ojos fijos en las luces sin poder conciliar el sueño, su semblante estaba cambiando de expresión a cada momento. Sobre sus cejas pasaban ráfagas de sombra. Luego volvía a adoptar una expresión plácida y tranquila. De repente se echó a reír. Aquella era la franca risotada amable de los viejos tiempos. Acababa de recordar a aquella joven que Ditlev Brokdorp le había introducido arteramente en aquella misma habitación hacía ahora once años... Fue en aquella ocasión en que él se había metido en la cama, y no había quien lo levantara de ella. La muchacha le había dejado muy contento y satisfecho. Era realmente muy hermosa. —No, no quiero pensar en eso. Fue un acto pecaminoso. Cometí un grave delito de desobediencia a la voluntad de Dios. ¡Que Dios la proteja, dondequiera que ahora esté! El rey respiró profundamente y miró a las llamas de las velas con ojos humedecidos. Al poco rato se quedó dormido, gracias al Señor, que sabe librar al hombre con dulzura del peligro y apagar el fuego de nuestras impaciencias.

CAROLUS

MIGUEL franqueó muy sereno y erguido el puente levadizo. Pero al llegar a campo raso, sintió vértigo y estuvo a punto de caerse del caballo. La visión de aquel panorama de amplias y lejanas perspectivas lo aturdió y le parecía que le iba a estallar la cabeza. Recorrió a caballo el corto trecho de camino que había hasta el embarcadero, mandó traer la barca de pasaje y lo transportaron a la otra orilla. Pero esto fue todo lo que pudo hacer aquel día. Enfermo y mareado, se vio forzado a entrar en la posada del embarcadero, donde inmediatamente se metió en la cama. A la mañana siguiente se levantó más animoso y fuerte que nunca; cambió algún dinero por moneda menuda en la posada y comenzó a ver con más claridad las perspectivas de aquel viaje, al que tanto había temido desde el momento en que quedó decidido. El y el posadero estuvieron un rato tomando *la mañana* copa tras copa. Pero pronto Miguel comenzó a dar muestras de actividad y diligencia, y mandó que sacaran el caballo. —Tengo que ir a Lübeck —dijo, dándose aires de personaje importante—. Tengo mucho camino que trotar. Misión de parte del rey. Y no dijo más. Se limitó a rodearse de misterio —de un misterio trascendental— propio de un estadista. —Ea, haced que me traigan el caballo. El posadero no consiguió sacarle más noticias, pero tampoco le importaban un comino. Miguel estaba ligeramente chispo. Montó en el caballo revolviendo los ojos y tirándole al mozo de cuadra una gran moneda, que se hundió en el polvo. Y se puso en marcha... ¡Atiza! Aquel viejo apergaminado se lanzó a un galope asombroso y desapareció en un santiamén, por el camino real, lanzando chispas. Miguel sabía viajar. Lo hacía a conciencia: entraba en toda taberna que encontraba en su ruta. En todos los puntos por donde pasaba *dejaba caer* la noticia de que él llevaba una importante y urgente orden de parte del misino rey. La gente se quedaba asombrada ante aquel viejo cascajo, y hacía mil cábalas pensando si aquel no sería acaso un coronel retirado o un charlatán de feria, enchochecido de puro viejo. Por su aspecto parecía un personaje ilustre, con su amplia frente despejada; pero se bebía las copas al estilo de un recluta. Su persona tenía una cualidad indefinible que inspiraba respeto; y, sin embargo, la gente se reía a sus espaldas. Por donde él pasaba, iba suscitando diálogos como éste: —¿Qué *comisión real* es ésa que ha mencionado? ¿Qué será? —Tiene que tratarse de un asunto muy urgente, encomendado a una persona de gran experiencia, cuando envían a todo galope a un hombre que apenas puede mantenerse en pie sin caerse a pedazos... —Sin duda le han ordenado que guarde bien el secreto de su misión, pues nadie ha podido arrancarle cuál es. Cuando Miguel llevaba un par de días cabalgando, fue sorprendido por lluvias y tormentas; las hojas silbaban en los bosques amarillentos; el viento, el frío y la lluvia pudieron más que Miguel, que tuvo que acostarse enfermo en la primera posada, donde creyeron que ya no se levantaría más. Pero no. A la mañana siguiente, ya lo vieron tan fresco, balanceándose a lomos del caballo. Atravesó a galope la Jutlandia meridional y, más muerto que vivo, llegó por fin a Lübeck. Al entrar en la ciudad, Miguel se dirigió a la hostelería llamada La Bota de Oro. Todo aquel día lo dedicó a descansar y darse buena vida. Durmió hasta el mediodía del día siguiente, hora en que se levantó para dirigirse a pie a la Casa Consistorial, para probar la cerveza y los vinos de sus bodegas. Pero en seguida dio por terminado el programa de placeres de su viaje, considerando que ya era hora de cumplir el encargo que le habían encomendado. Preguntó al hostelero por la calle de La Violeta. —¿La calle de La

Violeta, decís? —exclamó el otro, mirando con extrañeza a Miguel, arqueadas las cejas—. ¡Hum! Pues claro, señor. Con mucho gusto se lo indicaré. El posadero le explicó detalladamente la situación de la calle, y allá se encaminó el viejo jinete. Era una calleja muy estrecha, como estrecha era la casa que buscaba, pues no tenía más anchura que la de un entrepaño normal. Carecía de ventanas. Sólo se veían unos tragaluces allá arriba. Sobre el dintel de la puerta pendía una bacía de latón cubierta de verdín. La puerta estaba cerrada y atrancada. Miguel levantó el aldabón y lo dejó caer pesadamente. Pasaron varios minutos. Miguel esperó con paciencia, hasta que finalmente oyó resonar pisadas en el interior, seguidas del ruido de una llave que se introducía en la cerradura. La puerta se entreabrió, dejando ver la cara de un hombre con los ojos ocultos detrás de grandes gafas negras. —¿Sois vos maese Zacarías? —El mismo, señor —dijo el de las gafas, con voz baja y susurrante. Los dos se quedaron silenciosos durante un momento. Luego Miguel empezó a explicar vagamente el objeto de su visita. Pero apenas Zacarías le oyó mencionar el nombre del rey, abrió la puerta de par en par con solemne ademán. —Entrad, caballero, entrad —exclamó croando—. ¡Vaya, vaya! ¡Así que venís de parte de mi querido amigo Cristián...! Miguel traspuso el umbral y Zacarías volvió a cerrar por dentro la puerta. Estaban a oscuras. Zacarías sacó fuego con un eslabón, encendió una tea, y caminando delante de Miguel, comenzó a subir por una escalera de mano. —Seguidme por aquí. Arriba hay más luz. Subieron a una gran habitación, iluminada por la luz de una ventana que daba al patio. Pero en aquella habitación reinaba una atmósfera lóbrega y siniestra. Miguel vio allí un esqueleto de cocodrilo y aves disecadas colgadas del techo, como fantasmas. El suelo estaba inundado de libros y ropas viejas. En la mesa, entre gran cantidad de papeles polvorientos, había un globo terráqueo. En los estantes que corrían a lo largo de las cuatro paredes se vislumbraban frascos y redomas de todos los tamaños. En la habitación flotaba un feo y rancio tufo de medicinas como el olor del cardenillo o el de una seta. —¡Me sorprende vuestra visita! —exclamó Zacarías, con tono cordial—. Pero... ¡sentaos! ¡Vaya, conque el rey Cristián se ha dignado enviar un mensajero a este insignificante doctor! Y, sin embargo..., ¡no son mis artes de cirujano lo que él necesita en esta ocasión! —En efecto, señor —corroboró Miguel, rendido a la clarividencia de aquel hombre. Mientras hablaba, Zacarías movía adelante y atrás la cabeza como quien mece una cuna. De pronto comenzó a gruñir entre dientes: —Nos estamos volviendo viejos, *Miguel Thógersen*... Con el cuello estirado hacia delante miraba fijamente a Miguel. Le pilló tan de sorpresa, que dio un respingo al oír pronunciar su nombre. Con una expresión de bobo, preguntó: —¿Cómo! ¿Pero sabéis...? Zacarías, volviendo a acunar su cabeza, siguió mirándolo, divertido, disfrutando del triunfo. —¡Pues claro! —dijo—. ¡Pues claro! Pero inmediatamente se volvió a poner serio, como el que vuelve a la realidad. Permanecieron callados unos momentos. Miguel miraba al suelo moviendo la cabeza. «Con este hombre —pensó— tengo que hacer buenas migas.» Con la cabeza ladeada, miró confiada e ingenuamente a Zacarías, diciendo: —¿Viejos, decís? Oh, vos no parecéis tener nada de viejo. Yo paso de los setenta. Vos sois sin duda mucho más joven. Entonces Zacarías se levantó de un salto, y después de soltar una carcajada brutal y cacareante, se puso a dar vueltas por la habitación, a grandes zancadas. Un instante después volvió a soltar una carcajada más formidable aún e hizo una mueca de desprecio ante las mismas narices de Miguel. —¡Pero si yo todavía soy un joven, amigo! Y dando zancadas aún más largas, se puso a citar unos versos latinos. Aullando de placer, empezó:

Mugit et in teneris...

Y luego, con un grito de mofa:

...Formosus

Y después, dando una vuelta majestuosa, barbotó entre carcajadas:

...Obambulat herbis!...

Largo tiempo estuvo Zacarías riéndose y refocilándose a costa de la musa dulce y sentimental de este verso de Ovidio. Miguel estaba violento y desconcertado. Volviendo su pensamiento a la misión que le habían encomendado, miró de reojo la esfera que estaba sobre la mesa. Zacarías cazó ávidamente aquella mirada, y puso fin a su escandalosa palabrería. —Lo que el rey desea es que yo le resuelva un problema relativo a las constelaciones del cielo, ¿no es cierto? —Sí, señor, algo parecido —corroboró Miguel, con el ademán humilde y comedido de un pobre viejo. Por lo visto aquel Zacarías lo sabía todo. —¡Contadme, contadme! —pidió el doctor con voz estentórea. Y Miguel se puso a explicar su misión con una concisión admirable. —Hace unos seis meses —empezó diciendo— que su majestad y yo venimos enzarzándonos en una agria discusión sobre un problema de Astronomía. Un día en Jerusalén me encontré yo con un monje alemán, quien me dijo que estaba personalmente convencido de que no es el Sol el que camina alrededor de la Tierra, sino al revés. Después alguien me dijo lo mismo en Italia. Un día en que yo estaba refiriendo al rey las peripecias de mis viajes, mencioné por casualidad este hecho. El rey se puso excitadísimo y colérico. A partir de ese día hemos venido disputando casi a diario sobre este punto... Yo me había convencido, al fin, cié cuán verosímil y razonable era la hipótesis de aquel monje; me vi obligado a darle la razón cuando más tarde, al recorrer el Asia Menor a lomos de camellos, observé atentamente de noche la marcha y los cambios de las estrellas. Además, yo había pasado por otras experiencias personales que me hicieron vislumbrar la probable verdad de esta afirmación: mi propia vida vino a enseñármela en realidad... En efecto, yo había comenzado por creer que toda la existencia giraba en torno de mí mismo, pero poco a poco fui descubriendo que esto no era más que una engañosa apariencia. Pero su majestad no puede soportar que yo crea eso. Sólo de pensarlo se pone furioso. Miguel se calló un momento, lanzando un leve resoplido al recordar las humillaciones de que le hacía objeto el rey por defender esta hipótesis. —Más de una vez —prosiguió diciendo— sucedió que, habiendo salido yo triunfante de la discusión que sostuvimos durante el día, el rey se ha levantado por la noche callandito y allí, a oscuras, me molió a palos en la cama... Al fin, los dos convinimos en que yo vendría a Lübeck a someter este problema a vuestra consideración, pues vuestra fama ha pasado las fronteras de nuestro país.

Zacarías pestañeó apretando los párpados. El tono extrañamente apagado con que hablaba Miguel le impresionó. Cualquier cosa le hubiera gustado más que esta tarea de echar por tierra una herejía tan espantosa. Se levantó y empezó a recorrer la habitación todo agitado; se puso las gafas, y estuvo largo rato hojeando papelotes polvorientos. Finalmente se acercó a Miguel, y adoptando una actitud de hombre frío y resuelto, exclamó en latín: —Bien. Ordenaremos que se haga luego una investigación sobre este problema. Volved por aquí mañana. Miguel se levantó contrariado y le dio las gracias. «¡Vaya —pensó—, conque tengo que irme ya!» Pero se detuvo paseando una larga mirada escudriñadora en torno suyo, contemplando aquellos frascos. —Os acompañaré hasta la puerta —dijo el misterioso Zacarías. Miguel movía los labios sin dejar de contemplar aquellos recipientes. Le parecía que Zacarías estaba leyendo en sus pensamientos. —Tengo una sed espantosa, maestro. ¿No os sería posible...? —Lo siento, señor, pero aquí no tengo otra cosa que medicamentos. A Zacarías parecía dolerle que Miguel tuviera gustos tan profanos y epicúreos. Con voz sorda empezó a hacerle a Miguel un sermón sobre la sencillez de vida y la frugalidad de los verdaderos sabios. A pesar de todo se fue a buscar un pichel y un gran vaso artístico de estaño, y los llenó hasta la mitad. Miguel probó el licor. Era un vino español muy fuerte. Bebió con avidez y entonces recordó, con alegría, un verso de Horacio. Zacarías asintió con entusiasmo y se echó también un trago. Pero apenas el líquido turbador llegó a su estómago, se puso a chasquear la lengua con delicia. Vaciaron todo el jarro. Miguel volvió a recordar todo el olvidado latín de su juventud, y empezó a soltarse en la lengua del Lacio esquivando hábilmente los subjuntivos. Pero de la boca de Zacarías salían a torrentes las citas clásicas. Empezó a contar anécdotas repugnantes de cuando era estudiante en Leipzig y crónicas cínicas que pusieron a Miguel en apuros. Ya sus carcajadas eran verdaderos gritos. Se estaba poniendo exaltado como un poseso. De cuando en cuando empinaba el codo con la gravedad del mejor estilo clásico. Miguel hacía esfuerzos por ponerse a tono y al nivel de Zacarías, tratando de convertirse en el perfecto retrato del universitario juerguista. Pero este Miguel de ahora había olvidado muchas cosas, y sus miembros habían perdido la antigua agilidad y se habían agarrotado. Parecía un arruinado órgano con el fuelle agujereado, que, cuando Zacarías le pisaba el pedal, emitía tal vez la nota exacta, pero al mismo tiempo perdía aire. Había oscurecido por completo. Las aves disecadas parecieron aumentar de tamaño, flotando al capricho del viento. Zacarías debía de estar ya borracho perdido, pues se subió a una silla y se puso a cantar la hermosa Metamorfosis? con sus mitos de Júpiter y Europa. Miguel lo miraba, emocionado, con la santa ingenuidad de un

viejo, de modo que casi no notaba los efectos de su embriaguez. ¿Sería él capaz de competir con el recitado de la Metamorfosis? Pero... ¿qué porquerías estaba intercalando en el recitado? —¿Sabéis quién soy yo? —berreó Zacarías. —No. En efecto, Miguel no lo sabía. —Fui yo quien, en su carro volador, se acercó demasiado al Sol. Yo he estado en un lugar ardiente. Fijaos: ¿no veis cómo estoy quemado? Miguel se vio obligado a reconocer la verdad de tal afirmación. No había un pelo en la cabeza amarilla rojiza ni en las manos de Zacarías. Ni siquiera sus párpados tenían pestañas. Su piel estaba fruncida y lustrosa como la inmensa cicatriz de una quemadura. —Esto ocurrió en Magdeburgo hace doce años —añadió de repente Zacarías con voz sorda y cascada—. Allí me acerqué demasiado al fuego. Allí nuestro carro dio la vuelta... Su risotada sonó como un fustazo. Pero inmediatamente se quedó serio, silencioso y reconcentrado, con una mirada perversa en los ojos, una mirada que abrasaba. Miguel estaba aturdido y desconcertado. El doctor volvió a hablar: —¿No queréis subir a ver mi oráculo? Pero... ¿qué os pasa? Parece que os habéis vuelto mudo, mi sensible amigo Miguel, ¡Venid! Tambaleándose subieron por la escala y entraron en una reducida habitación situada en el último piso de la casa. Todo estaba oscuro allí. Miguel casi se sintió mareado del olor que se respiraba en aquel aposento. Era un olor espeso y fúnebre, como el que exhala una habitación donde hay niños de pecho o el que produce la carne cocida y aceda. —Escuchad: yo no sé ni una palabra de la ciencia de las estrellas ni de Filosofía —gritó Zacarías de un modo escandaloso—. Yo he sido toda mi vida un simple cirujano, y nunca me he ocupado de las relaciones existentes entre los órganos y el alma. Pero, para cuando tenga que ejercer mis funciones de doctor universal, he de cuidar de tener a mi lado a un alter ego. Y no hay cuestión de Metafísica que no se pueda resolver en esta casa. Bien, voy a haceros la presentación de mi honorable colega. Y diciendo esto, abrió el tragaluz, que iluminó la habitación. Allí junto a la pared, acostada sobre un banco de patas muy cortas, yacía una criatura humana, mirándolos fijamente con ojos hundidos, de enfermo. El tamaño y la forma de su cabeza no parecían los de un ser humano. Su rostro parecía estar achatado al apoyarse contra el banco, como si se abollara con el peso. Aquella cabeza tenía la blancura blanda del sebo y parecía estar hecha de tumores. —Sí... ¡Miradlo! —gritó Zacarías—. No os hará daño. Es muy manso. Este es Carolus, mi omnisciente brazo derecho. Pero en este momento no está en condiciones de aclarar dudas. Son necesarias dos horas largas para hacerlo entrar en calor: para ello es preciso que le froten con el cepillo de un problema más... Levántate, Carolus, y salúdanos. De debajo de las pieles que lo cubrían, Carolus sacó

sus dos brazos blancos y sutiles como los de un fantasma, y, apoyándolos en el banco, se incorporó trabajosamente hasta quedar sentado. En un principio pareció que aquella cabeza blanducha no quisiera obedecer a su voluntad, pero él consiguió al fin levantarla. Y cuando quedó sentado, se vio que su rostro era como una pasta que le bajaba por los ojos y le llegaba hasta los hombros. —Hoy está sin fuerzas —aclaró Zacarías—, ya que ayer estuvo meditando profundamente en la solución de un problema altamente difícil. Para ello tiene que estar encerrado en la oscuridad... ¡Vamos, acuéstate otra vez, Carolus, y deja que el sueño caiga sobre ti! Carolus se dejó caer lentamente hacia atrás, colocando con grandes precauciones la cabeza en el banco, de modo que le quedaran los ojos en condiciones de poder mirarlos sin esfuerzo. Y aquel pequeño rostro indeciblemente avejentado se quedó como petrificado. Únicamente su boca, vuelta hacia arriba como la boca de un lenguado, se movía con extrañas convulsiones de dolor. —Cuando está descansando en esa posición, puede resolver cosas fáciles, hacer cálculos, realizar trabajos de memoria... Dadle un número para que os lo eleve a la segunda potencia. —El tres mil setecientos diecinueve —propuso Miguel. Carolus cerró los ojos y los abrió casi instantáneamente para contestar: —Trece millones ochocientos treinta mil novecientos sesenta y uno. Su voz débil y pastosa sonó como el croar de una rana. —Muy bien. Ahora verás, Carolus: venimos a proponerte la solución de un problema difícil. Y puedes ir empezando a meditar en él desde ahora mismo. El rey de Dinamarca quiere saber con absoluta certeza y precisión si el Sol anda alrededor de la Tierra, o si es la Tierra la que anda alrededor del Sol. Tienes que hacernos ese favor. Conversando siempre en voz alta, Zacarías se volvió hacia Miguel y le indicó una enorme campana de vidrio de color verde hierba, que se veía en un ángulo de la estancia. —En esa campana se ha criado Carolas. Ah, me ha costado mucho dinero esa dichosa campana. Hace ahora nueve años que conseguí hacerme con Carolas. Se lo compré a una bribona vagabunda. Entonces tenía sólo dos años de edad. Por tanto, no es tan joven ya. He tenido suerte con él. Hace diecisiete años comencé a trabajar con un niño, que tenía encerrado en una campana más pequeña; pero murió de una inflamación cuando sólo había alcanzado la mitad del desarrollo de Carolas. La verdad es que aquel niño era hijo de un rufián de la más baja estofa y de una dama realmente distinguida. En cambio, Carolas... ¡es príncipe de sangre real! Sí, lleva sangre real en sus venas, sangre fresca como vino recién salido del tonel. ¿Sabéis quién es Carolas en realidad? Zacarías estaba como beodo de alegría y de triunfo. Miraba fijamente a Miguel con una mirada que era un desafío a la misma muerte. —Os diré quién es Carolas, pero tenéis que

guardar el más absoluto secreto de esta revelación. Pues bien: ¿es hijo del rey de Dinamarca! Sí, sí, es cierto... Nació en el castillo de Sónderborg. ¡El rey tuvo este hijo durante su prisión! Su madre era una muchacha del pueblo. El gran caballero Canuto Pedersen Gyldenstjærne le quitó el niño a la madre y se lo traspasó a aquella bribona bohemia que me lo vendió. Tengo papeles que lo acreditan. Así, pues, Carolus es el vástago más noble que jamás haya sido injertado en el árbol de la Ciencia. ¡Carolus, hijo de rey, príncipe de Dinamarca! Su cabeza ha demostrado poseer una capacidad de expansión única en el mundo. Yo puedo reblandecer su cráneo y hacer que la membrana del cerebro se convierta en piel, ¿comprendéis?; por eso le doy alimentos de una virtud especial. Pero tengo que vigilar constantemente la temperatura de la atmósfera que debe rodear su cabeza. Para ello me sirvo de la campana. Por cierto que a Carolus le gusta todavía meterse bajo su campana, donde ha permanecido durante tantos años, aunque se le está quedando demasiado pequeña. Carolus es el mejor cerebro de Europa. Y no sólo por la profundidad, sino también por la rapidez de su inteligencia. No hay otro aparato como él. Y es que está bien desarrollado de cuerpo y miembros. No es ningún monstruo, y goza de una salud excelente. Tiene una sangre magnífica para alimentar su inteligente cerebro. Es un observador agudo como hay pocos. Basta que le muestre un trozo de hierro para que comience a babear. Sabe distinguir unos metales de otros con sólo tocarlos. El cobre y todas las aleaciones no nobles le hacen sudar instantáneamente las yemas de los dedos. En cambio, el oro y la plata ejercen en él una influencia saludable y bienhechora, y además... no es un experto en un solo ramo. Domina el sistema de numeración, y sabe latín, pues yo se lo he enseñado. Pero he procurado apartarlo de todas las demás cosas, para que él se convierta en lo que Platón llamaría un arquetipo. Todo está en su cabeza. Es la perfección y la exactitud mismas. En el interior de esas membranas encierra todo el universo. ¡Miradlo!... Se aproximaron al banco. Miguel notó que aquella cabeza se había puesto de un color más oscuro. Todas aquellas blandas hinchazones, de color rosado, se habían puesto mucho más abultadas. Tenía los ojos cerrados. Zacarías apartó a un lado las pieles que lo cubrían y mostró a Miguel aquel pobre cuerpo alfeñicado que yacía encogido sobre el banco. Sus miembros continuaban yertos y fríos. —Ya ha empezado —susurró Zacarías—. Fijaos cómo tiene el semblante atormentado: es el tormento de pensar. ¡Tentad aquí las palpitations! Miguel palpó a regañadientes aquella cabeza blanducha, que ya estaba muy recalentada y palpitaba enérgicamente, llena de agitación. —Ahora ya podemos marcharnos tranquilos —dijo Zacarías—. Ya está muy adentrado en el estudio del problema. Pero su

cerebro tardará más de una hora en quedar completamente hinchado y tenso. Cuando está totalmente hinchado, presenta muy buen aspecto: su cuerpo es entonces como un pedúnculo unido a la fruta madura, que es su cabeza. Acaso deseáis, querido colega, venir dentro de un par de horas para recoger la respuesta. ¿O preferís volver mañana? —Pero ¿por qué tiene ese aspecto de agonía en el semblante? —preguntó Miguel, compadeciéndose tímidamente de aquella criatura. Miguel estaba como loco a causa de los efectos del vino, del espanto y de la compasión. —Eso es la cosa más natural —repuso Zacarías—. Como os he dicho, es un fenómeno que acompaña siempre al esfuerzo del pensamiento. —Yo siempre he creído que el trabajo de la inteligencia era fuente de alegría y no causa de dolor —balbució Miguel—, Y además, ¡qué débil se ha puesto! —¿Vamos ya? —propuso Zacarías—. Y escuchad, caballero Miguel: la sabiduría multiplica los enigmas. Esto fue lo que me dijo Carolus como expresando la quinta esencia de sus meditaciones. Su cabeza, normalmente, es decir, en frío, pesa una libra y algunos quintos de libra. Pero cada vez que ha resuelto un problema, su peso aumentó en un quinto. Carolus me ha dicho también que, cuando se piensa en abstracto, al cabo de cierto tiempo se vuelve al punto de partida. Esto quiere decir que, en el momento en que uno se aproxima a la solución de un problema, éste deja de existir como tal problema. Pero hasta ese mismo proceso que, entre otras cosas, se manifiesta en forma de dolor y cuya duración es indiferente, tiene siempre su interés y su valor. Yo no sé si vos, colega, entendéis lo que os estoy diciendo... Bien. ¿Bajamos? Si no me engaño, nos queda abajo todavía un jarro lleno. Pero Miguel no quiso quedarse por más tiempo. Estaba deseando regresar. Se sentía mareado y aturdido. Zacarías bajó en su compañía por la escala. No estaba totalmente despejado de los vapores del vino. Seguía hablando con una petulancia brutal y despiadada. Pero Miguel no quiso oír nada ya. En la puerta de la calle convinieron en que Miguel volvería por allí al día siguiente para recoger la deseada respuesta.

LA HOGUERA

ESTABA anocheciendo cuando Miguel salió a la calle, casi tambaleándose. Miguel observó que los habitantes de aquella ciudad vivían una vida azarosa. A su paso por las calles, vio hombres y mujeres cantando, mientras otros le hacían señas desde las ventanas enarbolando su jarro de vino. Soldados y marinos recorrían la ciudad alborotando, Miguel aceleró el paso y se alejó vacilando, mientras los soldados lo saludaban con salvas de carcajadas. Pero consiguió pasar adelante entre aquella chusma y llegar, casi a ciegas, a La Bota de Oro. En la hostería pidió que le sirvieran vino, y bebió como un enfermo calenturiento, sintiendo un nudo en la garganta como el que está a punto de llorar. No tardó en perder el uso lúcido de sus sentidos. El hostelero ordenó que lo llevaran a la cama, situada en el cuarto de huéspedes. Minutos después lo oyeron llorar allí dentro como una criatura abandonada, y cuando entraron para echar un vistazo al viejo, éste estaba tendido boca arriba en la cama con los brazos en jarras y mirando fijamente al techo como un desventurado. Nada pudieron hacer, sino dejarlo sollozar hasta que se desahogara. Cuando, algunas horas después, lo volvieron a visitar, tenía fiebre elevada. Toda la noche permaneció en vela, delirando, de modo que tuvieron que velar a su lado. Pero esta vez él, en su delirio, habló de sí mismo y de todo lo que había visto y oído en casa de Zacarías. El hostelero, sin andarse con rodeos, se fue a la mañana siguiente a ver a la Policía y a contar todo lo que le había oído decir a Miguel. Una hora después Zacarías estaba ya atado con grillos y cadenas, y su homúnculo quedaba bajo la custodia y protección de la Justicia. No hay duda de que los habitantes de Lübeck tenían razones para hacerse cruces, Miguel estuvo durante dos días al borde de la muerte. Pero al tercer día experimentó una sorprendente mejoría y pudo levantarse de nuevo. Sin embargo, estaba muy débil y hubo de caminar apoyado en dos bastones. El mismo día en que Miguel se levantó de su lecho de enfermo, fueron quemados en la hoguera Zacarías y *Carolus*. Miguel había acudido a la plaza del Mercado para presenciar la escena, Al rayar el día todo Lübeck se había lanzado a la calle, apiñándose en el ámbito de la plaza. No obstante, Miguel consiguió ocupar un buen sitio que le permitía contemplar el espectáculo desde muy cerca, pues el público se mostró deferente con él, al ver que era viejo y estaba inválido. La hoguera, que ya estaba preparada, producía un efecto imponente. Había una docena de brazadas de leña de la mejor clase, y el ejecutor, con gran acierto y talento, había dejado en la pira tres huecos como canales para que pudiera circular libremente el aire en la leña, Zacarías iba a ser quemado vivo. No iba meramente a perecer asfixiado por el humo, sino devorado por las puras llamas. El pueblo esperaba con un insólito interés y curiosidad esta ejecución, ya que Zacarías no era un novato en estas experiencias de jugar con el fuego. Ya anteriormente había estado en la hoguera, con los pies metidos en las brasas. Aquello había ocurrido en Magdeburgo, donde fuera condenado a la hoguera por el mismo delito que ahora: un delito del que él se había declarado convicto y confeso en presencia de un Tribunal. Pero en Magdeburgo Zacarías había sido indultado en el último momento por haber salvado una vez la vida al príncipe elector. Hacia las once llegó la comitiva. Los alabarderos despejaron el camino abriéndose paso por entre la muchedumbre con sus alabardas. Zacarías caminaba detrás del verdugo, entre dos ayudantes de éste. Iba descalzo, con el cuerpo cubierto por un simple ropón de lino, embadurnado de un color rojo de ladrillo que representaba la imagen

de las llamas. En la cabeza llevaba una caperuza de papel, alta y puntiaguda, en la que iban pintadas culebras, sapos y escorpiones. Zacarías caminaba entre estremecimientos, con las manos apretadas contra el pecho, una sobre otra. Se estaba congelando con aquel duro y glacial aire de octubre. No parecía sentir ninguna otra impresión que la del frío. La muchedumbre profería, furiosa, frases e insultos contra él, metiendo y alargando las manos crispadas por encima y por debajo de las lanzas que los alabarderos sostenían en posición horizontal para acordonar a la multitud. Zacarías no miraba a derecha ni a izquierda. Detrás de él venía uno de los mozos de la ejecución llevando a cuestas a *Carolus*, que iba embutido dentro de un saco, sin que nadie pudiera verlo. A continuación venía la comitiva integrada por el Consejo de la Ciudad, los jueces y el clero. Mientras se dio lectura a la sentencia, Zacarías permaneció indiferente, sin dar siquiera muestras de rebeldía ni terquedad. De cuando en cuando se estremecía hasta casi dar consigo en tierra, pero era por efecto del frío. Era un día rigurosísimo. Los circunstantes próximos notaron en los brazos y piernas del reo una coloración roja clara, producida por una mezcla de agua y sangre que se había secado. Lo habían sometido a torturas durante el interrogatorio, lavándolo después. Sus dos pulgares, amoratados, le colgaban rotos de las manos. Cuando el juez concluyó la lectura de la sentencia, el verdugo condujo a Zacarías hasta la escala, y éste subió por ella sin la menor resistencia ni protesta. Luego el mozo de ejecución subió a *Carolus*, lo depositó sobre un montón de leña y lo sacó del saco. En el mismo instante se desencadenó un verdadero trueno entre aquella multitud, que empezó a gritar y a amenazar al ver a aquel pequeño monstruo. Unos juraban, otros entonaban salmos. Colocaron a *Carolus* junto al poste, que se elevaba en medio de la pira. A Zacarías lo ataron al poste por la cintura con una cadena. Bajó el verdugo y encendió la hoguera. En aquel momento se produjo un silencio mortal en la plaza. El fuego comenzó por formar un espesísimo humo, y el público empezó a temer que los reos murieran asfixiados en vez de quemados. Pero la leña estaba muy seca, y cuando el fuego hizo presa en ella y empezó a rugir, desapareció el humo. La leña crepitaba y restallaba con gran estruendo. Entre las ramas secas salieron bailando las primeras llamas deslumbrantes y se alzaron, ávidas, para atrapar a los dos pecadores. Entonces Zacarías, separándose del poste hasta donde le permitía la cadena, se echó hacia delante, y preguntó con voz tranquila: —¿Está presente en esta plaza Miguel Thógersen? Miguel sintió que se apoderaba de él el pánico. Apartó los ojos de la hoguera, consiguiendo mantener toda su entereza de hombre impasible. Bajó la cabeza de modo que desde la hoguera sólo se viera su sombrero, para no ser descubierta por Zacarías. Nadie sospechó en absoluto, por fortuna para Miguel. Este volvió a respirar aliviado. La fuerza de las llamas creció con rapidez alucinante. Las llamas subían en el aire con tal furia, que desde muy lejos podía notarse la presión del aire y el calor. Zacarías se adelantaba y se echaba atrás esquivando el fuego. Al ver que nadie contestaba a su pregunta, se serenó e hizo ademán como de decir algo. Pero en aquel instante una larga llamarada feroz lo alcanzó de lleno, y de un solo ramalazo le arrebató el ropón y la caperuza, dejándolo desnudo. Entre la multitud se desencadenó una tempestad de risas dementes. El hombre se encogió y se refugió detrás del poste. Pero ya las llamas subían por todos lados y Zacarías no pudo permanecer inmóvil al lado del poste. Se levantó y se reanimó extraordinariamente, saltando de acá para allá en medio del fuego, danzando sobre el tablado ardiente. De repente, dando unos alaridos bestiales, exclamó:

...*Mugit et in teneris formosus obambulat herbis!*

Miguel recordó los versos y rió en medio de una pena mortal. De pronto Zacarías se desplomó, se encogió y enmudeció. Una de sus manos quedó colgando por encima del borde del tablado y Miguel vio cómo el fuego le iba achicharrando un dedo tras otro, hasta que éstos estallaban, goteaban y se volvían negros. —¡Mira, mira, mira! —exclamaron de pronto centenares de gargantas, con el rugir de una tormenta. Y Miguel miró, y vio que la cabeza de Carolas se había levantado en medio de la hoguera. El pequeño monstruo estaba entre las llamas, pero evidentemente vivo todavía. Su cabeza ya no era blanda y amorfa: estaba completamente hinchada desde las cejas para arriba y dividida en dos mitades perfectamente diferenciadas, las cuales a su vez aparecían subdivididas en sinuosidades y circunvoluciones muy abultadas. —¡Mira, mira, mira! —gritaba la muchedumbre horrorizada. Era un espectáculo espantoso. La sangre martilleaba en aquel cerebro violentamente congestionado. Las venas resaltaban de la piel, gruesas y vivas. Toda la cabeza se movía y vibraba, preparándose a estallar. En el interior de aquel cerebro debía de estar librándose una batalla. —¡Huy, mirad ahora! —resonó el clamor de la multitud, ya en el delirio—. ¡Mira, mira, mira!... Las venas habían reventado y la sangre salía negra arrastrándose en forma de serpientes hasta precipitarse en el fuego. La cabeza se agrietó por varios puntos y comenzó a carbonizarse, mientras era invadida por pequeñas llamitas por todo su alrededor. Por la parte superior, el fuego ora languidecía tornándose verde como un pus virulento, ora flameaba en vivos torbellinos rojos. Ya toda la hoguera estaba en el auge de su furia, convertida en única llama clamorosa, rugiente. De Zacarías no quedaba más que un pequeño bulto negro. De repente toda la hoguera se desplomó, convirtiéndose en un blanco montón incandescente. Tan intenso fue el calor que se desprendió de ella, que les produjo ampollas en la piel a los espectadores más próximos. Se produjeron apreturas y cundió el pánico. La gente se dispersó. Más tarde muchos afirmaron que habían visto a Satanás moverse entre las llamas, con el color azulado del acero, y luego desaparecer entre el humo en el momento en que la hoguera se desplomó.

LA VOZ DEL INVIERNO

EL rey había dado al atalaya orden de que, cuando viera llegar a Miguel, tocara la trompeta como saludo de bienvenida. Y a los quince días de la marcha de Miguel, el vigía comenzó una mañana a tocar el saludo de bienvenida, pero... de repente interrumpió el toque como si no estuviera seguro de que aquél era Miguel. Tras un momento de vacilación, empuñó de nuevo el instrumento y dio la señal soplando con todas sus fuerzas. Miguel no regresaba a caballo. Venía en un coche, y detrás del coche venía su propio caballo con la silla vacía. Llovía. Las puertas del castillo se fueron abriendo una a una ante el vehículo, cerrándose otra vez tras él, hasta que el carro entró en el patio de honor. En lo alto de la escalera estaba esperándole, en pie, el rey Cristián, tocado con el birrete y vestido con una descolorida capa escarlata. Tenía a un lado al músico juglar Jacobo, y al otro a la pequeña Ida. Jacobo recibió orden de tocar una pieza alegre de bienvenida a la llegada de Miguel. Tenía el violín preparado y escondido detrás de la solapa de su levitón para protegerlo contra la humedad. El rey hizo una seña con la mano a Miguel, esbozando una cordial sonrisa, que le invadía todo el semblante. —Hola, hola... ¡Bien venido! Pero Miguel se quedó en el carro sin contestar siquiera al saludo. —¡Dios del Cielo! —exclamó el rey, turbado y alarmado. Se acercó al coche. —¿Es que te encuentras mal, Miguel? La pregunta no necesitó respuesta: Miguel estaba descolorido y los ojos semicerrados. Parecía muerto. Rápidamente el rey puso sobre la frente de Miguel el dorso de sus dedos, y notó que la piel todavía estaba caliente. —Llémoslo arriba inmediatamente —ordenó el rey con los labios sin color—. ¡Jacobo! Vete a buscar al vigilante de la puerta exterior... ¿Dónde se han metido todos? ¡Vamos! Llama a Berent. Rápido: sacadlo de aquí. Miguel pareció volver a la vida mientras lo iban subiendo. Pero estaba totalmente postrado y exhausto. Lo depositaron en la cama de la cámara de la torre. El rey se sentó a su vera. Al cabo de una hora Miguel empezó a presentar mejor aspecto y a recobrar el color. El mismo se sentía mucho mejor. —¿Qué es esto, Miguel? ¿Qué te ocurre? —preguntó el rey con apenada voz. Miguel estaba todavía entre los vivos. Pero de repente volvió a quedarse pálido como un cadáver y tan débil como antes. ¡Tenía tanto miedo de que el rey comenzara a hacerle preguntas sobre la misión que le había llevado a él a Lübeck! —¿Dónde tienes el mal? —Estoy parálítico del lado izquierdo —siseó Miguel. Había algo que le impedía hablar con soltura, como si tuviera la lengua ligada. —Vaya,

hombre, vaya —suspiró el rey con el corazón oprimido. Estuvieron callados un rato. Pero Miguel no tardó en ponerse nervioso y desasosegado: extendía la mano en torno como el que se mueve a tientas, abría la boca, miraba al rey y luego apartaba de nuevo la vista de él. ¡Le hacía tanto peso la noticia que tenía que darle de los resultados de su viaje! Quisiera haber liquidado ya aquel asunto. El rey lo comprendió y evitó tocar este punto. Siempre había tiempo de hablar de aquella cuestión. Pero a su regreso, por el camino, Miguel había discurrido una falsa versión de los resultados de su gestión en Lübeck. Y esa era la historia que había deseado contarle. El rey no debía conocer la verdad. Cuando éste se percató de que Miguel estaba dispuesto a soltar la noticia a toda costa, trató de ayudarlo. —Así, pues, ¿pudiste llegar hasta Lübeck? —Sí, Majestad —balbució Miguel, desviando la mirada para disimular la pena que sentía—. Sí, he llegado. Pero no obtuve ninguna respuesta. No pude traeros ninguna respuesta. Me puse mal, y me vi forzado a salir antes que me dieran la solución. Miguel volvió hacia la pared su rostro arrasado de lágrimas. —Sí, sí, comprendo —susurró el rey tranquilizándolo—: Eso no tiene ya ninguna importancia, Miguel. No debimos siquiera haberte enviado allá. Desde el día en que te fuiste, todos los días nos hemos estado arrepintiendo de haberlo hecho. Ahora has de procurar poner todos los medios de tu parte para restablecerte por completo. El rey permaneció largo rato conversando y consolando a su viejo compañero de cautiverio. Miguel se quedó completamente tranquilo y quedó en aquella magnífica habitación: agradecido y con el corazón destrozado. Un rato después, observó el rey que Miguel estaba a punto de quedarse amodorrado, pues sus facciones, trabajadas por la pena, se estaban distendiendo y alisando. Dos o tres veces se incorporó sobresaltado en su duermevela, con los ojos cerrados, mientras por su faz se extendía la sombra de la tristeza y del dolor. Pero al fin su cara volvió a distenderse lentamente hasta que se quedó dormido con semblante plácido e indiferente. El rey se apartó sigilosamente de junto a su lecho y se sentó a leer. Al día siguiente Miguel se encontraba bastante recobrado y mejorado. Pero jamás volvió a estar como antes. Permaneció encamado todo el invierno y parte de la primavera, hasta su muerte, ocurrida en el mes de marzo. Fue aquél un invierno muy tranquilo. El rey envejeció mucho durante aquel período en que estuvo constantemente al lado de Miguel viendo cómo se iba derrumbando poco a poco. Pero aquel tiempo le resultó inacabable a Miguel. La muerte no acababa de llegar. La vida se agarraba fieramente a él ahora que al fin él quería abandonarla. Parece como si la vida tomara ahora su venganza. Miguel jamás había dejado a la vida hacerle justicia, porque a lo largo de toda su existencia él nunca había querido morir. Todas

estas cosas se las confesaba él a sí mismo durante aquellas largas noches en que el rey dormía en su propia cama con él mientras Miguel estaba a solas con sus pensamientos. Afuera, en la torre, el viento suspiraba con una voz honda y familiar, como si fuera un espíritu experimentado que escuchara amorosamente los pensamientos de desolación de Miguel. Aquél que no muere cada día, nunca vivirá. Pero Miguel nunca había querido morir. Un día el rey ordenó que hiciera subir a la habitación de Miguel a la pequeña Ida, y la presentó ante Miguel, pensando que ahora quizá se pondría muy contento al ver a su nieta. Pero Miguel volvió la cara hacia la pared. Dijo que no tenía idea de haber tenido ningún nieto, que nunca había tenido ningún hijo, y que ni siquiera había estado casado. Estaba solo. Estaba doblemente solo. Aunque Ana Mette fue la mujer que él amó, jamás su corazón suspiró por ella. El rey, descorazonado, dejó salir de la habitación a la pequeña. ¡Y ahora estaban solos, en aquella habitación, los dos viejos leones! ¡Por un lado, el rey Cristián que, con fogosa y ardiente impaciencia, se había lanzado a planear proyectos colosales, y que resultó ser el verdadero responsable de la falta de historia de que adolece Dinamarca! Por otro lado, Miguel Thógersen que, con su soberano orgullo y afán de abarcarlo todo, se convirtió en el fundador de una raza muy ramificada y frondosa, pero... ¡sólo imaginada! ¡Allí se encontraban juntos en la misma celda los dos fundadores de una dinastía fantasma! En la noche en que murió, Miguel volvió a recobrar el sentimiento hondo y avasallador de su juventud. Recobró su carácter ardiente y la bella primavera del corazón en el mismo momento en que su corazón estaba cesando de latir. Pero era la muerte que llegaba a él antes que él llegara a ella. Miguel sufrió decepción tras decepción. A mediados del invierno pareció que hasta iba a restablecerse definitivamente, ya que estuvo muy fogoso y lleno de vida y hasta recobró la coloración roja de su nariz. El rey ya había reanudado la costumbre de hacer sonar las tapaderas de las jarras de vino y cerveza, lo mismo que antes del viaje de Miguel a Lübeck. Ambos reanudaron su antiguo modo de vida en la habitación de la torre —igual que antes— con la diferencia de que ahora Miguel estaba encamado. Ya el rey le prohibió decir cosas tontas: le pedía que hablara y discutiera con él como antes... Y Miguel, sentado en la cama, volvió a referirle historias y anécdotas sobre batallas y aventuras de su vida. Las había relatado infinidad de veces, a pesar de que el número de aquellas historias era inacabable. Miguel había intervenido en las más grandes y famosas batallas que se habían reñido en Europa durante la última generación, y podía contar los más interesantes detalles de ellas. Lo que más le importaba al rey era el conocimiento de la mecánica de las batallas, la artillería y todas aquellas cosas en que Miguel

se había fijado bastante, pero a las que luego no siguiera prestando atención. Ya podía el rey hacerle preguntas hasta cansarse, que Miguel sabía desenterrar recuerdos y más recuerdos de su memoria para satisfacer plenamente la curiosidad del rey Cristián. Miguel tenía un modo de narrar condensado y progresivo, muy característico. Historias que ya había referido anteriormente, las volvía a relatar siempre con idénticos detalles, aun aquéllos que acaso él había inventado la primera vez que las había narrado. A menudo el rey le rogaba que le contara tal o cual historia que ya había oído mil veces, pero que le encantaba escuchar una vez más de labios de Miguel. Cuando el rey se despertaba por las noches, Miguel, por una costumbre inveterada en él, se despertaba también en el acto. Y luego se estaban a veces despiertos horas enteras departiendo amistosamente. Descansaban cada cual en su alcoba con las pieles muy subidas, hasta rozarles la barbilla, y respiraban el aire frío que, cuando el fuego estaba apagado, entraba por la chimenea en la habitación de la torre. La luz lunar resplandecía en los profundos huecos de las ventanas, atravesando los glaciales vidrios verdes. El rey daba de cuando en cuando la vuelta a su reloj de arena, colocado ala cabecera de la cama... El tiempo no se les acababa nunca y Miguel tenía que ponerse a recordar una nueva historia, cuyo relato iba el rey jalonando con sus «¡oh!» y sus «¿y bien?» y sus «¡hum!», con su aprobación o su movimiento desaprobador de cabeza. A la mañana el rey siempre amanecía peligroso y explosivo como una bomba bien cargada. Miguel se quedaba muy quieto y callado, como un ratón en su agujero mientras se disponía a vestirse derribando sillas. Bien temprano entraba Berent y encendía la chimenea, y cuando había expulsado ya el frío de la habitación, el rey se levantaba del lecho. Inmediatamente después se hincaba de rodillas sobre el desnudo pavimento de piedra y rezaba sus oraciones de la mañana. Una vez cumplido este deber, la emprendía con la pesada bola de piedra que cada día levantaba y sostenía cien veces sobre su cabeza: cincuenta veces con cada brazo. Miguel le oía llevar la cuenta de las veces y percibía su resuello, su voz se iba haciendo más mansa y apacible conforme lo iba dominando el cansancio. Mientras se aseaba, hablaba consigo mismo en un susurro vehemente. Miguel oía cómo el agua chapoteaba acá y allá al caer en el suelo cuando él metía furiosamente en ella sus manos. Resoplaba amenazador; Miguel, que solía mirarlo furtivamente de reojo, lo veía a veces secarse con la toalla, enrojecido por efecto del agua fría, con las cejas y la boca crispadas en una mueca, lanzando furiosas miradas en todas direcciones. Una vez había terminado de lavarse y asearse, solía leer —dominándose a duras penas— un pasaje de las Sagradas Escrituras, hasta que se descorrían los cerrojos de la puerta y

aparecía Berent trayendo en una bandeja el refrigerio matinal: cerveza caliente sazonada con clavo y jengibre. Miguel tomaba su parte; los dos bebían sin hablar una palabra. Cuando la cerveza venía demasiado caliente, Su Majestad arrojaba al suelo la jarra con su contenido. Luego el rey bajaba para dar un paseo por el patio durante una o dos horas. Detrás de él iban sus cuatro acompañantes que debían seguirle siempre que él salía de la torre. El rey se entretenía aplastando con los pies las burbujas de hielo que se habían formado en el foso, o mandaba traer una ballesta y disparaba sobre las cornejas posadas en los árboles blancos de escarcha que había fuera del recinto. Pero cuando llegaba alguna carta para el rey, éste alejaba a los criados y se ponía a pasear solo, yendo y viniendo entre los árboles: a este huerto de manzanos del castillo tenía la costumbre de retirarse y estar a solas cuando se avivaban en su mente los recuerdos. Al regresar de nuevo a la estancia de la torre, se tornaba afable y benévolo, y llamaba alegremente a Miguel. En seguida comenzaba la comida y el programa normal de sus actividades diurnas. Ahora que Miguel estaba encamado, no podía soñar ya en jugar a los bolos como antaño. Pero, aun así, estaba tan ocupado en mil cosas sin importancia, que el día no le llegaba a nada. Siempre andaba con prisas. Llegada la noche, se iba a descansar completamente fatigado y con el espíritu entregado a las manos de Dios. Durante toda la temporada de Navidad, hubo fiestas sin cesar en el castillo. El rey cuidó, con la máxima solicitud, de que no le faltaran los mejores manjares y bebidas a Miguel, que en aquellos días tenía que estar solo casi todo el tiempo. Hubo días en que el rey ni siquiera subió a la torre: permanecía en el gran cuerpo de guardia, situado en el patio exterior, jaraneando con Jacobo y los lansquenets. Jacobo había traído vida y animación a la casa. A la noche, cuando se aproximaba la hora de cerrar, el rey entraba en el castillo haciendo eses. Gruñendo, atravesaba el patio exterior sin desviarse de la trayectoria recta hasta la puerta y, al desaparecer tras ella, navegaba canturriando e hipando a través del patio interior, elevaba un saludo a la fría luna y viraba de bordo seguido de su sombra sobre la blancura de la nieve. Durante toda la temporada de Navidad, Jacobo el músico no estuvo un solo día libre de borracheras. Y la Navidad duró hasta la Pascua. En la noche que precedió al día de Año Nuevo cayó una helada espantosa que producía una sorda crepitación. El Sund estaba congelado y las inmensas planicies de hielo parecían suspirar y cantar. El hielo crujía y restallaba, impulsado por una fuerza colosal: eran verdaderos rayos que fulminaban el hielo de costa, como reminiscencias de fuerzas espantosas encadenadas. Miguel estaba oyendo estos ruidos desde su lecho. Una noche despertó al rey, creyendo que se iba a morir. —Siento en mi oído izquierdo un repique ensordecedor

—dijo, sintiendo un frío glacial en el cuerpo. El rey se levantó y, tambaleándose, encendió la luz, con el pelo desgreñado: todavía no había dormido la borrachera de aquel día. El rey vio que Miguel tenía una expresión de pánico; pero no pensó ni mucho menos que estuviera muriéndose. —¡No es más que el ruido del hielo lo que tú sientes, Miguel! —dijo tranquilizándolo. Miguel cerró los ojos y el rey se echó de nuevo en la cama. En la cámara del ala izquierda del castillo había también otra persona que estaba oyendo aquellas sordas y colosales detonaciones: era un joven alabardero de la guarnición del castillo que se acercaba temblando a su mudo amor, a la pequeña Ida. Ida no oía nada de aquel lejano estruendo; y, con una sonrisa fija, sonrió arrobada a su amigo cuando éste, con un miedo inexplicable, intentaba llegar hasta donde ella estaba. Ella observó que aquel hombrachón, tan alto y tan fuerte, se puso de repente tímido, como fulminado por un íntimo terror, casi sin hablar, y con la mirada enferma y vaga. Ida lo amaba, y lo besó. Volvió la paz y la alegría a los ojos de él, turbados por el miedo que le produjera aquel estruendo, y la estrechó entre sus brazos bajo la luz de oro que temblaba en la vela, iluminando la habitación de la muchacha.

EL MOLINO FATÍDICO

AQUEL intermitente ruido triturador que Miguel sentía en el oído izquierdo, se le iba haciendo cada noche más cercano y atronador. Era como el zumbido de una piedra de molino que girara muy cerca de su cabeza. Miguel, tendido en su cama en la noche, se imaginaba con frecuencia que ya estaba muerto. Le parecía que hacía ya siglos que se encontraba allí tendido y parálítico en medio de aquel ruido cortante como el acero que zumbaba en las tinieblas. Pero no estaba muerto; de cuando en cuando sentíase perfectamente despierto y notaba cómo era capaz de mover una mano o vislumbrar en la oscuridad algunas cosas que le rodeaban en aquella habitación. Pero, cada vez que aquel estruendo comenzaba de nuevo, parecía estar ya mucho más cercano, traspasándole el cráneo de un modo más enloquecedor. Aquél era el mismo ruido que percibiera en su juventud; pero entonces era un sonido débil y lejano, como si lo oyera a mil leguas de distancia. Después aquel zumbido había ido creciendo cada vez que volvía a fijarse en él. Y ahora era un estruendo tan colosal, que ya Miguel no percibía otra cosa, y le parecía que él mismo desaparecía dentro de él. Era como el intermitente zumbido de una muela.

* * *

¿Qué otra cosa podía ser más que aquel cercano ruido de caverna que Fenia y Menia hacen girar en remolinos en la noche ártica? Oh, Miguel, su canto de molino que te llevará de este mundo, su canto que saldrá de tu cerebro como el zumbar de una muela que muele y tritura. Tu cabeza se convertirá en el centro de los arremolinados ruidos de la Caverna, de los torbellinos de las cenizas del mundo; será el centro de la demoledora canción de molino que cantan Fenia y Menia. Escucha: —Nosotras estamos moliendo siempre —canta la voz de Fenia—. Nosotras hacemos girar la muela, que es pesada como el planeta. Nosotras te molemos las salidas del sol y los rebaños y los campos ubérrimos. Te molemos las nubes resplandecientes, las lluvias fecundantes, el verde trébol, las bellas flores amarillas y blancas... —Nosotras estamos moliendo siempre —canta al mismo tiempo la voz de Menia—. Te estamos moliendo la enfermedad y sequía y los campos agotados y las fuentes exhaustas. Te trituramos el granizo como se tritura el grano. Hacemos girar en torbellino una nube de tormenta, que sube del Oeste, y te traemos la oscuridad y los relámpagos y los solares calcinados y humeantes... —Y te molemos la primavera —gime Fenia—; y acabamos con el verano en el momento exacto; y te molemos los verdes bosques llenos de pájaros cantores. Te molemos el amor, el olvido y las noches luminosas... —Y te molemos las fuentes de la vida —canta la voz estridente de Menia—; y las lluvias de cenizas, y el marchitamiento de las cosas. Te molemos el invierno hasta el mismo corazón del verano. Te

cantamos una tempestad otoñal. Sembramos heladas y escarchas sobre todo lo que germina y crece. A fuerza de moler arrancamos la ilusión y la alegría del corazón de los hombres... —Y volvemos a molerte una nueva primavera —canta Fenia, furiosa—; y te molemos los nuevos brotes y retoños. Te molemos el solsticio y la calma en medio del mar. Te molemos los potros jóvenes y los cachorros temblorosos. Te molemos el viento del Sur, y la renovación de las hojas y la confianza en la vida... —Sí, molemos... —canta entre carcajadas Menia—. Hacemos girar el molino hasta que rechina y cruje. Molemos en la cuna y molemos en el ataúd. Molemos la nieve y la desesperación. Y siempre soy la última en cantar. Es mía siempre la canción definitiva. Ahora se curvan las jóvenes gigantas, ciegas de cólera, y hundiendo sus pies en las tinieblas aceleran el giro de la rueda de molino hasta hacerla humear, y se ponen a cantar a un tiempo: —Nosotras te molemos el sol, la luna y las estrellas, que giran desbocadas alrededor de la tierra. En un abrir y cerrar de ojos se trastocarán la noche y el día, y lo blanco se hará negro y lo negro se hará blanco, y el cielo avanzará rodando como una rueda. Te molemos el verano y el invierno como la fiebre que viene y se va. Y el calor retrocederá y huirá de ti para dejar paso al frío. Y al final de todo te molemos la vida en la estación invernal. Estamos trabajando duramente desde hace milenios. Pero al fin te molemos la edad de los hielos eternos, ¡ya la aurora boreal se cierne sobre nuestras cabezas! Te estamos moliendo las planicies de hielo de leguas de extensión, y el año lleno de tormentas boreales y los torbellinos de nieve. Reducimos a fino polvo la tenue esperanza que alienta en ti. Ya estamos calculando la marcha ascendente de los grados de frío. Ya molemos las noches eternas, ya hacemos vacilar el sol alejándolo hacia rutas mucho más remotas. Ya estamos moliendo los icebergs, que crujen con las montañas pulverizadas que bajan del Norte e invaden las feraces llanuras. Ya aplastamos las ciudades bajo los hielos eternos; ya estamos machacando todo lo que se llama fecundo y fértil. Estamos fosilizando ya tu cabeza; ya nuestro remolino está asolándolo todo. Cantamos con el corazón frío como el hielo y giramos la rueda hasta que salte en pedazos...

EL ADIÓS DEL JUGLAR

MIGUEL Thógersen murió en las primeras horas de una mañana del mes de marzo, momentos antes que el rey fuera a visitarlo. Hacía mucho tiempo que el monarca esperaba este desenlace; pero no por eso quedó menos desconsolado. ¡Qué tristísimo momento para el rey Cristián aquel en que contempló el semblante yerto de Miguel! Este espectáculo le causó tanta preocupación como dolor. No podía acostumbrarse a la idea de ver que aquel rostro no se movía ya. El rey iba y venía llorando por la torre; y cada vez que acertaba a mirar a Miguel, veía que éste estaba inmóvil como una piedra, no ya pálido, sino blanco. Un gran pánico se había apoderado del alma del rey, el cual abría la boca para tomar aliento, pero el aire no quería entrar en su pecho. Jamás el rey había visto tal expresión de desencanto como la que presentaba Miguel, allí tendido para siempre. Ahora que la muerte había fijado para siempre sus facciones, se acusaba con mayor claridad aquella expresión de desencanto. Su abultada y despejada frente era una cúpula que cubría un silencio jamás interrumpido ya. Por debajo de sus salientes cejas descarnadas aparecían hundidos sus ojos que, aunque cerrados, parecían mirar con la mirada de un hombre dormido con los ojos abiertos. Ya la larga y ondulante nariz de Miguel estaba completamente blanca; ya no tenía el color rojo que le habían puesto las frecuentes borracheras. Los blancos mostachos colgaban espeluznados alrededor de las comisuras de su boca, la cual aparecía cerrada en una mueca de amargura. Aquella boca muerta era un mundo de dolor enmudecido, la boca de un hombre que hiciera callar a su propia pena, cifra misteriosa que encierra la clave del secreto de la amargura. Allí estaba Miguel callando ya todo lo que sabía. Pero sus mudas facciones resultaban delatorias. Se le habían hundido las mejillas entre las fuertes mandíbulas. Aquella era la triste y dura máscara de un hombre. Aquella expresión era la callada confesión de un muerto que en vida se había defendido inútilmente a dentelladas durante toda una generación, del hombre que se había defendido, sin ceder un paso, pero entre los abiertos abismos de mil errores y extravíos. Allí estaba tendido Miguel con la noble humildad de la muerte en los labios, con el silencio que vino a extinguir para siempre su obstinado orgullo. La pobre cabeza de Miguel era como una cosa fundida y solidificada que durante setenta años brilló templando en el molde antes de enfriarse y endurecerse definitivamente. Durante setenta años aquel rostro fue fluido y reflejó las expresiones de todos los momentos de su vida; sus ojos eran como un metal vivo que aprisiona la luz hasta que se cubre de una película y se queda inmóvil y frío y solidificado. Ahora Miguel estaba acabado: el vaciado de la estatua había concluido. Lo tendieron sobre la paja en la armería, situada en la parte baja del castillo. Durante aquellos días que precedieron al sepelio, hubo grandes solemnidades en el castillo. La servidumbre, miedosa de la oscuridad, no se atrevía a bajar al patio por temor a verlo allí detrás de la gran puerta donde yacía su cadáver. El menor ruido extraño en la oscuridad aterraba a los criados hasta dejarlos medio muertos. Pero Miguel yacía completamente inofensivo en aquella silenciosa armería, donde armas y banderas cubrían los muros y donde siniestras y huecas armaduras se alineaban a lo largo de las paredes, como haciendo guardia al ataúd colocado sobre parihuelas. Todos los días entraba el rey a ver a Miguel, llorando amargamente. Miguel no había cambiado la posición en que quedó al morir. Su rostro había comenzado a adquirir un color grisáceo. El rey permanecía allí inmóvil, meneando tristemente la cabeza y llorando. Ahora el rey tenía un

aspecto de hombre envejecido, como siempre le había ocurrido cuando alguna preocupación o tristeza lo atribulaban. Un rictus de cansancio había puesto largos y hondos surcos en torno de su boca, y su figura aparecía encorvada. También sentía que la tierra tiraba por él. Miguel recibió sepultura en el cementerio de Sönderborg. El rey no fue capaz de acompañar sus restos más que hasta el puente levadizo. Al marcharse el cadáver, se celebró en el castillo una grande y honrosa comida de entierro. El rey mandó llevar al patio dos barriles de cerveza alemana para que bebieran todos. A la noche no había hombre que no estuviera medio achispado. A Jacobo el músico, que quedó desesperado con la muerte de Miguel, hubo que llevarlo a la cama totalmente inconsciente. Y pasaron los días. Y llegó la primavera. Los jóvenes lansquenets hacían instrucción dentro del recinto del castillo. Y sonó la voz de las trompetas y clarines. A principios del mes de mayo, Jacobo, el músico juglar, dio en portarse de una manera extraña, como si fuera otro hombre. Con gran sorpresa de todos empezó a adquirir la costumbre de salir corriendo y dando patadas detrás de algo, después de interrumpir bruscamente su ejecución al violín y se quedaba mirando fijamente en los rincones con los ojos muy abiertos y con cara de asco. Cuando le preguntaron por qué hacía aquello, dio en quejarse del enorme número de ratas que había por todas partes. Pero los demás no lograron ver ni una sola rata. Jacobo dio en beber para recobrar y olvidar aquello que le producía tal asco. Pero no tardó en comenzar a ver conejos. Iba corriendo de acá para allá en persecución de conejos que sólo él veía. Las gentes del castillo se chanceaban de lo lindo gastándole bromas. Un día Jacobo vio en la gran puerta de entrada, con terrible espanto, un conejo gigantesco, tan grande como una vaca, y entabló una terrible batalla con él. A gritos pidió auxilio al centinela, a la vez que luchaba y forcejeaba: todos los alabarderos del castillo, reunidos alrededor de él, se retorcían de risa. Tres días seguidos se estuvo divirtiendo la gente viendo a Jacobo luchar con aquel animal invisible. Pasaba horas enteras corriendo en persecución de algo por el interior del patio, adonde le dejaban ir de buena gana, pues nada malo podía hacer: allí lo veían llenar los rincones con pilas invisibles de ratas y conejos muertos. Tantos había matado, que tenía que ponerse de puntillas para llegar a la cima de aquel imaginario montón. Cuando estaba ocupado en aplastar ratas contra uno de los muros del patio, saltaban conejos en el muro opuesto, y Jacobo salía en su persecución. A ratos se lanzaba intrépido al centro del patio y libraba una lucha cuerpo a cuerpo con una bestia que, a juzgar por los gestos y brazadas que él hacía, tenía que ser enorme y muy feroz. Al cerrarse por completo la noche, no había una persona que permaneciera dentro de aquel patio de altísimos muros, donde temían que tal vez anduviera paseándose el espectro de Miguel Thógersen. Jacobo se burlaba de semejante idea. El se quedaba allí toda la noche, a menos que alguien fuera a sacarlo de allí. Un día, a la hora en que empezaba el crepúsculo, Jacobo vio a un animal entrar por la puerta principal del castillo dirigiéndose al patio. Era un animal tan grande como un carro cargado de heno. Ahora le tocaba a él perder en la lucha desigual. El centinela oyó los gritos de Jacobo que le avisaban de que éste estaba en peligro de muerte inminente; pero no se atrevió a entrar en el patio sin antes conseguir que le acompañaran algunos camaradas. Encontraron a Jacobo tendido en las losas en medio del patio, chillando y echando espuma por la boca. Tenía un ataque de nervios que lo sacudía con grandes convulsiones y tuvieron que llevarlo a la cama. Después de varios días de fiebre y de ataques de furia, Jacobo se recobró y poco a poco volvió a tocar y a cantar de nuevo. Durante algunas semanas estuvo tranquilo y comedido, y se le veía arrastrando sus zuecos de madera, mostrando una nariz verde pálida y un aspecto verdaderamente lastimoso. Y en una hermosa noche de junio apareció convertido en un jaranero y un

juerguista. Fue en la noche de San Juan, en la fecha del solsticio. Sobre todo el territorio de Dinamarca ardían las hogueras para celebrar el retorno de Balder. Allá en el campo estaba Thóky sin lágrimas, solitario. En la noche de San Juan, Jacobo, el músico juglar, compró un barril de cerveza con todo el dinero que tenía e invitó a los lansquenets a una orgía. Aquella noche estaba muy espléndido, fino y elegante. Y tocó su violín de un modo que causaba placer y delicia. Y cuando se hizo ya muy tarde, Jacobo entonó una canción novísima, compuesta por él mismo para aquella ocasión, en la que retrataba su vida y su destino.

* * *

A la mañana siguiente encontraron el cuerpo de Jacobo colgado del gran manzano plateado que había en la rosaleda del jardín del castillo. Sobre su cabeza se veía una corneja con las patas plantadas sobre sus cabellos grises. notes

Notas a pie de página

¹ Un balazo en campo raso / tendido me dejará; / ya sobre lanzas me llevan, / ya mi fosa abierta está. / La azada en mi sepultura / suena mejor en mi oído / que el gorigori del cura...
² Expresión latina que significa “Apaga la luz” (N. del T.) ³ La calleja de los Sauces, en Copenhague. ⁴ La zona del ensanche del fiordo de Lüm. (N. del T.) ⁵ Man: el Hombre, el Padre Universal, el Adán de las míticas leyendas escandinavas. (N. del T.) ⁶ «Hace tres meses, un tal Otte Iversen se atrevió a invadir mis dominios y deshonorar a mi hija. ¡Así, pues, sois vos el autor de la infamia! Sí, ya veo...» ⁷ «¡Maldito seáis sobre la tierra! ¿Me oís bien? Maldito seáis. Que nunca más tengáis ya sosiego ni reposo ni sueño... Que vuestro vino sea el deseo eternamente insatisfecho, que el pan se os convierta en piedras dentro de la boca... Haga el cielo que os vayáis pudriendo y corrompiendo vivo... Que veáis a vuestro padre y a vuestra madre morir de vergüenza. Que os vayáis consumiendo como un perro sarnoso. ¡Caiga la maldición sobre vos! Que vuestro cadáver gotee sangre y podredumbre por los agujeros del ataúd. Maldito...» ⁸ Una noche, ¿recuerdas?, una noche en Bohemia... (N. del T.) ⁹ ¡Gente amiga! ¹⁰ El Caballo Infernal, el corcel del remo de los muertos, en la mitología escandinava. ¹¹ La nave mítica de los vikingos. (N. del T.) ¹² Especie de vals rápido de dos tiempos. (N. del T.)

